LA PUERTA DEL CAOS 1 - LA IMPOSTORA
LOUISE COOPER



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Para Jane Johnson,
con mi agradecimiento por tanta ayuda,
entusiasmo y amistad.

Librodot

CAPITULO 1

El médico Carnon Imbro no solía reaccionar bien cuando lo sacaban de la cama a horas intempestivas, entre la primera y segunda puesta lunar. Pero la naturaleza de aquel recado en particular, y el hecho de que hubiera sido Chiro Piadar Lin en persona quien se lo llevara, se impusieron a consideraciones más egoístas. Carnon se despertó totalmente, se entretuvo sólo para echarse una túnica por encima de la camisa de dormir para protegerse del frío otoñal y siguió apresuradamente a Chiro en dirección al ala norte del Castillo.

Caminaron apresuradamente por el laberinto de pasillos, oscuros y desiertos a aquella hora. El rostro de Chiro, enmarcado por su rizada cabellera castaña, mostraba una expresión decidida y severa y, cuando comenzaron a descender una escalera, Carnon dijo en voz baja:

-¿Has despertado a alguien más?

-No. Creí más prudente consultar contigo en lugar de alertar a los otros adeptos. -Esbozó una sonrisa rápida e indecisa-. Lo siento, Carnon. Son gajes de tu oficio.

Carnon soltó un gruñido de asentimiento.

-Todavía no me has dicho qué ha ocurrido exactamente.

-Vino a mi habitación; hará cosa de media hora, quizás un poco más. Me desperté y lo vi ahí, a los pies de mi cama... ¡Dioses, por un instante pensé que algo había venido a buscar mi alma! Y tenía un aspecto muy extraño, Carnon. A duras penas lo reconocí; por eso me impresionó tanto.

-¿Extraño? -preguntó Carnon.

Chiro se encogió de hombros.

-Resulta difícil expresarlo con palabras; o al menos con palabras que no resulten un absurdo para la lógica.

-Olvidas -dijo Carnon con sequedad- que además de médico soy un adepto de quinto grado. Al igual que tú, yo no busco necesariamente la lógica en mis tratos con el mundo.

-Sí, claro..., perdóname. -Chiro se relajó un tanto, pero su mirada tenía todavía una expresión de acoso-. Pero de verdad, Carnon, esto era algo muy extraño.

-Cuéntame.

-Bien... ¿Conoces el retrato que está colgado en la galería, encima del comedor? ¿El que se pintó unos pocos años después del Cambio?

-Lo conozco bien.

-El mismo hombre de ese retrato estaba en mi habitación.

El médico le lanzó una penetrante mirada.

-¿Estás seguro de que no soñabas?

-Completamente seguro. Era Keridil; pero Keridil tal y como era hace más de cincuenta años. Sé con qué facilidad puede engañarse la vista, sobre todo a la luz de la luna, pero no era una ilusión. *Sé* que no lo era.

Carnon permaneció en silencio durante unos instantes. Si había un hombre poco susceptible a las fantasías o ilusiones, ése era Chiro Piadar Lin; era sobrio y práctico casi hasta resultar impasible, y, si

decía que una cosa era de tal manera, es que así era. Por lo tanto, la visión había sido verdadera, y para Carnon estaban claras sus implicaciones. Aquél era el primer signo seguro de que el alma de Keridil Toln, quien durante sesenta años había gobernado como Sumo Iniciado a la elitista casta de magos conocida como el Círculo, comenzaba a liberarse de las ataduras mortales y se preparaba para su último viaje. A pesar de que todos sabían que aquel momento tenía que llegar, eso no impedía que el saberlo fuera como una punzada helada y acerada en el corazón del médico.

-¿Qué ocurrió después? -preguntó.

-Se limitó a mirarme... -repuso Chiro-. Ya sabes qué peculiar intensidad tiene a veces su mirada; como si viera una dimensión extra a la que los demás somos ciegos. Le pregunté si algo andaba mal, si podía ayudarlo...

-¿Seguías viéndolo como un hombre joven?

-No. Ese fenómeno duró sólo un instante. Le pregunté si podía ayudarlo y me dijo: «Chiro, ahora voy al Salón de Mármol».

-¿Nada más?

-Nada más -dijo Chiro, mirando a su alrededor-. No tenía que decir nada más, Carnon. Sabía que yo entendía lo que quería hacer.

-¿Y no intentaste disuadirlo?

-No, no lo hice. -Chiro se detuvo y se volvió para mirar al otro con fijeza-. Es una búsqueda personal, Carnon, algo que lleva medio siglo intentando resolver. Por mucho que su mente se haya deteriorado, hubo un tiempo en que fue un mago formidable. ¿Quién puede decir que los dioses no decidan concederle lo que busca, ahora que su vida casi ha llegado a su fin? -Comenzó a andar nuevamente-. Además, sigue siendo el Sumo Iniciado. Aunque quisiera, no tengo la autoridad para detenerlo.

-Muy cierto -concedió Carnon-. Pero eso hace que me pregunte por qué escogió decirte lo que pretendía hacer, antes que a nadie más.

Chiro frunció el entrecejo.

-¿Quieres decir a mí en particular?

-Bueno, a cualquiera en realidad. Al fin y al cabo, poca lógica hay en la idea de despertar a un colega en mitad de la noche por una razón aparentemente tan nimia. -Carnon miró de reojo a su compañero y luego sonrió con cierta severidad- Sé lo que estás pensando y también sé que no lo dirás en voz alta, de manera que yo lo haré por ti: la lógica no es el punto fuerte de Keridil en estos días, aunque me duela decirlo. Pero, de verdad, Chiro, creo que sabes tan bien como yo por qué eligió hablar contigo y no con algún otro esta noche.

-No, Carnon. Eso no lo acepto.

-Te guste o no, tendrás que afrontarlo y aceptarlo antes de que pase mucho tiempo. Sabes que el punto de vista de Keridil coincide con el de todos los adeptos de alto nivel...

-La decisión final dependerá del Consejo del Círculo, no...

-Y de Keridil, y de la Matriarca y del Alto Margrave. No tienes por qué decirme lo que ya sé tan bien como tú. Pero es una conclusión prácticamente ya sabida, y no tiene sentido que intentes negarla. Eres un adepto de sexto grado, el penúltimo en importancia; estás a punto de someterte a las pruebas de iniciación para el séptimo grado y poca

duda hay de que las superarás. Eres un hábil mago y un soberbio diplomático. En resumen, eres el mejor de entre todos nosotros. Y Keridil quiere que seas Sumo Iniciado cuando él... no, no pongas esa cara de pena, viejo amigo; es un hecho, y tendremos que afrontarlo... cuando él muera. Así que si te preguntas por qué él, con su mente confundida, te escogió a ti antes que a ningún otro para confiarte sus secretos, ya tienes la respuesta.

Chiro no respondió. Su rostro había adquirido una expresión rígida como el cemento, cosa que ocurría a menudo cuando se enfrentaba a algo que lo desconcertaba, y Carnon suspiró para sus adentros. El mayor defecto de Chiro Piadar Lin, pensó, era una tozuda incapacidad para reconocer sus propias virtudes, ni siquiera ante sí mismo. Era un rasgo paradójico que Carnon, ante todo, un pragmático, no envidiaba.

Pero, como hombre pragmático, sabía que presionar a Chiro sobre el tema traería más mal que bien. Con el tiempo aceptaría los hechos: no tendría más remedio. Hasta entonces, lo mejor era dejar estar el asunto. Tenían cosas más urgentes de las que ocuparse.

-Bien -dijo-, sean cuales sean las razones que tuiera Keridil para hacer lo que hizo, hiciste bien en avisarme. Será mejor que lo encontremos sin más dilación.

Los dos hombres salieron al patio del Castillo y se dirigieron hacia una avenida entre columnas que flanqueaba el muro norte. El patio era un pozo enorme y silencioso de profundas sombras, que empequeñecían el brillo de la linterna de Chiro; los antiguos muros negros parecían abrumarlos y la más pequeña de las dos lunas, casi llena, brillaba como un ojo helado y aislado. Encogiéndose para hacer frente al viento ligero pero frío, Carnon echó un vistazo a la enorme y tenue mole de una gigantesca torre, la más septentrional de cuatro colocadas en los puntos cardinales del Castillo. No se veía ninguna luz, pero atisbó -o imaginó que atisbaba, no estaba seguro- un resplandor peculiar en el aire, en torno al pináculo de la torre, como si alguna energía no terrenal hubiera cobrado vida por un instante. Desvió la mirada y no hubiera pensado más en ello, pero de repente Chiro se detuvo y su frente se arrugó levemente.

-Chiro...

El adepto alzó una mano. Parecía estar escuchando, aunque Carnon sólo oía el silbido del viento en las parras que trepaban por los muros del Castillo y, a lo lejos, el omnipresente murmullo del mar. Pero entonces, transcurridos unos segundos, también él escuchó, o más bien lo sintió. Una vibración, débil, pero que aumentaba, que parecía emanar de las baldosas bajo sus pies, recogida por las viejas piedras y transmitida a sus huesos.

Chiro miraba al cielo, y muy pronto el médico hizo lo mismo. Un halo fantasmal de colores oscuros y ligeramente irreales comenzaba a rodear la luna, cuya silueta había comenzado a deformarse como si su luz estuviera siendo refractada y distorsionada. Entonces Carnon vio que algo se movía contra el fondo negro peltre del cielo, ocultando las estrellas, tiñendo la noche de inquietantes tonos que parecían encontrarse en el límite del espectro visible. La vibración ganaba intensidad y ya era casi audible, como un lejano y tembloroso lamento. Consternado, Carnon cogió a Chiro del brazo.

-Dioses, Chiro, ¿cuánto tiempo ha pasado?

-Dos años. Quizá más. Casi había olvidado cómo eran...

-¿No podría tratarse de una tormenta normal?

-No. -La larga experiencia había enseñado a Chiro que no había, ni podía haber, comparación entre una tormenta natural y el fenómeno, con una antigüedad de eones, que ahora se dirigía hacia ellos procedente del norte. La más vieja y la más enfática de las manifestaciones del poder dirigido por el Caos; la voz, decían algunos, de los mismos dioses.

-No -repitió-. Que no te quepa duda, Carnon. Se acerca un Warp.

Hacía sesenta años, antes del Cambio, las enormes tormentas sobrenaturales conocidas como Warps habían sido el azote del mundo. En una edad gobernada únicamente por los siete dioses del Orden, los Warps habían sido la única manifestación superviviente del Caos, cuyos señores consiguieron, contra viento y marea, mantener aquella cabeza de puente a pesar de todos los esfuerzos de los humanos siervos del Orden por erradicarla. Desde la titánica y catastrófica batalla que significó el fin del gobierno del Orden, el triunfante regreso de los dioses del Caos y, por último, el establecimiento de un nuevo equilibrio entre las fuerzas en eterno conflicto, el terror de los Warps había disminuido; porque, allí donde los señores del Caos habían sido en otros tiempos temidos y vilipendiados, ahora eran reverenciados junto a sus opuestos del reino del Orden. Y nadie -excepto, recordó Carnon, los últimos supervivientes de la era pasada, cuyo número disminuía de año en año- podía recordar ahora cómo era antes el mundo.

Pero, a pesar de su conocimiento y experiencia, que le decían que no tenía nada que temer, algo parecido a una memoria ancestral se despertó en su interior en cuanto el primer heraldo del Warp silbó en sus tuétanos y, al mirar intranquilo a Chiro, vio que éste experimentaba la misma inquietud. Los Warps se habían vuelto muy raros en las últimas décadas: los dioses habían cumplido su promesa y no hacían ostentación de su poder en el mundo mortal sin una buena razón para ello. Aquello no encajaba con el esquema establecido y a Carnon no le gustaba.

-¿Por qué ahora, Chiro? -dijo en voz muy baja-. ¿Por qué ahora, cuando ha pasado tanto tiempo?

Chiro le lanzó una mirada inquieta. Sobre sus cabezas, de repente, un resplandor de brillante luz carmesí rasgó los cielos, silencioso pero lo suficientemente chocante para hacer que Carnon se sobresaltara al ver el rostro de su compañero iluminado por un instante. Lejos, muy lejos, el rugido vibrante comenzaba a tomar la forma de un sonido que recordaba a ululantes voces atormentadas.

-No lo sé -dijo el adepto, tenso-. Pero se me ocurre pensar que alguien ha llamado y el Caos ha respondido.

En el cielo se iban formando bandas de tenue color, girando lenta pero firmemente, como los radios de una enorme rueda fantasmal cuyo eje quedaba más allá del horizonte septentrional. Otro resplandor, de un azul verdoso enfermizo, puso de crudo relieve el patio, y una red de estrías de plata centelleó a través de la noche. Los dedos del médico, que seguían aferrando el brazo de Chiro, se tensaron sin querer.

-¿Crees que Keridil puede...?

-¿Haber invocado al Caos? Lo dudo, amigo mío. No creo que lo haya hecho Keridil precisamente. Pero, si está intentando realizar un rito, ¿quién puede decir lo que podría acudir a su llamada? -Su mirada se hizo más acerada al contemplar la avenida-. Creo que no debemos perder más tiempo.

Apretaron el paso y alcanzaron las columnas enseguida, para ponerse bajo el abrigo de los arcos. En el extremo del paseo había en la muralla una puerta pequeña y en apariencia insignificante; al acercarse vieron que estaba entreabierta y entraron por ella. Una escalera de caracol descendía; los escalones estaban gastados por el paso del tiempo, y Chiro blasfemó cuando casi perdió pie a la incierta luz de la linterna. Aquí, rodeados por los cimientos del Castillo, los sonidos quedaban apagados, pero la vibración seguía presente con fuerza y la creciente intensidad del Warp podía sentirse como una presencia casi física.

-Habrá gente que no dormirá esta noche en el Castillo -observó Carnon, intentando disimular su propia inquietud con un comentario intrascendente.

Chiro lo miró pero no dijo nada. Consciente de su desaprobación, el médico guardó silencio y siguieron bajando hasta llegar al final de la escalera y a otra puerta rematada por un arco. Tras ella se hallaba la biblioteca del Castillo, silenciosa y oscura, con su atmósfera impregnada del familiar olor del cuero, el polvo y los viejos pergaminos. Andando con cuidado para no tropezar con alguna de las mesas de lectura, Chiro atravesó la estancia en dirección a una esquina llena de telarañas donde se encontraba una tercera puerta, negra como la piedra que la rodeaba y casi petrificada de puro antigua, que comunicaba la biblioteca con un pasadizo estrecho de extraña simetría. En el umbral, Chiro se detuvo un instante para hacer con los dedos un gesto rápido y reflejo que indicaba respeto a los catorce dioses, y luego siguió avanzando.

Al punto, el pasadizo comenzó a bajar perceptiblemente. Un resplandor de luz grisácea impedía la oscuridad absoluta, y fue ganando cada vez más intensidad hasta hacer innecesaria la linterna. Chiro apagó la llama y continuaron hasta que la luz se convirtió en un brillo fluorescente y su destino, la última puerta, apareció ante ellos.

Por lo que Carnon sabía, nadie había averiguado nunca la naturaleza del metal que constituía la puerta que se abría al Salón de Mármol. Más duro que una gema, pero con una calidez peculiar al tacto, brillaba suave, firmemente, arrojando sombras alargadas tras los dos hombres plantados ante la puerta. El único adorno de la puerta era una cerradura sencilla pero efectiva; la llave sólo la tenía el Sumo Iniciado, pero, antes de que la puerta cediera ante el empujón tentativo de Chiro, Carnon ya había supuesto que aquella noche no haría falta la llave. Keridil debía de saber que iban a venir; si no ¿por qué habría alertado a Chiro de sus intenciones? Para tener un testigo de confianza, o para sentirse acompañado. No había querido estar totalmente solo en lo que intentaba hacer.

La puerta giró sobre silenciosos goznes, y Carnon lanzó un involuntario suspiro al contemplar el Salón de Mármol. Por muchas veces que hubiera entrado en aquel lugar, desde que había sido iniciado

Librodot

en el Círculo, el asombro que le producía no podría verse nunca disminuido por la familiaridad. Aquél era el santuario más íntimo del Círculo, el corazón de su fortaleza, el principal manantial de su poder. Las manos que lo habían construido en una lejana época perdida no habían sido completamente humanas; las dimensiones que contenía escapaban a la capacidad humana de comprensión. Era el lugar del más sagrado culto, prohibido a todos excepto a los iniciados y que ahora sólo se utilizaba para los rituales más elevados y solemnes.

Una luz que pulsaba lentamente inundaba la sala, una niebla de colores pastel que brillaba como reflejos sobre aguas tranquilas. Esbeltas columnas de piedra se alzaban aquí y allí, surgiendo del suelo de mosaico, con sus capiteles ocultos por la niebla, mientras que los confines de la estancia se perdían en la neblina. Los documentos más antiguos e incompletos de la biblioteca apuntaban de manera indirecta el hecho de que la estancia no obedecía completamente las leyes conocidas del tiempo y el espacio, y Carnon sintió a su alrededor una inmensidad que parecía desafiar las limitaciones físicas.

-¿Debemos entrar? -inquirió en un susurro, mirando a Chiro.

El adepto asintió.

-Sí, pero con cautela. Preferiría no molestar al Sumo Iniciado a menos que no nos quede otro remedio.

Comenzaron a andar despacio y en silencio. Al avanzar, algo surgió ante ellos en la niebla: siete formas, enormes pero indefinidas, y, aunque sabía lo que eran y las había contemplado muchas veces, Carnon sintió una punzada conocida en el estómago. Siete estatuas, que doblaban con creces la estatura de un hombre y representaban a dos figuras, espalda contra espalda, que se mezclaban de una manera extraña y vagamente inquietante. Las figuras tenían apariencia humana, pero un examen más detallado revelaba en ellas el aire de algo mucho más allá de la mortalidad. El halo especial de los orgullosos rostros, la definición de los huesos esculpidos, la desdeñosa lejanía en los tranquilos ojos y en las curvas bocas: todo ello hablaba de una inspiración profundamente arcana detrás de la maestría de sus creadores. Los mejores artesanos del mundo habían esculpido aquellas estatuas en homenaje al amanecer del Equilibrio, y ahora los siete señores del Orden y los siete señores del Caos miraban eterna y enigmáticamente a los adeptos que les rendían culto en este lugar.

Carnon se había detenido y seguía mirando las estatuas casi hipnotizado. Entonces la mano de Chiro se posó en su brazo y lo hizo volver bruscamente a la realidad.

-Allí -susurró Chiro-, junto a la estatua más alejada.

Carnon miró y vio una figura solitaria agachada ante la séptima escultura. La cubría una capa con ribete de piel, que parecía demasiado grande para su frágil cuerpo, y largos mechones de cabellos blancos caían sobre sus encorvados hombros. Estaba inmóvil y silencioso, pero Carnon tuvo la certeza de que era consciente de la presencia de los dos hombres. Se sintió incómodo de repente y miró a Chiro, inseguro.

-Chiro, estamos entrometiéndonos. Quizá sería mejor que nos retiráramos.

Antes de que Chiro pudiera responder, la figura envuelta en la capa alzó la cabeza y miró por encima del hombro. Incluso a aquella

distancia eran visibles los efectos de la emoción en su rostro, y Carnon se sintió avergonzado al saber que habían interrumpido un instante tan íntimo. Pero, cuando iba a retroceder, el hombre agachado se enderezó torpemente y se volvió hacia ellos.

Keridil Toln, Sumo Iniciado del Círculo durante sesenta años y miembro del triunvirato que gobernaba el mundo, miró a sus dos mejores amigos. Luego, inquisitivamente, dijo:

-¿Chiro? -Su voz, tan frágil como su cuerpo, provocó ecos susurrantes en toda la estancia.

Chiro inclinó la cabeza.

-Sumo Iniciado..., perdonadnos. No teníamos intención de molestaros. No obstante, estábamos preocupados.

-Claro. -Keridil hizo un vago gesto de apaciguamiento-. Aprecio tu preocupación. -Su mirada se posó en Carnon-. Y la tuya, Grevard. Sois muy amables.

Carnon y Chiro intercambiaron incómodas miradas al reconocer el nombre. Grevard había sido el médico principal del Castillo antes de que ninguno de los dos naciera, y un buen amigo del Sumo Iniciado durante los turbulentos tiempos del Cambio. Pero Grevard llevaba muerto cuarenta años; era un viejo fantasma que Carnon creía ya olvidado incluso en la confusa mente de Keridil.

Se adelantó y cogió con suavidad el brazo del Sumo Iniciado, para proporcionarle a Keridil el apoyo que su orgullo le impedía solicitar. Los ojos de color avellana de Keridil, descoloridos por la edad pero todavía intensos y atentos en el rostro hundido, se encontraron con los de Carnon.

-Ella no ha venido -dijo el anciano-. Pensé que esta vez sería distinto, pero... no. No pude alcanzarla.

-Keridil -Chiro se había colocado al otro lado del Sumo Iniciado-, se acerca un Warp. Si vuestro asunto aquí ha concluido creo que sería mejor que saliéramos de la estancia.

-¿Un Warp? -Por un instante, un antiguo recuerdo pareció agitarse, pero luego desapareció y Keridil frunció el entrecejo-. Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad?, desde la última vez que tuvimos una visita semejante. -Se volvió a mirar las estatuas-. Me pregunto si... pero no. -Meneó la cabeza-. No cambiará nada, ahora no.

Miró a Chiro y se dio cuenta, sin importarle, que ahora sus ojos estaban al mismo nivel. Chiro no era muy alto; no hacía muchos años, Keridil le sacaba la cabeza. Pero la edad había agostado su estatura del mismo modo que había agostado su mente. Sonrió con tristeza al adepto.

-Creo que por fin he perdido el talento que tenía, Chiro. Sabía que llegaría ese día, pero intenté resistir. Creo que fue un error.

-Keridil...

-No, no, escúchame y no intentes ser amable. Tengo ochenta y cuatro años y mis facultades empiezan a vacilar. -La sonrisa se tiñó de desprecio hacia sí mismo-. Soy muy consciente de que hace un momento le he dado a Carnon el nombre de un muerto, y también soy consciente de que he tenido otros lapsos parecidos en los últimos meses. Y esta noche me he enfrentado a la confirmación definitiva de mi declive -añadió, señalando las estatuas tras ellos-. Esta noche intenté

celebrar un Rito Superior, algo que he hecho más veces de las que pueda recordar, pero esta vez no pasó nada. Ni trance, ni exaltación psíquica: nada. Se acabó, amigo mío. Mi capacidad como mago, mi poder... se acabó.

-Keridil -Chiro le cogió la mano y sintió la fragilidad apergaminada de su piel-, me apena oíros decir algo semejante. Sois un adepto de séptimo grado, el más alto...

-Ahora sólo de nombre, Chiro. Tu lealtad me conmueve, pero hay ocasiones en las que la lealtad debe ceder ante la razón. Ya no tengo la capacidad que un día poseí de invocar los poderes. Ya no puedo representar un papel útil en nuestras actividades ocultas. A partir de ahora alguien deberá representarme en todos los ritos del Círculo.

Chiro miró a Carnon en busca de ayuda, pero el médico no quiso devolverle la mirada. Sin saber qué hacer, Chiro dijo:

-¡Keridil, un fracaso no significa necesariamente que vuestros poderes os hayan abandonado!

-Oh, creo que sí. Y al menos en esto creo que puedo confiar en mi instinto.

El Sumo Iniciado se volvió otra vez para contemplar las siete estatuas. Desde el plinto central, los dos dioses supremos contemplaban en silencio la estancia. Los rasgos aquilinos y crueles, aunque con cierto toque de humor, de Yandros del Caos contrastaban fuertemente con la serenidad severa de Aeoris del Orden. Pero la atención de Keridil no se centraba en los dioses supremos. Estaba fija en la séptima y última escultura. Uno de los rostros de esta estatua tenía un cierto parecido con Yandros, pero los ojos eran más felinos, la boca más estrecha y la expresión más contemplativa. Lentamente, el Sumo Iniciado se acercó a la estatua y se quedó frente a ella, observando los inmóviles rasgos esculpidos.

-Le quitaste la vida -dijo, y su voz fue repentinamente más dura, la fragilidad reemplazada por el dolor y la ira-. Podrías reunirnos. Tienes ese poder. Pero mantienes tu silencio. Sesenta años y todavía guardas silencio, no importa lo que yo haga. Incluso esta noche, cuando pensé que por fin tendría una respuesta, no me has dicho nada; sólo has hecho que me dé cuenta de que no me queda ni poder ni fuerza para ni siquiera invocarte. ¿Es ésta tu última burla? ¿Ésta es tu venganza?

Chiro y Carnon no osaron mirarse. Aunque aquélla era la primera vez que ambos presenciaban los ritos privados de Keridil en el Salón de Mármol, sabían de ellos hacía tiempo y también conocían la amarga historia de Sashka, que había sido su prometida antes del Cambio. Su nombre nunca se pronunciaba en el Castillo, pero la historia de cómo -y por qué- había muerto no era ningún secreto. Keridil había vivido con aquel recuerdo desde entonces, pero nunca había podido borrar la esperanza, por fútil que fuera, de que un día los poderes del Caos, que se la habían arrebatado, le permitirían regresar. Y durante todos aquellos años no había deseado a otra mujer.

De pronto, los hombros del Sumo Iniciado se doblaron, como aceptando la derrota completa. Dio la espalda bruscamente a la estatua, y Carnon se adelantó con celeridad, porque parecía que el anciano fuera a perder el equilibrio y caer. Miró a Keridil al rostro, preocupado, y por un momento vio que éste no lo reconocía. Luego, en

un instante, la mirada perdida del Sumo Iniciado se borró; parpadeó, sonrió, y Carnon se dio cuenta de que no recordaba lo que acababa de pasar.

-Carnon, ¿pasa algo? -preguntó Keridil.

-No..., nada. Estabais... -Carnon se aclaró la garganta-. Hablabais de asuntos del Círculo, de los ritos. -Dirigió una mirada admonitoria a Chiro para que éste no dijera nada.

-Ah, sí. -El rostro de Keridil adquirió por fin una expresión serena-. Como decía, en esto puedo confiar en mi instinto. Te elijo a ti, Chiro, para que seas mi sustituto -dijo, mirando al adepto-. Creo que sabes, mi buen amigo, lo que quiero decir, ¿verdad?

Chiro fue incapaz de mirar a Carnon o de ofrecer una respuesta. Clavó la vista en el suelo, y el Sumo Iniciado siguió hablando con voz suave.

-También quiero que escribas dos cartas en mi nombre, Chiro. Una para el enviado personal del Alto Margrave en la Isla de Verano y otra para la Matriarca en Chaun Meridional. Ruégales que acudan a la Península de la Estrella tan pronto como sus obligaciones lo permitan. -Vio la expresión apenada de Chiro y añadió-: Sé que no es una tarea que te agrade, pero el protocolo de estos asuntos impide que las cartas sean de mi puño y letra.

-Sumo Iniciado, yo... -Chiro calló, comprendiendo que no había nada que decir.

Keridil flexionó los hombros.

-Bien. Debe de ser tarde y os estoy entreteniendo. -Contempló la niebla pulsante que los rodeaba en la estancia-. Volveré a mis aposentos y quisiera que vosotros hicierais lo mismo. Lamento haber interrumpido vuestro descanso durante tanto tiempo.

Apartó la mano de Carnon, con educación pero con firmeza, y comenzó a andar con dignidad hacia la puerta.

-El Warp puede estar ya encima de nosotros -comentó, deteniéndose-. Será emocionante presenciar uno después de tanto tiempo. Pero desde un mirador seguro, ¿eh, Chiro?

-Sí, señor -repuso Chiro débilmente-. Desde un mirador seguro.

Bastante después de que la segunda luna hubiera desaparecido en el oeste, una solitaria luz seguía ardiendo en una ventana del ala norte del Castillo. El Warp había llegado aullando, como un furor de brillo y truenos, y había seguido en dirección al sur, pero Keridil Toln seguía sentado junto a la ventana de su habitación más íntima, con el codo apoyado en el alféizar de piedra, agachado sobre su única vela, contemplando la noche. Faltaba poco para el amanecer, pero no sentía necesidad de descansar. Su deseo y necesidad de sueño habían ido menguando con los años, y aquél era el único momento del día en el que podía estar verdaderamente a solas, sin las constantes interrupciones de los bienintencionados siervos o adeptos.

Aunque se sentía agradecido por la preocupación mostrada por Carnon y Chiro, le alegraba que se hubieran marchado. Aquella noche no había estado precisamente en forma; mencionar a Grevard había sido un error imperdonable, y esperaba que ése hubiera sido el peor de los errores cometidos. Aquellos lapsos eran cada vez más frecuentes; Carnon decía que eran una consecuencia inevitable de su declinar, pero

Keridil seguía encontrándolos muy frustrantes. La mayor parte del tiempo seguía tan lúcido como siempre, pero empezaba a ser imposible saber cuándo su mente se deslizaría de nuevo a aquella cenagosa tierra de nadie entre la realidad y la imaginación, confundiendo el pasado y el presente en una mezcla imposible.

No debería haber ido al Salón de Mármol aquella noche. Debería haber aceptado la realidad hacía tiempo: que ni todas las plegarias y rituales del mundo podrían conseguir lo único que anhelaba y que permanecería para siempre fuera de su alcance. Pero, en vez de eso, se había mostrado tenaz, no había querido escuchar a su propia voz interior que lo prevenía, y acababa de sufrir la humillación definitiva al darse cuenta de que ya no podía controlar ni siquiera las habilidades más sencillas de lo oculto. Su poder -tal y como lo había disfrutado- había desaparecido.

Por un instante consideró la posibilidad de salir de aquella habitación, ensillar un caballo y alejarse por la elevada calzada que unía el Castillo con el continente, sin decir nada a nadie. No importaría el destino: sería sencillamente degustar por última vez la libertad. Pero no; pensando con realismo, dudaba de tener las fuerzas para ensillar un caballo sin ayuda, mucho menos para montarlo. Y ser egoísta ahora, cuando el final estaba tan cerca, sería eludir su última obligación.

El deber. Sonrió al pensar en ello. Durante más de sesenta años, desde que la muerte de su padre lo había lanzado -joven, inexperto e idealista como era entonces- al papel de cabeza de lo oculto y lo religioso en el mundo, había antepuesto el deber a todo lo demás. La obligación de seguir el ejemplo de su padre, el deber para con el Círculo, el deber para con la tradición...

Se movió un poco, y, a la luz de la vela, algo brilló en su hombro con un pequeño destello dorado. Keridil miró y vio que todavía tenía prendida a su capa ribeteada de piel la insignia del rango de Sumo Iniciado. La tocó, palpó los contornos del símbolo que incluso después de tantos años no acababa de aceptar del todo. Una estrella de siete rayos forjada en filigrana dorada, y un rayo dorado que partía la estrella. En los días antiguos el rayo iba encajado en un doble círculo, pero desde el Cambio se acordó que el emblema estrellado del Caos debería fundirse con el del Orden con el propósito de simbolizar la postura oficial del Círculo como servidores de los dos titánicos poderes.

Keridil, que había mirado a la cara tanto a Aeoris del Orden como a Yandros del Caos, sabía que, en lo más hondo de sí, su aceptación externa del Equilibrio era una farsa. Mucho tiempo atrás, cuando el Caos había resultado victorioso en la última batalla por la supremacía entre los dioses, había respondido al burlón desafío de Yandros a su lealtad prometiendo que no cambiaría de bando para salvar el cuello o el alma. Había mantenido ese juramento durante más de medio siglo, lo que era un rescoldo de alivio en sus últimos días. No sabía qué sería de él después de muerto. Pero su conciencia, al menos, estaba tranquila.

¿O no? De pronto, un lejano recuerdo apareció en la divagadora mente de Keridil. Un compañero iniciado, su amigo de la infancia, traicionado, no por el deber que había sido el yugo de toda su vida, sino por los celos amorosos. Un amigo que, triunfante al fin y revelando su verdadero poder, había intercedido ante Yandros para salvar la vida de

Keridil y devolverlo a su lugar en la Península de la Estrella.

Y que había matado a la única mujer que Keridil había amado.

La vela chisporroteó y silbó. Keridil parpadeó y advirtió a su pesar que las lágrimas habían empezado a correr por su rostro, hasta caer sobre el alféizar. Lágrimas. Dioses, eran el último refugio de un anciano. Pero ¿por qué no habría de llorar? ¿Por qué no habría de guardar luto por ella? Fuera lo que fuese: una conspiradora, una traidora, incluso una asesina... Oh, sí, de nada servía negar la verdad; todos en el Castillo conocían la historia. También había sido hermosa y encantadora, y él la había amado. Pero había muerto de manera horrible, tremenda, castigada por el mal que su retorcida mente había traído. Todas las ceremonias, todos los rituales, todas las plegarias que su alma repudiaba incluso en el mismo momento en que las formulaba, no habían servido para hacerla regresar, porque sólo el Caos tenía ese poder, y el Caos no era amigo de Keridil.

¿No es amigo?

No fue un sonido; fue un hálito intangible y sobrenatural que pareció deslizarse por la habitación en silencio, acariciando la superficie de la conciencia de Keridil, sobresaltándolo como si fuera un animal sorprendido por el cazador. Esa voz -eran imaginaciones suyas, nada más, se dijo a sí mismo- resultaba terriblemente familiar. No era la voz de Sashka, que ya no podía recordar, sino otra, una que nunca podría olvidar.

Keridil se volvió de espaldas a la ventana y miró la habitación envuelta en sombras.

-¿Tarod...? -preguntó en voz baja.

Sólo el silencio le respondió. Los doseles de la cama se estremecieron como movidos por una brisa y luego volvieron a quedar inmóviles. No había una presencia sobrenatural, ni una mano invisible en el pomo de la puerta, ni el brillo de unos felinos ojos verdes o la suave risa y la negra luz del Caos abriéndose paso a través de la máscara humana. Tarod, cuyo cuerpo mortal había ocultado el alma de un dios, que había enviado a Sashka a su perdición, estaba tan ausente de aquella habitación como de la fría piedra de la estatua en el Salón de Mármol unas horas antes. Tarod habitaba ahora en otro reino; no escuchaba, no respondía. No tenía nada que decir.

La vela goteó de pronto -nada más que una gota- y se apagó. La oscuridad se cernió sobre la habitación y borró la débil e insustancial sombra de Keridil, quien por un momento agradeció las tinieblas, porque eran un lugar donde podía ocultarse.

Pero nada ganaría sentado allí sin propósito alguno. No había tenido ni visiones ni visitas; pronto el sol saldría y comenzaría otro día. Otro día. Ya no quedaban muchos más. Mañana, el bueno y leal Chiro escribiría las dos cartas y las aves mensajeras las llevarían hacia el sur. Sus destinatarios entenderían el significado del mensaje y vendrían para ayudarlo a escoger al hombre que, pronto, ocuparía su lugar. Keridil estaría contento, muy contento, de abandonar por fin su pesada carga.

Se puso en pie y se acercó lentamente a la cama. Aunque no le llegara el sueño, por lo menos estaría más cómodo entre las frescas sábanas y almohadas, y quizá durante un breve lapso podría descansar

Librodot

sin soñar con cosas que era mejor olvidar.

Librodot

CAPITULO 2

-No debería haber venido. -La superiora Fiora se asomó un poco desde el rincón de la chimenea para observar a la chica, que, ayudada por una novicia de hábitos blancos, subía lenta y torpemente la escalera que llevaba al primer piso de la posada-. Lamento si hablo fuera de lugar, Matriarca, pero tan sólo expreso lo que todas nosotras hemos pensado. No está en condiciones de viajar. Por su bien y el de la criatura, deberíamos dejarla aquí y partir mañana sin ella.

Las otras dos hermanas que compartían la mesa habían bajado la mirada porque no querían entrar en la discusión. A Ria Morys no le hacían falta sus capacidades de vidente para saber lo que pensaban y apartó su plato con un suspiro, al tiempo que hacía un gesto para que alguien llenara de nuevo su copa de vino.

-Lo sé, Fiora. Y, si pudiera hacer que el tiempo retrocediera, cambiaría mi decisión y haría frente a los berrinches que se producirían. Pero ahora es demasiado tarde. Si la dejamos aquí, alguien deberá quedarse con ella, y tú eres la única sanadora de nuestro grupo. No puede ser. Nadie más es lo bastante veterana como para ocupar tu lugar en la conferencia. -Bebió un poco de vino, y frunció el entrecejo tanto por el gusto ligeramente rancio como por sus incómodos pensamientos-. Sea acertado o no, Avali debe acompañarnos al Castillo.

Fiora resopló y apretó sus regordetas manos.

-Pero, Matriarca, hablando como sanadora, debo resaltar el hecho de que...

-No. -Ria no utilizaba aquel tono a menudo, pero cualquier hermana de la congregación de Chaun Meridional, desde la más alta superiora a la novicia más joven, sabía que en esas ocasiones más valía no discutir. Algunos parroquianos de las mesas cercanas se volvieron curiosos, para apartar luego la vista rápida y respetuosamente; el posadero lanzó una mirada ansiosa desde detrás del mostrador. Fiora se sonrojó.

-Hermana Fiora, aprecio y comparto tu preocupación. -Ria bajó el tono de voz y colocó las palmas de las manos sobre el mantel con firmeza-. Pero Avali está aquí y ya tengo suficientes preocupaciones como para además hacer frente a una larga lista de «síes», «peros» y «no obstantes» acerca de por qué no habría de estar. Me complacerás, por favor, si no vuelves a hablar del tema.

Siguió un embarazoso silencio.

-Sí, Matriarca -dijo Fiora al cabo.

En ese instante apareció una sirvienta para retirar los platos y preguntar si deseaban algo más. Su llegada rompió el embarazoso silencio y Ria, agradecida, se echó hacia atrás en su silla y apoyó la cabeza contra el cálido muro de piedra de la chimenea mientras intentaba con disimulo aliviar la tensión de su espalda. Estaba agotada, lo sabía; en contra de las predicciones, el clima no se les había mostrado favorable, y once días de viaje a través de tormentas de granizo y vientos gélidos habían mermado su energía. Mañana les esperaba el desfiladero y prometía ser el peor día de todos, pero al

Librodot

anochecer -si no pasaba ninguna desgracia, y en todo caso más valía no pensarlo- habrían alcanzado su destino.

Y entonces habría otra clase de preocupaciones a las que enfrentarse.

La sirvienta se retiró en silencio y durante unos minutos reinó una tranquilidad amigable, tan sólo teñida por las consecuencias de la discusión. Ria cerró los ojos y se dio cuenta de que podría dormirse con facilidad, a la vez que comprendía que, por una cuestión de dignidad, no debía hacerlo. Sospechaba que, desde hacía unos meses, roncaba al dormir, aunque no tenía un marido que lo confirmara y ninguna de sus correligionarias, en caso de oírla, se atrevería nunca a mencionárselo. Otra señal de la edad, pensó con amargura. Sería impensable que la Matriarca de la Hermandad se quedara apoltronada, roncando y gruñendo como un animal ahito, en una posada repleta de viajeros. Sería mejor acostarse. Los días de otoño eran cortos en estas latitudes septentrionales, y deberían ponerse en camino al amanecer si querían terminar su viaje sin una nueva parada.

Se levantó, con una gracia que sólo se veía algo reducida por la edad y, sonriendo, dio las buenas noches a sus compañeras. Las hermanas se pusieron en pie y se inclinaron ante ella; los cuatro hombres de escolta que les había ofrecido el Margrave de Chaun Meridional saludaron con solemnidad. Sin ella presente, se relajarían y hablarían con más tranquilidad, pensó Ria, y podría aprovechar la oportunidad para visitar a Avali y ver si todo iba bien.

El posadero, agradecido e impresionado por albergar a la Matriarca, había ofrecido a Ria su mejor habitación, que ocupaba una zona orientada al sur y por lo tanto en la parte más protegida del piso superior del edificio y que además estaba lo más alejada posible de la ruidosa sala del bar. Para no ofenderlo, Ria había reorganizado con disimulo la disposición de habitaciones, ofreciendo su habitación a Avali, ocupando ella una pequeña habitación adyacente y colocando a Fiora al otro lado por si hacían falta sus servicios. Ahora, rechazando amablemente el ofrecimiento de una sirviente de iluminar su camino, abrirle la cama y encender el fuego, subió por los escalones de madera que crujían bajo sus pies y se dirigió -con precaución, puesto que el suelo era viejo e irregular- a la puerta de Avali. Llamó y entró.

Avali estaba en la cama. Su rubia melena le cubría los hombros, y el bulto de su vientre era claramente visible, tapado por las mejores mantas del posadero. La novicia que le hacía compañía y que estaba preparando las ropas de viaje para la mañana se inclinó ante Ria y, obedeciendo un gesto de ésta, salió de la habitación y las dejó solas.

-Bien, Avali -Ria se sentó en el borde de la cama y extendió las manos hacia el fuego que chisporroteaba en la chimenea-, ¿estás cómoda? ¿Tienes todo lo que necesitas?

Avali hizo una mueca.

-La cama es dura. Aunque es mejor de lo que esperaba encontrar en esta región; al menos eso creo.

Ria sonrió débilmente.

-La Tierra Alta del Oeste no es una de las provincias más refinadas.

-No. A menudo me pregunto por qué el Círculo eligió ocupar un lugar tan desolado, cuando podrían haber ido a Chaun Meridional, a

Shu o incluso a Wishet.

-Fue una elección de los dioses, niña, no de los hombres -le recordó Ria-. No te preocupes; mañana, cuando lleguemos al Castillo, todo cambiará.

Avali era lo bastante inteligente para entender el suave reproche. Vaciló un instante; después su expresión se transformó en una sonrisa dulce y de autodesprecio, tan sólo ligeramente teñida de travesura.

-Lo siento, tía. He sido una pesada carga para ti durante estos meses, ¿verdad?

La sonrisa y el gesto de la cabeza ladeada recordaban tanto a su padre, el hermano menor de Ria, que la Matriarca no pudo mantener su enfado. Avali había heredado aquel encanto natural que lograba que, incluso cuando se mostraba más exasperante, desapareciera toda furia contra ella. Ria suspiró y se dio por vencida.

-Yo no diría tanto, querida. Pero estaré agradecida cuando este... interludio, digamos, haya terminado. -Alisó una esquina de la colcha, que estaba arrugada-. De todos modos, sigo pensando que hubiera hecho mejor en mantenerme firme y no permitir que me acompañaras en este viaje.

-¡Oh, tía! -Avali la miró con una encantadora mezcla de arrepentimiento y pena-. Un acontecimiento como éste no se repetirá en mi vida. ¡Si me lo hubiera perdido no habría podido soportar la desilusión!

-Tus padres estarán más que desilusionados si te pasa algo -dijo enfáticamente Ria. Sabía muy bien que la queja de Avali era una mentira; a la chica no le interesaba la conferencia en la Península de la Estrella, pero había querido ir debido a una mezcla de curiosidad y capricho, aparte el hecho de que, tras cuatro meses en la atmósfera tranquila y ordenada del Matriarcado, estaba muerta de aburrimiento.

Avali se miró el vientre y mostró una expresión de disgusto.

-No me pasará nada, tía. Estoy asquerosamente sana y todavía faltan dos meses para que nazca el bebé. Aile, que es mi amiga más antigua... ya la conociste el año pasado en la festividad del Primer Día del Trimestre de primavera..., pues Aile montaba a caballo tan sólo quince días antes de que su hijo naciera.

-Tu amiga Aile tiene un marido que la cuida. Y no era tan tozuda como para intentar atravesar las montañas septentrionales en estado.

-Tú cuidas de mí ¿no es así? Y también la hermana Fiora. Todos saben que es la mejor sanadora de tres provincias. -La luz del fuego se reflejó en los ojos de Avali, al cambiar ésta de postura, y su mirada casi pareció maliciosa-. Querida tía Ria, ¿cómo no iba a venir? Para ver en persona al Sumo Iniciado, que anduvo con los mismos dioses hace tantos años...

-Y a quien no le gusta ahora que se lo recuerden -la interrumpió Ria con brusquedad-. Tienes la lengua demasiado suelta, niña. Ya te he dicho que todos esos acontecimientos no deben mencionarse en presencia del Sumo Iniciado y te agradecería que me obedecieras, al menos en eso.

-Sí, tía -repuso la joven, bajando la mirada-. Lo siento.

Aquella muestra de arrepentimiento no engañó a Ria ni por un instante, pero estaba demasiado cansada para insistir. Se puso en pie

rígidamente.

-Bien, entonces, si no necesitas nada más, será mejor que intentemos dormir. ¿Tienes a mano tu campanilla? -Miró la mesilla de noche y vio la campanilla al alcance de Avali-. Bien; pero, por favor, no molestes a la hermana Fiora a menos que sea realmente necesario.

-Claro. -Avali dio un beso en la mejilla a la anciana cuando Ria se inclinó sobre ella; era un saludo formal pero también cariñoso-. Buenas noches, tía.

Si hubiera sido una mujer más sabia, pensó irónicamente Ria, mientras apagaba la vela junto a su cama, no habría cometido el error de oponerse a la petición inicial de Avali de acompañarla a la Península de la Estrella. La chica se había mostrado tan tenaz en su resolución precisamente por aquel empecinamiento que mostraba en salirse siempre con la suya; si se le hubiera dicho que sí desde el principio, seguramente habría dejado de interesarse y se habría conformado con quedarse a salvo en la congregación de Chaun Meridional. Pero, al primer atisbo de oposición, Avali había usado todas las triquiñuelas de su repertorio; y, como su padre, tenía un repertorio considerable.

Ria pensó que, desde el principio de aquel asunto, debería haberle dicho a su hermano Paon que la imprudencia de Avali al quedarse embarazada sin haber pasado por el matrimonio no era asunto de la Hermandad y que, desde luego, no estaba preparada para acoger a la chica bajo su manto de manera que el bebé naciera sin publicidad, fuera entregado en adopción, y que luego Avali regresara al refugio familiar sin que sus perspectivas de casamiento quedaran afectadas. Debería haberse enfrentado a su hermano y no haberlo dejado abusar de los privilegios del rango de la Matriarca. Pero siempre había sido vulnerable ante los halagos de Paon, igual que ante los de Avali, y su generosa dotación para la congregación de la Matriarca había sellado su obligación. De manera que, cuatro meses atrás, Avali había llegado a Chaun Meridional con un tren de mulas de equipaje y, desde entonces, la tranquila y ordenada vida de Ria se había visto completamente alterada.

Y no era que Ria no quisiera a su sobrina. Si lo quería, Avali podía encantar a los pájaros en los árboles y, aunque había sido completamente malcriada por sus padres, su naturaleza, dulce en el fondo, todavía no se había estropeado del todo. Pero Ria no estaba de acuerdo con que los niños tuvieran la total libertad de que Avali siempre había disfrutado, ni, desde luego, con que los padres permitieran a sus hijas solteras ampliar sus experiencias mundanas teniendo amantes siempre que quisieran. Puede que fuera anticuada, pero nunca había podido aceptar el hecho, por muy asumido que estuviera en las clases altas, de que no significaba ninguna vergüenza que una chica tuviera uno o dos hijos antes del matrimonio, siempre y cuando no se permitiera que esos hijos se convirtieran en un obstáculo para el futuro de su madre. Los bebés no deseados podían ser adoptados con facilidad y olvidados, y Paon le había sugerido a Ria que la solución más apropiada sería que la Hermandad se hiciera cargo de Avali hasta el nacimiento y que después le encontrara al bebé un buen hogar. Si era niña, había sugerido, incluso podían adoptarla en la congregación y educarla como novicia de la orden.

Librodot

Al principio, Ria se había escandalizado ante aquella sugerencia. El bebé, había dicho, era el nieto de Paon; ¿es que él no tenía sentimientos? ¿Y qué tenía que decir Avali? Con paciencia -siempre la había tratado como si fuera su hermana menor, aunque en realidad era seis años mayor que él- Paon le había explicado que Avali no tenía ninguna gana de quedarse con el bebé y que no sería él quien la convenciera de lo contrario. Además, ¿qué mejor inicio en la vida podía desear un niño, y más un niño sin padre, que tener toda la riqueza y seguridad de la congregación de la Matriarca?

Fue aquella última observación, aparentemente sin importancia, la que acabó por convencer a Ria. Si ni su madre ni su abuelo estaban preparados para querer al infeliz niño, ella sí lo estaba. Reflexionó con cierto humor que ella, una solterona de toda la vida, con poca experiencia con los niños, no era precisamente la madre adoptiva ideal; pero no importaba. Su nieto o sobrino nieto sería acogido bajo su techo y ella haría cuanto estuviera en su mano por él.

Desde que había tomado aquella decisión, Ria se había preguntado con frecuencia si la razón no era un poco más egoísta de lo que estaba dispuesta a aceptar. Aunque en la Hermandad no se ponían impedimentos al matrimonio, las hermanas de más alto rango rara vez conseguían conjugar sus responsabilidades con las propias de tener marido y familia y, por lo que Ria sabía, todas las Matriarcas en la historia de la Hermandad habían sido solteras. Al dedicarse por entero a su trabajo, había sacrificado algo que la mayoría de las mujeres daban por hecho, y había una parte de su persona que lo lamentaba. El papel de Matriarca, como miembro del triunvirato que gobernaba el mundo, era solitario; más aún que el del Sumo Iniciado o del Alto Margrave, pues se suponía que ambos tendrían familia propia. Al fin y al cabo, eran hombres, y por un hecho de simple biología estaban menos implicados en la crianza de sus hijos. Para una mujer, por fuerza tenía que ser distinto, pero, aunque Ria siempre había aceptado su destino de buena gana, sus instintos maternales no estaban totalmente aplacados. Quizá, pensaba con un pequeño y desconocido sentimiento de orgullo, al fin podría dar salida a esos instintos con el hijo de Avali.

El fuego de la chimenea se estaba convirtiendo en brasas y tan sólo despedía un tenue resplandor rojizo que se reflejaba en las paredes encaladas y en el techo. Ria se arrebujó en la cama y se riñó por tener pensamientos que la mantendrían despierta. Si querían completar el paso del desfiladero en un día, no debía malgastar el precioso tiempo de descanso en aquellas cosas, o por la mañana no serviría para nada. «Duerme -se dijo con severidad-. Y deja de ser una vieja estúpida y sentimental.»

-Háblame del Sumo Iniciado, tía.

Ria volvió la cabeza y vio que la yegua gris de Avali se ponía a la altura de su caballo. Bajo el sol de última hora de la tarde que se colaba por el desfiladero, la cabellera de la chica parecía oro hilado y sus ojos brillaban excitados. La Matriarca sonrió.

-Querida niña, ¿qué podría decirte? -Apretó la boca fingiendo seriedad-. ¡Si hubieras prestado atención a tus tutores cuando eras pequeña, no tendrías ahora que pedirme que te recordara lo que debiste

Librodot

haber aprendido entonces!

Avali se rió, lo cual provocó miradas y sonrisas en los cuatro hombres armados que iban con la pequeña caravana.

-Oh, conozco toda la historia. ¡Mi profesor de historia decía que yo era su mejor alumna! Pero tú conoces en persona al Sumo Iniciado desde hace muchos años. De eso quiero que me hables.

Ria contempló la senda que serpenteaba ante ellos entre los riscos. Calculaba que llegarían al final de las montañas en una media hora o quizás algo menos; apenas tiempo suficiente para dar su punto de vista acerca del ser humano más inteligente, complejo y al mismo tiempo inefablemente triste que jamás hubiera conocido. Además, muchos de sus recuerdos estaban anclados en el pasado, y la carta de Chiro le había avisado que Keridil había experimentado un serio declive en los últimos meses. Tal vez era de esperar en alguien de su edad, pero Ria se lamentaba por el hombre que había sido.

-Oh, querida -dijo en voz alta-, ¿cómo puedo esperar condensar lo que Keridil Toln es, o fue, en unas pocas palabras? -Su caballo comenzó a salirse de la senda, atraído por uno de los pocos arbustos enanos que conseguían crecer entre el esquisto, y ella tiró de las riendas-. ¿Sabes?, es una de las pocas personas vivas que recuerdan los días anteriores al Cambio, cuando los dioses del Caos desafiaron el gobierno de los dioses del Orden y los mortales nos ganamos el derecho a adorar a quien quisiéramos.

-¿La época en la que se restauró el Equilibrio?

-Sí. -De manera que Avali no había descuidado del todo su catecismo, observó Ria-. En nuestras vidas no hemos conocido otra cosa que el *status quo.* Decimos que el Orden impera de día y el Caos por la noche, y que así es como debe ser. Pero intenta pensar cómo te sentirías si hubieras nacido en un tiempo en el que no había otros dioses que Aeoris del Orden y sus seis hermanos. -Alzó la mano en un gesto reflejo con los dedos separados, el tradicional signo de respeto hacia los dioses, antes de continuar-. Cuando Keridil Toln se convirtió en Sumo Iniciado, Yandros y los otros señores del Caos no tenían lugar en nuestro mundo. Habían sido desterrados. -Sonrió con un pequeño gesto mohíno-. Eran considerados demonios.

Avali abrió mucho los ojos y también hizo el gesto, como para protegerse del disgusto de los dioses.

-Como a todo hombre, mujer o niño, a Keridil le enseñaron a adorar únicamente el Orden y a despreciar el Caos como si fuera el mal -continuó Ria-. Por ejemplo, ¿sabías que antes nos llamábamos la Hermandad de Aeoris, y no la Hermandad a secas?

Avali negó con la cabeza.

-Oh, sí, nosotras también servíamos al Orden, y sólo al Orden, por muy extraño que pueda parecer en estos días ilustrados. Eso es lo que intento explicarte, Avali. Nuestro Sumo Iniciado fue educado para ver en el Caos a un enemigo, pero durante sesenta años ha sido el jefe religioso de un pueblo que rinde igual homenaje al Caos que al Orden. ¿Puedes empezar a imaginar lo que debe de haber significado para él?

Durante unos instantes no se oyó más que el ruido apagado y rítmico de las herraduras. Avali frunció el entrecejo mientras intentaba captar la importancia de lo dicho por la Matriarca, y Ria se dio cuenta,

con cierto pesar, de que su discurso no tenía verdadero sentido para la chica. Para la generación de Avali -y también para los seglares de la generación de Ria- el tiempo del Cambio quedaba demasiado lejano para tener importancia. Avali rezaba a Aeoris por la mañana y a Yandros al anochecer, asistía a los ritos del Primer Día de Trimestre que marcaban el cambio de las estaciones y la munificencia del Equilibrio, pero no tenía ningún interés adicional en la estructura religiosa del mundo. En aquellos días pacíficos los dioses no exigían nada más.

-Lo que intento explicarte, Avali -añadió Ria-, es que las experiencias por las que pasó Keridil Toln hace tanto tiempo deben de haberle dejado huella. Ha sido un Sumo Iniciado noble y excelente pero también creo que ha sido un hombre que ha estado muy solo. -Sonrió con ironía-. Mi posición me ha hecho relacionarme mucho con Keridil a lo largo de los años, pero no puedo decir que lo conozca realmente. -Hizo una pausa antes de agregar-: Dudo que alguien pueda decirlo.

Un resplandor en la periferia de su visión captó su atención en ese momento y alzó la vista para contemplar el sol, que, hinchado y carmesí en aquella estación y latitud, desaparecía detrás de los grandes bloques de granito que se alzaban a ambos lados del desfiladero. Quedó una franja de luz, ardiendo y perfilando de fuego los contornos de los riscos; después, súbitamente, el desfiladero quedó sumido en intensas sombras y un frío húmedo cayó sobre los viajeros como un manto.

Ria tembló. Muy arriba, el cielo seguía claro; el día terminaba deprisa, pero el tiempo, siempre impredecible en la provincia de la Tierra Alta del Oeste, se mantenía apacible. Agradeció en silencio la bondad de los dioses y luego miró a Avali. La chica también miraba el punto en el que había desaparecido el sol y su rostro tenía una expresión pensativa.

-El Sumo Iniciado nunca se ha casado, ¿verdad? -inquirió.

-No, nunca.

-Entonces no tiene un hijo que lo suceda.

-Es cierto.

-Y por ese motivo ha convocado la conferencia. -Apartó la vista de las cimas y la fijó con atención en Ria-. Para escoger un sucesor. Se muere, ¿no es cierto?

Ria cerró los ojos. Deliberadamente no le había contado nada a Avali acerca de los motivos de su visita al Castillo, pero ahora no parecía tener mucho sentido seguir disimulando, y se sintió presa de la desolación.

-Sí, niña -dijo en voz baja-. Se muere.

Delante de ellas, un caballo relinchó y se oyó el grito de un hombre; los ecos rebotaron en las paredes de los riscos y confundieron las palabras. Ria abrió los ojos y miró la senda, hasta ver al jefe de su escolta que le hacía gestos y sonreía.

-¡Matriarcal -esta vez lo oyó con más claridad-. Ahí está el fin del desfiladero. ¡Hemos llegado!

De pronto, Ria advirtió que le llegaba el olor del mar. Desapareció la sensación de tristeza y espoleó a su caballo, consciente de que los demás la seguían. La senda dobló una curva cerrada, y escuchó el suspiro de Avali, seguido por las voces de las hermanas más jóvenes cuando salieron de las sombras de las montañas y ante ellas divisaron

Librodot

la Península de la Estrella.

La cordillera se abría a una extensión de vertiginosas cimas, cuyas laderas marcaban el límite septentrional del mundo. Desde donde se encontraban los jinetes, comenzaba una pradera de verde césped que descendía suavemente hasta acabar en un contrafuerte que sobresalía del continente, sobre un océano que se extendía ante ellos hacia el infinito. Más allá de los riscos quedaba un vasto y resplandeciente horizonte desde el que el sol poniente parecía explotar como en el principio del mundo. El cielo se teñía de oro, ámbar y carmesí, fundiéndose con el enorme brillo de espejo del mar; las penínsulas e islas semejaban cicatrices en aquel gigantesco paisaje. Y más cerca, más oscuro que los riscos que contrastaban con el brillo ensangrentado del sol, se encontraba su destino.

El Castillo de la Península de la Estrella se alzaba en la cima pelada de un enorme y antiguo macizo de granito que surgía orgulloso del límite del contrafuerte. Las cuatro grandes torres cortaban la grisácea tonalidad del cielo, y su enorme sombra se cernía sobre el estrecho y peligroso puente de roca que separaba el macizo del continente.

Al contemplar el paisaje, Ria sintió emociones encontradas. El Castillo y su titánico telón de fondo eran una visión impresionante, y la impresión no disminuía con la familiaridad. ¿Cuántos cientos de generaciones de hombres y mujeres, ya fueran peregrinos, prisioneros o buscadores del conocimiento arcano, se habían parado en aquel mismo lugar y habían tenido la misma sensación de completa insignificancia que el Castillo había producido en su larga y turbulenta historia? No habían sido manos humanas las que habían colocado aquellas piedras inmensas y amenazadoras. Aunque durante siglos antes del Cambio había sido la fortaleza de quienes adoraban el Orden, el Castillo había sido creado en una época muy anterior al principio de la historia conocida, por un capricho de Yandros, el impredecible y veleidoso señor del Caos, y durante siglos -milenios quizá- sus habitantes habían gobernado un mundo enloquecido en el que el Caos era el único señor. Mucho tiempo había transcurrido desde aquellos días, y también desde los tiempos del reino sin oposición del Orden, pero, incluso ahora, la paz no parecía del todo asentada entre las torres y defensas del Castillo. Las negras murallas sin sol todavía conservaban un intenso eco de poder antiguo y ominoso que el tiempo había sido incapaz de borrar.

El caballo de Ria dio un paso a un lado, movió la cabeza impaciente, y la Matriarca se dio cuenta de que había permanecido inmóvil, absorta en sus pensamientos, durante algunos minutos. Sus acompañantes esperaban obedientemente una orden suya; se volvió hacia ellos, sonrió como disculpa e hizo un gesto hacia el vertiginoso puente de piedra.

-El paso es bastante más ancho de lo que parece desde aquí, y bastante seguro -dijo-. Nuestros caballos son de la región y han sido adiestrados para no temerlo, pero si alguien se siente mejor yendo a pie, o dejando que le cojan las riendas, no tiene más que decirlo.

Una de las hermanas más jóvenes, agradecida, desmontó de inmediato, y Avali miró dubitativa en dirección al puente. Dos mojones de piedra señalaban el comienzo de su arcada; tras ellos había un precipicio de trescientos metros. Ria sonrió comprensiva y extendió la

Librodot

mano.

-Dame las riendas de tu yegua, niña -indicó-. Así podrás cerrar los ojos mientras yo te guío. Nadie dirá nada por eso. -Y, en tono de conspiración, añadió-: Cuando vine aquí por vez primera, mis superioras tuvieron que arrastrarme hasta el puente, mientras yo daba patadas y gritaba. Ya te acostumbrarás.

Avali se mordió los labios. Aunque había oído muchas historias dramáticas acerca del cruce hasta el Castillo, no estaba preparada para los terrores reales que significaba. Por un instante deseó haberse quedado en Chaun Meridional; luego pensó en lo que le esperaba al otro lado del puente y eso fortaleció su resolución. No podía volverse atrás. Si todas las amigas que envidiaban aquella oportunidad única llegaban a enterarse, no sobreviviría a la vergüenza.

Sonrió débilmente a Ria y asintió.

-Sí, tía.

El viento, en un súbito golpe procedente del noroeste, le cogió la cabellera y la levantó como si fuera un aureola alrededor de su cabeza; la yegua gris pateó y Avali cerró los ojos con fuerza, se encomendó en silencio a los catorce dioses para que la protegieran, y los caballos comenzaron a descender hacia la Península de la Estrella.

Librodot

CAPITULO 3

Las primeras formalidades del cónclave tendrían lugar el día después de la llegada de la Matriarca. Ria agradeció no tener obligaciones durante su primera noche en el Castillo, pues eso le daría tiempo para establecerse con su séquito en sus aposentos sin prisas inoportunas. Su preocupación inicial por Avali resultó ser infundada, lo que la alivió sobremanera: su sobrina no había sufrido con el viaje y se mostró encantada con la severa magnificencia del Castillo. Se comportó a la perfección, encantadora y solemne con todos. Tras una buena cena, servida en privado al grupo de la Hermandad, que estaba demasiado cansado para afrontar la atmósfera más social del comedor principal, Ria dio gracias mentalmente porque Avali no estaba resultando un inconveniente, y durmió con una tranquilidad que no experimentaba desde que habían salido de Chaun Meridional.

Pero por la mañana su humor volvió a empeorar. Primero tuvo un encuentro breve pero chocante con Keridil, quien por su debilidad no había podido darle la bienvenida la noche anterior. Ria se entristeció al ver cómo había cambiado y, cuando se besaron en las mejillas, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para que su expresión no traicionara lo que sentía. Ni siquiera el aviso que contenía la carta de Chiro la había preparado para el grado de declive de Keridil: era como si su llama se hubiera reducido hasta no ser más que un ascua. Ya no era, pensó con pena, el hombre que había conocido y tenido por amigo; era un desconocido.

Alterada por el encuentro, Ria dio como excusa un dolor de cabeza para tomar un ligero almuerzo a solas en su habitación, deshaciéndose con amabilidad de la hermana Fiora. Todavía estaba toqueteando la comida cuando alguien llamó con suavidad a su puerta; pensando que sería otra vez Fiora, que podía ser muy insistente, Ria habló con voz cansada y algo enojada.

-Adelante -dijo y, cuando alzó la vista, se encontró con un hombre alto y enjuto en el umbral.

-Matriarca -el visitante esbozó una sonrisa-, Carnon Imbro me dijo que te encontraría aquí. Lo siento, ¿te molesto?

-¡Lias Barnack! -Ria se levantó, desaparecido su enojo, y extendió las manos- ¡Vamos, si deben de haber pasado casi cinco años!

-Cuatro y medio. -La sonrisa se hizo más amplia y, cogiéndole las manos, se inclinó ante ella-. Triste es reconocer que mis deberes no me permiten visitar Chaun Meridional tan a menudo como me gustaría.

-Bueno, es un verdadero placer volver a verte. Siéntate, siéntate.

Él vaciló.

-Interrumpo tu comida.

-Nada de eso. No tengo hambre. Si he comido algo ha sido para que la hermana Fiora deje de darme la lata -contestó la Matriarca, a la vez que se relajaba en su silla; él tomó asiento a una cierta distancia-. Me reuní esta mañana con el Sumo Iniciado, y la experiencia me ha quitado el apetito.

-Ah, sí... -Lias inclinó la cabeza. Ria observó con cierta envidia que

su rubio cabello no mostraba ninguna cana; llevaba muy bien sus años-. Yo me entrevisté con él ayer. -Hizo una pausa y aspiró entre los dientes-. Perdóname Ria, pero por eso quería verte cuanto antes. Dado que ambos estaremos en el cónclave, pensé que valdría la pena que discutiéramos algunas cosas en privado, y, con franqueza, pensé que sería mejor que lo hiciéramos cuanto antes.

Ria comprendió. Por dolorosas que fueran, había que cumplir con las formalidades, y era evidente que a Keridil no le quedaban muchos días. Su voto como Matriarca, y el del Alto Margrave Solas Jair Alacar, tendrían bastante peso a la hora de elegir al nuevo Sumo Iniciado. Solas Jair Alacar no podía asistir en persona, puesto que, por una ley antigua y establecida, el Alto Margrave nunca abandonaba su corte de la Isla de Verano en el extremo sur, excepto en casos de extrema necesidad. El propósito y origen de aquella tradición se perdían en la noche de los tiempos; popularmente se suponía que procedía de una era más despótica, cuando el hecho de que un Alto Margrave viajara entre sus subditos hubiera podido ser una invitación al asesinato. Ria pensaba que en aquellos tiempos pacíficos la ley no tenía sentido y era un estorbo. Pero nunca se había roto el precedente, de manera que Lias, como enviado del Alto Margrave, tenía la potestad de hablar en nombre de su señor.

-En mi opinión -dijo Ria-, no es ningún secreto quién debe suceder a Keridil. Chiro Piadar Lin es, creo, la única elección adecuada.

Lias asintió.

-Desde luego tiene el favor de Keridil. También he hablado con un cierto número de adeptos en el Castillo, de manera extraoficial, claro está, y creo que el Concilio del Círculo se mostrará prácticamente unánime.

-¿Y el Alto Margrave?

A Ria no se le escapó el débil destello de cinismo que asomó a los ojos de Lias.

-La verdad, Ria, y entre nosotros, no creo que al Alto Margrave le interese lo más mínimo quién coja las riendas en la Península de la Estrella. Siempre que se le asegure que Chiro no lo apartará de sus fiestas y placeres, ratificará la elección sin pensarlo dos veces.

Ria le lanzó una mirada perspicaz.

-Supongo que se le ha garantizado eso...

Lias se encogió de hombros.

-Claro, sentí que era mi deber más elemental tranquilizarlo en ese aspecto. En un momento como éste, lo que menos necesitamos son complicaciones innecesarias. Le he dicho a Keridil que el punto de vista del Alto Margrave coincide con el de la mayoría.

La Matriarca dejó escapar un pequeño pero significativo suspiro de alivio. Personalmente, no creía que ni ella ni el Alto Margrave estuvieran cualificados para decir nada con respecto a la elección del nuevo Sumo Iniciado, y pensaba que aquello debería ser un asunto exclusivo del Círculo. Al fin y al cabo, ellos conocían a Chiro mejor que nadie; su familia tenía relaciones desde antiguo con el Castillo, y él había vivido desde muy joven entre los hombres y mujeres del Círculo. El mismo Keridil lo había iniciado a la edad de catorce años, y sólo el Círculo podía juzgar con seguridad su capacidad y su valía. Pero cuando el

Sumo Iniciado no tenía hijo que lo sucediera, el protocolo dictaba que la elección de sucesor debía ser materia de un debate más amplio.

El problema era, reflexionó Ria, que, de todos los miembros del triunvirato que gobernaba el mundo, el papel del Sumo Iniciado era el más complejo. Ante todo, debía ser un maestro en las artes de la magia, puesto que era el intermediario entre los mortales y sus dioses, guardián de todos los aspectos de la religión y la filosofía, y en los asuntos arcanos su palabra era ley. En los tiempos que corrían, debía ser también un político, un diplomático, capaz de aconsejar y apoyar al Alto Margrave en temas más mundanos, sobre todo cuando, como ahora, el Alto Margrave era incapaz de afrontar las responsabilidades del gobierno, o no quería molestarse en ello. Keridil había sido el perfecto señor espiritual para los señores seglares encarnados en Solas Jair Alacar y su padre, Fenar, y Ria creía que Chiro seguiría el ejemplo de Keridil. Pero ¿era ella, o Solas, o cualquiera que no fuera del Círculo, un juez capaz? Desde luego se hacía pocas ilusiones respecto a su propio papel en todo aquello; la Hermandad, compuesta por poco más que adivinas, sanadoras y maestras, tenía mucha menos influencia que el Círculo y el Alto Margraviato, y la Matriarca era la menos importante de las tres cabezas supremas del mundo. ¿Cómo podría osar dar su opinión acerca de quién debería gobernar el mundo, con lo poco que sabía de los trabajos arcanos?

Lias la estaba observando y de pronto dijo:

-Ria, sospecho que algo no va bien. Por tu expresión se diría que tu conciencia y tú no sois las mejores amigas.

Ria comprendió que su expresión la había traicionado; en silencio deseó que los demonios se llevaran la sagacidad de Lias. Consciente de que su curiosidad no se vería satisfecha con evasivas, suspiró y contestó:

-Sencillamente me preguntaba si nosotros, unos extraños, tenemos algún derecho a imponer nuestros puntos de vista en algo que debería ser asunto exclusivo del Círculo.

-Es lo que se espera, Ria -repuso Lias, con una sonrisa de comprensión-. Por encima de todo, debe verse al triunvirato conferenciar y llegar a un acuerdo. Como político de toda la vida, puedo asegurarte que un espectáculo semejante tiene un efecto milagroso en la confianza que el pueblo llano deposita en sus gobernantes. Lo ven como un seguro contra el desequilibrio, y con ello pagan satisfechos sus diezmos y nos dejan que cumplamos nuestros deberes sin interferencias.

-¡Lias, eres un cínico!

-Tonterías. Soy un realista, que es algo muy distinto. Pero, en serio, Ria, creo que deberías devolver tu conciencia a su lugar. Sé que Keridil ha puesto el listón muy alto, pero para todo el mundo, incluido el Círculo, es evidente que Chiro está admirablemente capacitado para el cargo. Has hecho la elección adecuada.

-Estoy segura de que tienes razón. Pero sigo teniendo mis dudas acerca de los principios de todo este asunto. Me siento una entrometida.

Lias se rió.

-Si eso fuera verdad, ¿crees que el Círculo de Adeptos permitiría

que metieras los dedos en su sopa sin oponerse? No, no es más que algo para la galería, Ria, y todos aquí lo saben.

-Todos excepto yo, querrás decir -replicó Ria con cierto rencor.

-No, no quiero decir eso. Lo que pasa es que tienes una conciencia algo más activa que la del resto de nosotros, y ésa es una de las muchas cosas por las que te queremos.

La Matriarca le dirigió una mirada aviesa y luego, de improviso, se echó a reír.

-Lias, eres un granuja sin remedio. Cuando todo lo demás falla, recurres sin escrúpulo alguno a tu encanto y tus trucos. Me recuerdas a mi hermano -añadió con fingida seriedad.

Lias hizo una mueca.

-¿Cómo está Paon? Hace muchos años que no lo he visto.

-Oh, no ha cambiado. Su fortuna crece con cada cosecha de uva, al igual que la buena opinión que tiene de sí mismo.

-Señor de todo lo que ve, ¿eh? Y el completo contrario de su hermana. ¡De verdad, Ria, nunca entenderé cómo una familia pudo producir una hija tan modesta y un hijo tan creído! -Sonrió-. ¡Casi superas a Chiro en tu ausencia de autoestima!

-Y, cuanto más vieja se hace una, más estúpida -contestó Ria ásperamente-. Puede que a Chiro y a mí nos falte el autobombo que tanto os gusta a los nativos de la Isla de Verano, pero somos bastante conscientes de nuestras cualidades. Y una de ellas es saber cuáles son nuestras limitaciones.

Lias volvió a reírse. Él y Ria siempre habían disfrutado con aquellas peleas medio en broma, que con los años se habían convertido en parte integral de su amistad.

-Ojo -dijo-. Chiro debe saber que está mejor cualificado que nadie para ocupar el lugar de Keridil, aunque nada consiga hacer que lo admita. A propósito, ¿sabías que recientemente fue confirmado en el séptimo grado?

-¿De verdad? No me había enterado. -El séptimo era el máximo grado del Círculo y, si bien la naturaleza de las pruebas de iniciación sólo era conocida por los adeptos superiores, Ria sabía que muy pocos conseguían superarlas. Aunque no tuviera ni un ápice de vanidad, Chiro debería sentirse orgulloso en privado de aquel honor.

-Es un logro espléndido -comentó Ria.

-Y también muy conveniente. Según tengo entendido, Keridil Toln se mostró especialmente contento. La superioridad que confiere hará que las cosas sean mucho más fáciles para Chiro cuando en el futuro tenga que tratar con Margraves de provincia recalcitrantes o con eruditos con ganas de polémica. Nadie se pelearía con un mago de séptimo grado, ¡no fuera a ser que éste enviara a uno de sus demonios domados a hacer una visita en el momento más inesperado!

-¡Vamos, Lias! -le recriminó Ria; sin embargo, no pudo evitar sonreír ante su irreverencia-. Eres un hombre molesto -afirmó-. Debería estar enfadada contigo, pero en vez de eso me siento en deuda. En estos minutos me has hecho mejorar el humor y me has ayudado a recuperar mi sentido de la proporción. -Miró su plato y tocó sin ganas la comida fría con el tenedor-. Hasta empiezo a tener hambre, aunque, la verdad, esto no tiene ahora un aspecto muy apetitoso.

Lias sonrió.

-He estado tan ocupado que casi no he probado bocado desde el amanecer. ¿Crees que si nos presentamos juntos en el comedor y ponemos cara de indefensos y perdidos, alguno de los criados se apiadará de nosotros?

Ria se echó a reír.

-Estoy segura de que así será.

Él se levantó y, haciendo una reverencia, señaló la puerta.

-Entonces, dejad que os sirva de escolta, Matriarca. Comeremos, beberemos y disfrutaremos de un par de horas de chismorreos y después nos enfrentaremos al resto de las obligaciones de este día con satisfecha ecuanimidad. ¿Trato hecho?

-Trato hecho -asintió la Matriarca.

Dos días después se celebró un banquete para dar la bienvenida a los distinguidos huéspedes del Castillo. Aunque la expectación ante la conferencia que debía tener lugar al día siguiente frenó un tanto la animación, fue, de todas maneras, un espléndido acontecimiento y Ria lo disfrutó mucho, a pesar de la tristeza que sentía en el fondo. Había viejos conocidos con los que renovar el contacto, gente nueva para descubrir y, sobre todo, la oportunidad de charlar familiarmente con Chiro Piadar Lin. Ambos eran viejos amigos -se conocían desde que Ria había visitado por primera vez el Castillo como hermana recién ordenada muchos años atrás-, pero hasta entonces sólo habían tenido tiempo para unos cuantos encuentros breves en medio de asuntos de trabajo, y Ria deseaba una mayor comunicación.

Durante la comida, se sintió muy halagada al descubrir que la habían colocado a la derecha del Sumo Iniciado en la mesa del banquete, con Chiro a su lado. Keridil era el perfecto anfitrión, pero la tensión de hacer frente al acontecimiento era evidente en él; tenía aspecto cansado, hablaba poco y, con el gran salón del Castillo como fondo -iluminado con antorchas, lleno de música y de la animada conversación de los invitados-, parecía una sombra, un fantasma viviente.

Chiro era muy consciente de cuánto había afectado a Ria el declinar de Keridil y aunque su galante determinación de distraerla era a veces un poco demasiado obvia, ella le agradeció el respiro que le proporcionaba. También hallaba algo de consuelo en el hecho de que el Sumo Iniciado por fin se encontraba lo bastante bien para tomar parte en las celebraciones. Ria le había presentado a Avali poco antes, aquella misma noche, y él parecía haberla adoptado como sobrina, de manera que, cuando el banquete acabó y la fiesta dio paso a charlas menos ceremoniosas, mezclándose los invitados, Avali se sintió emocionada al ver que la invitaban a sentarse a la mesa del Sumo Iniciado.

Ria, una vez convencida de que Avali no bebería demasiado vino ni hablaría de manera indiscreta, paseó por la sala, saludando a los pocos viejos amigos a quienes todavía no había tenido tiempo de ver desde su llegada, y asegurándose de que las otras hermanas se encontraban a gusto. Sus colegas más jóvenes estaban cohibidas por todo lo que las rodeaba, pero el calor de la bienvenida y la amabilidad de sus anfitriones estaban derribando barreras, por lo que, poco a poco, hasta

las más tímidas vencían su introversión.

Chiro la alcanzó cuando regresaba a su mesa, tras una breve consulta con la hermana Fiora. La cogió del brazo, la llevó a uno de los bancos que flanqueaban las paredes e indicó una botella de vino y dos copas que había en una pequeña mesa.

-Especialmente para ti, Ria -dijo sonriente-. Una botella de la cosecha del Festival de Shu.

-¿Recuerdas eso? -exclamó, sorprendida y emocionada.

-¿Tu preferencia por ese vino en particular? Sí, lo recuerdo muy bien. -Esperó a que ella se sentara para servir las copas y luego tomó asiento a su lado y le entregó una de ellas.

-Brindo por tu buena salud. Y quizá debería añadir por la buena salud de tu futuro... sobrino o sobrina nieta, ¿verdad?

Ria sonrió.

-Sí. Gracias.

Chiro miró hacia Avali, que seguía sentada junto a Keridil y sus acompañantes.

-El Sumo Iniciado le ha cogido mucho cariño a tu sobrina. Me dijo antes que la encontraba hermosa e inteligente, y una compañía refrescante.

-Qué amable... -Ria se sentía muy honrada, pero sentía que debía añadir algo-. Aunque en el fondo pienso que no debería haberle permitido venir. Resulta una gran carga para la hospitalidad del Círculo.

-Nada de eso. Keridil quería que esta conferencia fuera también un acontecimiento social, y le alegra tener caras nuevas a su alrededor. Y, si encuentra agradable la compañía de tu sobrina, tenemos que estarte agradecidos por haberla traído. -Ria sonrió y el adepto prosiguió-: Fiora me ha contado que la chica estará en tu Residencia hasta que nazca el niño, y que estás pensando en adoptar a la criatura.

Ria sabía que la pregunta nacía tan sólo de una amistosa curiosidad. Aun así, para su enojo, sintió que se ruborizaba.

-Bien, sí, es verdad. El bebé será, como tú has dicho, mi sobrino nieto o sobrina nieta, y me siento responsable en cierto modo. -Lo miró de reojo y decidió ser sincera-. En especial cuando nadie más parece preocuparse por su bienestar.

-Ah, ¿entonces Avali no tiene intención de quedarse con el niño, o de casarse con el padre?

-No, de hecho... No debería decirlo, Chiro, ni siquiera a ti. Me parece que no soy leal. Pero... -Sería un alivio poder expresarse con sinceridad, pensó Ria. Estaba harta de ocultar sus sentimientos o de aparentar que no los tenía. Chiro seguro que la comprendería. Prosiguió, hablando en tono de confidencia-: Quiero decir que no sé si Avali sabe siquiera quién es el padre. -Ya estaba, lo había soltado-. No se lo quiere decir a nadie, ni siquiera a sus padres, y tengo la sospecha de que ha sido... más bien pródiga a la hora de conceder sus favores.

-Ah -repitió Chiro.

Ria hizo un gesto de impotencia.

-Sé que no es raro en los tiempos que corren, pero hay algo en esa liberalidad imprudente que me incomoda. Supongo que me hago vieja y remilgada, pero no puedo evitarlo. Parece que a Avali no le importa la

Librodot

nueva vida que se está gestando y que es su responsabilidad.

-Es su responsabilidad en parte -corrigió Chiro con una tenue sonrisa.

-Bueno, sí. Pero comprendes lo que digo, ¿verdad, Chiro? Para Avali, el bebé es una molestia que hay que soportar el menor tiempo posible, algo que después... entregará a alguien y de lo que se olvidará.

Chiro asintió.

-Me he encontrado con problemas parecidos entre las mujeres jóvenes del Castillo. Me pasa como a ti; me cuesta entender su actitud, sobre todo dentro de estos muros, donde, más que otra cosa, intentamos enseñar un código moral.

-Quizás ése sea un problema que compartimos. Tú en el Círculo, yo en la Hermandad; tal vez vivamos en una torre de marfil.

Chiro sonrió de nuevo, esta vez con cierta melancolía, pensó Ria.

-¿Es eso tan malo?

-Oh, no lo sé. Han cambiado tantas cosas en los años del Equilibrio... Me pregunto si nosotros, los más viejos, no corremos el riesgo de resultar anacrónicos en este mundo. Quizá las Avalis de esta época tengan razón y ha llegado el momento de que nuestra torre sea demolida.

Cerca de ellos, un grupo de jóvenes estaba reunido en torno a la gran chimenea con su enorme fuego; surgieron risotadas incontroladas. Chiro miró con severidad al grupo, y las risas cesaron al instante.

-No creo que pueda ser tan pesimista -dijo al volverse hacia la Matriarca-. Nuestro deber, el deber del Círculo y el Matriarcado quiero decir, es prever el futuro, y no creo que lo hayamos evitado. De hecho creo que las gentes como tú y como yo todavía tenemos mucho que decir.

Ria bebió un sorbo de vino y su mirada se llenó de calor.

-Puede que tengas razón -dijo-. Quizá sólo me pone nerviosa el pensar en educar un niño a mi edad. ¡Soy tan inexperta, Chiro! ¿Qué sabe una vieja solterona de criar niños?

-En tu caso, todo lo que hace falta -declaró Chiro con firmeza-. Como hermana, te has ocupado de los niños durante gran parte de tu vida. Les has enseñado el catecismo, les has dado protección, los has guiado, les has enseñado... Y tienes un don natural para los niños; lo he visto muchas veces. No le des tantas vueltas, querida Matriarca. El bebé no podría tener mejor guardiana.

-Será lo que tenga que ser, y creo que me estás halagando. -Ria pensó que había llegado el momento de cambiar de tema-. Te he molestado con mis problemas demasiado tiempo, y ésta es la primera ocasión que tenemos para hablar desde hace más de un año. Háblame de tus asuntos, Chiro. ¿Cómo están Karuth y Tirand?

Chiro sonrió. Fue una sonrisa extraña, de completa tranquilidad, que transformó los severos rasgos de su rostro. Quería muchísimo a sus hijos, con un sentido de posesión, y los había cuidado sin escatimar esfuerzos desde la muerte repentina de su esposa, seis años atrás.

-Ambos están bien -le dijo a Ria-. Karuth tiene catorce años y ya es toda una mujer. Ha alcanzado el segundo grado y estudia con Carnon para ser médico.

-¿Ha sido aceptada en el Círculo? No lo sabía.

-Fue iniciada el año pasado. Tirand seguirá sus pasos en su próximo cumpleaños.

-Debes estar muy orgulloso de ambos.

Chiro pareció avergonzado, pero se relajó y soltó una risa.

-Sí, no puedo decir que no lo esté.

-Y con motivos. Imagino que Karuth será una espléndida médico-adepto. Tiene la mezcla justa de dedicación y curiosidad. ¿Sigue con la música?

-Oh, desde luego. De hecho tendrás ocasión de escucharla dentro de un rato. Habrá un pequeño concierto antes de que acabe la velada, y el Sumo Iniciado le ha pedido explícitamente que toque.

-Keridil siempre apreció mucho a tu familia -comentó Ria.

-Sí, y ha sido como un abuelo para Karuth y su hermano. Tirand lo adora. -Chiro vaciló-. La muerte de Keridil lo afectará mucho.

Era la primera vez que uno de los dos hacía una referencia directa al verdadero motivo de la reunión, y, por mucho que le costara hablar del asunto a Ria, tras su conversación con Lias, tenía que hacer una pregunta antes de la reunión del día siguiente.

-Chiro, me alegra que hayas dicho eso. Lo del respeto y admiración que Tirand siente por el Sumo Iniciado. Porque, como estoy segura de que tú ya sabes...

-Matriarca -la interrumpió-, preferiría que no...

-No. -Ria habló con decisión y vio que él se ruborizaba ante su amable regañina-. No podemos eludir la cuestión, Chiro. Keridil se muere y no tiene hijo que lo suceda. Por lo tanto, debe elegirse un sucesor de entre las filas de los adeptos superiores del Círculo, y por eso se ha convocado esta conferencia. -Sostuvo su mirada con autoridad-. Debes saber que tanto el Alto Margrave como yo deseamos que tú seas el próximo Sumo Iniciado, y que tan sólo aguardamos el acuerdo del Círculo para ratificar nuestra decisión. Si aceptas el nombramiento, Tirand será tu heredero, con todas las responsabilidades que ello implica.

-Tirand sólo tiene nueve años.

-Lo sé. Pero pronto cumplirá los diez, edad suficiente para convertirse en Iniciado. Respóndeme con sinceridad, Chiro; ¿sabe de las demandas y restricciones que le supondrá ser el hijo del Sumo Iniciado?

Chiro reflexionó largo rato antes de responder.

-Sí -dijo al fin-. Creo que lo sabe. Y, si es necesario, las aceptará.

-¿Como lo harás tú?

La miró con tristeza, sin querer admitir lo que ambos ya sabían.

-Sí -contestó-. Como lo haré yo.

Ria dejó escapar un apagado suspiro. Tenía la respuesta que necesitaba y, cuando de nuevo habló, su voz era amable.

-Necesitaremos un hombre de tu talla en los tiempos que nos esperan, Chiro -dijo-. No pienses que estás traicionando a Keridil al reconocer ese hecho cuando él todavía sigue con vida.

Supo, al ver la débil sonrisa de Chiro, que había adivinado sus pensamientos. Él le cogió la mano y la sostuvo unos instantes.

-Gracias, Ria. Te agradezco tu amabilidad. Y tu sinceridad.

-Tonterías. -Ria se sintió de repente avergonzada y desvió la mirada-. Bebe, y volvamos a llenar nuestras copas. Esta noche, como

dijiste antes, es una ocasión festiva y quiero proponer un brindis.

El vino desprendía burbujas en la botella, centelleando bajo la miríada de antorchas que iluminaban la sala. La Matriarca chocó su copa con la de Chiro.

-Por el futuro -deseó Ria-. No importa lo que nos depare.

Chiro sonrió y, relajándose, convirtió la sonrisa en una mueca bonachona.

-Sí. Por el futuro.

Los consejeros superiores se levantaron de sus asientos todos a una en el alto estrado, y el sonido de un pesado bastón que golpeó tres veces sobre la gran mesa impuso el silencio en la gran estancia.

-La votación ha terminado. -Carnon Imbro, que además de médico era el portavoz del consejo, se volvió e hizo una reverencia ante Keridil, al tiempo que le ofrecía el bastón del Sumo Iniciado en un gesto ceremonioso-. Ahora el Consejo de Adeptos solicita respetuosamente que Keridil Toln, Sumo Iniciado del Círculo, ratifique la decisión tomada por el cónclave.

Toda la asamblea se puso en pie, y Ria soltó un suspiro de alivio. No había habido ni un solo voto en contra de Chiro Piadar Lin, y, aunque el Sumo Iniciado tenía el poder del veto si lo deseaba, estaba segura -casi segura, se corrigió, sin querer tentar a la suerte- de que nada saldría mal.

Keridil se puso en pie. Con una mano se cogió al borde de la mesa para mantener su inseguro equilibrio, y con la otra alzó el bastón para que todos pudieran verlo con claridad.

-Amigos míos... -Su voz se atascó, y tosió para aclararse la garganta-. El voto unánime de la conferencia es que el adepto de séptimo grado, Chiro Piadar Lin, sea nombrado mi heredero y sucesor para el cargo de Sumo Iniciado del Círculo. Sólo me queda... -Frunció el entrecejo, dubitativo; Ria sintió que el pulso se le aceleraba e intentó no mirar a Lias Barnack, pero entonces la expresión de Keridil cambió, como si la confusión hubiera cesado-. Sólo me queda expresar mi más completo acuerdo con el voto y poner mi sello en la ratificación de la decisión del consejo.

El silencio se mantuvo mientras el Sumo Iniciado se inclinaba hacia adelante. Un sello brilló a la luz de las antorchas, Carnon vertió lacre en el documento que reposaba sobre la mesa, y, con solemnidad, Keridil apretó con fuerza el sello sobre el lacre todavía líquido.

Estaba hecho. Ria cerró los ojos y sintió que el alivio la inundaba, mientras que un murmullo de aprobación recorría la sala. Chiro fue obligado a levantarse de su asiento y, ruborizado, tuvo que dirigirse a la mesa, donde el Sumo Iniciado lo abrazó como si fueran parientes. Los delgados dedos de Keridil apretaron los brazos de Chiro y, sin que pudiera oírlo nadie más que Chiro, el Sumo Iniciado le dijo:

-Que los dioses te acompañen, hijo. Rezo porque tus días sean más pacíficos de lo que fueron los míos. -Alzó la mirada, y Chiro vio en ella la verdadera intensidad de su agotamiento-. Gracias, Chiro. Gracias por liberarme.

Aunque no pudo escuchar aquellas palabras, Ria se emocionó de manera inexplicable cuando vio que los dos hombres se separaban. En

el otro extremo de la estancia, se abrieron las puertas de doble hoja y, al entrar el aire fresco del pasillo exterior, también se relajó de forma palpable la tensión. Se veía a la gente aflojar los tensos hombros, abandonar sus asientos, mezclarse, charlar; oyó que alguno dejaba escapar una risa de alivio, y la cuidadosa formalidad de la reunión dejó paso a la relajación general.

Había sido un duro día, pensó Ria. Aquella mañana, Carnon, con diplomáticas excusas, le había informado que el esfuerzo de asistir al banquete había minado la energía del Sumo Iniciado. Suponía que Keridil estaría bien para la conferencia, pero podría ser necesario un aplazamiento. Ria se había pasado la mañana rezando, pidiendo a los dioses que concedieran al Sumo Iniciado un respiro, y afortunadamente los dioses habían sido generosos. Mientras los asistentes a la asamblea pasaban junto a ella, algunos ya en dirección a las puertas, miró a Keridil, sentado ante la mesa, con Carnon y Chiro a su lado. Conversaban; vio sonreír a Keridil, lo oyó reírse, de manera tan silenciosa como el roce de las hojas de los árboles, y dio las gracias en silencio. Lo peor había pasado. Su grupo descansaría aquí un día más, quizás, y entonces...

-¡Matriarcal

Ria se volvió. La hermana Fiora se abría paso entre el gentío, y en cuanto vio la cara de la sanadora supo que algo no iba bien.

-Fiora... -Echó a andar hacia ella, tropezó con alguien debido a sus prisas, e hizo una pequeña reverencia a modo de excusa-. ¿Qué ocurre?

Fiora estaba ruborizada y sin aliento, la mirada llena de alarma.

-Matriarca, se trata de Avali. ¿Está aquí el médico Imbro?

Ria lanzó una rápida mirada al estrado.

-Está con el Sumo Iniciado, Fiora, ¿qué...?

-Debo hablar con él, Matriarca. Creo que ha llegado la hora del parto para Avali.

-¿El parto? -Ria se quedó parada-. Pero ¡si está en el séptimo mes!

-Lo sé. Pero hace una hora comenzó a quejarse de un dolor en la espalda, y luego... -Fiora meneó la cabeza-. Creo que el bebé está a punto de nacer y que puede haber serias complicaciones. Habría acudido antes a vos, pero no me dejaron entrar en la sala mientras se celebraba la conferencia -explicó, con un gesto de impotencia.

Ria maldijo para sí. Fiora era una sanadora experta, que conocía el alcance preciso de su capacidad. Si necesitaba la ayuda de Carnon, algo debía ir realmente mal.

-¿Avali está en su habitación? -preguntó.

-Sí, Matriarca.

-Vuelve con ella, rápido, y haz todo lo que puedas. -Keridil comprendería, se dijo a sí misma-. Yo llevaré a Carnon. ¡Vamos, vete!

Pálida, Fiora se marchó y Ria se apresuró a acercarse al estrado. Para alivio suyo, no hubo ni preguntas ni confusión; Carnon Imbro escuchó su petición, se disculpó inmediatamente, y, mientras seguía a Ria por el pasillo central de la sala, pidió a alguien que fuera a buscar su equipo médico y lo llevara a la habitación de Avali.

Los pasadizos del Castillo parecían no tener fin. Ria intentaba decirse que ella y Carnon eran demasiado viejos para correr, pero, cuando apareció ante su vista la puerta de la habitación de Avali,

Librodot

ambos iban a una velocidad nada acorde con su dignidad.

Y ya desde el principio del pasillo oyeron gritar a la chica.

Fiora salió a recibirlos a la puerta, y su expresión era de miedo incontrolado.

-Matriarca..., médico Imbro, sufre tanto... No sé qué...

Carnon no esperó a recibir más información sino que entró en la habitación dejando atrás a Fiora. Avali yacía en su cama, con las extremidades extendidas, el rostro convertido en una máscara de pánico ciego. Tenía la boca abierta y los sonidos que emitía su garganta eran los lamentos de una espantosa agonía. Dos de las hermanas más jóvenes intentaban sujetarla, pero su espalda se arqueaba espasmódicamente y movía los brazos y piernas como látigos, intentando escapar del dolor.

Desolada, Ria se volvió a Fiora, mientras el médico corría junto a la chica enferma.

-¿Cuánto tiempo lleva así?

-¡No lo sé, Matriarca! Cuando la dejé para ir a buscaros, tenía dolores pero estaba tranquila. Luego, cuando regresé...

Sus palabras se perdieron porque la voz de Avali subió de tono hasta convertirse en un alarido que cortó el aire como una cuchilla. Al mismo tiempo, Ria creyó oír a Carnon murmurando palabras de consuelo; lo vio inclinarse sobre la cama, y de repente los gritos de Avali cesaron. La chica se derrumbó y pasó a respirar con profundidad al acabar el espasmo y ceder ante el agotamiento.

Ria se acercó al lecho.

-Carnon, ¿qué ocurre? ¿Qué le pasa?

El médico la miró intranquilo.

-Todavía no lo sé, Matriarca. Pero su hijo nacerá esta noche y me temo que no será un parto normal.

Ria dejó escapar el aire entre los dientes apretados.

-¿Qué podemos hacer?

Antes de que Carnon pudiera responder, se oyeron pasos presurosos en el pasillo, y entró en la habitación una adolescente alta y desgarbada con el maletín médico de Carnon. Era Karuth Piadar, la hija de Chiro. Ria recordó que él había mencionado que Carnon la había aceptado recientemente como aprendiz, y con una exclamación de alivio corrió para coger el maletín que traía Karuth y entregárselo al médico.

-¿Puedo ayudar en algo, señor? -preguntó Karuth. Miró a Avali y a sus ansiosas acompañantes con una mezcla de compasión e interés profesional en sus grises ojos.

Carnon hizo un gesto negativo con la cabeza.

-Ahora no. Espera afuera. Ya te llamaré cuando te necesite. -Alzó la vista, se fijó en los preocupados rostros de las hermanas como si hasta el momento hubiera olvidado que estaban allí y por último se concentró en Ria-. De hecho, Matriarca, preferiría que vos y las hermanas salierais, menos la hermana Fiora, claro está. No podéis hacer nada y estaréis más cómoda en vuestros aposentos.

-Si estás seguro de que no podemos... -dijo Ria preocupada.

-Estoy seguro. Por favor, Matriarca...

Ria no discutió; sabía que era lo mejor. Seguida por Karuth, hizo salir a las hermanas y cerró la puerta tras ellas. Mientras las otras

mujeres entraban en la habitación de al lado, Karuth le tocó el brazo respetuosamente.

-El médico Imbro hará lo que sea conveniente, Matriarca. Es el mejor médico del mundo, probablemente.

-Bendita seas, hija; lo sé. -Ria se esforzó en sonreír, emocionada por la lealtad de Karuth. Hizo ademán de seguir a las hermanas, pero despacio y a pesar suyo, no fuera a ser que Avali la llamara. Tal vez fuera un sentimiento estúpido, pero no lo podía evitar. Karuth anduvo a su lado, volviéndose cada poco a mirar la puerta cerrada. Ria, en un intento de distraerlas a ambas de lo que ocurría en la habitación de Avali, dijo:

-Tu padre me ha dicho que quieres ser médico, Karuth.

La chica se sonrojó. Siempre había sido una niña tímida, recordó Ria, y la adolescencia no le había dado todavía la confianza para sobreponerse a su timidez.

-Eso..., eso espero, señora. Si el médico Imbro considera que tengo la capacidad necesaria.

-Estoy segura de que así será. Pero espero que tus estudios no te obliguen a descuidar tus otros talentos. -La sonrisa de Ria se hizo más cálida-. Disfruté muchísimo con tu interpretación en el banquete, querida. Dicen que el manzón es un instrumento difícil de aprender, pero tu habilidad es francamente notable.

Karuth se sonrojó aún más y su expresión mostró una extraordinaria mezcla de placer e intensa vergüenza.

-Gra... gracias, Matriarca -consiguió balbucear-. No merezco vuestros elogios.

-Tonterías; no tienes por qué ser tan modesta. Eres una chica muy capacitada en muchos aspectos, Karuth. Deberías dar gracias a los dioses. Tus talentos resultarán muy útiles para el Círculo, ahora que tu padre... -Se detuvo al ver la mirada asombrada de Karuth. Claro, la chica no había estado presente en la conferencia, de manera que no podía saber el resultado.

-Oh, cielos -dijo la Matriarca sonriendo-. Lo siento, Karuth. No creo que éste sea el momento ni el lugar para que te enteres de esto, pero..., sí, tu padre será el próximo Sumo Iniciado.

Karuth volvió la cabeza y su oscura cabellera le ocultó el rostro, al tiempo que sus huesudos hombros se relajaban visiblemente. Al cabo de un instante, miró de nuevo a Ria y le devolvió la sonrisa.

-Me alegra que me lo hayáis dicho, Matriarca. He estado pensando en ello, dándole vueltas, pero con esta emergencia no he querido importunar a nadie.

-¿Estás contenta?

Hubo una pausa.

-Sí... sí, estoy muy contenta. Y me siento muy orgullosa por mi padre.

-Fue la elección de Keridil Toln. La votación fue unánime.

-¿De verdad? -El rostro de Karuth mostró una intensa satisfacción-. Eso resulta muy gratificante.

Estaba verdaderamente contenta, pero a la vez Ria vio que su mente seria ya comenzaba a contemplar un futuro que de repente se había cargado de nuevas e importantes obligaciones. Karuth tenía un

Librodot

profundo sentido de la responsabilidad, resultado quizá de la prematura muerte de su madre, que la había colocado en el papel de tener que velar por el bienestar de su padre y su hermano. Aquella responsabilidad se vería ahora redoblada. Sería el apoyo de Chiro, y cuando llegara la hora de que los dioses se llevaran a Chiro, transferiría esa lealtad de padre a hermano para convertirse también en el pilar de Tirand. Habría sido un gran elemento para la Hermandad, pensó la Matriarca. Pero no pudo evitar sentir cierta pena por la mujer que Karuth podría haber sido, de no haber estado tan marcado su futuro por las exigencias del deber. Había incómodos paralelismos con el esquema de la vida de Ria, aunque la chica era demasiado joven e inexperta para verlos. Ria sólo deseaba que, en años venideros, Karuth no encontrara motivo para lamentar el ascenso de su padre.

Apartó aquellos pensamientos de su mente e iba a hacer otra observación inocua para seguir la conversación, cuando desde la habitación de Avali les llegó un grito inhumano. Ria saltó como un pájaro alcanzado por una flecha y, sin querer, agarró a Karuth del brazo.

-Dioses, ¿qué..?

Se oyeron ruidos, la puerta se abrió y apareció el tenso rostro de Carnon Imbro.

-¡Karuth! -El médico vaciló al ver que Ria lo miraba con expresión conmocionada, pero en un instante recobró la compostura y llamó rápidamente a la chica-. Entra. ¡Rápido!

Karuth se adelantó, y Ria sintió que le quitaban el suelo de debajo de los pies.

-Carnon, ¿qué ocurre?

-Por favor, Matriarca... -Con la mano extendida le hizo señal de que no se acercara-. Id a vuestro dormitorio. Ahora no podéis ayudar a Avali.

-Pero algo habrá que...

-Rezad -dijo Carnon con sequedad-. Por el momento no se me ocurre nada más que pueda serle de ayuda.

Librodot

CAPITULO 4

Avali murió a medianoche, cuando la segunda luna alcanzaba su cénit. Su bebé, una niña diminuta casi sin pelo, que apenas tenía fuerzas para llorar, fue extraído de su cuerpo sin vida por Carnon, Karuth y Fiora, y llevado a la habitación contigua para que descansara junto al fuego en una cesta con sábanas de lino mientras las hermanas se sentaban llorosas a su alrededor.

Ria estaba conmocionada. Al principio, se negó tenazmente a manifestar su dolor y también rechazó el calmante que Carnon intentó darle; tan sólo fue capaz de sentarse en una silla de respaldo alto, cogidos los brazos, balanceando el cuerpo adelante y atrás, mientras el sentimiento de culpa que no podía expresar se delataba lastimeramente en su mirada. Karuth consiguió por fin que bebiera la infusión y la metió en la cama, completamente vestida. Después llamó a una criada del Castillo para que velara su sueño.

Cuando por fin abandonó el dormitorio de la Matriarca, Karuth se detuvo un instante en el pasillo para recobrar la serenidad antes de volver junto a Carnon, en la habitación donde yacía la chica muerta. No era la primera vez que atendía a moribundos -Carnon no creía que fuera bueno evitar a sus aprendices los aspectos más desagradables de la profesión- pero ver a aquella pobre criatura, apenas mayor que ella, sucumbir al fin tras horas de agonía, la había alterado de una manera que nunca antes había experimentado. ¡Qué trágico desperdicio! En cuanto a la niñita diminuta e indefensa, había oído el rumor de que era de padre desconocido y ahora su madre también se había ido. ¿Qué le depararía el futuro?

Karuth se estremeció y se frotó con fuerza los ojos. Estaba cansada, y nada le habría gustado más que retirarse al calor y seguridad de su habitación, donde podría refugiarse durante un rato de las crueldades de la vida, pero eso quedaba totalmente fuera de lugar. La hermana Fiora estaba con el bebé, por lo que el médico Imbro la necesitaría para ayudarlo a amortajar el cadáver. Sus necesidades tendrían que esperar.

Respiró hondo y abrió la puerta de la habitación de Avali.

Un tenue perfume almizclado flotaba en el aire. Carnon había quemado incienso en un pequeño brasero cerca del fuego, y el humo subía despacio y comenzaba a formar un manto en el techo. La tarea de Karuth, que no le agradaba pero que había aprendido a no eludir, sería vestir a Avali con una túnica fúnebre de color púrpura, peinarla por última vez y pintar en su rostro los símbolos que harían más rápido el viaje hacia los dioses. Después iría a buscar a la hermana Fiora y los tres -era costumbre que fueran todos los que se encontraban presentes en el momento del fallecimiento- se sentarían para velar el cadáver de Avali hasta el amanecer.

Se puso a trabajar en silencio, mientras musitaba oraciones a Aeoris y Yandros. Percibía de reojo los movimientos de Carnon al fondo. Su sentido del tiempo había desaparecido, distorsionado por el cansancio y por el silencio de la habitación poco iluminada; podrían

Librodot

haber transcurrido una o cuatro horas hasta que acabó su labor y entró la hermana Fiora y ocuparon sus lugares alrededor de la cama, con las cabezas inclinadas en señal de respeto y meditación.

El tiempo pasó y la agotada mente de Karuth vagó a un mundo de fantasmas errabundos, a medio camino entre el sueño y la vigilia. Sólo una vez se sobresaltó un instante, escapando al principio de una pesadilla, y al alzar la vista, parpadeando soñolienta, vio la habitación inmóvil y escuchó el débil chisporroteo del brasero. La ventana de aquella habitación estaba orientada hacia el oeste, por lo que no pudo ver el primer rayo de sol, cuando éste apareció, lejos en el este y sobre el mar. Pero, en el Castillo que despertaba lentamente, hubo un hombre que vio el resplandor del amanecer así como el débil brillo de una luz sobrenatural incolora, aunque a la vez parecía recoger todas las variaciones del espectro, que se movía fugazmente entre dos de las grandes torres del Castillo. Desapareció en un instante, como el reflejo lejano de un relámpago, pero el atisbo quedó fijo en su mente. Le dijo algo que había estado esperando conocer. Y también despertó otra intuición, extraña...

El suave movimiento del picaporte hizo que Karuth se despertara por completo y alzara la cabeza mientras los vestigios del sueño desaparecían totalmente. La luz del día entraba en la habitación, el brasero estaba apagado y el fuego casi extinto. Frente a ella, al otro lado de la cama, la hermana Fiora se frotaba los ojos. Carnon, también despierto, se incorporó un poco en su asiento y estiró los brazos; y se quedó de piedra cuando vio a Keridil Toln en el umbral.

-Sumo Iniciado... -Carnon se puso en pie, Karuth hizo lo mismo un instante después, y Fiora, mirando rápidamente por encima del nombro, se incorporó e hizo una apresurada reverencia.

-Carnon... -Los debilitados ojos de Keridil mostraban una peculiar intensidad-. Señoras... -Miró la cama y la estudió atentamente durante unos instantes-. Lamento profundamente esta tragedia. ¡Pobre niña! Apenas tenía dieciocho años, según tengo entendido. -Su mirada abandonó la inmóvil silueta de Avali y se fijó uno por uno en los rostros de quienes la velaban-. Sé que hicisteis cuanto estaba en vuestras manos para salvarla. Debe de haber sido una noche dolorosa para los tres.

Karuth y Fiora bajaron la vista. Carnon asintió sombríamente.

-Gracias, Keridil. Tu amabilidad me conmueve.

-¿Amabilidad? -La mirada de Keridil se hizo ligeramente burlona-. Ah, me pregunto... -Se acercó para ver a Avali con más claridad-. ¿El bebé está vivo?

-Sí. Es una niña. Prematura, pero creo que sobrevivirá.

-Ah -repitió Keridil. Estaba al pie de la cama. Fiora se apartó para dejarlo pasar, y las huesudas manos del Sumo Iniciado agarraron el extremo de la cama hasta que sus nudillos se marcaron blancos.

-Presagios. -Lentamente, desapareció la expresión de desconcierto y en su lugar surgió el ceño. Karuth se atrevió a mirar a Carnon; sus miradas se encontraron y ella vio, como esperaba, inquietud en el médico. Carnon hizo ademán de coger al Sumo Iniciado por el brazo y apartarlo de la cama, pero Keridil volvió a hablar.

-No, no. Eso pasó hace mucho tiempo. -De repente, con un

estremecimiento, Karuth tuvo la sensación de que hablaba a alguien que no estaba en la habitación. Entonces Keridil movió la cabeza y sonrió débilmente-. Si hay presagios, que sean otros quienes los descubran. Doy gracias a los dioses por no tener que afrontar ya esa responsabilidad.

-Keridil -Carnon lo interrumpió en voz baja-, deberías descansar. Todos deberíamos hacerlo. Ha sido una noche muy larga.

Pasó una mano bajo el brazo de Keridil. Éste asintió y dejó que lo apartara de la cama y lo dirigiera hacia la puerta. Entonces, cuando estaban a medio camino, se detuvo de pronto y lanzó una dura mirada al médico, y Karuth vio que Carnon retrocedía.

-Pero ¿qué dioses, Carnon? -dijo con dureza Keridil-. ¿Puedes responderme? ¿Qué dioses?

Karuth no podía ver el rostro del Sumo Iniciado y no sabía -y nunca se atrevería a preguntar- qué había visto el médico Imbro en ese instante. Pero, cuando Keridil comenzó de nuevo a andar lenta y cansinamente hacia la puerta, Carnon la miró y ella interpretó el mensaje de su mirada.

«Ve a tu habitación, Karuth -le decía en silencio-. Duerme mientras puedas. Creo que no tardaré mucho en volver a necesitarte.»

-Matriarca, lamento ser el portador de más noticias tristes. -Chiro Piadar Lin cogió las manos de Ria y las apretó suavemente-. Pero ha preguntado por ti. Sólo quiere que estén presentes sus amigos más íntimos, y sería una gran amabilidad por tu parte.

Sólo sus amigos más íntimos... ¿Entonces la contaba a ella dentro de ese reducido círculo? Ria se sintió muy emocionada y cerró los ojos para que no surgieran nuevas lágrimas. Aquella mañana se habían roto sus barreras y por fin había llorado por Avali. El llanto había ayudado a disminuir el dolor de la pena y el sentimiento de culpa que sentía, al menos lo suficiente para recuperar la compostura y presentar un rostro tranquilo a quienes la rodeaban. Incluso había comenzado a pensar en las tristes necesidades que se derivaban de la muerte de su sobrina. Dar la noticia a sus padres, los arreglos para el funeral, el futuro del bebé: todo aquello era responsabilidad suya, y su carga, y debía afrontarlo y ser fuerte.

Pero ahora, tras una tragedia, venía otra.

Era otro golpe cruel, pero no podía eludirlo. Keridil había pedido que acudiera, y no podía negarle su último deseo.

Se levantó, alisó su túnica y con ella el fajín de púrpura bordada que era símbolo de luto.

-Claro, Chiro -dijo y se sintió aliviada al comprobar que no le temblaba la voz-. ¿Quieres que te acompañe ahora mismo?

-Carnon piensa que sería lo más conveniente.

Se oyó un ruidito de respiración nasal al otro lado de la habitación, y Ria se volvió. Desde donde estaba, no podía ver al bebé en la cesta; dos hermanas estaban inclinadas sobre ella, acunándola, y en una silla entre ellas sonreía el ama de cría. La Matriarca no les dijo nada -no hubiera sabido qué decir en aquel momento- y dejó que Chiro la acompañara fuera de la habitación, al pasillo.

La luz del sol entraba sesgada por los grandes ventanales; las criadas atendían sus tareas, y varios niños jugaban en el patio. Parecía

Librodot

un día normal y corriente, pero Ria era muy consciente de lo que se ocultaba bajo aquel barniz. La noche pasada los dioses habían dejado el murmullo de la muerte en un alma; hoy volvería el murmullo y para Ria el espléndido día estaba fuera de lugar. Pero Keridil quería que fuera así. Podrían apagar las luces, había dicho, y silenciar el Castillo y guardar luto por él cuanto quisieran una vez que su espíritu hubiera partido en el último viaje; pero, mientras la mortalidad siguiera aferrándolo, no quería lamentaciones. Quizá, pensó Ria, aquél era su más sabio consejo, porque ¿de qué servía la pena a los muertos o a los agonizantes? Avali ya no necesitaba su llanto o su preocupación. Y había una nueva vida que tener en cuenta, una preciosa nueva vida. *De la tristeza* -pensó, recordando el catecismo que a tantas novicias había enseñado- *puede surgir la alegría. De la oscuridad del invierno siempre surge el verdor de la primavera...*

-Avali está en paz, Ria -dijo Chiro-. Podemos estar seguros de ello. Y su hija crecerá.

Había vuelto a adivinar sus pensamientos, con aquella extraña capacidad que tenía, y Ria sonrió.

-Lo sé, Chiro. Y Keridil...

-Espera con alegría. Un final, pero también un principio. Para todos nosotros.

Dieron unos pasos en silencio, y luego Chiro preguntó:

-¿Has decidido cómo vas a llamarla?

-¿Al bebé? -Aquel súbito cambio de tema cogió desprevenida a Ria, pero le agradó-. La verdad es que no he pensado en ello. Las hermanas quieren llamarla Ygorla, pero... -se mordió el labio-. Ojalá supiera qué hubiera preferido Avali. Nunca hablaba de nombres; ella... ¡Oh, cielos! -Se limpió los ojos con la manga de su túnica.

Él la abrazó con suavidad.

-Ria, no debes atormentarte. Ya oíste a Carnon; no puedes ser considerada culpable bajo ningún aspecto. El estado de Avali no podía haber sido diagnosticado o previsto, y los rigores del viaje hasta aquí no ejercieron ninguna influencia.

-Lo sé. Carnon me lo explicó todo esta mañana. También sé que no habría recibido mejores cuidados en ningún otro lugar. En realidad fueron mejores que si se hubiera quedado en Chaun Meridional. Pero no puedo dejar de pensar... -Movió la cabeza, impotente.

-Debes dejar de pensarlo. De verdad, Ria, debes hacerlo -le dijo Chiro con severidad; luego su expresión se hizo más suave-. ¿Recuerdas lo que nos dijimos en el banquete? ¿Recuerdas tu brindis?

Lo recordaba, y creía que a lo mejor él tenía razón. Tenían que pensar en el futuro. *De la oscuridad del invierno...* La pena acabaría por desaparecer y ella todavía tenía mucho que dar, sobre todo a la huerfanita que ahora dormía en el ala este. Pronto acabaría aquel tiempo triste y la vida volvería a su cauce normal.

Pero, de todos modos, al mirar el brillante sol Ria sintió que algo helado y temible la tocaba con una mano gélida.

Keridil no había querido morir en su lecho. Habría preferido pasar su última hora sentado en su sillón favorito junto al fuego, rodeado por sus amigos y colegas más íntimos, pero al final su cuerpo se reveló

demasiado débil y a regañadientes hizo caso a Carnon y yació, apoyado en almohadas, en la gran cama con cuatro postes que había sido su lecho durante casi toda su vida, y, antes que él, el de incontables predecesores en el cargo.

Nada más entrar en la habitación con Chiro, Ria supo que la muerte estaba muy cerca de Keridil. La piel del anciano Sumo Iniciado había adquirido aquel peculiar aspecto traslúcido que tan a menudo anunciaba que un alma abandonaba su prisión mortal. Cuando Keridil giró la cabeza y le sonrió, Ria vio certeza en su mirada.

-Querida Matriarca -la saludó, alargando una mano; la presión fue sorprendentemente enérgica, pero en cierto modo efímera-. Gracias por venir a verme.

Ria no consiguió hablar, pero se llevó la mano de Keridil a los labios y la besó. Chiro se acercó a la cama y le dijo algo al oído a Keridil y Ria. Cuando retrocedió, ésta vio que sólo había otras tres personas en la habitación: Carnon, como ya esperaba, y junto a la ventana, cogidos de la mano, los dos hijos de Chiro, Karuth y su hermano Tirand.

Tirand sólo tenía nueve años, pero ya era la viva imagen de su padre cuando era joven. Sostuvo un instante la mirada de la Matriarca antes de bajar la vista nervioso, para concentrarse en sus pies. No estaba muy ducho en el protocolo, aunque sabía que debía haber hecho una reverencia ante ella. Ria, consciente de la solemnidad de la ocasión, se apiadó de él, y se acercó cruzando la habitación hasta cogerle la mano que el niño tenía libre.

-¿Cómo estás, Tirand? -le susurró.

-Bien, gracias, señora -le respondió el niño, también en un susurro-. Al menos... -Su rostro adquirió una expresión de tristeza y no pudo evitar fijar la mirada en la cama.

-Está bien, hijo. Sé lo que quieres decir. Y el Sumo Iniciado no quiere que estemos tristes. Aunque debemos quedarnos atrás, ésta es para él una ocasión de alegría, porque alcanzará la paz.

Por un instante se preguntó si sus palabras no sonaban huecas, pero el cambio en la expresión de Tirand, de triste confusión a dubitativo alivio, desvaneció sus dudas. Miró después a Karuth y se dio cuenta de que la chica la estaba evaluando con mirada profesional y preocupada. Sonrió.

-Estoy mucho mejor, Karuth. Gracias por tu amabilidad.

-Me alegro, señora. ¿Está bien la niña?

-Sí, gracias a la benevolencia de los dioses.

Karuth hizo un gesto en dirección a la frágil figura de Keridil.

-El Sumo Iniciado ha preguntado por ella, Matriarca. Antes de que llegarais. Parece preocupado por ella.

Ria sabía que Keridil había visitado inesperadamente al amanecer el velatorio de Avali. Quizá, pensó, Keridil veía en la niña un símbolo de nueva esperanza, un nuevo principio.

El pensamiento se vio interrumpido de forma brusca cuando Karuth la cogió del brazo.

-Matriarca...

-¿Qué pasa?

Entonces Ria lo sintió a su vez: un aliento frío que pasó por delante de ellos y cruzó la soleada habitación. Por instinto miró hacia la cama, y

vio los ojos de Keridil abrirse perceptiblemente y cambiar de enfoque, de manera que parecía contemplar, con intensa claridad y una inteligencia nuevamente despierta, un punto preciso entre los dos pies de la cama. Después pensó que tal vez lo había imaginado, aunque nunca podría saberlo con certeza, pero en ese punto parecía haber un débil resplandor, y la sensación de una presencia, una *inteligencia,* que llenaba la habitación e iba más allá de sus dimensiones físicas, hasta otro plano inimaginable de la existencia.

La intuición se convirtió en certeza e, incapaz de contenerse, Ria avanzó.

-Keridil... -las restantes palabras murieron en su garganta.

Keridil se sentó muy derecho. La vívida inteligencia de su mirada se intensificó y, de pronto, se vio que en su rostro luchaban por sobreponerse la felicidad, el dolor y una extraordinaria comprensión. Ria sintió que Karuth estaba pegada a ella, vio a Chiro retroceder, oyó un brusco suspiro de Carnon.

-¡Espera! -No era la voz normal del Sumo Iniciado, sino más potente, más joven, casi irreconocible-. Hay algo que debo...

-¡Keridil, no te esfuerces! -Carnon lo cogió por los hombros, e intentó que se volviera a acostar. Pero, para asombro del médico, Keridil lo apartó violentamente. Seguía con la mirada fija en el mismo punto entre los postes de la cama. Carnon y Chiro siguieron su mirada pero no vieron nada, mientras que Ria y Karuth tan sólo intuían una cierta luz que se mezclaba con oscuridad, la presencia de un poder inmenso.

Pero Keridil veía con mucho más que sus sentidos físicos. Cuando el frágil hilo que lo unía con el mundo mortal se estremeció y comenzó por fin a ceder, miró más allá de la habitación, más allá de las antiguas piedras del Castillo, a un reino en el que extraños colores pulsaban y cambiaban en un arco iris enorme y chispeante, y contempló una figura alta, rodeada por un espectro sobrenatural de colores, que se erguía ante él y que lenta, muy lentamente, alzó una mano para llamar su atención y darle la bienvenida.

-Ah, sí. -Pronunció las palabras en voz alta, las oyó caer como piedras lanzadas desde un acantilado, caer y caer hacia un distante mar, siempre hambriento. Si los amigos y compañeros de este mundo, aquellos a quienes dejaba atrás, oían o entendían, no lo sabía, y no era ya una cuestión relevante. Habían caído sesenta años y Keridil Toln hablaba de nuevo con un ser de otro orden, que al fin había acudido para llevárselo.

Una cabellera como de plata fundida caía en rizos sobre unos poderosos hombros, unos ojos como dos crisoles dorados lo miraban a través de la piel, la carne y el hueso; una boca exquisitamente simétrica le sonreía. Keridil alzó una mano, queriendo tocar la aparición...

De repente, un nuevo destello captó la atención de su mirada, en el límite de su campo de visión. Giró bruscamente la cabeza y vio otra figura, aún más familiar, allí donde hacía unos instantes veía los rostros preocupados de Carnon y de Chiro.

Keridil sintió que algo se relajaba en lo más profundo de su ser. Aquél era el momento que su intuición le había dicho que llegaría. Aquello era lo último que le quedaba por hacer, el mensaje que tenía que entregar. En memoria de una vieja amistad perdida, en memoria de

una lealtad que había tenido que esperar sesenta años para ser pagada.

Unos ojos verdes, invisibles para todos menos para él, observaron al Sumo Iniciado que agonizaba, y, después de tanto tiempo, Keridil sintió otra vez la presencia del amigo al que había traicionado, el amigo que había recuperado su verdadera identidad y regresado, en el amanecer de la nueva era de este mundo, al reino al que debía su existencia.

El hombre mortal y el señor del Caos se contemplaron por encima del abismo del tiempo y el recuerdo, y Keridil Toln pronunció sus últimas palabras.

-No es como Sashka. Ten cuidado, Tarod. Ten cuidado.

Unos labios finos se curvaron, los ojos como esmeraldas se cerraron y la visión se desvaneció. Keridil giró de nuevo la cabeza y miró hacia donde todavía lo esperaba, inmóvil, la aparición de resplandeciente cabellera de plata. Escuchó el suspiro final que se escapó suavemente de sus pulmones -sin estertores, tal como habrían podido esperar los médicos-, y con aquella exhalación la habitación adquirió nuevas dimensiones y su conciencia partió libre de su mortaja.

Se alzó. Su cuerpo, la mortaja que estaba abandonando, se estremeció una vez y luego se hundió lentamente en las almohadas de la cama. La mano extendida de Keridil cogió la otra mano inhumana y ya no oyó el suave llanto de una mujer cuando abandonó los límites del mundo.

Siete prismas de luz cegadora giraban lentamente por encima de un paisaje cambiante. Sus colores iridiscentes centelleaban y se mezclaban en un arco iris gigantesco que temblaba surcando el inquieto cielo. Surgió un sonido, una nota larga y sobrenatural, que se convirtió en silencio interrumpido tan sólo por el gemido intermitente del viento.

Desde donde se hallaba, sobre un gigantesco acantilado negro que a su retorcida manera recordaba los bloques de granito de la Península de la Estrella, el mundo mortal no era más que una diminuta llama que flotaba en el límite de la percepción, casi perdida contra el telón de fondo titánico y siempre cambiante del Caos. En el núcleo de aquella llama, un alma humana exhalaba sus últimos suspiros y su breve transición desde la vida a lo que esperaba más allá de ésta había tocado una fibra que despertó sus recuerdos.

Su forma era tan impredecible como su caótica mente pero, al renovarse los recuerdos, adoptó el aspecto de un hombre. Era el único de los Siete que alguna vez había sabido lo que significaba ser humano. Aquella manifestación era un homenaje a los viejos tiempos, aunque algo irónica; un homenaje al hombre que agonizaba en la Península de la Estrella, puesto que era el último superviviente del Cambio, el último de los mortales que habían contemplado el rostro de un señor del Caos. Una larga cabellera negra enmarcaba un rostro orgulloso y ascético; unos ojos verdes se volvieron lentamente para contemplar los últimos instantes del Sumo Iniciado, y unos labios finos sonrieron con una expresión que se movía entre la compasión, el desprecio y el afecto.

Podría haber llevado consigo a Keridil Toln al Caos. Era algo que estaba al alcance de sus poderes, puesto que el *status quo* entre los dioses, que los hombres y mujeres denominaban ingenuamente Equili-

Librodot

brio, había sido alterado desde el día siempre bien recordado en que Yandros había triunfado sobre Aeoris del Orden y había rehecho las leyes del mundo mortal para que siguieran los propósitos del Caos. Pero, por muy grande que fuera la tentación de seguir ese capricho, se contentó con dejar que la decisión de Keridil fuera el árbitro final. Sesenta años antes, según el cómputo humano del tiempo, al Caos le había divertido trastocar las restricciones largo tiempo impuestas por los señores del Orden y conceder al mundo un grado de libertad desconocido en toda su historia. La oposición, como había dicho una vez Yandros, era un factor a tener muy en cuenta para prevenir que cualquier poder cayera en la autosatisfacción. Ahora, cada individuo podía elegir a quién servir y el Caos, con toda la perversidad propia de su naturaleza, se había mostrado firme a la hora de mantener su juramento de contenerse y no manipular las vidas de los humanos. Aunque externamente Keridil había cumplido con su deber de dar a cada parte lo suyo, en el fondo siempre había permanecido fiel al Orden. Que fuera con Aeoris, tal y como había rogado en sus oraciones. Hubo un tiempo en que había sido un amigo y, aunque la amistad acabó en traición, Tarod no le guardaba rencor.

Pero, mientras la chispa que era la vida de Keridil se apagaba, pareció de pronto que algo quería gritar a través de las dimensiones, que quería tocar por última vez los ecos y recuerdos que una vez habían atado al agonizante Sumo Iniciado a otra devoción. El tiempo se detuvo y, desde la cama de la silenciosa habitación del Castillo, se asomó un rostro del que habían desaparecido bruscamente las huellas de los años, y una mente asolada con viejas culpas y anhelos y confusiones proyectó un último mensaje urgente.

No es como Sashka. Ten cuidado, Tarod. Ten cuidado.

Las palabras lo alcanzaron como un dardo helado, y el viento que soplaba a través del reino del Caos se alzó un instante hasta convertirse en aullido huracanado. Tarod levantó un brazo y lo apaciguó; después su mano se cerró en torno a la llama del mundo, como si ésta fuera una luciérnaga que hubiera atrapado en la palma de la mano. Su conciencia se movió, volvió a centrarse y contempló al anciano, el que antaño había sido su compañero, y vio que los envejecidos ojos de color avellana lo reconocían y que el hombre sabía que había escuchado sus palabras.

El contacto no duró más que un instante. Otra presencia esperaba al alma de Keridil, y Tarod se retiró elegantemente, dejando tan sólo una ligera turbulencia en el aire del dormitorio y una caricia en la mente del Sumo Iniciado que era su forma de despedirse. Se había terminado. El último defensor de las viejas costumbres del Círculo se había ido, y el futuro se abría a nuevas influencias. Sería, pensó, una era interesante.

Se volvió y dejó atrás el desolado acantilado, permitiendo que regresara hacia el espectro de luz y oscuridad siempre cambiante a partir del cual lo había creado. Reflexionó en el extraño mensaje de Keridil: *No es como Sashka.* Le intrigaba aquella referencia, porque hacía mucho tiempo que nada le recordaba aquel nombre. Por mera curiosidad, formó una imagen a partir de las resplandecientes neblinas que lo rodeaban, la imagen de una mujer joven, alta y adorable, con ojos marrones y una melena de cabellos castaño rojizos. Como ejemplo

Librodot

de egoísmo humano, codicia y corrupción, Sashka no había tenido rival. También había poseído una exquisita belleza, una rara inteligencia y la capacidad de ocultar a los hombres la verdad que acechaba tras su máscara. Había sido maligna, lo cual era una noción divertida, teniendo en mente las acusaciones que en época de Sashka se habían hecho contra los que eran como él.

Pero hacía tiempo que Sashka había sido expulsada del mundo mortal y de los otros mundos. Incluso el gusano que habitaba el núcleo de su corazón debía de haberse convertido ya en nada, en el infierno sin dimensiones al que la había enviado. Era una lástima que Keridil no hubiera sabido cortar los últimos lazos para abandonar su vana esperanza de volverla a encontrar. Se habría merecido algo mejor, pero incluso con su último aliento había musitado su nombre.

No es como Sashka. Ociosamente, Tarod se preguntó qué espejismo, qué fantasía distorsionada había estado en la mente de Keridil en aquel momento. Parecía haber querido avisarle algo, pero sus pensamientos habían sido demasiado débiles y confusos para que el mensaje tomara forma y consistencia. ¿Un fantasma del pasado? ¿Algún demonio amante creado por su propia mente? Tarod sonrió con cierta compasión. El Caos no tenía nada que temer de los fantasmas.

Hizo desaparecer la hermosa imagen de Sashka, que giraba lentamente sobre sí misma, y alzó la vista al ominoso cielo. Un relámpago rojo sangre estalló en el firmamento y, siguiendo un capricho, Tarod lanzó su conciencia hasta unirse con él, mientras los fragmentos de su forma humana se esparcían como un millón de diamantes. Uno de los siete prismas que seguían pulsando con ritmo lento e incansable en el vasto horizonte resplandeció repentina y brevemente; después el relámpago se repitió y rasgó la bóveda celeste, y una oscura sombra se extendió sobre el paisaje cambiante y luminoso para desaparecer en el chisporroteante arco iris, muy arriba.

Librodot

CAPITULO 5

-¡No comprendo por qué razón tengo que saberlo! -Unos ojos azules, en una cara con forma de corazón cuya belleza infantil quedaba estropeada en aquel momento por una expresión de irritación, miraban acusadores a la superiora Corelm Simik-. ¡Me importa un comino si puedo o no nombrar todas las provincias y sus Margraves sin equivocarme! ¡Y también me importan un comino el Alto Margrave, su padre y su abuelo! ¡Me importa un comino si se van todos a...!

-¡Ygorla! -Los labios de la hermana Corelm se tensaron y la reprimenda surgió con más dureza que de costumbre, al tiempo que daba una palmada en la mesa. Pero tras la furia de su mirada acechaba una cansada desesperación, y sospechaba que su alumna de diez años era consciente de ello.

-Ygorla -repitió, recuperando el autocontrol-. No te lo repetiré. ¡No voy a tolerar esa mala educación ni esa falta de respeto para con el Alto Margrave! Estás aquí para aprender, y el hecho de que la Matriarca te haya concedido el privilegio de estudiar en la Residencia, en lugar de acudir a la escuela de la Hermandad junto a otros niños, no significa que no espere el máximo rendimiento por tu parte; al contrario. -Se levantó, y la larga falda blanca de su túnica barrió el suelo mientras andaba por la pequeña aula; luego se detuvo y volvió a mirar con severidad a su alumna-. ¿Quieres ser una niña sin educación, Ygorla? ¿Quieres que en el futuro tus iguales te señalen con el dedo y se rían de tu ignorancia?

El ataque surtió efecto y la niña se encogió de hombros a la defensiva, aunque su mirada seguía siendo de resentimiento.

-Pero ¡es tan aburrido! -protestó.

-Aburrido o no, es preciso si quieres mantener tu posición en la sociedad a la que estás destinada. -La hermana Corelm detectó el primer signo de debilitamiento y siguió atacando; había aprendido que era la única manera de enfrentarse a Ygorla. Suavizó un tanto su tono de voz-. Hija mía, cuando yo tenía tu edad me gustaban tan poco las clases como a ti, pero te aseguro que en el futuro agradecerás mi insistencia. Cuando alcances la edad de casarte...

La niña levantó la cabeza con rapidez.

-Nunca me casaré.

-Bueno, sólo tienes diez años; no es un tema que deba preocuparte todavía.

-Preocupa a tía Ria. Oí cómo se lo decía a la hermana Fiora.

La paciencia de la hermana Corelm comenzó a agotarse nuevamente.

-Bueno, Ygorla, ¡ya está bien! Las discusiones privadas de la Matriarca con la hermana Fiora no son para que las oigan las niñas, y no deberías haber estado escuchando sobre asuntos que no puedes comprender a tu edad.

-No pude evitarlo -repuso Ygorla, parpadeando-. Era tarde por la noche, no podía dormirme y fui al refectorio en busca de un vaso de agua. Tenía que pasar por delante del estudio de tía Ria, y ella y la

Librodot

hermana Fiora estaban hablando de mí. No pude evitar oír lo que decían. Lo siento, hermana Corelm.

Tenía una expresión de candor absoluto y la hermana Corelm exhaló un suspiro. No había estado cerca de la pobre madre de la niña durante su estancia en la Residencia, y sabía que no era correcto pensar mal de los muertos, pero recordaba aquella mirada dulce e inocente demasiado bien. Avali Troi no había tenido escrúpulos en usar el encanto para evitar la censura, y estaba claro que su hija había heredado aquel rasgo, si bien pocas cosas más. Cuando Ygorla ponía su «cara de penitente», como decía Corelm, y aunque no fuera más que un truco, era imposible seguir enfadada con ella.

Corelm regresó a su silla y se sentó.

-Bueno, si me prometes que no lo volverás a hacer, no hablaremos más de ello.

La expresión de Ygorla se iluminó.

-Lo prometo.

-Muy bien, entonces volvamos a la lección, y en pocos minutos podrás cerrar el libro y te preguntaré las provincias y sus Margraves.

Obediente, la niña inclinó su morena cabeza sobre el libro, y durante un rato hubo silencio. La hermana Corelm se centró en su trabajo, la corrección de un examen que había hecho a alumnas mayores unos días antes. A la vista de las desgarbadas caligrafías, y mientras escribía duras observaciones al lado de las respuestas más estúpidas, reflexionó con ironía que, a pesar de su tenaz resistencia a los estudios formales, Ygorla poseía una inteligencia por encima de la media. ¡Si tan sólo la aplicara y trabajara de verdad!

De pronto tuvo la incómoda sensación de que la observaban. Alzó la vista con rapidez y se encontró con la mirada seria y pensativa de Ygorla, fija en ella. La hermana Corelm lanzó un suspiró y dejó su plumilla.

-¿Qué ocurre, hija? ¿Hay algo que no comprendes?

-No, hermana. -Ygorla sonrió con dulzura-. Estaba pensando quién podría «casar» conmigo si algún día decido hacerlo.

Corelm enarcó las cejas ante la incorrecta construcción gramatical, pero lo dejó estar. Se dio cuenta de que tenía poco sentido hacer que la niña volviera a sus estudios; una vez que su mente se distraía era imposible lograr que se concentrara de nuevo, por lo que cedió.

-¿Y quién -preguntó divertida- llama tu atención en este momento?

Los hombros de Ygorla se alzaron en un gesto coqueto.

-Oh... creo que pensaría en Blis Alacar. Puede que me gustara ser Alta Margravina algún día. O quizá el hijo del Sumo Iniciado, Tirand Lin, aunque dicen que no es muy guapo.

Corelm disimuló su sonrisa con la mano.

-Bueno, querida, no se puede decir que no seas ambiciosa. Pero Blis Alacar tiene ahora 26 años; creo que para cuando tú tengas edad de casarte él ya habrá encontrado esposa. ¿No sería mejor su hermano menor?

Ygorla no entendió su ironía; o eso o prefirió no darse por enterada. Ladeó la cabeza y miró con súbita intensidad a su profesora.

-Quizá. Pero ten en cuenta que Blis Alacar será Alto Margrave *muy* pronto.

Librodot

Unos dedos helados y duros parecieron aferrarse a la columna vertebral de Corelm, que dijo con brusquedad:

-¿Qué quieres decir?

-Solas Jair Alacar va a morir -repuso Ygorla sin expresión alguna.

-¡Tonterías! ¿Qué estás...?

-De verdad. Lo soñé. Por eso lo sé.

Aquello era demasiado; la sensibilidad de la hermana Corelm llegó al límite. Primero, falta de respeto y ahora la pretensión de vaticinar el futuro, de una manera que parecía simplemente mala intención. No podía tolerarse.

-¡Ygorla! -su voz crujió como una espada helada-. ¡Ya está bien! -Se alzó como un ángel vengador y se encaminó hacia la mesa a grandes pasos; cogió los libros de Ygorla, los cerró de golpe y se inclinó amenazadora, mientras sus nudillos se ponían blancos al agarrar el borde de la mesa. La niña retrocedió como si estuviera asustada, pero esta vez Corelm estaba demasiado enfadada para dejarse engatusar.

-¡Vas a escucharme y, si tienes dos dedos de frente, me harás caso! -dijo con aspereza-. ¡No voy a tolerar, repito, no voy a tolerar que vayas haciendo esas afirmaciones fantasiosas y sin sentido! Sueños... ¡Dioses, eso es algo que casi suena a traición! -Advirtió que su tono de voz se había vuelto estridente y, esforzándose por calmarse, se apartó de la mesa y cruzó los brazos.

«Nuestro Alto Margrave Solas Jair Alacar sólo tiene 57 años -prosiguió, algo más tranquila, pero todavía irritada-. Goza de una salud inmejorable y, por la gracia de los dioses, vivirá todavía muchos años, como sabes bien por tu catecismo. ¡No está bien que una niña malcriada y caprichosa se deje llevar por lamentables fantasías de manera tan poco correcta! ¿Me entiendes, Ygorla? ¿Me entiendes?

La morena cabecita de Ygorla hizo un único gesto de asentimiento.

-Sí, hermana Corelm.

-Bien. Y ahora, como castigo, te quedarás aquí sola hasta que hayas escrito siete veces siete los nombres de cada una de nuestras provincias y sus Margraves. Se abrirá la puerta de esta habitación dentro de una hora. Espero que entonces me traigas tu trabajo y espero que no haya ni un solo fallo. -Guardó silencio por unos instantes-. ¿Ha quedado bien claro?

-Sí, hermana Corelm.

Docilidad, sumisión. Corelm hizo una pausa tensa por unos instantes; la parte más desconfiada de su naturaleza esperaba alguna nueva treta de Ygorla, pero, por una vez, parecía que la chica no iba a discutir. Satisfecha, aunque no del todo convencida ante aquella demostración de arrepentimiento, la hermana recogió los libros de texto y, dejando a Ygorla sólo con material de escritura y su memoria para realizar la tarea, salió de la habitación y cerró la puerta con llave.

Al llegar al relativo frescor del pasillo encalado, Corelm se detuvo, cerró con fuerza los ojos y se pellizcó el puente de la nariz en un esfuerzo por frenar el dolor de cabeza que le acuchillaba el cráneo. Toda su columna vertebral vibraba tensa y tenía el pulso acelerado, incapaz de serenarse hasta un ritmo normal. Sabía que era una estúpida al permitir que una simple niña la alterara de aquella manera, pero Ygorla parecía más intratable con cada día que pasaba, y también le iba

Librodot

encontrando el truco a encontrar y explotar todos los puntos débiles en la armadura protectora de Corelm. Aquella mañana había sido la gota que colmaba el vaso; algo tendría que hacerse, o se vería obligada a presentar la dimisión como tutora de Ygorla, para recomendar que la niña pasara a manos más firmes.

Al andar por el pasillo, sus zapatos de suela de madera claquetearon apresuradamente sobre el suelo de piedra, y ese ruido le renovó el dolor de cabeza. Tendría que tomarse uno de los preparados de hierbas de la hermana Fiora antes de que el dolor la incapacitara; conocía muy bien sus migrañas. Pero antes, cuando todavía estaba reciente aquel último altercado, era imperioso que hablara con la Matriarca. Ya era hora.

A pesar de que casi estaban en pleno invierno, el sol meridional seguía conservando algo de su calor y fue un agradable bálsamo para Corelm cuando salió del edificio bajo y cruzó el patio en dirección a la casa de la Matriarca. En el refugio de tejado a dos aguas, situado frente a la Sala de Oración, las campanillas tintinearon con un sonido dulce y tenue. Corelm vio a un halconero con una de las aves mensajeras que se utilizaban para cruzar mensajes urgentes entre las provincias. Recordó que el halcón había llegado un poco antes, aquella misma mañana, con despachos para la Matriarca, y por un momento su andar se hizo indeciso, al preguntarse si Ria no estaría demasiado ocupada para atenderla. Pero seguro que podría concederle algunos minutos. No necesitaba más que eso.

La casa de la Matriarca era un edificio pintado de blanco, de una sola planta, situado en el lado oeste del patio, de manera que sus altos ventanales recogieran la luz del atardecer. La puerta principal estaba abierta como siempre, y Corelm atravesó el recibidor de la manera más silenciosa posible y luego siguió por el pasillo embaldosado que conducía al estudio de la Matriarca.

La puerta del estudio, acolchada con cuero para amortiguar los ruidos, mostraba un ramillete de palitos sobre el picaporte, señal de que Ria estaba ante su escritorio, dispuesta a recibir visitas. Aliviada, Corelm llamó educadamente, esperó la respuesta -que tardó unos momentos en llegar- y entró.

-Corelm... -Ria alzó la vista de la hoja de pergamino que tenía ante sí, con las cejas arqueadas por la sorpresa-. ¿Se trata de algo urgente? No quiero que me molesten.

Desconcertada, Corelm hizo un gesto en dirección a la puerta.

-Perdonadme, Matriarca, pero la señal...

-¿Sigue ahí? Oh, cielos, creí que la había quitado. No -dijo cuando vio que Corelm, avergonzada, daba la vuelta para marcharse-, no, hermana, no te preocupes. El error es mío -añadió, esforzándose por sonreír-. ¿Qué puedo hacer por ti?

Los años se habían portado bien con Ria. Aunque ya rondaba los sesenta y tantos, una buena estructura ósea le había mantenido el cuerpo en buena forma, y su rostro sólo mostraba las arrugas debidas a un buen envejecer y al sol del sur. El reumatismo que asolaba a los de su generación más al norte, casi no aparecía en el suave clima de Chaun Meridional y, aunque su cabello era gris, no le importaba teñirlo de vez en cuando para mostrar el color que había tenido en otros

Librodot

tiempos. Y la edad también tenía sus beneficios; uno de ellos era la sabiduría y la experiencia, que le hicieron comprender enseguida que la hermana Corelm estaba muy agitada.

-Siéntate, querida -le dijo con amabilidad-. ¿Qué te inquieta?

-Bien... -Corelm se desplomó en la silla, y retorció las manos-. No quiero importunaros, Matriarca, sobre todo si ya estáis ocupada con otros asuntos...

-Otros asuntos. -Ria repitió las palabras como si encerraran una ironía sin gracia y volvió a mirar el pergamino-. Por desgracia, no hay nada que pueda hacer para alterar estas tristes noticias, así que...

Era algo totalmente impensable que una hermana interrumpiera a la Matriarca, pero en aquel instante una terrible premonición desató la lengua de Corelm, quien habló con voz tensa:

-¿Tristes noticias, señora?

-Sí. No importa que lo sepas ahora, Corelm. Dentro de una hora haré el comunicado a toda la Residencia. -Ria puso una mano sobre el pergamino, y de pronto Corelm se sintió como un nadador arrastrado sin previo aviso por una corriente que podía ahogarlo. Oyó las siguientes palabras de la Matriarca como si estuviera hundiéndose en una pesadilla.

-Acabo de recibir un mensaje de la Isla de Verano, Corelm. Hace dos días, nuestro Alto Margrave se mató al caerse del caballo mientras galopaba por los terrenos de su corte.

Corelm se quedó mirándola y sintió que el mundo se deslizaba hacia un abismo.

-¡Corelm! -Ria, sorprendida, hizo ademán de ponerse en pie-. Corelm, ¿estás bien?, ¿qué te ocurre?

Corelm emitió un sonido que ni siquiera podía comenzar a expresar el negro y ciego remolino que surgía del pozo en que se había convertido su mente. Por un instante, volvió a ver el rostro de Ygorla, los ojos azules e inocentes, y escuchó otra vez la predicción de aquella voz infantil pero totalmente segura. Luego, por primera vez en su vida, cayó al suelo sin sentido.

-Una noche de sueño y quedarse mañana por la mañana en la cama. -Dictaminó Fiora, cerrando la puerta de la habitación de Corelm, y sonrió tranquilizadoramente a Ria mientras se dirigían hacia la puerta principal de los aposentos de las hermanas superioras-. Sólo necesita descansar, Matriarca. Y la oportunidad para recuperarse de este desagradable trauma.

Ria asintió, pero su expresión siguió siendo severa; pensaba en la historia que les había contado Corelm cuando se recuperó del desmayo. Fiora, que quizá la conocía mejor que nadie de la Residencia, esperó, sabiendo que diría lo que tenía que decir en su momento. Por fin, Ria habló:

-Nos queda todavía el problema de Ygorla.

-Sí, Matriarca. -Fiora había esperado eso, y también esperaba los argumentos que se opondrían a lo que tenía que decir. Sin embargo, debía hablar con franqueza-. Creo que sabéis lo que pienso, y me temo que este incidente sólo sirve para reforzar mi opinión. Creo sinceramente que Ygorla posee un gran talento innato. También creo

Librodot

que una vez que alcance la adolescencia, la Hermandad no será suficiente para satisfacerla.

Ria hizo un gesto de asentimiento.

-Habría preferido que escogiera un camino más seglar y que hiciera un buen matrimonio dentro de unos años, pero me parece que no será así. Qué pena.

Fiora sonrió.

-Si os referís a que habrá muchos jóvenes defraudados en su camino, Matriarca, estoy completamente de acuerdo. Ya ha destrozado varios corazones, y sólo tiene diez años. Aun así... -Miró de reojo a la Matriarca y vaciló-. Perdonad por favor que os hable con tanta crudeza, pero creí que vos seríais la última persona en desear que Ygorla fuera tan sólo una esposa, en lugar de desarrollar completamente sus talentos.

-Entiendo tu punto de vista, Fiora. Pero, al mismo tiempo, tampoco querría que ella renunciara a lo que, al fin y al cabo, es el camino natural y el deleite de una mujer. -Estuvo tentada de añadir *como hice yo,* pero se reprimió. Fiora sabía exactamente lo que quería decir; era una vieja herida, y la sanadora era muy consciente de ello.

Fiora habló con suavidad.

-¿Estáis pensando en Karuth Piadar en el Castillo?

Ria se dijo que Fiora siempre había sido muy diplomática.

-Sí -contestó y esbozó una mínima sonrisa, lo suficiente para dar a entender a la hermana que la comprensión era mutua-. Pienso en Karuth, claro está. Tanto tiempo y energías dedicados a las demandas de su trabajo y a sus responsabilidades que ya a los veinticuatro años parece destinada a ser una solterona toda la vida. No quisiera ver a Ygorla seguir el mismo camino, a menos que lo desee de verdad.

-Pero ¿y si es así?

-Entonces no me opondré. Sólo quiero que esté segura.

Se sumergieron en un silencio reflexivo hasta que entraron otra vez en la casa de la Matriarca y se detuvieron en la estancia de altos techos. Entonces, cerrando las manos ante sí, Ria se volvió a su vieja amiga.

-No importa lo que el futuro depare a mi sobrina, Fiora. Es algo que debe esperar nuevas reflexiones. Por ahora, tenemos asuntos más serios de los que ocuparnos. Quiero que convoques a todas las hermanas dentro de veinte minutos en el refectorio y les dirigiré la palabra para comunicarles el fallecimiento del Alto Margrave. Daremos el toque de difuntos a mediodía y los rituales fúnebres comenzarán inmediatamente después. ¡Oh! Y, dado que la hermana Corelm estará ausente, dile a la hermana Mirrio que se asegure de hacer correr la voz para que todas las escuelas de la Hermandad cierren en señal de duelo. -Paseó la mirada por la sala, pareciendo enfocarla no en los contornos limpios y modestos de sus paredes, sino más allá, en algo que Fiora no podía ver-. Apenas conocía a Solas, y parece que no haya pasado casi el tiempo desde que presenciamos el fallecimiento de su padre, Fenar. Supongo que ése es uno de los castigos por la reclusión de nuestro Alto Margrave en la Isla de Verano; lo vemos tan pocas veces que, para nosotras, es más un nombre que una persona. Ah, bien..., que los dioses le otorguen la paz.

Fiora hizo la señal de reverencia con los dedos extendidos.

Librodot

-Así sea, Matriarca. ¿E Ygorla?

Ria suspiró.

-Sácala del aula y encárgale alguna tarea que la tenga sin hacer travesuras durante un rato.

-¿Debe acudir al refectorio con las demás?

Ria frunció el entrecejo, meditando un instante.

-Mejor que no -contestó al cabo, alzó la cabeza y su mirada fue de completa franqueza-. De hecho, preferiría que se enterara de la noticia cuanto más tarde mejor. No sé qué instinto o poder vidente la hizo predecir la muerte de Solas Jair Alacar de manera tan sorprendente, pero no quiero que se dé cuenta todavía de lo exacta que resultó su predicción. -Vaciló un momento y luego añadió-. Creo que será mejor que le ocultemos la verdad durante un tiempo. Por su propio bien.

La noticia de la muerte del Alto Margrave llegó a la Península de la Estrella al día siguiente. Una vez recibida la noticia y anunciada con la debida solemnidad a sus compañeros adeptos, el Sumo Iniciado Chiro Piadar Lin se puso a preparar, a regañadientes, los temas prácticos del viaje hacia el sur que le esperaba.

El hecho de que una parte de él se resintiera de aquella necesidad ritual, le ocasionaba a Chiro más de un remordimiento de conciencia. Pero la verdad es que apenas había conocido al Alto Margrave -en total, se habían encontrado en tres ocasiones- y lo poco que había visto no le había gustado. Solas había heredado de su padre la debilidad de carácter y a Chiro le había parecido una especie de aficionado, más preocupado por las diversiones triviales de la vida cortesana que por los asuntos de estado, de los cuales no tenía una idea cabal. Su hijo, Blis, a pesar de ser joven, sería un gobernante más sabio y más dedicado a su papel. En privado, Chiro sospechaba que no sería el único en acudir a los ritos funerales cuyo dolor sería más cuestión de deber que verdadero sentimiento.

Así y todo, había que guardar las formas. No le gustaba la idea de tener que cruzar las montañas septentrionales en pleno invierno; aunque los desfiladeros estaban abiertos -apenas, en realidad-, la nieve y el hielo harían el viaje peligroso y sumamente incómodo. ¡Y había tanto que hacer en el Castillo! Siempre había mucho que hacer, pero en aquel momento el destino parecía mostrarse especialmente perverso, puesto que, además de las infecciones invernales que parecían afectar a la mitad del Círculo, estaba a punto de llegar un nuevo grupo de estudiantes para comenzar sus tres años de aprendizaje de las artes y ciencias que enseñaban los eruditos del Círculo. Aun así, no tenía más remedio que partir. Era impensable que el Sumo Iniciado no estuviera presente para acelerar el viaje del alma de Solas Jair Alacar hacia los dioses.

Fue Karuth, como de costumbre, la que apaciguó las preocupaciones de Chiro y quien logró convencerlo de que el tejido social del Castillo no se colapsaría durante su ausencia, de manera que, al fin, él y su séquito cruzaron el puente en una luminosa y helada mañana, con el sol brillando sobre ellos como un furioso ojo carmesí. Desde la muralla, encima de las puertas del Castillo, Tirand, el hijo de Chiro, contempló su partida; después, frotándose las manos -a pesar de

llevar gruesos guantes, el frío del invierno mordía como una serpiente-, bajó al patio para dirigirse al despacho del Sumo Iniciado.

Karuth ya estaba allí. Ordenaba papeles en el escritorio de su padre, no de manera nerviosa, sino con tranquila y segura eficacia. Tirand observó agradecido que había encendido el fuego y se detuvo para quitarse los guantes y calentar las manos ante la llama, mientras sonreía a su hermana.

-Han partido sin novedad. Que los dioses los acompañen; no será un viaje agradable.

Karuth asintió. De ser una adolescente piernilarga y desgarbada, se había convertido en una mujer joven, alta y elegante, con un cuerpo hermoso, aunque quizás algo corpulento, con bellos ojos grises y una espléndida melena castaña. Nunca vestía de manera llamativa y hoy llevaba una túnica lisa de lana, adornada únicamente con la insignia de adepto, mientras que el pelo lo llevaba recogido en una sencilla y práctica trenza. Y los cambios de la última década eran más profundos, puesto que la timidez que había observado Ria Morys había cedido lugar ante una personalidad que, pese a la calma exteriorizada, interiormente era fuerte y decidida, con la confianza adquirida tras once años de adiestramiento en el Círculo. Ahora era adepta de cuarto grado; sólo dos por debajo del grado máximo que podía esperar alcanzar, puesto que, aunque el Círculo tenía en teoría siete grados, en la práctica no se recordaba a nadie que hubiera alcanzado las formidables habilidades de un séptimo nivel, de manera que el rango era sobre todo honorario, reservado para el Sumo Iniciado o su posible sucesor. Karuth también era miembro del Consejo de Adeptos, si bien su participación en él era esporádica, pues hacía dos años que había sido calificada como médico y, al estar ya Carnon Imbro prácticamente jubilado, ella era, de hecho, la sanadora jefe del Castillo.

-He sacado las notas que padre hizo para tu discurso de bienvenida a los nuevos alumnos -dijo-. Creo que será mejor pronunciar el discurso durante el banquete en la gran sala; de esa manera combinarás ambos acontecimientos y perderás menos tiempo.

Tirand se acercó a la mesa y miró con cierta inquietud los pergaminos.

-Estoy seguro de que no lo haré bien. Nunca he sido un orador innato como padre.

-Tonterías, lo harás muy bien -aseguró Karuth, dándole unas palmaditas en el brazo, con aquel aire un poco de dueña que había desarrollado durante la infancia. Tirand sabía que, para ella, era y siempre sería el hermano pequeño, a quien debía cuidar, apoyar y guiar de manera suave y sutil. Ahora que había cumplido los veinte años y que la infancia quedaba muy atrás, encontraba divertida esa protección, aunque ésta aumentaba más que disminuía su cariño por ella. Se pasó la mano por los rizados y oscuros mechones de su cabellera y dijo:

-Bueno, será mejor que me ponga a trabajar. Tenemos un Rito Inferior al anochecer, un conjuro elemental para ver si averiguamos qué hay detrás de esas inundaciones inexplicables en la provincia Wishet. ¿Asistirás?

-Oh, sí -afirmó Karuth. Tenía un talento poco corriente para tratar con los espíritus elementales inferiores, algo muy valioso para el

Librodot

Círculo-. Esta tarde tengo que escribir y enviar algunas cartas, pero asistiré.

-¿Cartas? -Tirand había comenzado a hojear los documentos que exigían su atención. Parecía un montón enorme.

-A los patrocinadores de posibles candidatos al Círculo. Hay una serie de peticiones que necesitan respuesta; padre no tuvo tiempo de verlas antes de partir.

-Ah. ¿Algún candidato interesante en tu opinión?

-No lo sé todavía; apenas las he leído. Además, no podemos juzgar a un potencial iniciado a partir de una carta. Deberemos posponer las entrevistas por lo menos hasta la festividad de inicio de la primavera, o quizá más si padre se ve retenido en el sur.

-Oh, pero... -Se volvió, buscó en el escritorio y cogió un rollo de pergamino que todavía conservaba los restos de un sello roto-. A propósito de candidatos, anoche llegó una carta de la Matriarca.

-¿La Matriarca? -Tirand alzó los ojos de sus papeles-. ¿La ha visto padre?

-No, pero, como era su sello normal, me tomé la libertad de abrirla por si fuera algo que necesitara respuesta urgente. -Karuth alisó el documento-. Se refiere a su sobrina nieta, una niña de diez años. ¿Recuerdas, Tirand, hace diez años, cuando la Matriarca visitó el Castillo y trajo a una joven consigo? La chica estaba embarazada y el bebé nació aquí.

Tirand frunció el entrecejo.

-Algo recuerdo. ¿No falleció la madre?

-Sí. -Karuth adoptó una expresión pensativa-. Fue cuando murió el viejo Sumo Iniciado. Es extraño, ¿no crees?, que cuando la muerte flota en el aire siempre parece hacernos recordar las épocas de otras muertes. La Matriarca adoptó el bebé y creo que había cierto misterio en cuanto a la identidad del padre, aunque yo entonces era demasiado joven para saber mucho de esos asuntos. -Volvió a mirar pensativamente el pergamino-. Ahora la niña tiene diez años. Y la Matriarca solicita a padre que considere su posible iniciación en el Círculo.

-¿A los diez años? Eso es muy raro en un candidato que es de fuera del Castillo.

-Sí -repuso Karuth, con un tono extraño; muchos no lo habrían percibido, pero a Tirand, que la conocía mejor que nadie, no se le escapó. Ella pareció debatir por unos momentos, en silencio, si debía o no decir lo que pensaba; la sinceridad se impuso a la prudencia.

-Tirand, no puedo demostrarlo con exactitud, pero detecto una gran preocupación soterrada en la carta de la Matriarca. Dice que la niña tiene talentos nada usuales; eso puede ser cierto, pero tengo la sensación de que en su petición hay algo más.

Tirand la miró con fijeza.

-Tu intuición suele ser de fiar.

-Quizá, pero... -sacudió la cabeza-. No lo sé, la verdad es que no lo sé. -Hizo una pausa antes de proseguir-: La noche en que murió la madre de la niña, ocurrió algo muy extraño. Yo estaba velando el cadáver con Carnon y la hermana Fiora, la sanadora de Chaun Meridional, cuando el Sumo Iniciado nos visitó de manera inesperada

Librodot

y…

-¿Padre?

-No, no, el antiguo Sumo Iniciado, Keridil Toln. Dijo algo acerca de presagios. No puedo recordar sus palabras exactamente, pero entonces me estremecieron, Tirand. Fue una especie de premonición. Nunca he comprendido lo que quiso decir y ni siquiera había pensado en ello durante años. Pero ahora que el recuerdo ha sido despertado... -Se volvió, como buscando en la habitación algo que no estaba allí, y a Tirand le pareció que su mirada mostraba una sensación inusual de acoso-. Lo vuelvo a sentir. No sé lo que es, pero *lo percibo.*

Si aquello lo hubiera dicho alguien que no fuera Karuth, Tirand habría reaccionado con sano escepticismo. Aunque carecía de talentos psíquicos innatos, sintió, mientras su hermana hablaba, como si algo frío, oscuro y de una antigüedad inimaginable hubiera exhalado un gélido suspiro en la cálida habitación.

Karuth había dejado caer otra vez la carta de la Matriarca sobre el escritorio. Tirand la cogió y leyó la escritura limpia y familiar.

«Mi sobrina nieta Ygorla... dones innatos... no quiero entorpecer su desarrollo... que los adeptos evalúen su potencial... si ella está dispuesta...» Alzó la mirada.

-Si ella está dispuesta -repitió en voz alta la última frase-. Parece implicar que la Matriarca está más ansiosa por ver a su protegida colocada a salvo en el Círculo de lo que lo está la niña.

Karuth asintió con seriedad.

-Tengo la misma impresión. Y no dejo de preguntarme por qué habría de ser así.

-La Matriarca quiere lo mejor para la niña. Es comprensible, ¿no?

-Claro. Pero hay algo más. Incluso si Ria Morys no lo sabe, hay más. Creo... -Karuth vaciló, para seguir después con convicción-. Creo que deberíamos convencer a padre para que dé largas al asunto, al menos por ahora. Algo me dice... -Su voz se perdió y entonces Tirand habló:

-¿Algo te dice...?

Karuth se mordió el labio inferior.

-Llámalo intuición; no me atrevería a decir que es más que eso -dijo, con una expresión franca y preocupada en los ojos-. Pero algo me dice, Tirand, que el Círculo no debería correr el riesgo de aceptar a esta niña en su seno. Todavía no. No hasta que estemos seguros de que es lo adecuado.

CAPITULO 6

En un mundo que llevaba más de setenta años en paz consigo mismo y con los dioses, las preocupaciones cotidianas de la existencia humana tenían la posibilidad de crecer y florecer de una forma que habría resultado imposible en épocas anteriores. Desde el Cambio, la historia no había mostrado nada destacable, de forma que los chismorreos -nacimientos, matrimonios, fallecimientos, escándalos, pequeños logros- jugaban un papel predominante en los tratos de todo el mundo, desde los más nobles a los más plebeyos.

Como se había predicho, el reino del hijo de Solas Jair Alacar, Blis, estaba resultando un éxito, aunque fuera un éxito tranquilo. En los años transcurridos desde la muerte de su padre, Blis había emprendido una serie de reformas modestas pero populares, al tiempo que se mostraba siempre dispuesto a escuchar los problemas de los Margraves menores y de las provincias que éstos gobernaban. Aunque ya había cumplido los treinta, todavía no había escogido esposa, y las esperanzas eran abundantes entre los miembros de las familias nobles con hijas que podían optar a ese puesto.

La soltería de Blis Alacar no era algo que preocupara demasiado a Ria Morys; pero en el otoño del cuarto año de su reinado estaba preocupada con el tema del matrimonio, aunque con otro objetivo en mente. Ygorla iba a cumplir catorce años, un múltiplo de siete y por lo tanto un teórico momento crucial en su vida. Era tradición que el futuro de una chica de buena crianza se considerase seria y largamente y, con el beneplácito de los dioses, se fijara a esa edad; pero, en el caso de Ygorla, Ria se veía obligada a admitir que el futuro parecía cualquier cosa menos seguro.

La negativa del Sumo Iniciado, puntillosamente diplomática, a la petición de que su sobrina nieta ingresara antes de tiempo en el Círculo había desanimado a Ria, aunque no la había cogido totalmente por sorpresa. Chiro Piadar Lin no era hombre que fuera en contra del protocolo, y el protocolo dictaba que, a menos que hubiera nacido y se hubiera criado en el Castillo, ningún niño de diez años podía ser lo suficientemente estable y maduro para embarcarse en el riguroso adiestramiento de un iniciado.

En cierta manera, el fin de sus esperanzas había sido una bendición porque, según pasaba el tiempo, Ygorla no mostraba síntomas de adoptar una actitud más adulta, ni parecía tampoco atemperar sus inclinaciones caprichosas en beneficio de una ambición más firme. La Matriarca no tenía más remedio que admitir que habría sido un fracaso como novicia en el Círculo; pero la irritante cuestión de cuál sería su futuro seguía sin respuesta. Mientras daba los últimos toques a la lista de invitados para la fiesta que señalaría el cumpleaños de su sobrina nieta, Ria oró en silencio a Aeoris y a Yandros -aunque su lealtad fundamental era para Aeoris, reconocía que en aquel asunto al menos, el Caos podría ser más comprensivo- para que por fin se viera un atisbo del amanecer después de una larga y tenebrosa noche. Había contado quince hijos solteros y potencialmente deseables pertenecientes

Librodot

a las mejores familias de cuatro provincias. Al menos uno habría que gustara a Ygorla. Puesto que se mostraba indiferente ante la idea de entrar en el Círculo o en la Hermandad, parecía que el matrimonio era la única opción que quedaba para que hiciera algo con su vida.

La fiesta sería un acontecimiento fastuoso. Ria se sentía obligada a ofrecer lo mejor, y había exprimido a conciencia su bolsa para asegurarse de que la ocasión se comentara en tres provincias durante un buen tiempo. Para mantener las formas, envió invitaciones a su hermano y su esposa -como abuelos de Ygorla, habría sido impensable omitirlos- pero en secreto se sintió aliviada cuando ellos educadamente excusaron su asistencia. Desde el nacimiento de Ygorla, la familia se había negado en redondo a hacer nada más que reconocer su existencia; en cierto modo culpaban a la niña de la muerte prematura de su madre, y cualquier encuentro habría sido, como mínimo, tenso. Además, en los últimos años, Ria y Paon se habían ido alejando más y más, y la Matriarca admitía en privado que cada vez encontraba más insoportables las pretensiones y los aires de su hermano. La vejez no le sentaba bien a Paon, se decía. La excentricidad que traen los años no se acomodaba con él y, para decirlo sin remilgos, se estaba convirtiendo en un pelmazo intolerable. La fiesta, pensó Ria satisfecha mientras rompía su carta de excusa y la tiraba a la papelera, sería perfecta sin su presencia.

-De manera que... la hermana de tu tía abuela debe ser... tu abuela. -El joven sonrió impotente, mientras sus ojos azules suplicaban ayuda. Hacía calor en la sala, la multitud era impresionante para un retoño inocente de una familia poco importante pero ambiciosa de la provincia de Wishet, y además era muy consciente de que la mirada de ave rapaz de su madre no se apartaba de él, vigilando cada uno de sus movimientos.

La boca pintada de Ygorla se curvó elegantemente y dijo:

-No.

Nuevas gotas de sudor aparecieron en el rostro del joven.

-Ah. -No pudo decir más, y a la confusión siguió la vergüenza. ¡Ella era tan hermosa y estaba tan segura de sí misma! Era demasiado fácil olvidar que contaba cuatro años menos que él y que le habría correspondido a él estar llevando la conversación en lugar de ser ella, que además le echaba la zancadilla en cada ocasión. Tragó saliva y lo intentó otra vez-. Entonces tu abuela debe ser...

-La esposa de mi abuelo. -Los ojos de Ygorla, mucho más azules que los del chico, lo miraron con desprecio teñido de cierta diversión-. Es muy sencillo, si tienes el cerebro para comprenderlo. Me dieron el nombre del clan de mi tía abuela Ria porque mi abuelo, su hermano, no quiso reconocerme. Soy una hija bastarda, ¿no lo sabías?

El rostro de su acompañante se volvió carmesí. Admitir en privado que no era un estigma nacer fuera de un matrimonio era una cosa; escuchar que se proclamaba esa condición con tanto descaro era otra. Hizo un último intento desesperado por cambiar de tema, pero no consiguió más que un balbuceo. Ygorla, sin piedad, lo contempló en silencio hasta que él se calló sin saber qué hacer; entonces ella encogió sus desnudos hombros en un gesto despreocupado.

-Estoy segura de que mis orígenes no te interesan lo más mínimo -

Librodot

dijo en tono meloso-. Al fin y al cabo, sólo te preocupa aquello que tu madre te indica que debe preocuparte, y en su mundo la posición pesa mucho más que el historial, ¿no es así? -Bostezó sin disimulo-. Creo que voy a buscar compañía más interesante. Buenas noches.

Se alejó sin mirar atrás. No necesitaba hacerlo, porque sabía perfectamente cuál sería la expresión en el rostro del chico. Vergüenza, pena, frustración y desilusión. Debía de ser el tercero, quizás el cuarto, pretendiente esperanzado que fulminaba aquella noche con su lengua. Ygorla sintió que una perversa satisfacción la inundaba. Hasta ahora era la única distracción que había encontrado en aquella aburrida fiesta.

Cuando se dirigía hacia el extremo del refectorio, donde estaban colocadas cuatro largas mesas repletas de comida y bebida, la alcanzó una chica, unos tres años mayor que ella. Shar Veryan era novicia de la Hermandad y, en la medida en que Ygorla podía mostrarse amistosa con alguien, se había establecido una relación amigable entre ambas desde que Shar había llegado a la Residencia.

-¡Ygorla! -le dio un beso en la mejilla-. Siento llegar tan tarde. Han venido mis padres y me he visto atrapada en una charla interminable con ellos. -Retrocedió un paso para contemplar a Ygorla-. ¡Oh, estás espléndida! Nos vas a ridiculizar a todas... ¡Felicidades en tu día propicio!

Ygorla sintió que desaparecía parte de su enfado.

-Gracias, Shar -repuso-. Tú también tienes un aspecto espléndido. -El cumplido era sincero, sobre todo porque sabía que podía ser generosa; comparada con su esbelta y morena belleza, Shar parecía una vaca. Y, desde luego, el rojo no le sentaba nada bien.

Shar juntó las manos y contempló embelesada la estancia.

-¡Qué magnífica ocasión! La Matriarca no ha reparado en gastos, y con toda razón. -Su voz adquirió un tono conspirador-. Te he visto bailar hace un rato con el primogénito del Margrave de la Perspectiva. ¿Cómo es?

-Tedioso -respondió Ygorla con rencor-. No sabe hablar más que de las propiedades de su padre y de cómo piensa mejorarlas cuando el viejo muera y él herede el cargo. ¡Es tan pueblerino! Creo que ésta es la primera noche en que ha salido de las fronteras de Perspectiva.

Shar enarcó las cejas.

-Pero es guapo. Tienes que reconocerlo.

-Guapo. -Ygorla repitió la palabra con estudiado desprecio-. Oh, sí, es guapo. Pero también es hermoso un buen caballo y yo no entablaría conversación con un caballo.

Se produjo un incómodo silencio. Luego Shar dijo en voz baja:

-Oh, querida.

El tono de voz encolerizó de nuevo a Ygorla, quien con más veneno del que pretendía respondió con brusquedad:

-¿Oh, querida *qué*?

Shar suspiró.

-No estás disfrutando de la velada, ¿verdad? No, no intentes negarlo. Te conozco demasiado bien a estas alturas y es justo lo que me temía. Ygorla, ¿por qué no lo intentas? Al menos por la Matriarca. Ella sólo quiere lo mejor para ti, ¡igual que todos!

El pequeño y tenso nudo de completa negrura que había estado agazapado en la mente de Ygorla desde que había comenzado la fiesta, explotó de repente, convertido en rabia. Se volvió hacia Shar y tuvo la satisfacción de verla retroceder ante su mirada helada y furiosa.

-Muy bien -dijo con enojo-. Muy bien. Te diré la verdad, Shar, si así lo deseas. ¡Odio esta fiesta! Odio todos los torpes y miserables intentos por complacerme y manipularme. Odio a todos los que están aquí; odio a los Margraves, a los mercaderes y a sus remilgados hijos. Odio a la tía Ria, a la hermana Fiora y a la hermana Corelm y a toda esa muchedumbre gorjeante... ¡Y si no tienes cuidado acabaré odiándote a ti también, porque no tienes la inteligencia necesaria para ver lo que hay detrás de toda esta charada!

-¡Ygorla! -Shar estaba asombrada y desolada-. No hablas en serio.

-¡Sí! -De pronto a Ygorla no le importó quién pudiera estar viéndola ni el castigo que pudiera recibir a la fría luz del amanecer. Dio una patada en el suelo, que hizo que todos se volvieran a mirar. La furia estaba desbocada y no podía ni quería controlarla. Se volvió con un gesto dramático y habló de manera que todos la oyeran-. ¡Os odio a todos! ¡Odio todo!

Y, ante la mirada asombrada de un centenar de invitados, se recogió la falda de su caro traje de seda y salió corriendo de la estancia.

El frío del otoño fue como una bofetada, cuando Ygorla salió corriendo atropelladamente de la sala que daba al refectorio y se adentró en la silenciosa noche. Dio unos cuantos pasos vacilantes en el patio, recuperó el equilibrio y la dignidad, y se paró para respirar el aire fresco y dejar que su bálsamo la calmara.

Malditos. No se retractaba de nada de lo que había dicho, ni de una sola palabra, y sentía el odio como una joya preciosa en su interior. No había querido aquel festejo, pensado únicamente para meterla en un molde al que no quería someterse. Matrimonio.

¿Qué podía esperar ella del matrimonio? Ser una posesión más de algún estúpido inseguro que ostentaría el poder sin tener la inteligencia para comprender lo que éste podía significar verdaderamente. O aceptar el blanco velo de la Hermandad, o la insignia dorada de iniciado del Círculo. No eran más que otras formas de matrimonio. Ser siempre una segundona, siempre estar sujeta a la voluntad de otro. No era eso lo que quería. Y no lo iba a tolerar.

Echó a andar por el patio en dirección al pequeño anexo junto a la vivienda de la Matriarca, donde tenía sus aposentos privados. Una sombra alargada, producto de las dos lunas casi en conjunción, se proyectó sobre ella y aminoró el paso, para contemplar la sencilla columna de mármol blanco, de unos diez metros de altura, que se alzaba en el centro exacto del patio. La columna había sido erigida hacía más de setenta años, para conmemorar el Cambio. Se suponía que simbolizaba la pureza del equilibrio entre el Orden y el Caos, aunque Ygorla nunca había podido entender cómo un objeto tan aburrido y sin rasgos podía simbolizar nada. Durante años no había hecho caso del monumento, pero por una vez se detuvo y lo contempló, y su furia se concentró en su suave perfil.

-¿Qué sabéis vosotros? -siseó, desafiando a los catorce dioses y experimentando una deliciosa sensación de herejía al escupir las

Librodot

palabras-. ¿Para qué servís? Aeoris y Yandros, y todos los dioses de la luz y las tinieblas, ¿qué habéis hecho por mí?

Su impertinencia no mereció ni rayo fulminante ni castigo instantáneo. Y, si lo hubiera habido, si hubiera sido fulminada allí mismo, Ygorla dudaba que le hubiera importado. Maldita tía Ria, pensó de nuevo. Malditos también los dioses. Maldito fuera todo.

A su espalda, en el refectorio, seguían ardiendo las antorchas y las velas y sonaba la música. A través de las veladas ventanas vio las formas borrosas de los invitados a la fiesta que bailaban, en una vertiginosa mezcla de colores. Comida, vino, risas y diversión y ella, para quien en teoría se había montado toda aquella farsa, estaba allí sola en medio de la noche, triste, sin alivio y enfadada. No era justo.

Pero a los dioses, al igual que a las estrellas que parpadeaban remotas en el claro cielo otoñal, no les importaban sus deseos, y el saberlo no hizo más que aumentar la ira de Ygorla y fortalecer su decisión de que aquella noche de entre todas, cuando acababa de cumplir los catorce años y era ya casi una adulta, no se inclinaría ante nadie. Que siguieran con la fiesta si era lo que deseaban. Ella no volvería.

Sus aposentos estaban a oscuras, pero no quería ninguna luz. Años de familiaridad la habían acostumbrado a dónde se encontraba exactamente cada mueble, y atravesó la habitación en dirección a la cama al tiempo que se desabrochaba el vestido que en ese momento odiaba, aunque sabía cuánto realzaba su esplendorosa belleza. El vestido cayó al suelo con un ruido de seda que no hizo más que aumentar su irritación. Vestida sólo con la ropa interior, Ygorla se arrojó cabeza abajo sobre la cama y estalló en un furioso llanto.

-¡Maldito sea todo! -Su frustración había alcanzado un grado tal que no se le ocurría nada más satisfactorio que repetir aquel exabrupto, aunque de poco servía. Si tuviera la oportunidad, se dijo con furia, prendería fuego a todo. La Residencia, con las remilgadas hermanas, su tía abuela, los invitados, y sobre todo aquel complaciente monumento, tres veces maldito, que sentía que la contemplaba a través de la ventana, como si la juzgara en silencio. Que se pudriera. A la mierda. Que la putrefacción se los llevara a todos. ¿Por qué no se morían y la dejaban en paz?

A su espalda, Ygorla oyó el tenue sonido de una puerta que se abría.

En un instante se puso tensa. Su reacción inmediata fue suponer que el sonido venía de su puerta, que alguien la había visto salir corriendo del refectorio y la había seguido. Pero otra intuición, más profunda que la primera sensación, le dijo que no era así.

Despacio, y con mucha cautela, Ygorla alzó la cabeza de entre las almohadas y se volvió para mirar.

Donde antes sólo había oscuridad, ahora había luz. Un óvalo perfecto, ligeramente fosforescente, flotaba suspendido un palmo por encima del suelo, y de él surgían extrañas sombras que se movían y parpadeaban en las paredes. La puerta cuyo picaporte había escuchado estaba suspendida en el centro del óvalo resplandeciente, y, mientras la contemplaba con creciente asombro, comenzó a abrirse.

Una extraña gama de colores brilló con luz mortecina en torno al

Librodot

perfil de la puerta por un instante; luego desapareció y sólo quedó el resplandor uniforme y opalescente. Ygorla vio que una mano, con los nudillos deformes como afectados por alguna enfermedad infecciosa, recorría el quicio de la puerta. Otra sombra se proyectó sobre el suelo y pareció vacilar en la luz nacarada. Se oyó una suave risa.

-Qué... -Ygorla se contuvo. Podía estar asombrada, pero no asustada; su intuición le decía que, fuera cual fuese aquel fenómeno, nada tenía que temer de él. Lo intentó de nuevo y esta vez su voz sonó fuerte y clara-. ¿Quién anda ahí?

Silencio. Los ecos de la risa se habían desvanecido; sólo quedaba la mano que poco a poco empujaba la puerta, abriéndola.

Los ojos fueron lo primero que vio. Eran como un fuego apagado, del que sólo quedasen las brasas, ardientes, carmesíes y penetrantes. Los ojos parecían sonreírle, reírse de ella, y la boca voluptuosa y sensual, bajo una nariz aguileña, sonreía también. El cabello, reluciente como una moneda de cobre recién acuñada, caía en bucles salvajes alrededor de un rostro esculpido como a navaja y sobre unos hombros deformados por una horrible joroba; el tronco, blanquecino, estaba desnudo, apergaminado, sostenido por unas zancas ahuesadas que terminaban en unas garras como si fueran las extremidades de una extraña ave.

Las retorcidas manos se aferraron al espectral marco de la puerta y, saliendo del óvalo resplandeciente, la figura lo atravesó para aterrizar en el suelo con suavidad.

Ygorla no se acobardó. Permaneció inmóvil, sabiendo con una mezcla de instinto y conocimiento qué tipo de criatura era aquélla. Aunque pareciese humana -o semihumana-, no era del mundo mortal sino que procedía de una dimensión fuera del alcance del mundo. No era un dios, no podía serlo aquella criatura retorcida. Incluso Yandros, la más impredecible y caprichosa de las catorce deidades, tenía su vanidad. Tampoco era un emisario de Aeoris, porque el Orden aborrecía aquella fealdad deforme. No, aquel ser era de otra categoría completamente diferente.

En la habitación reinaba una calma agobiante. El óvalo nacarino todavía resplandecía suspendido en el aire, pero la puerta de su interior había desaparecido. Sólo había la noche y el silencio. Y su visitante sobrenatural.

Ygorla habló con voz clara y totalmente tranquila.

-¿Quién eres?

Una sonrisa afilada y rápida; los ojos brillaron brevemente, con una expresión que podría haber sido de diversión. Aquel ser tenía los dientes peculiarmente blancos, con los caninos más largos de lo normal, como los colmillos de un animal depredador. Entonces habló a su vez, y la voz que surgió de la sonriente boca fue la más persuasiva e inteligente que Ygorla hubiera oído jamás.

-Mi nombre es Narid-na-Gost -dijo.

Una sensación de fuego y hielo a la vez recorrió la espina dorsal de Ygorla con dedos sobrenaturales. Nunca había oído ese nombre, pero en una parte de su cerebro, que no podía sondear ni controlar, tenía un emocionante toque familiar. Y su naturaleza -las duras sílabas, la astucia implícita en su pronunciación- convirtió su sospecha en certeza.

Librodot

Ygorla entrecerró sus brillantes ojos.

-Narid-na-Gost -pronunció el nombre ella misma, y el sonido le gustó-. ¿Por qué habría de enviarme el Caos a uno de sus demonios?

Su visitante se mostró sorprendido por un instante. Después se rió, una risa silenciosa que muchos mortales habrían encontrado terrorífica. Pero Ygorla no se inmutó. Se limitó a sonreír, satisfecha por su pequeña victoria, y Narid-na-Gost, cuando su risa cedió, hizo una reverencia burlona.

-Me inclino ante tu percepción, Ygorla, aunque debo corregirte en un punto. Pertenezco, como dices, al Caos; pero no ha sido el Caos quien me ha enviado. De hecho -dio unos lentos pasos por la habitación, mirándola calculadoramente mientras tanto-, mis amos -sus labios se encogieron levemente- no saben que estoy aquí. Se trata de un asunto estrictamente personal entre tú y yo.

Ygorla no contestó. Su pulso se había acelerado hasta hacerse doloroso, pero estaba decidida a mantener su aspecto de tranquilidad. Por dentro, sin embargo, sus pensamientos bullían. Un demonio que decía tener un asunto personal con ella; y aquél era su catorceavo cumpleaños, una ocasión de gran importancia. Debía de haber alguna relación. ¡Debía de haberla!

-El día es importante. -Narid-na-Gost se detuvo y volvió a reír al ver su expresión de asombro-. No, Ygorla, no puedo leer hasta tus más mínimos pensamientos. Sin embargo tus ojos son ventanas a través de los cuales brilla tu mente como un faro. -Volvió a pasear, dirigiéndose con su extraña cojera hacia la ventana. Al llegar a ella, miró hacia el patio, más allá del monumento, a las ventanas iluminadas del refectorio.

»He aguardado esta noche durante catorce años -prosiguió, sin mirarla-. Más de catorce años, porque he estado esperando y vigilando desde la noche en la provincia de la Perspectiva en que un joven con varias copas de más quiso seducir a una chica rica y lanzada de diecisiete años. -Hizo una pausa y sus ojos como brasas se clavaron de nuevo en los de Ygorla-. ¿O quizá éste no es un tema adecuado para alguien tan joven como tú?

Ygorla sonrió con arrogancia.

-No soy una cría. Sé perfectamente qué hacen hombres y mujeres cuando buscan placer.

-Sí, ya lo suponía. -Narid-na-Gost se apartó por fin de la ventana y contempló la habitación. Su espartana decoración, que Ygorla siempre había odiado, parecía divertirlo-. Entonces también te habrás enterado, por las conversaciones escuchadas a escondidas a tus mayores, que tu madre concedió sus favores de manera bastante generosa antes de morir prematuramente. Un rostro atractivo, unos cuantos gestos galantes, unos cuantos cumplidos -de nuevo, no hizo ningún esfuerzo por ocultar su desprecio- eran suficiente para que cediera ante un nuevo amante. -Hizo una pausa, y una intuición muy superior a sus años le dijo a Ygorla que aquello era un desafío, un guante arrojado. Él esperaba que ella picara, como lo habría hecho cualquier niña. Ygorla sonrió.

-Mi madre era una fulana, y yo soy la hija bastarda de su prostitución. No vaciles en decirlo; no es más que la verdad.

Librodot

Al hablar, experimentó una rápida subida de adrenalina. Nunca, en toda su vida, se había atrevido a decir aquellas palabras a nadie, aunque había perdido la cuenta de las veces que había deseado gritarlas, escupirlas a la cara de su tía abuela o de la hermana Corelm o de cualquiera de sus cloqueantes tutoras o compañeras. Por mucho que otros quisieran ocultarlo, ella sabía la verdad y no se avergonzaba. De hecho, el saberlo siempre había despertado en ella un perverso orgullo, porque, a falta de otras cosas, al menos su madre no había sido normal.

Narid-na-Gost inclinó la cabeza, reconociendo la verdad de sus palabras.

-¿La odias por eso?

-Por eso no -repuso Ygorla encogiendo los hombros-. La odio por haber muerto y haberme dejado a merced de la Hermandad.

-Ah, entonces, ¿no deseas ser novicia?

La mirada de Ygorla se hizo más dura.

-No.

-¿Y no deseas encontrar un marido rico y atractivo?

La chica arqueó los labios.

-Muéstrame a un hombre rico y atractivo en esta provincia o en cualquier otra y me habrás mostrado a un estúpido.

-Cuánto cinismo en alguien tan joven -comentó el demonio con un gesto de lástima, que no engañó a Ygorla ni por un instante. Luego su expresión se endureció-. Aunque no habría esperado otra cosa de ti. De hecho, estoy contento, muy contento de oírlo. -Dio un paso hacia ella y pareció satisfecho al ver que no retrocedía-. Pero alguna ambición debes de tener. ¿Cuál es, Ygorla? ¿Qué es lo que más deseas en el mundo mortal?

Por primera vez desde que había comenzado aquel extraño encuentro, Ygorla se sintió insegura. La cara del demonio estaba sólo a unos centímetros de la suya, y su mirada la tenía hipnotizada, igual que una serpiente hipnotiza a su presa. Miró en lo más profundo de aquellos ojos, más allá de los iris carmesíes, más allá de los puntos negros de las pupilas, y, por un instante que la dejó sin respiración, pareció asomarse a otra dimensión imposible donde reinaba algo similar a la locura. En aquellas profundidades se agitó un gusano de deseo que alzó su cabeza.

Sabía la respuesta a la pregunta del demonio y no se atrevió a mentirle. Y se dio cuenta con repentina claridad meridiana de que tampoco quería hacerlo.

-Quiero *poder* -declaró.

Se produjo un silencio que pareció durar una eternidad. Entonces Narid-na-Gost exhaló un suspiro que pareció adquirir vida propia, murmurar por la habitación y llenarla de ecos.

-Ah, Ygorla, cuánto me alegra. Cuánto me alegra. -Alzó una mano y se la ofreció. El gesto era amable pero imponía; aunque no lo deseaba conscientemente, Ygorla entrelazó sus dedos con los del demonio. Su piel era cálida y suave, como un pergamino antiguo y preciado. Las uñas ásperas le rozaron la palma.

-Tu madre gozaba en cualquier parte -dijo con suavidad Narid-na-Gost-. Pero el joven que la cortejó aquella noche hace más de catorce años estaba demasiado borracho para poder disfrutar de los favores que

Librodot

ella le ofrecía. De manera que mientras roncaba y dormía la mona, otro abrió la puerta que él dejó entreabierta. Y Avali Troi, inflamada también por el vino, pero sin verse afectada por sus desgraciadas consecuencias, recibió a aquel otro, creyendo que era su amante elegido.

Ygorla no dejó de mirarlo mientras la verdad penetraba como un cuchillo en su cerebro. No podía hablar, no podía articular sonido. Tan sólo sus ojos, iluminados por la llama súbita de la comprensión, reflejaron el asombro naciente que le producía aquella revelación.

Narid-na-Gost llevó la mano de Ygorla hasta sus voluptuosos labios y la besó. Cuando de nuevo habló, su voz era un susurro sibilante que atravesó el corazón de Ygorla como una estaca de hielo y fuego.

-He esperado catorce años a que me conocieras, Ygorla. Porque tú eres mi hija.

Librodot

CAPITULO 7

-Entonces, soy... -Ygorla no reconoció su propia voz. Venía de demasiado lejos, era demasiado extraña, y de pronto sintió como si unas enormes manos invisibles la hubieran agarrado y partido en dos. Una parte, la adolescente frustrada y con los pies en el suelo, cuyo mundo giraba, lo quisiera o no, en torno a la Residencia de la Hermandad, no podía menos que temblar ante la inminencia del trauma. Pero la otra parte -y ella sabía bien que ésa era la verdadera Ygorla- sentía una corriente desbocada de salvaje excitación que lanzaba su mente a un mundo de posibilidades asombrosas.

La gloriosa exultación no duró más que un instante antes de que la razón forzara su mente a regresar a la coherencia. Aquello era una locura. La historia de un bufón, increíble, imposible. No podía creerlo. No se atrevía a creerlo, no sin pruebas. De repente su excitación se vio eclipsada por una enorme desilusión.

-¡No! -dijo con aspereza.

-¿No? -Narid-na-Gost repitió la palabra con mucha suavidad. Había observado su lucha, el rápido juego de emociones en su rostro, pero la expresión del demonio no revelaba nada.

Ygorla apretó los labios hasta que su boca se convirtió en una delgada línea.

-¡No me fío de ti! ¿Cómo sé que no estás burlándote de mí? Puede que ni siquiera seas lo que dices ser. ¡Puede que seas un íncubo que ha venido a engañarme, igual que dices que le ocurrió a mi madre!

-¿Eso crees?

-Yo... -Ygorla se interrumpió, al advertir que no podía responder a la pregunta. Sencillamente, no lo sabía. Y su confusión era peor por el hecho de que deseaba que lo que él le había dicho fuera verdad, con una intensidad que casi era un dolor físico.

Narid-na-Gost dijo en voz baja:

-Puedo demostrarlo.

Ella alzó la cabeza con rapidez y lo miró con desconfianza.

-¿Cómo? -Su corazón palpitaba descontrolado.

El demonio hizo un gesto en dirección a la ventana.

-Mostrándote algo del poder que yace durmiente en tu interior y que espera a ser despertado. -Esbozó una sonrisa débil, lobuna-. Dices que deseas el poder por encima de todo. Tienes poder, Ygorla. Más poder que esos miserables entrometidos que se hacen llamar adeptos de los dioses. Más poder que el Sumo Iniciado y todos sus acólitos juntos. Más poder que ningún mortal de este mundo. Lo único que te falta es el conocimiento para utilizarlo.

Ygorla dejó escapar el aire lentamente, entre los dientes apretados.

-Entonces -contestó con una fría tranquilidad que estaba muy lejos de sentir-, enséñamelo. Demuéstramelo, si eres capaz.

El demonio soltó una risita.

-Dudas de mi promesa. Bien. Te habría despreciado si no lo hubieras hecho. Acércate a la ventana.

Ella comenzó a andar, pero luego vaciló. Narid-na-Gost la miró con

aire de burla, la cabeza ladeada como la de un ave.

-¿De qué tienes miedo? ¿Del fracaso... o del éxito?

Ygorla alzó la barbilla.

-¡No tengo miedo! -Se recogió la enagua que se doblaba en torno a los tobillos y fue a colocarse junto a él. Sus rostros quedaron al mismo nivel. Narid-na-Gost sonrió.

-Mira por la ventana, Ygorla. Dime qué ves.

Ella volvió la cabeza.

-El patio. Las ventanas del refectorio. El monumento.

-Ah, sí, el monumento. Siento tu desprecio por ese memorial a la piedad humana. Quémalo. Invoca tu poder y redúcelo a cenizas.

Sorprendida, Ygorla miró rápidamente de nuevo al demonio.

-¿Quemarlo? ¡Eso es imposible! La piedra no arde.

-Quizá no con fuego mortal. Pero las llamas del Caos son otro asunto. -El demonio sonrió de nuevo-. Quémalo, Ygorla. ¡Enfréntate a tu verdadero linaje y aprende lo que eso significa!

Mientras hablaba, las brasas carmesíes que eran sus ojos llamearon como un fuego reavivado, e Ygorla sintió una corriente de energía que la atravesaba en el momento en que la mente del demonio conectó con la suya. Durante una fracción de segundo, la sensación fue tremendamente extraña, pero después un increíble sentimiento de familiaridad la alcanzó, como si una llave hubiera girado en la cerradura de su percepción para abrir de par en par la puerta de su yo más profundo. Lanzó un grito, el asombro se transformó en monstruoso júbilo, y sus ojos llamearon al tiempo que algo enorme, incontenible, no humano, estallaba en su conciencia y se concentraba...

El monumento estalló en una cortina de fuego verde azulado. Una luz cegadora llegó a la ventana e inundó la habitación, al tiempo que un rugido como de catarata hacía temblar las paredes. Ygorla retrocedió, tambaleándose y gritando, mientras el poder que había surgido de su mente la abandonaba. Giró sobre sí misma, chocó contra una silla y cayó a cuatro patas; después miró a Narid-na-Gost, quien a su vez la contemplaba impasible. Una infernal danza de luces y sombras procedente de las llamas del Caos iluminaba la silueta retorcida del demonio y convertía su piel en una extraña y terrible mezcla de colores. Ygorla sabía ahora que le había dicho la verdad.

-Yo... -comenzó, pero no encontró más palabras. Aquella afirmación de sí misma, su identidad, su conocimiento, eso era todo. No era del todo humana. Era la semilla del Caos. Era el puente tendido sobre el tremendo abismo que separaba a los mortales de sus dioses. Por fin, por fin, después de catorce años de esperar sin saberlo, estaba realmente viva.

Giró la cabeza en un espasmo reflejo cuando nuevos sonidos interrumpieron aquella oleada de aturdida comprensión. Voces que aullaban, que gritaban; los invitados a la fiesta habían visto el incendio en el patio y una maraña de siluetas difusas salía del refectorio. Una voz en particular intentaba hacerse oír por encima del tumulto, e Ygorla reconoció el frenético tono de su tía abuela que gritaba pidiendo agua y ramas para apagar el fuego. La boca de Ygorla dibujó una terrible sonrisa. El agua y las ramas no les servirían para nada; el monumento ardía con un fuego que no podía ser apagado, y saberlo hizo que

surgiera en su interior un torrente de risa. Echó hacia atrás la cabeza -su negra cabellera reflejó cien colores cuando el resplandor infernal la iluminó- y la risa estalló salvaje, alegre en su garganta. Por encima de ella, y por encima del chasquido de las llamas y de los gritos de las atemorizadas hermanas y sus invitados, oyó la voz de Narid-na-Gost, áspera y triunfante.

-¡Ahora lo comprendes! ¿Verdad, hija mía?

-¡Sí! -gritó-. ¡Oh, padre, sí!

No oyó el ruido de la puerta exterior. Había vuelto a ponerse en pie y regresado a la ventana, y contemplaba con rostro exultante el frenesí en el exterior, por lo que el sonido fue uno más dentro del clamor general. Sólo cuando unos pasos apresurados resonaron en el pasillo, cada vez más fuerte y más cerca, volvió la cabeza, alerta. Cuando se apartaba de la ventana, se abrió la puerta de su habitación y en el umbral apareció Ria Morys, despeinada y con el borde de su hábito desgarrado.

-¡Ygorla! -El alivio venció al miedo en la voz de la Matriarca-. ¡Gracias a Aeoris y a Yandros que estás a salvo! Creí... -Entonces se interrumpió súbitamente, al ver a Narid-na-Gost. El color huyó de sus mejillas y alzó una mano extendida en un signo para protegerse del mal-. ¡Dioses...!

La emoción y la reacción que la siguió golpearon a Ygorla como un Warp. Odio. Se concentró en Ria, en todo lo que representaba, y sintió que el poder volvía a surgir rugiente de lo más profundo de su alma. Se condensó en un rayo de energía ululante, y la Matriarca lanzó un aullido en el instante mismo en que una bola de fuego blanca estallaba en su rostro. Las llamas lamieron el techo, se ciñeron a su cuerpo; sus ropas y sus cabellos se desintegraron en un instante, con el ruido sordo y terrible del aire al ser consumido, y el aullido alcanzó un agudo horrísono cuando la carne de Ria ardió hasta los huesos. En algún lugar, la niña que había sido Ygorla gritaba horrorizada al unísono con la Matriarca que ardía, pero aquella niña se ahogaba en el poder y el triunfo de la hija del demonio, que abrió la boca y gritó con diabólica alegría mientras la mujer que durante catorce años la había criado aullaba su agonía a los dioses y moría.

De pronto, con una tremenda conmoción, las llamas lanzaron su última furia contra el techo y se extinguieron. Ygorla vio luces danzar ante sus ojos, cuando la penumbra, rota sólo por el resplandor procedente del patio, inundó la habitación. Pero esta vez no se tambaleó, no retrocedió; sencillamente permaneció inmóvil, totalmente controlada, y contempló lo que había hecho.

Podría haberse tratado de un cadáver humano, o del de un animal, o de un montón de harapos quemados. Respiró hondo y olió el hedor dulzón de la carne quemada, que para ella fue como el perfume de un vino embriagador. No sentía remordimiento, sólo satisfacción, y con ella una tremenda conciencia de su propio potencial. Narid-na-Gost no había tomado parte en aquello. El poder había sido sólo de ella. Y, ahora que lo había probado, anhelaba más. El Caos había despertado en su interior, y sus llamas, al igual que las que devoraban el monumento, no podían ser apagadas.

Apartó la vista de los restos quemados del suelo y se enfrentó con

Librodot

la mirada carmesí de Narid-na-Gost.

-Vendrá más gente -dijo éste en voz baja.

Ygorla sonrió, mostrando los dientes.

-Que vengan. Les daré el mismo trato que le he dado a eso. -Hizo un gesto descuidado con la mano, en dirección al cadáver.

El demonio sacudió la cabeza.

-No, hija. Todavía no es momento para eso.

El triunfo la había hecho osada; ladeó la cabeza en un gesto desafiante.

-¿Qué? ¿Crees que no puedo...?

-Escúchame -el tono del demonio cambió de modo brusco al interrumpirla, y una afilada punta de puro hielo atravesó el ardiente calor de su satisfacción. Por un instante, una imagen desoladora, que no podía asimilar, mucho menos nombrar, se movió en los límites de su conciencia, y por primera vez tuvo miedo. Luchó contra la sensación que parecía aplastar sus órganos vitales, pero los ojos del demonio no se apartaban de ella y su voluntad se derrumbó ante la amenaza del pánico. La frente se le perló de sudor; apretó los puños y se obligó a desviar la mirada.

-Eso está mejor -el tono de Narid-na-Gost era amable ahora, pero la amenaza permanecía e Ygorla no se atrevió a mover ni un músculo-. Me escucharás, hija, y me harás caso. Sí, eres poderosa, pero por el momento tus capacidades no son nada comparadas con las mías. Tienes mucho que aprender, y yo no he esperado todos estos años para verte echar a perder tu herencia, igual que haría un mortal, borracho de vino joven, con su fortuna. ¿Me comprendes?

Algo intentaba cerrarle la mandíbula, pero ella lo combatió.

-S... sí. Sí..., padre.

-Bien. Entonces escúchame y obedece. Ha llegado el momento de que abandones este lamentable lugar y hagas tu morada en otro sitio. No -dijo al ver que ella abría los ojos asustada-, no en el reino del Caos. Aún faltan muchos años para eso. -Alzó una mano con autoridad-. Tengo otros planes más importantes para ti. Dame la mano, Ygorla.

Todo su cuerpo comenzó a temblar. Se dijo que no era miedo, sino una reacción instintiva, y se esforzó para entrelazar sus dedos con los del demonio, cuya mano parecía quemar.

-Despídete, hija mía -dijo Narid-na-Gost, sonriente-. Si vuelves a ver a tus amigos, será en circunstancias muy distintas.

Ygorla contempló el dormitorio que había sido su refugio durante tanto tiempo. Sus posesiones -ropas, cartas, adornos, recuerdos, todas las pequeñas piezas del mosaico de su vida- le parecieron por un instante a la deriva. Eran el resumen de todos sus recuerdos y experiencias, los reflejos físicos de su identidad y su lugar en el mundo. Sin ellas, no tendría nada que la anclara, ningún punto de referencia. Entonces, de repente, la duda desapareció. La Matriarca no era más que un resto abrasado en el suelo a sus pies y, tras aquellos muros cerrados, ardía el incendio y se oía el griterío. Ella, *ella* era la causante de aquel tumulto, y, con aquel poder a su disposición, ¿qué más necesitaba para saber lo que era verdaderamente?

Ante la nueva comprensión, se despejaron sus últimas dudas, y la alegría la inundó como una marea. Miró al demonio a los ojos,

Librodot

esbozando una sonrisa terrible y ávida.

-Sí, padre... ¡Estoy dispuesta!

Narid-na-Gost miró hacia el techo y de pronto el tejado de la Residencia pareció disolverse, de manera que la habitación de Ygorla quedó expuesta al vasto cielo nocturno. Un aire frío y con un ligero toque de hielo y sulfuro barrió la habitación, como si fuera el aliento de un gigante invisible, y una sombra ominosa cubrió a Ygorla. La atmósfera se oscurecía, se espesaba, comenzaba a agitarse. El demonio le cogió la otra mano y la atrajo hacia sí, e Ygorla escuchó un débil aullido hueco, como un torbellino lejano. El suelo pareció estremecerse, y de improviso empezaron a ascender; ella agitaba los pies al elevarse, hacia arriba, arriba mientras la negra ala de energía se apoderaba de ellos y los lanzaba a la noche como dos hojas secas en una galerna.

En medio del frenesí que cundía en el patio, pasaron algunos minutos antes de que la ausencia de la Matriarca fuera advertida. Sólo cuando la hermana Corelm, que atendía las quemaduras de uno de los impotentes luchadores contra el fuego, se dio cuenta de que Ria no había regresado después de ir en busca de Ygorla, se envió a una joven novicia a la habitación de la chica, para ver si todo iba bien.

Los gritos de la novicia atrajeron a Corelm y a cuatro compañeras más, que fueron corriendo hasta los aposentos de Ygorla. Más tarde, cuando se hubo administrado un potente sedante a la novicia, y el muñón ennegrecido del monumento ya sólo despedía humo como un pequeño volcán malicioso, Corelm encontró por fin el tiempo para derramar lágrimas, mientras permanecía agachada en la enfermería, con las primeras luces heladas del amanecer, y vomitaba la bilis provocada por el trauma retardado y el horror.

Ahora sabía cómo debía de sentirse un halcón al liberarse del confinamiento de la triste tierra para surcar los cielos del mundo. La Residencia había quedado muy atrás, y sus edificios no eran más que diminutas casas de muñecas blancas que se perdían en la lejanía; el monumento en llamas, un último ojo iracundo que parpadeaba y que al cabo también se desvaneció en la oscuridad. Volaron por encima de las fértiles llanuras de Chaun Meridional, por encima de viñedos y granjas, por encima de las frías y resplandecientes cintas que eran los ríos, e Ygorla se rió en armonía con la voz del viento que los llevaba, el cabello suelto, los brazos alzados hacia el cielo, mientras el demonio la sujetaba por la cintura. Pasaron la ciudad de Wester, la elegante y antigua capital de la provincia, con la gran mansión del Margrave solitaria en la colina central. Sólo unas pocas luces brillaban a aquella hora, y deseó que Narid-na-Gost lanzara un rayo de su desprecio para acabar con la serenidad soñolienta de la ciudad, pero el rostro del demonio era impasible, y Wester ya se había convertido en una mancha borrosa a sus espaldas, mientras seguían volando más rápido que cualquier criatura mortal. Delante quedaba la frontera de la provincia y la enorme boca helada del Estuario de la Perspectiva, donde el río se encontraba con el mar en un resplandeciente espejo. Después pasaron sobre Perspectiva, con sus bosques desplegados como una capa negra, hacia el sur, y luego sobrevolaron el límite de una brillante costa, donde los rompientes derramaban plata sobre la cambiante superficie del océano.

Librodot

Vinieron después páramos, desolados y desiertos, con la única excepción del trazado de un solitario camino. Y por fin, brillando en la distancia como una atalaya, las luces de la ciudad que nunca dormía, el puerto mayor y más animado de todo el mundo: Shu-Nhadek.

Ygorla fue presa de nueva excitación y se giró para ver el rostro de Narid-na-Gost. El demonio sonreía, su mirada carmesí fija en algo que todavía estaba lejos, demasiado lejos para que ella pudiera verlo. Pero ella creyó adivinar por fin cuál iba a ser su destino. No sería Shu-Nhadek, sino lo que había más allá de Shu-Nhadek, en el resplandeciente mar meridional.

-¡La Isla de Verano! -gritó excitada.

-No -replicó Narid-na-Gost, sonriente.

La esperanza y la imaginación dejaron paso a la confusión. Ahora estaban encima del puerto, y sus luces se volvían borrosas dada la velocidad a la que volaban. En el horizonte, allá donde el cielo se encontraba con el mar a una distancia incalculable, una aurora tenue y fantasmagórica surcaba los cielos y se oían lejanos truenos de tormenta -de una tormenta natural, no de un Warp- que se iban aproximando. Ygorla no lograba comprender. Había estado totalmente segura de que su destino sólo podía ser la Isla de Verano, la sede del Alto Margrave, pero más allá de la costa de Shu sólo quedaba el fin del mundo.

Shu-Nhadek iba quedando atrás, y la noche se tragaba las luces, los muelles y los barcos que se balanceaban anclados en el refugio de la bahía. La Isla de Verano, Ygorla lo sabía, quedaba al oeste, invisible en la oscuridad, pero era una joya, una meta. Pero delante de ellos se aproximaba otra isla; y de pronto Ygorla recordó el catecismo, una vieja historia de los tiempos del Cambio.

«*Y así fue decretado que estos tres, sobre cuyos hombros podría descansar al fin el destino del mundo, se reunieran en solemne cónclave en el lugar señalado por Aeoris como su fortaleza y dominio. Y allí, en aquella isla, que ahora conocemos, y que ya entonces se conocía como Isla Blanca, el Alto Margrave, el Sumo Iniciado y la Matriarca acudieron a su cita decisiva con los dioses en persona...*»

Ahora podía verla. Se alzaba del mar como un dedo romo y acusador que apuntara al cielo, áspera y desolada, contrastando con el negro flujo de la marea. Las olas se estrellaban con furia contra los dentados acantilados que formaban los baluartes a los pies de la isla, y dominando aquellos baluartes había un único risco, escarpado y titánico. Eones atrás, el mar había dado a luz a la Isla Blanca en un rugiente cataclismo de fuego, pero ahora, extinguida su furia hacía largo tiempo, acabada su temible vida, todo lo que quedaba del antiguo volcán era un único cráter apagado.

Pero Ygorla sabía que aquello era -o había sido- mucho más que una simple isla yerma de basalto. Porque era allí donde Aeoris había colocado un artefacto sagrado al cuidado de sus adoradores humanos, un cofre dorado que, en las ocasiones de gran peligro, cuando se viera amenazado el gobierno del Orden, podría ser abierto por el Sumo Iniciado en cónclave con el Alto Margrave y la Matriarca para hacer que los señores del Orden regresaran al mundo. En aquel lugar, en la caldera desolada del antiguo cráter, Keridil Toln había puesto su mano sobre el cofre sagrado, y así había interpretado su parte en la última

Librodot

batalla sobrenatural que había traído consigo el Equilibrio.

El corazón de Ygorla, que ya latía alocado, dio un nuevo gran salto cuando la Isía Blanca se aproximó y pudo ver por fin con claridad el cráter. Su cara norte se había abierto, y parecía una boca idiota y enorme abierta a la noche, y recordó las historias acerca del conflicto final entre el Caos y el Orden. La leyenda decía que había sido la mano del propio Yandros la que había abierto el cráter en su enfrentamiento con su archienemigo Aeoris, y las imágenes del tumulto se agolparon vertiginosas en su imaginación. Qué época aquélla, qué poder debía de haber azotado el mundo...

De repente se dio cuenta de que su veloz vuelo se hacía más lento. Las manos de Narid-na-Gost tiraron de ella para hacerla girar en el aire, y la sensación física hizo que volviera a fijarse en el presente. Flotaban muy alto por encima del iracundo mar, e Ygorla pudo oír el tonante silbido de las olas al romper contra los acantilados. El cráter roto se abría ante ellos, con impresionante cercanía; hacia el este, un relámpago llameó en silencio en el horizonte, y más allá del relámpago el cielo comenzaba a clarear en un tono plateado grisáceo con las primeras luces del amanecer.

Narid-na-Gost le sonrió e hizo un gesto en dirección al cráter. No dijo nada; Ygorla conocía ahora con certeza sus intenciones y no hacían falta palabras. Empezaron a descender, planeando en una suave espiral, sin esfuerzo. El olor desconocido de la sal y las algas llenó la nariz de Ygorla y con él sintió un estremecimiento de terror: nacida y criada lejos de las costas, el mar era para ella un desconocido implacable y hostil, y experimentó un vertiginoso impulso de pánico cuando su enorme mole pareció alzarse contra ella. Entonces la escena cambió porque Narid-na-Gost volvió a girar en el aire. Una mancha más pálida flotó delante de Ygorla, y de pronto las olas se perdieron de vista y se encontraron justo encima del volcán, pasando por encima del labio partido del cráter para flotar sobre éste. De nuevo descendieron en un movimiento espiral, las paredes de roca se cerraron en torno a ellos y acallaron el amenazador sonido del mar. Ygorla vio estratos de vividos colores oscuros en las paredes y, debajo de ella, la gran caldera del cráter, desierta y desolada, con enormes fragmentos de ruinas que manchaban el suelo petrificado.

Sus pies se posaron en el suelo. Por un instante, la perspectiva vaciló y se retorció, como último vestigio del poder del Caos que los había llevado hasta allí y que ahora los abandonaba; luego el mareo desapareció y los sentidos de Ygorla se fueron aclarando, mientras permanecía de pie, aunque algo vacilante, sobre tierra firme.

Narid-na-Gost la soltó y ella dio un paso atrás. Había algo semejante al humor en los ardientes ojos del demonio cuando dijo:

-Bienvenida a tu nuevo hogar, hija.

Ygorla aspiró profundamente. Todavía podía oler el mar, aunque ya no podía escucharlo, y mezclados con su perfume distinguía los olores de la roca antigua y de un ambiente de decadencia húmedo y lóbrego. Miró a su alrededor y por fin volvió a posar la mirada en el demonio. La voz de Ygorla sonó débil y asombrada.

-¿Esto?

Narid-na-Gost sonrió.

-Sí, Ygorla, esto. Reconozco que no es muy impresionante, pero tiene una ventaja que no puede ofrecer ningún otro lugar en el mundo mortal.

Incómoda, ella frunció el entrecejo.

-No comprendo.

El demonio dio unos pasos y se detuvo junto a una roca grande y de peculiar simetría que parecía haber sido partida por la mitad. Tocó la piedra con un pie y soltó una risa ronca y desagradable.

-Así terminan las vanidades de los dioses -dijo con voz suavemente venenosa-. ¿Sabes lo que es esto?

Ygorla negó con la cabeza.

-Este trozo de roca sin valor alguno -declaró con desprecio Narid-na-Gost- es todo lo que queda de la pretensión del señor Aeoris de gobernar este mundo. En años pasados, cuando el Orden se mostraba autocomplaciente y el Caos no tenía poder para desafiar su predominio, esta isla estaba consagrada -recalcó la última palabra con hiriente desdén- a Aeoris y su insípida raza. Y en esta piedra colocó Aeoris un artefacto para que sus esclavos humanos lo veneraran.

-El cofre -musitó Ygorla.

El demonio la miró de reojo.

-¿Tanto te enseñaron las piadosas hermanas?

-Me enseñaron lo que querían que yo supiera -replicó ella con resentimiento al recordar las muchas preguntas que había hecho y que sus tutoras no habían querido responder.

-Claro. -Narid-na-Gost se encaminó despacio al extremo más alejado de la piedra rota y de repente, como una serpiente cuando ataca a su presa, se agachó con rapidez y cogió algo de entre los desperdicios que rodeaban la losa. Se enderezó, con el puño cerrado, luego abrió la mano y mostró lo que había encontrado en su palma.

Titubeante, Ygorla se acercó a él y vio su hallazgo. Con un brillo mortecino, apagado por las sombras que anuncian el amanecer, en su mano había un pequeño broche de oro. Tenía la forma de un círculo seccionado por un rayo.

-Parece... -entonces se calló al darse cuenta de qué era lo que no estaba bien.

A lo lejos se oyeron truenos, aunque no se habían visto destellos de relámpagos en el cráter. El demonio sonrió.

-¿A qué se parece?

-Pensé que era la insignia de rango de un iniciado del Círculo. Pero el diseño no es el correcto. No tiene la estrella del Caos.

-No, Ygorla. Eres tú la que se equivoca. Sí que es la insignia de un iniciado, pero hace casi un siglo que ningún iniciado luce una insignia como ésta. De hecho, los últimos mortales que pisaron este lugar y que podrían haber llevado una insignia semejante en sus hombros fueron los que presenciaron la apertura del cofre sagrado y el final del gobierno del Orden.

Ygorla abrió mucho los ojos.

-¿En la época del Cambio?

-Exactamente. -Narid-na-Gost soltó otra vez su ronca risa- ¡Qué reliquia para adornar el altar de algún devoto religioso si alguien hubiera sido lo bastante observador para encontrarlo! En lugar de eso,

ha permanecido aquí sin ser descubierto, un recuerdo lastimoso y no cantado, que no ha tenido a nadie que se maraville ante él. Quizás ahora comprendas por qué he escogido este lugar como tu refugio -dijo, arrojando el broche de oro con un gesto descuidado; luego hizo un amplio gesto que abarcó toda la vacía superficie de la caldera-. El cofre de Aeoris ya no está. El altar ha sido roto, la eterna lámpara votiva se apagó y los ascéticos hombres que en otros tiempos dedicaron sus vidas a custodiar el santuario hace mucho que murieron. La Isla Blanca se ha convertido en un lugar al que los historiadores pueden acudir para saciar su curiosidad, pero incluso la curiosidad se ha transformado en indiferencia con el paso de los años. -Se volvió y sus ojos parecieron concentrarse en un saliente que se encontraba a unos 60 metros por encima del suelo del cráter. Detrás del saliente parecía haber la entrada de un túnel, pero éste estaba vacío e Ygorla no podía imaginar qué podría haber allí que llamara la atención del demonio.

»Ha pasado casi una década desde la última vez que un pie humano mancilló esta isla -prosiguió Narid-na-Gost-. Ahora nadie recuerda lo que ocurrió aquí, y por lo tanto a nadie le importa. -Una fina y tortuosa sonrisa se insinuó en su rostro-. Incluso sospecho que mis propios amos casi han olvidado su existencia. No cabe duda de que tienen asuntos más importantes de los que ocuparse; y eso es justo lo que yo deseo. -La sonrisa se convirtió en una mueca lobuna-. Soledad, Ygorla. Libertad lejos de miradas inquisitivas y mentes curiosas. Eso es lo que ofrece la Isla Blanca y por eso deseo que tengas aquí tu hogar.

Una vez más, Ygorla miró a su alrededor, la caldera del cráter. Cualquier chica normal de catorce primaveras, al igual que muchas personas adultas, se habría quedado anonadada ante la perspectiva de vivir en un lugar tan desolado. Existir en soledad entre aquellas inmensas rocas resonantes, sin compañía o comodidades humanas, sería un camino seguro para el derrumbe y la locura. Pero la psique más profunda de Ygorla, aunque todavía en estado embrionario, comenzaba a despertar en ella una expectación excitada. Confiaba en Narid-na-Gost. El demonio ya le había mostrado una parte del potencial que encerraba su alma, y, si aquél era el precio que debía pagar para aprender más, entonces daría la bienvenida a la Isla Blanca y a la soledad con los brazos abiertos.

Se volvió hacia el demonio y dijo con entusiasmo:

-¿Qué haré aquí, padre? ¿Qué planes tienes para mí?

Pasaron unos instantes antes de que Narid-na-Gost respondiera. La luz del amanecer se iba haciendo cada vez más intensa y merced a su iluminación Ygorla vio que los ojos carmesíes del demonio parecían absortos, como si contemplaran algo que quedaba fuera del alcance de los sentidos humanos. Pero al fin su mente pareció regresar al presente y la miró de nuevo.

-¿Cuan grande es tu ambición, Ygorla? ¿Es, me pregunto, tan grande como la mía?

-¿Qué quieres decir? No comprendo.

-Claro que no. Y todavía no estoy dispuesto a contártelo todo. -De repente, sus ojos se convirtieron en crisoles gemelos-. Primero debes aprender qué eres, y aprender a controlar el poder que posees y a moldearlo según tu voluntad.

Frustrada, Ygorla inició una queja:

-¡Puedo controlarlo! Anoche yo...

-Anoche utilizaste tus talentos al azar y sin coherencia. Eso no servirá, hija. Por ejemplo, ¿cómo harían frente tus capacidades no desarrolladas a *esto*? -Mientras hablaba, hizo un gesto rápido y complejo, e Ygorla aulló de terror. Con un chillido que resonó en toda la caldera, una quimera cobró vida justo encima de su cabeza. Una mezcla horripilante de águila, sabueso y serpiente sacudió sus grandes alas, levantando una tormenta de polvo y fragmentos de roca que cegó a Ygorla y casi la asfixió. La chica volvió a gritar, y la quimera respondió con una horrible y burlona parodia de un grito humano mientras se abalanzaba sobre ella con las garras extendidas.

-¡Nooo! ¡Por favor, no! -chilló; en su terror, tropezó y cayó, y agitó los brazos en un esfuerzo frenético por protegerse la cabeza.

La quimera desapareció, y el polvo se posó. Ygorla, de rodillas, miró a Narid-na-Gost y rezó en silencio para no vomitar.

-¿Te das cuenta? -La voz del demonio era engañosamente suave-. Ni pensamiento ni control; sencillamente, reaccionaste como el animal asustado que eres.

En la mente de Ygorla el miedo y la furia lucharon por imponerse. Intentó hablar pero no fue capaz. Y, aunque la sublevaba la idea, no tuvo más remedio que admitir para sus adentros que el demonio tenía razón.

Sus ojos mostraron sumisión. Narid-na-Gost sonrió y luego extendió una mano hacia ella. El aire pareció hacerse borroso por un instante y, cuando Ygorla volvió a mirar, vio que el demonio tenía en la mano una copa rebosante de vino.

-Bebe -le indicó-. Recuperarás la compostura.

No tuvo que repetírselo. Temblorosa todavía por el susto, bebió a grandes tragos el vino, cerrando los ojos mientras lo sentía bajar por su garganta y comenzar a calmar sus alterados nervios. Tenía un sabor que nunca antes había probado: fuerte, pero con una peculiar dulzura de fondo que no tenía nada que ver con el dulzor de las uvas. Sospechó que aquél no era un brebaje terrenal, sino que por el contrario procedía del Caos.

-Tienes mucho que aprender -le dijo Narid-na-Gost-, y tu adiestramiento requerirá tiempo, resolución y coraje. El arte de la magia no es un juego de niños, y la magia que yo te enseñaré es muy distinta de la que practican los estúpidos humanos de la Península de la Estrella. Mirarás al Caos cara a cara, Ygorla, y es necesario que estés preparada para hacerlo sin miedo.

El pulso de la chica se aceleró y se hizo irregular.

-¿Quieres llevarme al reino del Caos?

-Ah, no, me has entendido mal. Yo seré tu único maestro, y nuestro trabajo se realizará únicamente en el mundo mortal. Mis amos -de nuevo su tono fue de desprecio, con un toque de venenosa amargura- no saben nada de tu linaje y menos aún de los planes que tengo para ti. Me aseguraré de que estés protegida de su interés hasta que llegue el momento adecuado.

-¿Qué momento, padre? -suplicó Ygorla-. Por favor, ¡dímelo!

-No -el demonio negó con energía-. Sólo te lo diré cuando tenga la

certeza de que estás preparada para saberlo. Pero, mientras tanto, te prometo esto. Si eres diligente y me obedeces en todo, y si conviertes en realidad la promesa que he visto en ti, entonces, antes de que pasen muchos años más, tendrás un poder que ni siquiera en tus más fantásticos sueños has podido imaginar. ¿Te contentarás con esto durante un tiempo?

Ygorla permaneció callada. Mientras Narid-na-Gost hablaba, había experimentado una súbita furia interior, como si se hubiera prendido fuego en sus entrañas. Lo que él le había prometido, lo sabía sin duda alguna, no era un simple alarde, y en su referencia indirecta y feroz a los dioses del Caos había dado a entender la existencia de una maquinación mucho más tenebrosa que el mero deseo de enseñar a su hija medio humana las artes de la magia que eran suyas por derecho de nacimiento. Había más, mucho más, y todo en su interior gritaba de frustración al no saber la verdad completa. Pero no se atrevía a presionarlo. Hasta entonces, recordó, había sido una prisionera del control bienintencionado pero asfixiante de la Hermandad, cercada por reglas y leyes, tratada como una niña, enjaulada. Ahora, Narid-na-Gost había abierto la jaula y le había concedido una libertad nunca soñada. Una vocecita disidente en su interior intentaba decirle que no había hecho nada más que cambiar una jaula por otra, pero desechó con desprecio esa idea. Narid-na-Gost no le cortaría las alas; más bien al contrario: le enseñaría a volar. Si eso implicaba que ella debía frenar su avidez y aprender a tener paciencia, así sería. Era, sin lugar a dudas, un precio pequeño.

-Sí, padre -contestó por fin-. Será suficiente.

-Muy bien -aprobó el demonio, acercándosele-. Entonces te dejaré durante un tiempo para que reflexiones sobre tu futuro.

-¿Me dejas? -exclamó ella desolada.

-Desde luego. -Esta vez su sonrisa era astuta y tenía aire de conspiración-. Debo ser prudente y regresar al Caos antes de que se note mi ausencia. Pero pronto regresaré -prometió; le tocó el brazo e hizo una pausa-. Tienes la piel fría.

Vestida sólo con su ropa interior, la verdad es que Ygorla se encontraba helada hasta la médula, pero había estado demasiado preocupada para darse cuenta. Sacudió la cabeza.

-Estoy bien.

-Aun así... -Bajó la mano por su hombro hasta sus pequeños pechos, y en torno a la chica se materializó una larga capa, que le envolvió el cuerpo con calidez. Sorprendida, Ygorla se miró. La capa tenía casi el aspecto y el tacto de ricas pieles y su intensa negrura se veía salpicada por un brillo suave y opalescente. Movió los hombros, encantada con las brillantes ondulaciones que ello provocó en la vestimenta, y Narid-na-Gost se rió con suavidad.

-Aquí no te faltará nada, Ygorla. Buena comida, buen vino, buenas ropas; todo lo que desees será tuyo. No deseo más que lo mejor para mi amada hija.

De pronto un resplandor surcó las paredes del cráter. Momentos después se escuchó un trueno que resonó en la desierta cámara de roca, y comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. Narid-na-Gost cogió la mano de Ygorla y señaló el saliente que ella había visto antes.

Librodot

-Hay una senda que lleva al saliente, y el túnel que allí se inicia da a muchas cavernas. Escoge una como tu refugio y, cuando lo hayas hecho, pronuncia mi nombre en voz alta. Aparecerán todas las comodidades mundanas que pudieras desear. Disfrútalas hasta que volvamos a vernos.

La lluvia se hacía más intensa y repiqueteaba en el suelo de la caldera. A espaldas de Narid-na-Gost, la atmósfera tembló y se distorsionó, y la puerta por la que había entrado en el mundo mortal reapareció, suspendida en el aire. Una gama de colores oscuros se agitó alrededor del portal mientras éste se abría lentamente.

El demonio la atrajo hacia sí.

-Adiós -dijo-, por el momento.

Sus rostros estaban a la misma altura. Ella podía ver las marcas que afectaban su pálida piel, y percibía el olor a almizcle que lo rodeaba, mezclado con algo que recordaba al hierro candente. Por un instante, los ojos como brasas de Narid-na-Gost se clavaron en los suyos; entonces los labios del demonio se entreabrieron y la besó, deliberadamente, con apetencia. Ella se quedó un instante parada; pero entonces algo en su interior respondió y le devolvió el beso con un ansia igual a la del demonio.

Por fin, Narid-na-Gost se apartó. No dijo nada; sólo sonrió con total satisfacción y luego retrocedió hasta el óvalo de luz estremecida. El óvalo se volvió rojo sangre y lanzó una espeluznante radiación sobre la deforme silueta del demonio cuando éste se detuvo en el umbral. Después, un sonido suave, de implosión, afectó al siseo de la lluvia, y Narid-na-Gost y el portal desaparecieron.

Ygorla se quedó bajo la lluvia, mirando el lugar donde había estado la puerta. Después del beso de despedida de su padre, tenía la mente entumecida, incapaz de poner orden a los confusos pensamientos que surgían en su cabeza. Sólo cuando el agua comenzó a resbalarle por el cabello empapado y a caerle por el rostro, consiguió volver a la realidad y, con un estremecimiento, sintió que sus sentidos recobraban el control consciente.

La lluvia era ahora un diluvio. Ygorla alzó la vista a tiempo para ver un relámpago que rasgaba el cielo sulfuroso, cuyo trueno escuchó tan sólo un instante más tarde. La tormenta estaba casi encima de la isla, y ella se recogió la capa alrededor del cuerpo y se dirigió hacia la senda que la conduciría al saliente y a refugio. Al volverse, algo en el suelo lanzó un resplandor dorado a la luz momentánea de un segundo relámpago e Ygorla se paró.

Era el broche del iniciado. Su padre lo había tirado con desprecio, pero Ygorla se agachó y lo recogió. El recuerdo de una era perdida, el símbolo del Orden triunfante. ¿Quién, se preguntó, habría llevado aquella insignia en el día en que los dioses caminaban por el mundo? ¿Podría haber pertenecido a Keridil Toln en persona? Apenas importaba: Sumo Iniciado o mero acólito, sus huesos se estarían deshaciendo ahora, sus sueños convertidos en polvo. Una sonrisa cruel se dibujó lentamente en el rostro de Ygorla. Conservaría aquella chuchería como recuerdo. Se lo pondría en el hombro, como burla de los orgullosos hombres y mujeres que se habían creído tan sabios e invencibles y que tan equivocados estaban. Ella, sola en aquel paraje

Librodot

desolado, solitaria Margravina de la Isla Blanca, hechicera, demonio, ostentaría el símbolo del Orden y se reiría en la cara del Orden mientras reclamaba su herencia del Caos. Cerró con fuerza la mano en torno al broche mientras el trueno sacudía de nuevo las paredes del cráter. Después recogió su capa y, riéndose de la tormenta y de sus propios feroces pensamientos, comenzó a correr bajo la intensa lluvia hacia el sendero.

Librodot

CAPITULO 8

-Damas, caballeros -dijo el Sumo Iniciado, echándose hacia atrás en su asiento-. Creo que este asunto puede darse finalmente por concluido. Hemos repasado los hechos conocidos con todo detalle, y creo que no hay nada más que ninguno de nosotros pueda añadir para arrojar más luz sobre el tema. -Sonrió al pequeño grupo sentado alrededor de la mesa, como si se disculpara-. Tan sólo lamento haberlos entretenido durante tanto tiempo.

Hubo murmullos de agradecimiento y de aprobación, y la atmósfera de la habitación se relajó un poco, al permitirse el grupo una cierta distensión. Tirand, obedeciendo un gesto de su padre, cruzó la habitación para correr los pesados cortinajes y abrir una rendija en la ventana. La luz de la luna y el aire frío se colaron en la habitación, y del fuego casi apagado de la chimenea se alzó humo hacia el techo en un rápido remolino. Tirand frotó el cristal empañado y miró afuera. Vio que la primera luna se había puesto y que la segunda comenzaba a ocultarse detrás del alto muro del Castillo. Habían discutido hasta muy entrada la noche, pero no estaba cansado. Se sentía demasiado inquieto para verse afectado por el cansancio.

Chiro se levantó de su asiento.

-Permítanme que al menos les ofrezca algún refresco antes de que nos retiremos a nuestros lechos -dijo, dirigiéndose a un armario muy adornado en el otro extremo de la habitación-. Sugiero vino calentado con especias para reconfortarnos... Por favor, Tirand, reaviva el fuego y yo mezclaré hidromiel con una botella de la cosecha de la provincia de Han y lo pondré a calentar en el hornillo. Veamos, ¿dónde puso Karuth las especias para el vino?

Se llenaron las copas y el Sumo Iniciado volvió a su asiento soltando un suspiro. Todos bebieron, degustando el vino apreciativamente, y durante un rato reinó el silencio. Las lámparas estaban casi apagadas y la atmósfera era soporífera. Como sólo serían ocho personas -que luego se redujeron a siete, cuando Karuth fue reclamada por una urgencia médica-, Chiro había decidido que la reunión se celebrara en su propio estudio en lugar de en la vasta y poco acogedora sala del Consejo, pero ahora se dio cuenta de que le sería muy fácil adormilarse si no prestaba atención. Estaba pensando en algo que decir para mantenerse despierto cuando Lias Barnack carraspeó.

Aunque Lias era ya bastante mayor -Chiro suponía que su jubilación estaba próxima-, como enviado más veterano del Alto Margrave, había considerado su deber asistir a la conferencia en persona, en lugar de enviar a algún subordinado con menos experiencia. Durante la discusión se había mantenido casi siempre en un segundo plano, interviniendo de vez en cuando para ofrecer alguna información acerca de los actos de la milicia o para hacer alguna pregunta pertinente; pero, al ver sus astutos ojos, Chiro supo que había prestado más atención de lo que las apariencias sugerían.

-Sumo Iniciado -dijo Lias-, puede que éste no sea el momento más oportuno para expresar lo que tengo en mente, pero..., creo que necesito

Librodot

ser sincero.

Todos lo miraron. La hermana Fiora, sentada entre la hermana Corelm y uno de los dos cancilleres superiores del Círculo presentes, se estremeció ligeramente y se ajustó la banda púrpura de luto en el hombro. Lias manoseaba el tallo de su copa.

-He de confesar -prosiguió- que, tras lo que he escuchado esta noche, tengo muy pocas esperanzas de que se encuentre a la niña. La milicia no ha escatimado esfuerzos en su búsqueda, y tanto el Círculo como la Hermandad -hizo un gesto serio de asentimiento a Fiora y Corelm- han utilizado sus habilidades en otros planos, y todo ello sin resultado. Debo decir que creo que la chica está muerta.

Esta vez el silencio fue tenso. Parecía que nadie quería encontrarse con la mirada de los demás, y al final Lias hizo un gesto de impotencia.

-Lo siento, amigos, pero no veo motivo en seguir dándole vueltas.

-Tienes razón, Lias -Chiro contempló los rostros rígidos y con expresión infeliz en torno a la mesa-. Creo que, aunque nos cueste admitirlo, en el fondo todos estamos de acuerdo contigo. -Tirand y los otros adeptos hicieron un breve gesto afirmativo; Corelm miraba su copa de vino, y Fiora se llevó un puño apretado a la boca y emitió un pequeño sonido que podría haber sido un sollozo. La mirada del Sumo Iniciado volvió a posarse en Lias y en los ojos del otro hombre vio reflejado lo que él había sospechado. Lias nunca decía o hacía nada sin una buena razón, y Chiro creía saber qué lo había empujado a hablar.

-Creo, Lias -dijo en tono suave-, que tus pensamientos y los míos han seguido caminos paralelos.

-No puedo decir eso, Chiro. Ni por un momento pensé en hablar en tu nombre, o en el del Círculo.

La indirecta era clara. Chiro asintió.

-Muy bien. No tenía intención de sacar a colación esto ahora, porque es tarde y no quiero provocar más discusiones hasta que todos hayamos dormido un poco. Pero tal vez sea justo que os comunique la propuesta que quiero plantear a un pleno del Consejo de Adeptos mañana.

Tirand clavó la vista en su padre, y los otros adeptos observaron al Sumo Iniciado con atención. Chiro vaciló unos instantes antes de proseguir.

-Amigos míos, sería un estúpido si aparentase no estar profundamente preocupado por las posibles implicaciones de esta tragedia. De hecho las considero lo bastante serias para justificar la realización de un ritual del Círculo para invocar directamente a los dioses en busca de su inspiración.

Tirand sintió un intenso y gélido estremecimiento de excitación. Lias asintió; los rostros de las hermanas se convirtieron en máscaras inmóviles. Sólo los dos consejeros permanecieron imperturbables, y Tirand sospechó que habían esperado aquello todo el tiempo. El mismo había pensado desde el principio que sería un acto sabio aunque drástico, pero, conociendo la innata precaución de su padre, no había supuesto que tomara la decisión con tanta rapidez.

-Piensas entonces -dijo Lias- que hay algo de verdad en la idea de que algún agente sobrenatural ha tenido algo que ver.

-Sí, lo pienso.

Librodot

-¿Y tienes alguna noción de cuál sería la naturaleza de ese agente?

Estaba sondeándolo con descaro, pero Chiro no se dejó arrastrar.

-No -contestó, y Tirand supo que estaba refrenando su lengua deliberadamente, y también supo por qué-. Pero creo que lo descubriremos.

Dándose cuenta de que no averiguaría nada más por el momento, Lias cedió y no dijo nada más, pero la revelación de Chiro había amargado un tanto el ambiente. Por prudencia, los adeptos se reservaban su opinión, para darla a conocer más tarde y con menos testigos presentes, y las dos hermanas, sintiéndose en terreno desconocido, consideraron prudente no añadir nada. Terminaron el vino en un silencio sumiso y al final, con evidente alivio, el grupo abandonó sus asientos, se desearon unos a otros las buenas noches y dejaron el estudio. Lias fue el último en salir al pasillo tenuemente iluminado; cogió el brazo de Chiro en un gesto de despedida y le dedicó una sonrisa ligeramente irónica.

-Lamento si he soltado un gato en el palomar, Chiro. No fue ésa mi intención.

-No -replicó el Sumo Iniciado-. Hiciste bien en incitarme. Y podré decirte algo más sobre mis planes en un par de días. ¿Te quedarás algún tiempo?

-Oh, sí; si no me hago pesado. Tengo intención de pasar algún tiempo con el joven Calvi. Se lo echa mucho de menos en la Isla de Verano, y el Alto Margrave quiere que le lleve un informe completo de sus progresos.

-Estoy seguro de que Calvi se mostrará encantado de verte -repuso Chiro, sonriendo con cansancio-. Buenas noches, Lias.

-Buenas noches, amigo mío.

Chiro cerró la puerta y se volvió hacia la habitación. Tirand estaba recogiendo las copas y colocándolas en una bandeja para que un criado las retirara por la mañana; el Sumo Iniciado retiró el hornillo de la chimenea y comenzó a cubrir el fuego. Ninguno de los dos habló durante un rato, pero Chiro era consciente de que su hijo le daba vueltas a algo.

-Puedes decir lo que piensas, Tirand -dijo al cabo-. ¿Qué te inquieta?

Tirand había terminado con las copas y ahora estaba ordenando los papeles del escritorio. Se detuvo y alzó la cabeza; sus castaños ojos tenían una expresión seria.

-El ritual, padre. Me preguntaba a qué dioses piensas invocar.

-Ah. -Chiro se humedeció los dedos y se tocó con ellos los labios-. Sí. ¿De manera que viste por dónde iban las insinuaciones de Lias?

Tirand asintió.

-No debería haber intentado esa táctica. Debería saberlo.

-Es un privilegio de su rango, Tirand; y, además, no me cabe duda de que tiene instrucciones estrictas del Alto Margrave para hacer todo lo posible con tal de conseguir información.

-Pero intentar engatusarte de manera tan descarada...

-No ha pasado nada. De todas maneras, sospecho que Lias sólo buscaba una confirmación a sus propias opiniones. -Chiro cerró con llave las puertas del armario de los vinos-. A pesar del Equilibrio, es

prácticamente imposible no sentir preferencias en un sentido u otro, y conozco a Lias Barnack desde hace el tiempo suficiente como para saber adonde se inclina su lealtad. No tiene por qué ocultarlo; pero, como tú sabes muy bien, mi posición es muy distinta. Como Sumo Iniciado tengo igual lealtad por el Orden que por el Caos, tal y como exige mi deber. Pero, como hombre, no puedo quitarme de encima fidelidades más fundamentales, y una de esas fidelidades está arraigada en mis recuerdos de Keridil Toln.

-Sabes que siento lo mismo.

-Claro que lo sientes; tú también recuerdas a Keridil, aunque no fueras más que un niño cuando él murió. Sin embargo, no podemos expresar nuestros sentimientos de la misma manera que pueda hacerlo Lias u otros como él. Debemos mantener el *statu quo* y demostrar al mundo que nuestros tratos con los dioses no se ven alterados por prejuicios.

-Pero en privado... -dijo Tirand.

Chiro lo miró con seriedad.

-En privado, Tirand, creo que no tengo que decírtelo, o recordarte que lo que hablo es sólo para tus oídos. Los hechos son bastante simples: sospecho la mano del Caos en este desgraciado asunto.

Tirand aspiró aire entre los dientes y luego lo exhaló lentamente.

-¿Pedirás entonces la ayuda de Aeoris?

-No. Invocaré por igual a Aeoris y a Yandros.

-Pero desde luego...

-Apaga esa lámpara, ¿quieres? Se ha vaciado y está quemándose la mecha. -Chiro aguardó hasta que la luz se hubiera apagado, trayendo consigo más sombras-. Invocaré al Orden y al Caos porque así es como debe ser. Al fin y al cabo, mis sospechas carecen de pruebas.

-¿Hacen falta pruebas? -replicó Tirand-. Las tienes en el incendio del monumento y en la forma en que murió la Matriarca -concluyó con un estremecimiento.

-Los demonios pueden adoptar muchos disfraces, Tirand. Sean cuales sean mis puntos de vista personales, no me atrevo a hacer suposiciones sin pruebas. -Anduvo por la habitación y apagó la segunda y última lámpara. Una tenue penumbra inundó la habitación, rota tan sólo por los últimos destellos del fuego, y el Sumo Iniciado se encaminó cansinamente hacia la puerta.

-Acuéstate, hijo mío, y procura no mantenerte despierto haciéndote preguntas que todavía no pueden tener respuesta -le recomendó; luego bostezó y se apretó las palmas de las manos contra los ojos. Tirand le abrió la puerta.

-Lo intentaré, padre. Buenas noches.

El Sumo Iniciado asintió y sonrió.

-Buenas noches, Tirand. Aunque ya queda muy poco para el amanecer.

Camino de su dormitorio, Tirand decidió de repente dar un rodeo y visitar la habitación de su hermana. Pocas esperanzas tenía de que estuviera despierta a aquellas horas, puesto que la pequeña emergencia que la había hecho abandonar la reunión no podía haber durado tanto, y supuso que debía de haber ido a acostarse en lugar de volver en plena discusión e interrumpir su desarrollo. Pero había una probabilidad,

Librodot

aunque pequeña, de que todavía estuviera despierta y deseaba hablar con ella. Sencillamente, deseaba tener compañía, porque el sueño lo había abandonado.

Para su sorpresa, se encontró con Karuth en el pasillo que daba a su habitación. Iba vestida con su camisón, cubierto con una túnica atada holgadamente con un cinto; llevaba el cabello despeinado y profundas ojeras le marcaban los ojos. A la tenue luz que desprendía la única antorcha goteante que todavía no había sido apagada, ella contempló su rostro y después rió en voz baja y con alivio.

-¡Tirand! Por un instante me pregunté quién diablos podía ser a estas horas. Por favor, ¡no me digas que se necesitan otra vez mis servicios, o tendré tentaciones de arrojarme desde una de las torres!

-La reunión acaba de terminar -repuso él; le cogió el brazo amigablemente y se dirigieron hacia la habitación de Karuth-. ¿Te han llamado una segunda vez?

Ella hizo una mueca.

-Como si la primera no fuera suficiente... Uno de los criados derramó en la cocina un balde de agua hirviendo y se escaldó. Acababa de dormirme, después de curar las heridas de Calvi, y...

-¿Calvi? -la interrumpió Tirand-. Creí que se trataba de una pelea entre dos de los criados.

-No, no. El mayordomo de servicio, Reyni, ya sabes lo delgado que es, quiso intervenir y salió con dos costillas rotas por ello. -Llegaron a su puerta; Karuth la abrió y Tirand se apartó para dejar que ella entrara primero. La joven tropezó con algo en la oscuridad, maldijo por lo bajo y luego encontró yesca y pedernal-. Tres de los estudiantes más jóvenes tuvieron una discusión en el comedor y de las palabras pasaron a las manos.

-¿Calvi era uno de ellos?

-Sí -contestó Karuth, mientras encendía tres velas en un candelabro-. También estaba Gant Harlon, y ese chico pelirrojo de Han Oriental, no recuerdo cómo se llama. Pero, antes de que me lo preguntes, Tirand, no sé cómo empezó la cosa ni de quién fue la culpa. Cuando llegué allí, parecía que les hubieran cosido los labios; nadie quería ni aceptar la culpa ni echársela a los otros.

Tirand soltó un suspiro de exasperación.

-¿Cuál fue el motivo de la pelea?

-Una chica. ¿Qué otra cosa sería lo bastante importante para convertir a tres jóvenes estudiosos en un tumulto de patadas y puñetazos en el suelo del comedor?

Tirand ahogó un estallido de risa; la cosa no tenía gracia.

-Habrá que informar a su tutor -dijo-. No puede tolerarse un comportamiento semejante.

-No creo que tengamos más problemas -afirmó Karuth; llevó el candelabro a su mesilla de noche, lo dejó y se hundió agradecida en su lecho-. Me tomé la molestia de utilizar un ungüento que pica y creo que eso será lección suficiente -explicó con una sonrisa-. Calvi, por lo menos, ya se ha disculpado por haberme molestado.

Tirand gruñó, no aplacado del todo.

-Supongo que habían estado bebiendo...

-Sí, claro que sí -contestó Karuth y, al ver la expresión de su

hermano, añadió-: No los juzgues demasiado severamente, Tirand. Son jóvenes e inmaduros. Nosotros no éramos tan distintos a su edad.

-¿Hace ocho o diez años? -Tirand alzó una ceja en un gesto irónico-. Sí que éramos distintos, Karuth. Jamás se nos habría ocurrido comportarnos de manera tan lamentable.

El rostro de Karuth adoptó una expresión pensativa.

-No -reconoció-, pero es que quizá nunca tuvimos la oportunidad.

-Bueno, creo que podríamos conseguir que esto no se repita. Si hace falta, hablaré con nuestro padre, y desde luego le daré un rapapolvo a Calvi. ¿Qué pensaría el Alto Margrave si llegara a enterarse? Su hermano, confiado a nosotros para aprender filosofía, acaba peleándose por una chica. No está nada bien.

Karuth hundió la cabeza en las almohadas y cerró los ojos.

-Por ahora no quiero oír nada más del asunto. Ya he tenido bastante acerca de estudiantes que se pelean por esta noche. -Cambió de postura, poniéndose más cómoda-. Cuéntame lo de la reunión. ¿Me perdí algo importante?

Tirand se sentó en una silla a caballo y apoyó la barbilla y los brazos en el alto respaldo.

-No. Fue más o menos como esperábamos; nadie tenía nuevas pistas que pudieran ayudarnos a resolver el misterio. Y Lias Barnack expresó una opinión que creo que todos compartimos: que la sobrina nieta de la Matriarca debe de haber muerto.

Karuth volvió a abrir los ojos.

-¿De manera que sigue sin haber ni rastro de ella?

-No, ni hay pistas de cuál haya podido ser su destino. Padre está convencido de que algún agente demoníaco está implicado en el asunto. Quiere realizar un Ritual Superior, para pedir inspiración a los dioses. -Hizo una pausa y miró el rostro de su hermana-. No pareces sorprendida por la noticia.

-No lo estoy. Pero me siento aliviada; tenía la esperanza de que ocurriera eso. Aunque no pensaba que el consejo iba a ponerse de acuerdo tan rápido con respecto a esa propuesta.

-Todavía no han accedido; padre no lo ha propuesto oficialmente aún. Pero saqué la impresión de que Keln y Acoro, como mínimo, compartían su punto de vista.

Karuth vaciló un instante; luego pasó las piernas por encima del borde de la cama y se sentó.

-Hemos de hacer cuanto podamos para convencer a los demás. Tengo la sensación... -Se paró en mitad de la frase.

-¿Karuth? ¿Qué ocurre? ¿Algo anda mal?

Ella negó con la cabeza.

-Quizá no sea nada. No lo sé.

-Cuéntamelo.

-Bien... -Lo miró de repente y su mirada fue muy intensa-. Tirand, tú sabes, ¿verdad?, que siempre he tenido una intuición extraña con respecto a esa niña.

Tirand se mostró sorprendido.

-¿Siempre? Recuerdo que lo mencionaste hace algunos años, pero nada más.

-Entonces puede que le haya dado más vueltas en mi cabeza de lo

Librodot

que estoy dispuesta a admitir. Todo empezó el día en que la niña nació, y con el incidente con el antiguo Sumo Iniciado...

-Ah, sí. -Recordaba lo que Karuth le había contado en una ocasión, y su tono mostró preocupación.

-Keridil Toln era un hombre sabio -prosiguió Karuth-, y creo que tenía esa intuición fuera de lo corriente que a veces los dioses otorgan a los sabios en sus últimos días. Él sabía que algo andaba mal. Y después, cuando la Matriarca propuso que la niña fuera admitida en el Círculo, yo también sentí una inquietud parecida. Ahora -encogió los hombros como protegiéndose del frío- vuelvo a tener esa sensación.

Tirand tardó algunos instantes en decir algo. Pensaba en lo que su padre había dicho durante la breve discusión que habían tenido antes de separarse y se preguntó si podría tener alguna relación con la inquietud de Karuth. Él no veía ninguna relación y, aunque el pensamiento no era nada piadoso, creía que la extraña reacción de Keridil Toln tras el nacimiento de Ygorla Morys no había sido más que el espejismo creado por una mente vieja que perdía facultades. Pero confiaba en los talentos psíquicos de Karuth. Al menos, merecía la pena investigar su sospecha.

-Si este asunto te preocupa, Karuth -dijo por fin-, hay algo más que debería decirte. Padre piensa que, sea lo que sea lo que haya ocurrido con la chica, el Caos puede haber tenido que ver con ello.

Karuth había estado jugueteando con el cinto de su túnica; dejó de hacerlo de repente.

-¿El Caos?

Se miraron. Tirand sabía que su hermana no compartía los puntos de vista de Chiro y de él mismo con respecto a los dioses del Orden. Desde que Karuth tuvo edad suficiente para emitir una opinión fundada en aquellos asuntos, nunca había parecido tener una inclinación hacia un bando u otro en sus lealtades, pero ahora, cuando intentó interpretar la expresión de su rostro y no lo consiguió, Tirand comenzó a dudar que aquella suposición hubiera sido completamente cierta.

Desechó aquel pensamiento. Karuth tenía el mismo derecho que cualquier otra persona a tener sus preferencias, y, si estaba más inclinada a invocar a Yandros que a Aeoris en momentos de dificultad, él, con sus propios prejuicios, no era quién para criticarla.

-¿Cuándo se realizará el rito? -inquirió Karuth-. Suponiendo que sea aprobado, por supuesto.

-Todavía no se ha decidido nada. Sospecho que padre preferirá esperar a que Lias Barnack esté a salvo y seguro camino del sur.

-Mmmm. -Karuth reflexionó sobre ello-. Entonces faltan unos cuantos días.

-Probablemente. ¿Por qué?

-Oh... Se me ha pasado una idea por la cabeza. Me pregunto si no sería prudente hacer algunas investigaciones preliminares.

Tirand la miró fijamente.

-¿Realizadas por ti?

-Sí -contestó la joven, con una expresión en el rostro que su hermano no acabó de interpretar; la expresión desapareció enseguida-. Lo siento, Tirand, no quiero parecer críptica. Es el misterio de la desaparición de la niña; no hago más que darle vueltas y no puedo dejar de

Librodot

pensar que hay algún aspecto en él que ninguno de nosotros ha conseguido atisbar.

Tirand exhaló un suspiro. Confiaba en la intuición de su hermana, aunque no pudiera compartirla, y cualquier cosa que pudiera serles de ayuda en la presente situación sería doblemente bienvenida.

-Explóralo, Karuth -dijo-. Y si te enteras de algo...

-No puedo asegurar nada.

-Lo sé. Pero...

-Pero lo intentaré -prometió Karuth, poniéndose en pie-. Tirand, perdóname, pero quisiera estar sola. -Lo miró con firmeza, con ojos de repente muy despiertos-. No voy a dormir esta noche; falta tan poco para el amanecer que no tiene sentido intentarlo. Así que será mejor que intente aprovechar un poco el tiempo, ¿no crees?

Él asintió.

-Gracias. ¿Sabes?, si al menos...

-No -lo interrumpió, apoyando una mano en su brazo-. Por favor. Ya lo has dicho antes y sabes que no es verdad.

-Pues yo pienso que sí lo es -afirmó Tirand, poniéndose también en pie y acercándose a ella, hasta que sólo los separaron unos centímetros-. Creo que estás mucho más capacitada que yo para suceder a padre, cuando ello sea necesario. Sólo lamento que no pueda ser así.

-Yo no -dijo Karuth con firmeza-. En serio, Tirand: no quiero resucitar de nuevo ese viejo fantasma, y menos ahora. Ya tengo suficientes cosas en que pensar. -Se inclinó y lo besó en la mejilla-. Vete, hermanito. Ve y cumple con tus obligaciones, mientras yo cumplo con las mías. Si hubiera deseado la fama y la gloria, habría entrado en la Hermandad y puesto el punto de mira en el Matriarcado.

-Quizá deberías haberlo hecho.

-No. Soy una médico y una maga, no una maestra y una política. No me gustaría ser la Matriarca. Ni tampoco me gustaría ser la heredera del Sumo Iniciado, aunque me ofrecieras toda una cosecha de Chaun Meridional por el privilegio.

-De todos modos...

-Nada de «de todos modos». Es tu responsabilidad, no la mía, y doy las gracias por ello. Vete, Tirand. Que duermas bien.

Tirand no era una persona que mostrara con facilidad sus sentimientos, pero la abrazó impulsivamente.

-No corras riesgos.

-No lo haré. Y, si me entero de algo, tú serás el primero en saberlo. Buenas noches.

Karuth cerró la puerta con suavidad al salir su hermano, y se quedó inmóvil hasta que el ruido de sus pasos se perdió en el pasillo; entonces se volvió hacia donde estaba el candelabro y apagó dos de las velas, dejando una solitaria llama que goteaba inquieta. El fuego de la chimenea se había apagado; había despedido a sus criados pronto y nadie lo había alimentado, de manera que ahora la habitación estaba iluminada únicamente por el débil resplandor de la solitaria vela. Así estaba bien; necesitaba poca luz para lo que pensaba hacer.

Ojalá Tirand no le hubiera recordado la vieja herida. Aunque los precedentes no lo hubieran hecho imposible, no habría querido ser Sumo Iniciado cuando llegara el momento. Ni tampoco Matriarca o Alta

Librodot

Margravina, ni Gran Dama ni ningún título imaginable. Era Karuth, y a veces eso ya era una responsabilidad demasiado grande. Tantas influencias distintas tirando de ella en una u otra dirección, tantas cosas que quería hacer, que explorar, y nunca había el tiempo suficiente... Ahora, una vez más, Tirand se apoyaba en ella, y a través de Tirand lo hacía su padre. Médico, maga, adepta; los dioses no concedían horas suficientes para todo aquello y, desde luego, no concedían horas para que, de vez en cuando, pudiera ser ella misma. A veces, pensó con una amargura nada común en ella, se preguntaba si todavía tenía una verdadera personalidad propia.

En un acto reflejo, casi sin darse cuenta, se había dirigido cruzando la habitación al lugar donde, sobre una mesa bajo la ventana, descansaba una cajita de madera profusamente adornada. Sus dedos alzaron la tapa sin que ella se diera cuenta todavía de lo que estaba haciendo. Un olor a especias y a humedad resinosa le hizo arrugar la nariz; era tan familiar que casi se echó a reír.

Obligaciones. Había cumplido sus obligaciones aquella noche, primero con los estudiantes camorristas, luego con el sirviente escaldado. Y ahora otro deber. Quizás autoimpuesto, pero ¿por qué había ido a verla Tirand si no? Era demasiado escrupuloso y demasiado inhibido para pedirle ayuda directamente, pero la petición había estado claramente presente en su mirada. Además, ella también deseaba obtener respuestas para ciertas cuestiones, o no conseguiría dormir tranquila.

Había comenzado a revolver en la caja, desechando instintivamente la mayoría de sus contenidos, en busca de los pocos ingredientes que necesitaba. Incienso: no tenía verdadero valor arcano, pero ayudaría a lograr la atmósfera adecuada. Sustancias que representaran los elementos; reflexionó unos instantes, y acabó escogiendo el aire y el fuego. La tierra y el agua eran demasiado sólidas; aquel asunto venía de una dimensión más efímera. Por último, una pequeña botella de opaco cristal ambarino. Su crisol estaba listo, como siempre. La vela bastaría para calentarlo, y colocó el pequeño trípode sobre la llama antes de cerrar la tapa de la caja.

El ritual que pretendía realizar era una labor sencilla de magia inferior, nada que requiriera grandes esfuerzos y nada que necesitara algo más que someros preparativos. Estaba demasiado agotada para embarcarse en algo más complejo -aunque el cansancio podía ser un elemento positivo en ciertas condiciones, podía resultar peligroso si iba demasiado lejos- y, además, creía que no haría falta nada más. Siempre había trabajado bien con las fuerzas elementales, y los elementales eran una fuente preciosa de información, puesto que no eran leales ni al Orden ni al Caos. También era un cambio el trabajar a solas y no como parte del grupo de sus iguales. Chiro no incentivaba precisamente la magia individual entre los adeptos pero, aunque jamás lo habría confesado ante su padre, Karuth encontraba a veces los ritos del Círculo tediosos y largos. Comprendía y aceptaba la necesidad de ser precavido y también la necesidad de una rutina establecida para la magia de alto nivel, donde las fuerzas conjuradas eran mucho más poderosas; pero, para propósitos más modestos, ella prefería practicar la magia sin ayuda de otros.

Librodot

El silencio se adueñó de la habitación mientras el metal del crisol se oscurecía, y Karuth se dirigió hacia su mesilla de noche, donde había un jarro con agua de mar y una copa. Hacía mucho tiempo que se había impuesto como costumbre beber cada noche antes de dormir una dosis de aquella salmuera como defensa contra el reuma invernal; ahora vertió una pequeña cantidad en la copa y le añadió tres gotas del contenido de la redoma ambarina. Normalmente no utilizaba aquel atajo para inducir el necesario estado mental para los trabajos arcanos, ya que, como sabía por experiencias pasadas, era muy fácil ingerir demasiado narcótico y perder la orientación o, lo que era peor, el control. Pero aquella noche no tenía ni el tiempo ni la paciencia para los métodos más ortodoxos y más lentos, y, sin ceremonias, bebió el contenido de la copa de un solo trago, haciendo una mueca al notar el desagradable gusto de la mezcla de sal y droga. Después dejó la copa y se volvió hacia el crisol.

El silencio continuó durante un rato y su intensidad fue en aumento a medida que la pócima comenzaba a surtir efecto. La respiración de Karuth adquirió un ritmo regular y pausado; luego, cuando juzgó que el momento era adecuado, adelantó las manos para unirlas sobre la llama y soltar unos granos de incienso sobre el pequeño recipiente. El crisol bufó como un gato enfadado, y el humo ascendió hacia el techo mientras el incienso se coagulaba y formaba gotas que borboteaban y rebotaban en el fondo del cuenco. Karuth cerró los ojos y aspiró profundamente, dejando que el aromático humo le llenara la garganta y los pulmones y se filtrara hasta su mente. Las paredes de la habitación parecieron retroceder, convirtiéndose en algo remoto e irreal; se aferró a aquella sensación, concentrándose para hacerla más intensa, al tiempo que su conciencia de lo que la rodeaba comenzaba a vacilar y desaparecer. Sus labios pronunciaron el viejo canto que durante siglos habían usado los adeptos para alcanzar el estado de trance. Otra profunda inhalación le llenó las fosas nasales con el acre incienso; sintió un golpe intenso y sañudo de aire en la cabellera y escuchó el lejano chisporrotear del fuego. Despacio, muy despacio, a medida que su trance se hacía más profundo, unió las manos ante sí, un puño cerrado por encima del otro, como si sostuviera una vara invisible entre los dedos. Imaginó mentalmente la vara, que resplandecía con los colores pálidos y esquivos del aire, con los tonos ardientes del fuego, y fue definiendo más y más dicha imagen hasta que casi pudo sentir su presencia física. Lentamente volvió a abrir los ojos, resistiendo el efecto del trance que le hacía sentir los párpados intolerablemente pesados. Entre los dedos resplandecía la imagen de la vara como un rayo incierto; más allá, las dimensiones del cuarto se habían distorsionado formando ángulos anormales y grotescos. Un sonido tan débil que se encontraba casi en el umbral de lo audible le zumbaba en los oídos; entonces sintió un sobresalto doloroso y breve cuando el efímero y etéreo pasadizo entre el mundo físico y las dimensiones elementales se abrió.

Un rostro apareció flotando ante ella. Se componía de llamas, y semejaba oro grabado con carmesí vacilante; era pequeño y anguloso, y sonreía. Las cuencas vacías de sus ojos la miraron y una voz habló en la mente de Karuth.

Librodot

Me llamas. Yo acudo.

Karuth dejó escapar el aire en un siseo entre dientes. El lenguaje de los elementales poco tenía en común con el habla humana, y comunicarse con aquella astuta y caprichosa criatura de aire y fuego ponía a prueba sus cuerdas vocales y su lengua. A pesar de todo, formuló las palabras, la orden, la pregunta.

-Te conjuro con la llama y te conjuro con el vendaval. Obtendré la verdad, y sólo eso me satisfará.

El pequeño rostro rabioso osciló, y una lengua de fuego surgió en silencio de la boca del elemental.

¿Con qué derecho y con qué vínculo me ordenas?

Karuth sonrió y la sonrisa le dio un aspecto inhumano en la penumbra llena de humo.

-Por derecho de señorío y por el vínculo de la obligación yo te ordeno. Soy fuego y soy aire. Soy tierra y soy aire. Mis huesos y mi carne son uno con todo lo que los dioses han creado, y te conjuro y te ordeno en el nombre de Yandros y en el nombre de Aeoris. Escúchame, amigo y siervo de la llama y el vendaval. Habla de lo que sabes y habla según yo te lo ordeno. -Aspiró y sintió en la garganta el gusto del azufre y el aliento helado de un viento septentrional, mientras el puente entre dimensiones temblaba y oscilaba. Pronunció entonces una palabra, dos sílabas ultraterrenales, las sílabas de orden máximas para un ser semejante.

Un chillido agudo y estremecedor vibró en su cabeza y le dolieron los oídos al escuchar aquella frecuencia sobrenatural. La imagen del elemental sufrió terribles transformaciones; Karuth se esforzó en no prestarles atención, pues conocía la prueba y sabía que la superaría. Por fin el sonido se extinguió, y el rostro brillante y felino volvió a permanecer inmóvil.

Reconozco tu señorío. Pregunta lo que quieras.

Otra Karuth, lejos, en otro mundo, dio fervientes gracias por la fuerza que le había permitido prevalecer. Seres como aquél no sentían lealtad hacia los humanos y podían mutilar, o en algunos casos hasta matar, al adepto cuya voluntad vacilara tan sólo un instante. Con el tiempo uno se acostumbraba a los riesgos, pero no llegaba a ser totalmente inmune a ellos.

-Se han producido alteraciones en Chaun Meridional -dijo Karuth-. Las fuerzas que gobiernan el equilibrio de tu raza y la mía han sufrido una alteración no deseada.

La lengua del elemental se movió como la de una serpiente.

Lo sé.

-Entonces también debes saber que la Matriarca de la Hermandad ha muerto y que una niña ha desaparecido a los ojos de los mortales.

Una pausa, y una ráfaga de aire frío acarició el rostro de Karuth.

Sí, eso también lo sé. Pero la suerte de tu Matriarca no es asunto que me concierna. Otra ocupará su lugar. No es importante.

Karuth frunció el entrecejo, en parte por la falta de respeto del elemental, pero también porque creía haber detectado algo desfavorable en el tono de su respuesta. ¿Algún tema, quizá, que la criatura estaba ansiosa por evitar?

Cuando la joven habló de nuevo, su voz mostraba más que un

atisbo de amenaza.

-No es la Matriarca sino la niña el sujeto de mi pregunta. ¿Qué sabes de su suerte?

Silencio. La silueta del elemental osciló un instante; por un momento el rostro se convirtió en algo de pesadilla.

-Habla, siervo -le ordenó Karuth, ceñuda-. O despertarás mi ira.

Ardientes colores se sucedían en el pequeño rostro anguloso, como si las llamas hubieran surgido de repente alrededor del ser. Por fin, la boca gatuna se abrió.

No puedo decirte qué fue de la niña. No lo sé.

¿Una mentira? Karuth pensó que no, puesto que, cuando una criatura como aquélla mentía, un adepto experto podía detectar cambios en su aura, y ahora no se veía tal cambio.

-Muy bien -dijo-. No pondré a prueba tu veracidad; al menos no por ahora. En lugar de eso, dime cuál fue la naturaleza de la fuerza que alteró los elementos, alejándolos de sus sitios correspondientes, en la noche que desapareció la niña.

Silencio otra vez. El ambiente de la habitación pareció de repente profundamente opresivo.

-Siervo -la voz de Karuth tenía un tono malévolo-. ¡Estás obligado a obedecerme por aquello que no puedes negar! ¡Quiero tu respuesta!

Al instante sintió como si le hubieran clavado un afilado cuchillo al rojo vivo en la parte más profunda del cerebro y jadeó de sorpresa y dolor. Durante un terrible instante pensó que había perdido el control y que el elemental, aprovechando la oportunidad, la atacaba; pero entonces desapareció la sensación y supo qué la había provocado: el ser estaba asustado. Y ella, sintonizada con su mente, había sentido de rebote el duro y terrible golpe de su miedo.

El rostro todavía flotaba ante ella, aunque los colores de su aura se habían vuelto pálidos y enfermizos. La boca del elemental se abrió y cerró con rapidez, pero ninguna voz resonó en la mente de Karuth.

-Siervo -lo conminó, implacable-, habla. ¿O debo castigarte?

El rostro volvió a deformarse. El elemental padecía grandes sufrimientos.

Yo... no puedo hablar. No puedo hacer lo que pides.

-No pido, *exijo.* Respóndeme, o la tierra será tu prisión y el agua tu lecho. ¡Por el poder de señorío que los dioses me han otorgado extinguiré tu llama!

Un grito débil y ululante resonó en la habitación, un signo de dolor, miedo y desesperación.

¡Ah, no! ¡No me condenes! ¡No tengo elección!

Karuth titubeó.

-Explícame.

Horribles colores resplandecieron en las cuencas vacías del elemental.

Ten piedad, señora, dijo en tono lastimero. *¡No puedo obedecerte porque no me atrevo a hacerlo! Otro poder más grande que el tuyo ha colocado vínculo sobre mí y, si hablo de lo que sé, ¡sufriré un destino mucho más terrible que cualquier cosa que tú puedas hacerme!*

Karuth se esforzó por hacer caso omiso de su sensación de incomodidad.

-¿Qué poder es ese que te obliga?

No puedo decirlo, no me atrevo. Te serviré con gusto en cualquier otra cosa, pero en ésta no me es posible. ¡Ten piedad y libérame de mi obligación!

Karuth, a punto de lanzar un iracundo anatema sobre la criatura, se interrumpió, asaltada por un nuevo pensamiento. Se dominó, haciendo que la calma se sobrepusiera a su furia, y habló de nuevo.

-Tienes hermanos del aire y el fuego, y tienes primos de la tierra y el agua. ¿Cómo me responderían si les hiciera la misma pregunta que a ti?

Hubo una pausa. Después el elemental dijo:

Te responderían como yo he hecho. Fuimos desafiados. Fuimos vencidos. El vínculo está sobre todos nosotros, y no tenemos poder para escapar de él. La niña ha desaparecido, señora, y no hay nada que hacer. ¡Te lo suplico de nuevo, por favor, libérame!

Karuth permaneció muy quieta. Ahora no le quedaba duda de que el elemental decía la verdad, porque sentía su terror, que rezumaba como veneno desde su mente hasta la de ella. Los elementales ocupaban un nivel inferior entre las legiones de seres inhumanos que se movían en el espacio entre los dioses y los mortales. Su dominio estaba confinado al mundo que compartían con la humanidad, por lo que los grandes señores del Caos y el Orden no mostraban ningún interés en sus actividades. Pero en los estratos intermedios entre los ínfimos y los superiores había muchos tipos de seres con el poder para atar a los elementales con un vínculo, y cualquiera de ellos podría estar detrás de aquel extraordinario estado de cosas. ¿Cómo descubrir qué tipo de fuerza era la responsable de aquello? Y, lo que era más esencial, ¿por qué se había invocado aquel vínculo?

Desaparecido, había dicho. *La niña ha desaparecido.* Una afirmación ambigua... Abrió la boca para hablar, miró de nuevo al elemental y se dio cuenta de que, en las actuales circunstancias, no tenía sentido seguir con el interrogatorio. Podía llevar a cabo su amenaza y atarlo con las fuerzas de la tierra y el agua que eran opuestas a su existencia, pero ella no sacaría nada con semejante tortura. La criatura aceptaría antes la destrucción que romper el mandato que lo obligaba a guardar silencio. No podía hacer nada.

Aspiró aire, que tenía un gusto seco y ardiente, y habló de nuevo al elemental.

-Muy bien. Parece que no obtendremos nada más prolongando este encuentro. Seré compasiva y te liberaré sin castigarte. Pero quiero una última cosa de ti.

Pídela, señora. Si está en mi poder, te la daré de buena gana.

Por lo menos, pensó Karuth con ironía, se había ganado su gratitud, lo cual podría servirle de algo en el futuro.

-Entonces, en el nombre de Yandros y en el nombre de Aeoris, exijo de ti un acertijo. Háblame como aire y háblame como fuego, y que tu acertijo sea verdadero y sin engaño. Eso puede hacerse sin que rompas con tu obligación, y te lo exijo como precio por tu libertad.

El elemental hizo una pausa mientras reflexionaba sobre el asunto.

Sí, dijo al cabo. *Puede hacerse.* Alzó la mirada y sus ojos tomaron el color de llamas recién alimentadas.

Éste, entonces, es mi acertijo. Fuego fue el arma del intrigante, y aire la montura del intrigante. Pero quien se sienta a los pies del intrigante tendrá armas más poderosas y corceles más rápidos que los que nosotros podemos crear.

Karuth repitió para sus adentros las palabras, memorizándolas. Por el momento, no tenían significado alguno para ella, pero no podía pedir más. Obligado por el antiguo sortilegio y por el amor que los de su especie tenían por lo críptico y lo oculto, el elemental le había dado ni más ni menos lo que pedía: un verdadero acertijo que contenía una pista, por muy oscura que fuera, de las respuestas que buscaba. Ahora dependía de Karuth aprovecharlo al máximo.

Retrocedió, cogió la jarra de agua de mar, y la sostuvo sobre el crisol en el trípode.

-Tu trabajo ha terminado -dijo formalmente-. Por lo tanto puedes abandonar mi presencia hasta que vuelva a requerir tus servicios. ¡Siervo, ve! -Con esta última orden vertió la jarra sobre el crisol, al tiempo que musitaba una extraña palabra sibilante.

El crisol emitió un siseo, y el metal tintineó contra el metal al reaccionar al violento asalto del agua fría. El vapor se elevó en una densa nube, y el elemental vaciló, llameó y desapareció. Karuth sintió el soplo de fuego y hielo de su partida, y la impresión momentánea de que la habitación se comprimía y se expandía. Parpadeó para aclarar su visión, y las proporciones y la perspectiva retornaron a la normalidad.

El agua estaba a punto de rebosar el crisol; apresuradamente rescató la vela antes de que se apagara y apartó la nube de vapor. Le dolía la espalda y estaba agotada; debía de ser casi el amanecer, pensó, y pronto los más madrugadores del Castillo empezarían a moverse. Necesitaba dormir. Y hasta haber dormido y descansado, no quería pensar en las implicaciones de lo que había averiguado aquella noche.

Con un cuidado fastidioso, fruto de un largo adiestramiento, Karuth recogió todos los elementos utilizados, volvió a meter en la caja los inciensos y el frasco ambarino, y dejó aparte el crisol y el trípode para que se enfriaran del todo. Cuando hubo hecho esto, fue a su escritorio, sacó una carpeta de piel de uno de los cajones y extrajo los papeles que contenía. Aquél era su archivo personal mágico, una crónica de cada operación de magia que había realizado desde su primera iniciación en el Círculo. Por muy cansada que estuviera, debía anotar hasta el detalle más nimio del ritual de aquella noche antes de pensar en dormir.

Preparó la pluma y la tinta, y comenzó a escribir. Era una tarea conocida, pero que la tranquilizaba, puesto que disciplinaba su mente con el estricto régimen de su adiestramiento y le permitía apartar la preocupación de los pensamientos que intentaban atravesar la barrera que ella misma había levantado. Cuando hubo acabado se dirigió por fin a la cama... y entonces se detuvo.

Había oído un sonido al otro lado de la puerta. Era débil, apenas audible: un maullido inquisitivo. Segundos después sintió una nueva presencia en su mente, una sonda tentativa. Se relajó un tanto y fue a abrir la puerta.

Fuera, en el pasillo a oscuras, dos gatos, uno blanco y el otro a franjas grises y marrones como un pequeño gato montés, la miraban

Librodot

con ojos resplandecientes llenos de interés. Karuth sonrió y abrió más la puerta para dejarlos entrar en la habitación. Debía haberlo supuesto; era prácticamente imposible realizar un rito oculto sin atraer la atención de por lo menos uno de los muchos habitantes felinos del Castillo. Medio salvajes, medio domesticados, telepáticos y con una insaciable curiosidad, los gatos acudían atraídos por el perfume de los rituales como las luciérnagas a la luz, y Karuth los observó mientras empezaban a explorar, olisqueando, soltando de vez en cuando un ronroneo suave. El gato blanco, una hembra si Karuth recordaba bien, que tenía una nueva camada de gatitos oculta en algún lugar de las cocinas del Castillo, se le acercó y se frotó contra su pierna. Karuth se inclinó a acariciarla, a lo que la gata respondió con un fuerte ronroneo; después se dirigió a la cama y se acostó. Los silenciosos vagabundeos de los gatos no la molestarían y su presencia sería un alivio. Mucho mejor, pensó, que estar totalmente sola.

Mientras apagaba la vela y se disponía a dormir, Karuth siguió escuchando el ronroneo de la gata.

Librodot

CAPITULO 9

-...de manera que si me llega palabra de otro desgraciado incidente... uno solo, tenedlo en cuenta... no vacilaré en informar sobre vosotros al Sumo Iniciado de manera inmediata. -Tirand hizo una pausa y miró con dureza a los tres jóvenes bellacos de la noche anterior, colocados en línea ante él en una de las antesalas del salón principal del Castillo. Ninguno se atrevió a devolverle la mirada-. No creo que sea necesario que os explique las medidas que él puede estimar convenientes como resultado de ello. ¿He hablado claro?

Hubo un murmullo de asentimiento y uno de ellos soltó un «Sí, señor».

-Muy bien. Entonces podéis dar el asunto por concluido. Y consideraos afortunados si por esta vez habéis escapado sólo con una reprimenda.

Se volvieron y echaron a andar hacia la puerta, pero Tirand habló de pronto:

-Calvi...

-¿Señor? -El más pequeño y joven de los tres se detuvo y lo miró. Sus azules ojos, bajo una mata de pelo rubio, mostraban preocupación.

-Una palabra más, por favor. -Tirand se dio cuenta de repente de que su expresión seguía siendo dura, y se esforzó en relajar los músculos de la cara para adquirir un aspecto más benigno. Calvi Alacar, el hermano de quince años del Alto Margrave, llevaba ya casi un año estudiando filosofía en el Castillo, y, aunque no poseía las capacidades mágicas para convertirse en iniciado del Círculo, Tirand creía que tenía muchas posibilidades como maestro y profesor seglar. No se le habían concedido privilegios especiales -el Castillo juzgaba a sus alumnos estrictamente por sus méritos, no por su rango-, pero Tirand pensaba que cierto grado de interés especial por el chico era obligado, aunque sólo fuera por mantener las buenas relaciones entre la Península de la Estrella y la corte de la Isla de Verano. No le gustaba la relación que parecía estar surgiendo entre Calvi y algunos de sus compañeros de estudios más alborotadores, y, si bien sabía que el tema debía ser tratado con cuidado, estaba ansioso por cortar de raíz cualquier problema potencial.

Calvi se le acercó vacilante y él condujo al chico hacia la chimenea, donde ardía un fuego para hacer frente al frío otoñal de la mañana. La puerta se había cerrado al salir los otros jóvenes, y Tirand colocó una mano protectora sobre el hombro de Calvi.

-Estrictamente, no debería decirte esto, Calvi -le dijo-, pero creo que has aprendido la lección y no veo el motivo de prolongar tu inquietud. Sólo quiero comunicarte que es muy poco probable que este incidente llegue a oídos de Lias Barnack. De manera que puedes contar con que el único informe de tus progresos que llegará al Alto Margrave será favorable.

Las pálidas mejillas de Calvi, que ya estaban sonrojadas por la vergüenza tras la reprimenda recibida, se ruborizaron aún más.

-Gracias, señor -repuso mirando al suelo.

Librodot

-Pero -continuó Tirand- sí que estoy seguro de que tu hermano se vería muy afectado si llegara a pensar que no estás aprovechando al máximo las oportunidades que aquí se te ofrecen. -Sonrió-. Está orgulloso de ti y anhelante de que tengas todas las posibilidades para desarrollar al máximo tu talento. Sé que tú no quieres decepcionarlo.

Por fin, Calvi consiguió mirarlo a los ojos. Su sonrisa era titubeante, pero Tirand creyó que el sermón estaba calando.

-Nosotros también tenemos mucha fe en ti, Calvi -añadió-. No malgastes aquello que los dioses te han concedido; asegura el orden de tus prioridades y no te apartes de él.

-Eso haré, señor. Gracias.

-Bien, entonces será mejor que vayas al comedor ahora que todavía debe de quedar algo para desayunar -concluyó, haciendo un gesto en dirección a la puerta-. Ve.

Al marcharse Calvi, Tirand se volvió hacia el fuego y exhaló un suspiro. No había llevado bien la última parte de la entrevista; su intención había sido ofrecer un consejo amistoso, pero lo había expresado de una manera que para un chico de la edad de Calvi debía de haber sonado a rígido y pomposo. Pensó con ironía que nunca había tenido ni tendría la facilidad natural de Karuth para hacer que otros se encontraran a gusto, y sólo deseaba no haber hecho más mal que bien al hablar con Calvi.

En conjunto, pensó, no había sido un día propicio hasta el momento. Anoche apenas había dormido, porque las cuestiones planteadas en la reunión, y después en su charla con Karuth, le habían zumbado en la cabeza como un enjambre de abejas. Se había levantado al amanecer, lleno de energía reprimida a la que no podía dar salida; había querido ver a Karuth para saber los resultados de su conjuro, pero no podía ni pensar en molestarla a aquellas horas. Su padre también seguía todavía en la cama y por el Castillo sólo andaban unos cuantos siervos adormilados, de manera que Tirand no había tenido más remedio que aceptar que los acontecimientos se sucederían a su propio ritmo, y había intentado acallar su inquietud dando un paseo madrugador por el exterior de los muros del Castillo.

Había salido por la puerta principal y había cruzado el césped en dirección al delgado brazo de roca que unía la Península de la Estrella con el continente. El sol naciente brillaba con todo esplendor en un cielo despejado, convirtiendo en plata el mar oriental y haciendo que el rocío que cubría el césped resplandeciera como gemas. Tirand respiró hondo, disfrutó del áspero frescor del aire en sus pulmones y del hormigueo que el frío le producía en las manos y en la cara; luego se detuvo al llegar a un trozo de césped que destacaba de cuanto lo rodeaba, formando un rectángulo aislado y peculiar. Allí la hierba era de un color verde más intenso, más rico, como si un jardinero excéntrico hubiera cuidado atenta y deliberadamente aquel fragmento y descuidado lo demás. Tirand, dubitativamente, frotó con un pie la fina capa de rocío.

El Laberinto. No había sido utilizado en toda su vida ni, por lo que sabía, en la de su padre, y se preguntó si quedaba vivo algún adepto que conociera el sortilegio que lo haría despertar de su letargo. Muchos siglos antes de que se iniciaran los primeros archivos escritos, cuando

Librodot

los dioses del Caos -que dominaban entonces el mundo sin rival alguno- dieron forma al Castillo, Yandros quiso colocar el gran edificio desplazado una fracción del tiempo y el espacio normales, de manera que atravesar sus portales era entrar en una dimensión que difería ligeramente de la norma. El Laberinto hacía de puente entre las dos realidades, de la misma forma que el brazo de roca unía el continente con el macizo de la península. Si estaba abierto, unía el Castillo con el resto del mundo, pero cuando se cerraba restablecía la alteración dimensional, de forma que sólo podían entrar en el Castillo quienes sabían cómo salvar aquel obstáculo. Según los archivos del Círculo, cuando el Laberinto permanecía cerrado, el Castillo era invisible para quienes se encontraran al otro lado del puente de piedra. Tirand se volvió para mirar la gran masa oscura e intentó imaginar -aunque no lo consiguió- qué aspecto tendría el macizo sin la imponente presencia del Castillo. Antes del Equilibrio, el Laberinto había permanecido siempre cerrado, excepto cuando algún suceso importante atraía a gran número de extranjeros a la Península de la Estrella. Pero en los años posteriores, con el Castillo abierto a los visitantes como nunca lo había estado antes, la tradición se perdió y el Laberinto llevaba sin ser usado más de medio siglo.

Tirand apartó el pie y observó la estrecha senda que había aplanado en la hierba. El Castillo contenía tantos secretos que sus habitantes ni siquiera alcanzaban a comprender, aunque hubieran aprendido a encauzarlos en su propio beneficio... Tirand se preguntó qué otras propiedades desconocidas podrían descansar ocultas y no reveladas entre sus muros o bajo sus cimientos. Era una conjetura familiar, pero, ahora que miraba el único signo evidente de la existencia del Laberinto, lo inquietó de una manera renovada, que no consiguió explicarse; como si, en algún lugar, detrás de toda aquella maraña de pensamientos y especulaciones, se hallaran las respuestas a muchas más cosas que a una simple pregunta ociosa.

Una fuerte ráfaga de aire que sopló desde el mar hizo que los cabellos de Tirand le cubrieran el rostro, anunciando un frío más intenso. Alzó la cabeza para mirar más allá del Castillo; las nubes se estaban arremolinando en el horizonte septentrional, adquiriendo los tintes rosados y púrpuras que presagiaban mal tiempo. Sus cenicientos e inquietantes colores le recordaron a los primeros heraldos de un Warp, y, pese a saber que aquello era un fenómeno más natural, no por eso dejó de sentirse inquieto. Fijando de nuevo la vista en el Castillo, volvió sobre sus pasos y atravesó el enorme arco negro de la puerta principal.

En los escasos minutos en que había abandonado su recinto, el Castillo había comenzado a despertar, y la intranquilidad de Tirand encontró por fin una salida. Se lavó, se afeitó y después mandó llamar a los tres alborotadores, y durante un rato olvidó sus preocupaciones para ocuparse en asuntos cotidianos. Pero ahora, terminado el sermón y con nada más que ocupara su atención, la inquietud volvía a surgir, insidiosa, negándose a dejarlo en paz.

Los ruidos procedentes del comedor empezaban a filtrarse en su conciencia e iban subiendo poco a poco de volumen, a medida que más y más residentes del Castillo se iban sentando a las largas mesas para

Librodot

la comida comunal de la mañana. Tirand abandonó la antesala y anduvo por el corto pasillo, abrió las puertas de doble hoja del comedor y entró. La estancia estaba llena en más de una cuarta parte, y la mayoría de la gente buscaba asiento cerca del fuego que llameaba con viveza en la gran chimenea. Paseó la mirada, revisando los rostros, con la esperanza de que Karuth ya hubiera despertado y hubiera bajado.

No estaba, pero llegó al cabo de media hora, cuando Tirand estaba acabando de desayunar. La vio y le hizo señas; estaba sentado solo, habiendo rechazado con educación a posibles compañeros. Ella se acercó a su mesa, se sentó y se echó para atrás su suelta cabellera pasándose por ella los dedos cansinamente.

-Me siento como si no hubiera comido nada en tres días -dijo-. ¿Qué tenemos? ¿Alguna cosa apetecible?

Tirand hizo que un criado trajera una bandeja, y Karuth escogió un cuenco de harina de avena endulzada, empanada de carne de caza y un trozo de pastel de frutas pasas. Tirand sirvió cerveza para ambos e intentó contener su impaciencia mientras su hermana comía. Le observó la cara y pensó que parecía agotada y un poco ojerosa aquella mañana, y sintió un atisbo de culpabilidad. Ella terminó por fin y apartó los platos lanzando un suspiro.

-No sé por qué, pero siempre me despierto muerta de hambre después de una actividad mágica -comentó-. La última vez me pasé todo el día siguiente yendo y viniendo de las cocinas picoteando cosas. Es una maravilla que no esté tan gorda como una vieja yegua en un campo de maíz.

Tirand se miró las manos entrelazadas.

-Los trabajos a solas siempre consumen más energía que un ritual ortodoxo del Círculo. No debería habértelo pedido. Lo siento.

-No, no -negó ella, mientras se limpiaba la boca con una servilleta; luego lo miró fijamente-. Después de lo que averigüé anoche, te estoy agradecida por haberlo hecho. Algo está pasando, Tirand, algo extraño. Y no me gusta.

Él arrugó el entrecejo.

-¿Qué ocurrió?

Karuth se lo contó, narrando el miedo del elemental y su negativa o incapacidad para responder a las preguntas a pesar de las amenazas que le hizo, y por último repitió el peculiar acertijo que le había dado.

-«El intrigante... y quien se sienta a los pies del intrigante» -repitió Tirand, confundido-. No se me ocurre qué puede querer decir.

-A mí tampoco. A menos que contenga una referencia directa a la chica.

-¿Quieres decir que ella fuera la intrigante? Parece poco probable. Es una niña de catorce años. O lo era.

-Lo sé; no parece un camino probable, ¿verdad?

Tirand iba a contestar, pero sus palabras se convirtieron en una exclamación de sorpresa cuando algo se apretó contra su pierna, debajo de la mesa. Miró y se encontró con la intensa mirada de ojos verdes de un gato blanco.

-¿Qué pasa? -preguntó Karuth.

-Nada -contestó riendo, pasado el susto momentáneo-. Es uno de nuestros felinos que busca un corazón compasivo y un plato lleno.

La expresión de Karuth cambió con rapidez.

-¿La gata blanca?

-Sí. ¿Por qué?

-Anoche vino a mi dormitorio con otro gato.

-Bueno -repuso Tirand, al advertir la súbita tensión de su voz-, ya sabes cómo son. Sienten cuando alguno de nosotros está trabajando y eso los atrae.

-Lo sé. Pero seguía allí cuando desperté, y desde entonces ha estado siguiéndome. Me mira, y siento que su mente me sondea, como si quisiera decirme algo. Y no hago más que pensar en algo que dijiste anoche -explicó, alzando la vista-. Sabemos que los gatos son más bien criaturas del Caos que del Orden; está en lo fundamental de su naturaleza. Anoche me comentaste que padre piensa que el Caos podría haber tenido algo que ver en lo ocurrido en la Residencia de la Matriarca.

-¿Quieres decir que quizá fue el Caos quien colocó un vínculo sobre el elemental? ¿Que quizá deberíamos buscar en esa dirección al «intrigante» del acertijo?

-No lo sé, Tirand. Pero es la única posibilidad distinta que se me ocurre por el momento.

Se estaban agarrando a un clavo ardiendo, pensó Tirand. Pero aun así...

-¿Le has contado esto a padre? -inquirió.

-No he tenido oportunidad. Por lo visto ha estado desayunando en su estudio con Lias Barnack, y desde luego no he considerado prudente ir a verlo allí.

-No, con el agudo sentido del oído de Lias cerca para escucharlo todo -se mostró de acuerdo Tirand-. Sin embargo, creo que deberíamos hablar con él, Karuth. Esto podría pesar bastante en la actitud del consejo respecto al Rito Superior.

Ella lanzó un suspiro.

-Me gustaría estar de acuerdo contigo, pero dudo que haya algo de valor en todo esto.

-De todos modos, vale la pena explorarlo. -Tirand se volvió y aguzó la vista para mirar por la ventana iluminada por el sol y calcular la hora-. Padre ya debe de haber terminado con Lias. Vayamos a buscarlo.

Se levantaron e hicieron ademán de irse. Cuando Karuth se alejaba del banco, la gata blanca saltó de pronto sobre la mesa. Su cola estaba tiesa y los bigotes le temblaban, mientras miraba a Karuth y lanzaba un maullido suplicante. Karuth le devolvió la mirada, intentando comprender qué quería comunicarle el animal, pero sin conseguirlo. Al final, con un movimiento nervioso y nada elegante, se ciño más su chal y siguió a Tirand que salía del comedor.

-Aeoris, señor de las horas del día; Yandros, señor de todas las horas de la oscuridad, oh, vosotros, los más grandes de entre los dioses, cuyas manos sobrenaturales colocan y mantienen las balanzas del Equilibrio: con verdadera y justa reverencia os rendimos pleitesía y adoramos y os damos gracias por vuestra justicia y vuestra luz. -Chiro Piadar Lin alzó las manos y los brazos, y las amplias mangas de su túnica ceremonial cayeron, perfiladas por el nacarado tono de las

Librodot

envolventes neblinas de la Sala de Mármol-. Por el poder y el deber que me han sido investidos en el nombre del Orden y en el nombre del Caos, cierro este círculo y pido a todos los siervos de los éteres superiores e inferiores que partan ahora hacia sus moradas. Aire y Fuego, Tierra y Agua, Tiempo y Espacio, Vida y Muerte: exijo que todos los que observan me obedezcan, puesto que soy el Orden y soy el Caos, y soy el avatar elegido de la obra y la palabra de los dioses en el mundo mortal. ¡Siervos, marchaos!

El Sumo Iniciado dio una palmada que sonó como el restallar de un látigo, y Tirand sintió una corriente de energía que parecía implosionar a través de la amplia sala, con la rígida figura de su padre en el núcleo. Las nieblas giraron, formando un centenar de columnas como torbellinos, las imágenes se deformaron y algo parecido a un tremendo suspiro inhumano resonó alrededor de él. Entonces, de repente, su visión se hizo clara, las neblinas se tranquilizaron, el suelo de mosaico recuperó sus proporciones ordinarias y Tirand se sintió de nuevo en el mundo real, con las palmas de las manos húmedas en el momento de soltar a los adeptos que tenía a cada lado y dejar caer los brazos.

Durante un minuto quizá, reinó el silencio. Se intercambiaron miradas, pero, tal y como exigía un Rito Superior, nadie debía hablar hasta que todo el grupo hubiera salido de la estancia y alcanzara los dominios esotéricos de la biblioteca, más allá del pasadizo resplandeciente. Tirand vio a Karuth en el otro extremo del círculo, entre dos de los adeptos más ancianos. Estaba frotándose los antebrazos como si le dolieran; ansió que ella mirara en su dirección para poder juzgar sus pensamientos, pero Karuth tenía la vista clavada en el suelo. Cuando Chiro se volvió, los adeptos se colocaron en dos filas, flanqueándolo. El Sumo Iniciado ni siquiera miró a nadie, sino que se dirigió con prisa por el pasillo que todos formaban en dirección a la puerta de plata. Antes de seguirlo, Tirand lanzó una última mirada a las siete enormes estatuas que asomaban en la neblina. Sabía que eran imaginaciones suyas, pero le pareció que el rostro de Aeoris tenía una expresión un poco más severa de lo normal, y que la sonrisa de Yandros era un poco más cínica.

Karuth, al pasar, le rozó el brazo con los dedos y Tirand se dio cuenta de que quienes estaban detrás de él esperaban para salir. Apresuradamente, Tirand apartó la vista de las estatuas y echó a andar detrás de sus iguales.

La biblioteca estaba vacía e iluminada por una única vela, lo suficiente para que la sala pasara de la oscuridad completa a las sombras polvorientas, pero poco más. Los adeptos se reunieron ante Chiro. Aunque ya no regía la ley de silencio, parecía que ninguno quería romperlo, y por fin fue el Sumo Iniciado quien habló.

-Amigos míos -su voz era sombría, y la luz de la vela se reflejaba en las gotas se sudor que le perlaban la frente-, tan sólo puedo confirmar lo que ya habéis visto. Los dioses no nos han concedido ninguna señal esta noche. Puede que nos llegue algún mensaje más tarde, quizá críptico, pero no me siento optimista, puesto que no sentí ninguna presencia divina en el Salón de Mármol. A pesar mío, debo sugerir que Aeoris y Yandros no han querido atender nuestra súplica, y por lo tanto

debo concluir que el asunto escapa a su atención o bien que, por razones que no podemos plantearnos, han estimado que debemos solucionar el enigma nosotros solos. Sea lo que sea, el Círculo no puede hacer nada más. Os doy a todos las gracias y os deseo un buen sueño.

Hubo asentimientos y murmullos, pero nadie dijo nada. Al volverse para ser el primero en salir de la biblioteca, Chiro cruzó brevemente una mirada con Tirand, y un movimiento casi imperceptible de sus ojos indicó a su hijo que quería hablar con él en privado. La pequeña procesión subió la escalera y salió al helado anochecer; el grupo se separó deseándose las buenas noches sin hablar, y cada adepto siguió su camino.

Tirand se quedó atrás, esperando a Karuth. El patio estaba tan desierto como lo había estado la biblioteca, aunque la oscuridad se veía aliviada por el brillo de las luces en las muchas ventanas del Castillo. El aire olía a helada, por debajo del omnipresente aroma a sal, y la profunda e inquieta voz del mar parecía cercana y clara, de manera casi sobrenatural. Sus pasos resonaron con fuerza cuando Tirand cogió del brazo a su hermana y juntos se encaminaron hacia la puerta principal.

-Padre quiere hablar con nosotros en privado -le dijo Tirand en voz baja.

-Lo sé, vi su gesto. -La mirada de Karuth se posó un instante en la silueta de Chiro, que andaba delante de ellos-. Será mejor esperar a que los demás se hayan dispersado, entonces iremos a su estudio. -Hizo una pausa y luego continuó-. De manera que los dioses han guardado silencio.

-Sí. Y creo que eso lo ha afectado. Era un poderoso ritual y debe haber sido advertido en los reinos superiores, si es que todas nuestras creencias y dogmas no son una broma. Pero no hubo nada, ni siquiera un susurro de poder, aparte del nivel de los guardianes elementales. No lo comprendo, Karuth.

Karuth iba a responder, pero se interrumpió y se puso tensa.

-Mira.

Se había parado de repente, y señaló la primera de las columnas que flanqueaban el muro. Tirand pudo ver un movimiento en la penumbra, algo pequeño y claro que rápidamente desaparecía de la vista.

-Era ese gato otra vez -dijo Karuth en voz baja-. Debe de haber estado esperando en la puerta exterior mientras se realizaba el Rito. Tirand, sabe algo, ¡estoy segura!

Incluso el escepticismo inicial de Tirand acerca del extraño comportamiento del gato comenzaba a ceder. Desde hacía tres días, seguía a Karuth allá donde fuese, observando, escuchando, sondeando. Karuth había intentado sacar algún sentido de las inciertas señales que sentía emanar de su mente, pero sus esfuerzos no habían dado ningún resultado. No poseía capacidad especial para la telepatía y, además, incluso el ser humano más dotado psíquicamente poco podría sacar del extraño territorio que constituía la conciencia de un gato.

Tirand le apretó el brazo con fuerza.

-Déjalo estar -le aconsejó-. De nada sirve darle vueltas a algo que no puede ser resuelto.

Un poco a regañadientes, Karuth apartó la mirada del lugar donde

Librodot

el gato había estado sentado, y subieron juntos los escalones hasta la puerta principal. Al llegar arriba, ella miró por encima del hombro. Pero el patio estaba desierto.

Chiro los esperaba en su estudio, y lo que tenía que decirles era breve, sin preámbulos.

-Es cuestión de pura lógica -les dijo-. Los dioses no han estimado conveniente el darnos información o ayuda, y no somos nosotros quienes debamos cuestionar su sabiduría. Voy a poner fin a todas las investigaciones. -Miró a ambos y su expresión era desolada-. Hemos intentado solucionar el misterio y hemos fracasado. No podemos hacer nada más, y esta tragedia ya ha sembrado demasiadas inquietudes. La gente busca seguridad en el Círculo, y, ante la ausencia de guía por parte de los reinos superiores, nuestro primer deber es calmar la intranquilidad y alejar los temores infundados.

-¿Infundados? -se extrañó Karuth. Chiro la miró con preocupación.

-Sé lo que piensas, hija mía, y claro que tienes razón. No podemos garantizar nada. Pero, por otra parte, no conseguiremos nada permitiendo que los rumores den lugar a nuevos rumores sin propósito. -Se volvió hacia su hijo-. Tú me comprendes, ¿verdad, Tirand?

Tirand asintió.

-Sí padre, y estoy de acuerdo -declaró, haciendo caso omiso de la mirada que le dirigió Karuth-. La gente quiere mirar hacia adelante, no hacia atrás. Hay muchas cosas prácticas que hacer, después de esta tragedia, y opino que debemos centrar nuestros pensamientos en esas cosas en lugar de darle vueltas a algo que ya no tiene remedio.

-Exacto.

-Pero, padre -protestó Karuth-, ¿qué hay de Ygorla Morys?

El Sumo Iniciado del Círculo movió tristemente la cabeza.

-Está muerta, Karuth. Debe de estarlo. -La miró con expresión sincera y apenada-. Olvídala, querida. Ninguno de nosotros puede ya hacer nada por ella, y las conjeturas insanas sólo traerán daño. Apénate por ella y por la Matriarca, pero no le des más vueltas a su destino ni intentes descifrar un enigma insoluble. No tiene sentido.

Más tarde, a solas en la cama, Karuth meditó sobre las palabras de Chiro. No era fácil acallar sus sentimientos acerca del misterio o resignarse a abandonar sus investigaciones. Había caminos que todavía no había explorado, e, incluso si algunos de ellos implicaban demasiados riesgos, no le gustaba la idea de que ahora debían permanecer cerrados para ella. Pero ¿cómo ir contra el mandato? Chiro no sólo era su padre sino también Sumo Iniciado del Círculo, al que ella estaba ligada como adepta; por lo tanto, estaba doblemente obligada a obedecer. Pero se rebelaba ante el hecho de dejar estar aquel asunto.

La raíz de su dilema, Karuth lo sabía, era una convicción absurda pero tenaz de que Ygorla Morys no había muerto. Lo que eso implicaba no podía saberlo, pero la ambigüedad en la afirmación del elemental, *ha desaparecido,* era una preocupación que le arañaba la mente con pequeñas garras afiladas. ¿No estaría la criatura refiriéndose a algo que no se atrevía a decir abiertamente? *Ha desaparecido.* No muerta: *desaparecida.* No tenían por qué ser necesariamente la misma cosa. Y luego estaba el críptico acertijo que le había dado y que, estaba segura, tenía más importancia para el destino de la chica desaparecida de lo

que ella o cualquiera pudieran imaginar. Pero las pistas eran demasiado escasas; necesitaba más información si quería descifrar el misterio. Antes del Rito Superior y del posterior juicio de su padre, había pensado en hablar con la hermana Fiora y con la hermana Corelm, para averiguar todo lo posible acerca del carácter y el historial de Ygorla. Eso estaba ahora fuera de lugar; mañana partirían y ella no podía desafiar abiertamente la orden de Chiro, ni se atrevía a hacerlo. Si iba a hacer algo, tendría que hacerlo en secreto y sin que la ayudara nadie.

Pero ¿qué podía hacer? Karuth se volvió y apretó su almohada, sintiéndose inquieta y desgraciada. Había rituales y conjuros que iban mucho más allá del pequeño sortilegio que había realizado tres noches atrás, y seres superiores a los elementales que podrían acercarla más a las respuestas que buscaba, pero no sabía si tenía el valor para adentrarse en aquellos dominios sola. Si llegara a sobreestimar su capacidad y su fuerza, podría verse enfrentada a algo demasiado mortífero para tenerlo a raya. Lo mejor -al menos por el momento- sería concentrar sus esfuerzos en la medida de lo posible en los planos más cotidianos.

Soltó un largo suspiro y cerró los ojos, intentando relajar el cuerpo. Sin que lo pidiera, se formó en su mente una imagen de la estatua central del Salón de Mármol y volvió a ver los rostros de los dioses principales, Aeoris y Yandros. Los ojos de ídolo de Yandros parecían observarla, enfatizando el malévolo humor de su sonrisa, y Karuth suspiró de nuevo.

Ah, ser supremo, ¿me encuentras divertida? -pensó-. *Quizá yo debería participar del chiste y reírme de mí misma y de mis estúpidas preocupaciones. Esta noche te has burlado de todos nosotros con tu silencio, Yandros. ¿Tan poca importancia tenemos que no merecemos un poco de seguridad? ¿O me engaño a mí misma al pensar que te tomas la molestia de observarnos y que sabes lo que hacemos?*

La imagen persistía; como había esperado, no recibió respuesta alguna. Pero el rostro esculpido del gran señor del Caos pareció adquirir por un instante un aspecto más humano, contrastando de repente con fuerza con la pétrea indiferencia de Aeoris, y su sonrisa había desaparecido. Karuth se sobresaltó, y el latido de su corazón se interrumpió dolorosamente por un instante. Entonces una sombra pasó ante sus párpados cerrados como si una mano se hubiera movido ante su rostro. Creyó sentir un mínimo movimiento de aire desplazado, pero, antes de que pudiera preguntarse qué era, o mirar su origen, las tinieblas le envolvieron la mente y su conciencia se hundió en un profundo sueño.

Afuera, en un estrecho saliente que formaba parte de su misterioso e inaccesible mundo nocturno, una pequeña silueta fantasmal parpadeó con brillantes ojos y, desviando su atención de la ventana de Karuth, miró más allá del patio y más allá de los negros muros, al lugar donde flotaban las dos lunas, bajas en un cielo salpicado de estrellas. La gélida luz se reflejó en los iris de sus ojos, y por un momento la gata pareció mirar más allá del firmamento a otra dimensión, antes de retorcer la cola, ponerse en pie y deslizarse con la seguridad de los de su especie por los atajos de su refugio en los tejados.

El instinto le advirtió a Yandros que su hermano se acercaba, y su

Librodot

forma y cuanto lo rodeaba cambiaron violentamente antes de que unos ojos rasgados, que brillaban con todos los colores del espectro visual, se volvieran a mirar el arco de fuego que tenían detrás.

Durante un instante, Tarod fue una silueta que arrojaba cinco sombras que se movían por las paredes traslúcidas como si tuvieran vida propia. Luego su alta figura emergió de las llamas y sonrió a modo de saludo, antes de volverse para introducir a su acompañante, que adquirió la forma de una mujer joven, pequeña y delgada, con una resplandeciente cabellera blanca y enormes y desconcertantes ojos de color ámbar. Al verla, Yandros se alzó e hizo una reverencia con puntillosa cortesía; ella le devolvió la reverencia, inclinando la cabeza con solemnidad.

Tarod cruzó el cambiante suelo y miró por una ventana que daba a un paisaje aturdidor.

-El Círculo parece muy agitado con el asunto de Chaun Meridional -comentó.

-Sí. -Yandros dio forma a un dulce y lo masticó pensativo. La comida era una irrelevancia en el dominio del Caos, pero a Yandros lo divertía imitar las costumbres humanas de vez en cuando.

-¿Por qué decidiste no responder, Yandros?

Yandros examinó el paisaje al otro lado de la ventana durante un instante; después hizo un pequeño gesto con una mano. La escena cambió y descendió ondulándose suavemente hasta el horizonte, bajo la luz de tres estrellas azules e iridiscentes.

-Tenía mis dudas sobre si responder o no -dijo por fin-. He de confesar que hay algo en ese misterio que me interesa. Pero el Círculo es tan poco sutil y tan poco imaginativo en su proceder... Inmediatamente nos buscan para que les demos ayuda y consejo, sin pararse por un momento a considerar si podrían resolver el enigma por sí mismos. Es un rasgo que me aburre, y que es una burla al orgullo que profesan por su libertad.

Tarod sonrió.

-¿Y el hecho de que el Sumo Iniciado también invocara a Aeoris y su anémica parentela también añadió su nota amarga?

-Yo no lo diría con tanta contundencia -repuso Yandros, enarcando una ceja en un gesto irónico-. Pero, si el Sumo Iniciado quiere ser tan rígidamente imparcial, entonces, por una vez, me inclino a permanecer sentado y dejar que Aeoris tenga el placer de ayudarlo.

-Si es que puede -observó Tarod-. Personalmente, dudo que los señores del Orden sepan más acerca de este misterio que nosotros. Es un interesante rompecabezas, Yandros. Si la niña poseía poderes innatos, ¿de dónde procedían?

Yandros se encogió de hombros.

-No de Aeoris, de eso puedes estar seguro. Y de nosotros tampoco. Imagino que fue la influencia de algún elemental travieso o de cualquier otro ser inferior. -Sonrió astutamente-. Si era tan lanzada como algunas de las chicas que se crían en las provincias, no me sorprendería lo más mínimo que hubiera caído en las garras de un íncubo o algo parecido. Ha pasado otras veces, cuando criaturas curiosas han intentado experimentar con cosas que no comprenden, y sólo es necesario un falso movimiento para que sus «juguetes» se vuelvan en su contra o en

contra de cualquiera que se encuentre en ese instante en su camino. Pero francamente, hermano, ni lo sé ni me importa. Sea cual sea la verdad en ese tema, no es asunto nuestro. Si los mortales desean la libertad que les hemos otorgado para resolver sus asuntos, entonces, siempre y cuando esos asuntos no nos afecten, pueden hacer frente a sus problemas de la manera que quieran. Que el Círculo saque las conclusiones que le sean más satisfactorias, y ya está. No cabe duda de que la chica ha muerto, y, una vez que Chiro Piadar Lin y sus amigos comiencen a pelearse sobre quién debería suceder a la Matriarca, olvidarán a la chica enseguida.

Tarod sonrió levemente al notar el rencor en su voz.

-El Sumo Iniciado está resultando ser una pequeña decepción, ¿verdad?

-Desde luego, no es de la misma madera que Keridil Toln. Incluso cuando ya era anciano, he de confesar que sentía cierto respeto por Keridil, que al menos tenía unos principios firmes y se negaba a comprometerlos. Podría haber sido un estúpido, pero desde luego no era un hipócrita. Chiro es un caso totalmente distinto. Sabemos perfectamente hacia dónde va su verdadera lealtad, pero insiste en mantener la fachada de ofrecer la misma reverencia a nosotros que al Orden, mientras que los principios personales quedan en un segundo término. Encuentro ese pragmatismo despreciablemente débil; preferiría mucho más un adversario declarado como Keridil en vez de un hombre que nos rinde pleitesía de palabra sólo por mantener su seguridad.

-Al menos, su estancia en el cargo debería ser relativamente tranquila -dijo Tarod-. A no ser que se produzcan otros incidentes como éste, dudo que el Círculo nos moleste sin necesidad durante los próximos diez o veinte años.

La mujer de ojos ambarinos, que hasta aquel momento había escuchado la conversación sin hacer comentarios, dijo de repente:

-No estoy tan segura de que eso sea cierto.

Yandros se volvió y la miró intrigado.

-Cyllan, me sorprendes. -Su mirada se hizo más intensa-. ¿Qué te hace estar insegura?

Un arco iris de luz se reflejó en los cabellos de la mujer cuando ésta movió la cabeza.

-No lo sé, mi señor, sin embargo intuyo que hay algo que no va del todo bien en el reino de los mortales, aunque los signos no se hayan manifestado todavía. -Miró a Tarod; luego sostuvo la mirada de Yandros y se atrevió a sonreír-. Quizá sea un resurgir de las viejas intuiciones humanas.

Yandros también sonrió.

-Claro, últimamente tiendo a olvidar que hubo un tiempo en que fuiste mortal -repuso-. ¿Qué opinas, Tarod? ¿Tiene razón Cyllan al estar preocupada?

Tarod pasó un brazo por los hombros de Cyllan.

-Vale la pena tener en cuenta lo que dice. En asuntos humanos, su intuición puede ser mejor guía que nuestro conocimiento; y hace ya mucho tiempo que aprendí a no subestimar el carácter taimado de algunos mortales. Pero, con toda franqueza, no creo que debamos preocuparnos demasiado. Si hay algo más en todo este asunto de

Chaun Meridional, lo sabremos a su debido tiempo. Sugiero sencillamente que mantengamos una vigilancia normal ante lo que vaya ocurriendo en esa provincia.

Yandros asintió.

-Creo que tienes razón. Bien, entonces dejaremos que el Círculo se las apañe solo, pero no descuidaremos totalmente nuestros intereses en Chaun Meridional. -Volvió a mirar a la ventana. Nubes tormentosas se reunían, moviéndose a una velocidad antinatural, borrando los tres soles azules-. Al menos será divertido.

CAPITULO 10

La despreocupada predicción de Tarod acerca del mandato como Sumo Iniciado por parte de Chiro Piadar Lin resultó ser bastante cierta. La investigación del Círculo sobre los horripilantes sucesos ocurridos en la Residencia de la Matriarca fue interrumpida y, aunque algunas miembros de la Hermandad no se mostraron contentas con aquel brusco carpetazo, no tenían ni la confianza ni la convicción para discutir el decreto de Chiro, más cuando Blis Alacar hizo saber que se mostraba de acuerdo con el punto de vista del Sumo Iniciado.

La sucesora de Ria en el cargo de Matriarca fue Shaill Falada, una superiora popular y respetada, procedente de la provincia de Wishet. Tras un rostro rubicundo y unos modales muy normales, se escondía una mujer muy sabia, y, una vez terminada la pompa y ceremonia de su nombramiento, se puso a gobernar su orden femenina con tranquila eficacia. Se erigió un pequeño monumento a Ria en el jardín de la Residencia de la Matriarca, pero Ygorla, aunque se le guardó el luto que exigía el protocolo, pronto fue olvidada, y las preocupaciones cotidianas más importantes volvieron a ocupar el lugar de precedencia de siempre.

En el invierno del tercer año después de la muerte de Ria, los pescadores de las provincias de Shu y de la Perspectiva regresaron a sus puertos con historias de tormentas de una intensidad fuera de lo corriente y muy localizadas en la Bahía de las Ilusiones. Una embarcación había sido arrastrada contra las rocas en el estrecho de la Isla de Verano, se había hundido y habían perecido tres marinos; cinco días más tarde, un barco de pesca más grande se encontró con una galerna inesperada en la misma zona y se vio obligado a arribar a la misma Isla de Verano, a la que llegó con las velas hechas jirones y la bodega inundada. Rara vez pasaban siete días seguidos sin que se irguieran los conos de tormenta en los muelles de Shu-Nhadek, y, cuando fracasaron las plegarias y los rituales para atraer un tiempo más tranquilo, muchas tripulaciones de las flotas más pequeñas o de embarcaciones individuales se resignaron con filosofía a permanecer anclados hasta que terminara aquella peculiar temporada.

Pero, como siempre, había gentes más valerosas -o, según los cínicos, más temerarias- que se negaban a doblegarse ante los elementos. Con la mitad de las naves de la provincia amarradas en los puertos, el pescado fresco escaseaba y subía de precio, lo cual era tentación suficiente para un pobre o para un oportunista. Fue así que, cuando el *Chica Sonriente* zarpó de Shu-Nhadek en un brillante amanecer, sus tripulantes desplegaron las velas con gran expectación, orgullosos de su empresa y del valor que prevalecía allí donde otros habían abandonado.

Había mar gruesa, incluso agitada en algunas zonas, pero el cielo estaba despejado y el viento era fresco, de manera que pronto el *Chica Sonriente* se alejó en dirección este, siguiendo una ruta que lo apartaba lentamente de la costa de Shu, y lo llevaba a los ricos bancos de pesca que se encontraban al sur de la Isla de Verano. A media mañana se avistaron los escarpados acantilados de la otra tierra de la bahía, la Isla

Librodot

Blanca, alzándose a estribor, coronados por el cono truncado del volcán extinto, y el patrón se paró un instante junto al timón para preguntarse, como hacía a menudo, qué podría verse en aquel antiguo peñasco desierto. De niño, había oído historias sobre el lugar, contadas por aquellos que habían ido en uno de los barcos de peregrinos para regresar con asombradas descripciones de las enormes escalinatas y las cuevas laberínticas excavadas en la roca; pero, aunque el patrón se había prometido que un día satisfaría la curiosidad y visitaría la isla, nunca lo había hecho. Ahora ya no zarpaban los barcos de peregrinos, puesto que la isla no despertaba suficiente interés como para sacarle provecho, y ningún marino en plenas facultades intentaría pasar con una embarcación pequeña alrededor de las rocas con sus traicioneras mareas. El patrón se encogió de hombros, olvidó la isla y sus fantasías de juventud, y prestó su atención a asuntos más prácticos.

El aviso llegó minutos después, del vigía colocado en la proa para advertir de la presencia de bajíos, y cuando el patrón oyó el grito de *¡Tormenta!* la sangre pareció pararse en sus venas. A ello siguió la ira, una reacción terrible, instintiva. El cielo estaba despejado como en un día de verano, y no se veía ni una nube en el horizonte; ¡no podía haber una tormenta!

Entonces miró de nuevo a través del ojo de buey de la cabina del timón, en dirección a estribor, y vio las enormes masas de nubes con forma de yunque que se elevaban más allá de la Isla Blanca.

Intentó soltar un juramento, pero se le quedó en la garganta cuando vio la masa que se movía. ¡Era imposible! No podía salir de un cielo despejado, como por ensalmo...

La primera ventada cogió al *Chica Sonriente* por el costado, y el patrón se tambaleó cuando el puente se movió bajo sus pies. Se alzó una ola cruzada que golpeó con fuerza el costado del barco y lo hizo balancearse salvajemente; el patrón recuperó sus sentidos con rapidez y gritó a los tripulantes que recogieran velas, al tiempo que comenzaba a girar el timón, intentando poner la embarcación de proa al viento. Pero, de repente, el *Chica Sonriente* no respondió. Más olas siguieron a la primera, golpeando el casco, y, en lo que parecieron ser sólo unos segundos, el viento se convirtió en galerna. El sol desapareció tragado por la masa de nubes que crecía y una enorme ala de sombras barrió el mar procedente de la isla, convirtiendo la superficie del agua en algo aceitoso, de tenebroso color oscuro. La lluvia y el granizo cayeron sobre el barco, mientras las olas subían y bajaban, empujándolo como un corcho. Se oyeron gritos de terror procedentes de proa, y el ruido brusco de un barril de agua al soltarse y caer por la borda; luego, por encima del aullido del viento, se oyó un crujido profundo, ominoso, cuando la vela mayor comenzó a golpear como un ala monstruosa. La botavara, fuera de control, giró en un arco como de guadaña, se estrelló contra la cabina del timón, y derribó al patrón sobre el puente.

El tumulto se adueñó de todo cuando el miedo se convirtió en pánico a ciegas. El patrón, aferrado a la borda sin poder hacer nada mientras una enorme ola intentaba arrastrarlo al mar, vio formas borrosas que se agitaban pasando vacilantes a su lado, oyó gritos de terror y un letal sonido de desgarro cuando la vela, venciendo todos los esfuerzos por plegarla, se soltó y se perdió en la tormenta. La proa de la

Librodot

embarcación bajaba y subía; estaba dando un giro completo y la botavara retrocedió y en su camino cogió a dos hombres y los lanzó por la borda como si fueran muñecos desmadejados. En algún lugar profundo de su torturada mente, el patrón todavía intentaba protestar ante la imposibilidad del terrible ataque, pero no había tiempo para la razón ni oportunidad para asimilar el horror de lo que les estaba sucediendo. Encabritado como un caballo enloquecido, el *Chica Sonriente* se hundió de nuevo entre dos olas y cuando volvió a alzarse, con el agua resbalando del puente, el patrón vio una enorme muralla que surgía del caos que tenía ante sí. *La isla;* intentó dar un grito de alarma, pero un remolino de granizo le golpeó la cara y transformó el grito en un aullido de dolor y asombro. *¡Rocas!* -gritó su cerebro-, *¡los arrecifes!,* pero nadie podía escucharlo ni detener la loca y precipitada carrera del barco hacia su destrucción.

El *Chica Sonriente* golpeó el primero de los arrecifes sumergidos, con una sacudida desgarradora que hizo que al patrón le rechinaran los dientes. El barco giró violentamente noventa grados mientras los arrecifes abrían longitudinalmente la mitad de su casco, y el profundo y terrible rugido del agua entrando en las bodegas resonó a través de las planchas del puente. Alguien comenzó a gritar *¡Abandonad el barco!,* pero el patrón nunca supo si alguien oyó y obedeció aquel grito. Vio la botavara abalanzarse sobre él de nuevo y abrió los brazos en el momento en que el palo y una catarata de agua cayeron simultáneamente; después se vio volando. Le pareció que lo hacía lenta, muy lentamente, a través del aire huracanado, mientras el mar salía a su encuentro. Sus oídos se vieron llenos de un rugido y...

Recobró el sentido, tendido boca abajo en un saliente que quedaba fuera del alcance del mar. Una mano, agarrotada, sujetaba un trozo de madera astillado y la lluvia caía sobre su desprotegida espalda. El furor de la tormenta había cesado; ahora sólo había el rugir interminable de un mar allanado y domado por la copiosa lluvia y los riscos de la Isla Blanca que se alzaban vertiginosos, recortados contra un cielo gris.

No recordaba cómo había llegado a la orilla. No recordaba nada desde que la gran ola había arrancado la botavara de su punto de sujeción y se la había llevado por la borda, y a él con ella. Cuando volvió a tener un atisbo de raciocinio, pensó que debía de haberse agarrado instintivamente al palo y que milagrosamente habría sido arrastrado a través de los arrecifes hasta el pie resguardado de la isla, donde de alguna manera había sacado fuerzas para salir del agua antes de desmayarse. En cuanto a los demás...

No quería mirar, pero la compulsión a hacerlo era demasiado fuerte para resistirse. A través de la cortina de lluvia vio entre los arrecifes que sobresalían el mástil roto y fragmentos de madera, que eran todo lo que quedaba del *Chica Sonriente.* Cerca del límite de los arrecifes había unos cuantos restos flotantes; más allá, creyó ver algo de mayor tamaño que flotaba, pero volvió rápidamente la cabeza, negándose a reconocer qué era. A lo largo del saliente donde se encontraba, que se extendía siguiendo la curva de la isla, nada más se movía o interrumpía la simetría de las rocas. Estaba solo.

El patrón comenzó a temblar sin control, y pasó un buen rato hasta que pudo someter aquella reacción. Sin saber la posición del sol,

Librodot

no podía averiguar qué hora era, ni tampoco podía juzgar si la marea estaba subiendo o bajando. No tenía equipo de supervivencia, ni bengalas, ni cuerda, ni siquiera un trago de agua fresca, menos aún comida, y las probabilidades de que otro bajel se acercara a una distancia desde la que pudieran verlo eran tales que ningún jugador cuerdo las aceptaría. Si se quedaba donde estaba, moriría. Debía intentar alcanzar el interior de la isla.

Cuando se esforzó para ponerse a gatas, descubrió que, a pesar de tener el cuerpo magullado, lleno de cortes y contusiones, parecía no tener ningún hueso roto. El patrón cerró los ojos y dio fervorosas gracias a los dioses y luego añadió una oración para que, habiéndolo llevado hasta allí, siguieran apiadándose de él un poco más. Si fuera capaz de alcanzar algún punto alto en la isla y encontrar los medios para hacer fuego, entonces probablemente, sólo probablemente, el humo no tardaría demasiado en ser visto y un barco se acercaría a investigar. No quería morir. No allí, de aquella manera, solo, sin nadie que guardara luto por él, y asustado.

Con dolorosa lentitud comenzó a arrastrarse por el saliente, sin saber apenas qué esperaba encontrar, pero examinando con desesperación la imponente pared. Al fin llegó a lo que parecía ser una grieta en la cara del acantilado, donde las rocas se habían partido y separado, formando una empinada senda que ascendía. Durante bastante rato, lo único que fue capaz de hacer fue permanecer sentado y contemplar la grieta, preguntándose qué haría si después de la penosa ascensión se encontraba en un callejón sin salida. Pero la cuestión por el momento carecía de importancia. No tenía más remedio que intentarlo, por lo que por fin metió su cuerpo en la fisura y, ayudándose con las manos, comenzó a trepar por la senda con una determinación intensa, casi hipnótica, hacia lo que fervientemente deseaba que fuera su refugio.

En otra parte de la isla, unos ojos increíblemente azules miraban un pequeño espejo y observaban con intensa fascinación los avances del afligido marino.

Al cabo, juzgando que el hombre que se arrastraba alcanzaría el final de la senda en cuestión de minutos, unas manos pequeñas y blancas dejaron el espejo, y la única habitante de la Isla Blanca se levantó de su diván.

A los catorce años, Ygorla había sido bonita; a los diecisiete los últimos rasgos infantiles se desvanecían para revelar a una joven de extraordinaria belleza. Su piel era perfecta; su cabellera, como una rica cascada negra que enmarcaba un delicado rostro en forma de corazón. Y, si tres años de soledad en aquel paraje desolado podrían haber llevado a un mortal común al borde de la locura, Ygorla había prosperado y alcanzado la plenitud. Su padre había cumplido la promesa: tenía cuanto lujo pudiera desear; y, además de adornos materiales, poseía también un talento secreto y pujante que, al cabo de sólo tres años de estudio y práctica, ya había superado con creces los más fantasiosos sueños de su niñez. Su adiestramiento no había terminado todavía, ni mucho menos; pero ya podía decir de sí misma, con confianza, que era una hechicera. Y, aunque sus capacidades eran pequeñas comparadas con las metas que había fijado su padre

demonio, habrían sorprendido a los adeptos superiores del Círculo si el Círculo hubiera sabido que seguía viva.

Pero lo único que no había tenido en todo aquel tiempo era contacto humano. Para ser sinceros, no había echado de menos la sociedad humana; las visitas de Narid-na-Gost eran frecuentes y, además, en Chaun Meridional había encontrado la compañía de otras personas más irritante que placentera. Pero aquellos nuevos acontecimientos la intrigaban. No había esperado que alguien sobreviviera al naufragio del barco, y el hecho de que el pescador siguiera aferrándose con tenacidad a lo que le quedaba de vida había despertado su curiosidad.

Miró a su alrededor y cogió una capa de pieles negras que días antes había dejado allí con descuido. Su refugio era una de las muchas cuevas del interior de la Isla Blanca, pero su burda naturaleza quedaba oculta por los opulentos adornos que su padre -y recientemente ella misma- había creado. Ygorla se echó la capa sobre los hombros y se detuvo unos instantes a contemplar la cámara. Necesitaría más espacio. Otra caverna, quizás una parecida a la pequeña antecámara que conectaba con ésta por medio de un corto túnel, y donde realizaba sus experimentos y estudios más privados. Al volver pensaría en ello con más atención. Pero primero debía atender a su más apremiante preocupación.

Con un roce de sedas se alejó por el túnel que llevaba a la ladera exterior del cráter y a un pórtico sin adornos, con cuatro columnas erosionadas por el paso de los siglos. Justo encima del dintel era posible percibir un dibujo grabado: un ojo abierto con un relámpago que surgía de la pupila, el antiguo símbolo de Aeoris del Orden. Décadas atrás, cuando la isla era un lugar sagrado y tabú, el bajorrelieve había estado recubierto de pan de oro; pero los restos que los peregrinos poco escrupulosos no habían robado, hacía tiempo que se habían desprendido y desaparecido. Ygorla sonrió al ver el bajorrelieve y refrenó un impulso infantil de sacarle la lengua; luego salió del pórtico al aire libre.

La lluvia seguía cayendo con intensidad, pero ni una gota la tocó mientras contemplaba lo que había llegado a considerar su dominio. Desde el pórtico, que en otros tiempos había sido la entrada ceremonial al cráter, descendía una gigantesca escalinata por la ladera del volcán. Según la leyenda, aquella escalinata había sido creada por Aeoris en los tiempos anteriores a la historia escrita, y los peldaños estaban tallados a una escala inhumana como para acoger los pies de un gigante. La vista quitaba el aliento. Muy, muy lejos era posible distinguir la estrecha ensenada del único puerto de la isla, poco más que una fisura en medio de los altos acantilados y que llevaba décadas sin ser utilizada, y más allá la vasta extensión gris del océano meridional llegaba a fundirse con el horizonte. En un día despejado podía ver a veces la silueta de la Isla de Verano, resplandeciente en la distancia, pero hoy sólo se veían el mar, las nubes y la lluvia.

Ygorla se detuvo un instante y examinó la escalinata y la red de entradas a las cavernas que aparecían como pústulas oscuras en las paredes de roca.

Después comenzó a bajar, saltando de peldaño en peldaño como

Librodot

una gacela, deteniéndose de vez en cuando para ladear la cabeza como si intentara escuchar algo. Por fin encontró el mirador adecuado, cerca de la boca de una de las cavernas más amplias, y allí se detuvo. La lluvia seguía cayendo a su alrededor, pero ella, a quien no mojaba, no le hacía caso. Sonriendo como si aquello fuera una broma particular, se sentó a esperar en la escalinata.

Durante su lenta y penosa ascensión, el pescador no había dejado de rezar ni un instante para que sus esfuerzos no resultaran en vano, y, cuando vio la boca del túnel ante sí, la impresión de alivio fue tan grande que su corazón casi se paró. Por un instante perdió el control de los músculos y su cuerpo se derrumbó sin nervio mientras intentaba calmar su respiración estertorosa y recuperar algo de energía. Al fin, musitando incoherentes gracias a los poderes que lo habían salvado, se adentró en el túnel.

La lluvia dejó de golpearlo, y sintió polvo seco bajo las crispadas manos. El túnel se volvía llano casi enseguida y, cuando miró en la penumbra, creyó atisbar un débil resplandor a lo lejos. Se frotó los ojos para apartar la mezcla de lluvia y lágrimas y, luchando contra el impulso de echarse al suelo y sencillamente dormir, siguió adelante.

Durante un rato no se oyó nada más que el sonido apagado de sus lentos pasos. Su mente estaba demasiado aturdida incluso para calcular la distancia que había recorrido, y, siempre que miraba hacia adelante, el resplandor de lejana luz no parecía más brillante. Perseveró, consciente de que no podía volver atrás, intentando no perder el ánimo... y entonces, de repente, se detuvo.

¿Eran imaginaciones suyas o había oído un débil y extraño sonido, imponiéndose por un momento al apagado ruido de sus pies y manos? Su pulso se aceleró y se hizo irregular y miró en torno a sí. No había nada que ver; tan sólo el túnel, ahora más amplio y más alto, pero sin nada que destacar. Debía de haber sido un eco, quizá de algún hueco más allá de la pared. Hizo ademán de seguir avanzando...

Y soltó un gritó cuando una violenta ráfaga de viento llegó por el túnel, lo alcanzó por la espalda y lo derribó al suelo.

Los ecos de su grito se alejaron por el túnel, tras la ráfaga de viento, y al irse desvaneciendo escuchó -o creyó escuchar- una risita a sus espaldas.

Permaneció en una especie de limbo terrible durante lo que le pareció una eternidad, atrapado entre el terror a mirar a sus espaldas y el horror equiparable de no saber qué podía haber allí. Al fin, al no oír más sonidos, se obligó a volver la cabeza.

Al principio creyó que el túnel estaba desierto, pero, cuando soltó el aire retenido y se preparaba para reanudar su lenta marcha, una sombra se movió en la pared. Entonces los ojos del patrón se movieron en sus cuencas cuando la sombra se convirtió en algo más sólido y vio lo que avanzaba por el túnel hacia él.

Su grito fue ensordecedor, penetró en sus propios oídos y convirtió el miedo en pánico. Levantándose -el túnel era suficientemente alto para permitirle ponerse en pie, aunque manteniendo la espalda bastante encorvada- comenzó a correr en zigzag por el túnel, chocando, tropezando, rebotando contra las paredes, dando traspiés. Escuchaba a sus espaldas el suave sonido de unas patas, trotando primero, co-

rriendo después, y también pudo escuchar a la criatura, que jadeaba y babeaba. Por su mente se repetía la imagen que había tenido de ella: negra, ágil, un felino, pero al mismo tiempo no era un felino, no era real, no era mortal. Era algo procedente de otra horrible dimensión, con ojos de fuego y una boca llameante, que reía, gruñía y cada vez estaba más cerca...

De repente la luz se hizo más intensa y el túnel giró en una curva cerrada, de manera que casi se cayó al tomarla corriendo. Al enderezarse, sus ojos y su cerebro tuvieron tiempo de registrar la sorpresa del final repentino del túnel, antes de, con un grito, perder pie, y salir de la boca del túnel agitando los brazos para caer cuan largo era sobre el duro suelo, en un impacto que lo dejó sin respiración. Sintió un movimiento a sus espaldas, la sensación de algo oscuro y más grande de lo que implicaba su forma física, que saltaba por encima de él con una oleada de ardiente calor y se alejaba. La fría lluvia caía sobre el pescador que alzó la cabeza, parpadeando, para ver unos pies calzados con zapatillas negras a menos de un paso de donde él yacía tendido.

Zapatillas negras, el borde de una rica túnica de seda azul, unas pieles negras que brillaban como si poseyeran luz interior... El pescador alzó los ojos y vio con claridad la figura que tenía ante sí.

-¡Oh, pobre desgraciado! -Unos ojos de profundo azul en un rostro que podría haber estado hecho con la más delicada de las porcelanas; el hombre gruñó, convencido de que aquello era una terrible visión, enviada para tentarlo en sus últimos momentos, antes de ser despedazado y devorado. No podía asimilar su juvenil belleza, no podía creer en ella; era un fantasma, tenía que ser forzosamente un fantasma.

Pero la fina mano que le tocó los cabellos era muy real, y un agudo estremecimiento le recorrió desde la nuca toda la columna vertebral. Había soñado con mujeres como aquélla. ¿Se trataba de otro sueño?

-¡Cuánto has sufrido, pobre hombre indefenso! -La voz de Ygorla era como la miel y sus dedos trazaron un complicado dibujo sobre la mejilla derecha del pescador, haciendo que éste se estremeciera instintivamente con un deleite que no podía reprimir. Ella se inclinó, como un ave oscura, y su capa de piel encerró al pescador en pliegues intensamente perfumados-. Ahora no tienes nada que temer. Ahora eres mío.

Una gélida y punzante intuición inundó de terror el cerebro del hombre al escuchar aquellas palabras, pero reacciones más a flor de piel y más poderosas ahogaron la duda. ¡Era tan hermosa! No podía resistirse, no quería resistirse.

-Te quedarás aquí conmigo. Serás mi mascota. -Ahora la voz de Ygorla cambiaba, la dulzura se veía atenuada por algo más que el hombre, confuso y aturdido, no acababa de aprehender. Ansia; pero mezclada con otra emoción, otro deseo.

«Codicia -dijo una parte de él, que todavía retenía la cordura-. Poder.»

-Uhhhh... -Era una protesta inarticulada, pero no era capaz de nada más. El frío, el cansancio y el miedo se estaban combinando en una mezcla irresistible, y cuando ella se inclinó más sobre él y sus blancos dedos comenzaron a jugar con sus cabellos y a tirar de sus ropas y tocarle la piel, el pescador no pudo hacer otra cosa que retorcerse

impotente mientras el deseo animal y el pánico ciego pugnaban por imponerse.

-Te guardaré y te tendré y jugaré contigo cuando me apetezca. ¡Puedo enseñarte tantas cosas! -Puso tres dedos bajo su barbilla y lo obligó a levantar la cabeza; le hacía daño, y el pescador gimió al ver aquel rostro hermoso cada vez más cerca, los labios entreabiertos que mostraban unos dientes perfectos y una lengua lista para un beso estremecedor y angustioso...

-¡Hija!

Ygorla se giró con rapidez. Dos peldaños más arriba, envuelto en un aura que pulsaba en un tono carmesí oscuro, se encontraba Narid-na-Gost.

-Padre... -El instinto y una vieja costumbre la hicieron retroceder y ponerse en pie, recogiendo la capa en torno a su cuerpo. Sus mejillas se arrebolaron.

La puerta sobrenatural por la que había llegado el demonio se cerró y desapareció, y él la miró con encendidos ojos carmesíes.

-¿Qué es esto, Ygorla? -inquirió, señalando al pescador humillado, quien se había quedado rígido y lo contemplaba con horror.

Ygorla encogió sus pequeños hombros, pero sus ojos mostraron un destello nervioso.

-Nada importante, padre. Una simple diversión. -Su voz adquirió un tono que era a la vez defensivo y ligeramente suplicante-. Me aburría.

El demonio giró lentamente sobre un pie, y el pescador se encogió cuando los terribles ojos inhumanos parecieron atravesarle el cráneo para mirar su cerebro. Intentó gritar una queja, consciente de que aquello debía de ser una tremenda pesadilla de la que pronto despertaría, pero lo único que su lengua y su garganta pudieron emitir fue un débil gruñido.

-Aburrida -dijo con desprecio Narid-na-Gost, y el aura parpadeó en torno a su silueta deforme-. De manera que desperdicias tus poderes para causar un pequeño desastre con un barco y con esta criatura que se retuerce, ¡sólo para satisfacer un capricho infantil! -Se encaró de nuevo con Ygorla, y su voz estalló con furia-. ¿Es que no has aprendido nada?

-Padre..., no, por favor... -Ygorla retrocedió al ver que el demonio alzaba la mano izquierda.

Algo, que al hombre petrificado le pareció un rayo, saltó en el espacio que separaba a padre e hija; Ygorla gritó, giró sobre sí misma y cayó de rodillas cuando el rayo la alcanzó. Su cabello se alzó alrededor de la cabeza, desprendiendo chispas, y se vieron danzar luces por la crujiente piel de su capa.

-Aaahh... -Su cuerpo se agitó de forma convulsiva, mientras intentaba ponerse en pie. El demonio se colocó ante ella.

-¡Te castigo por tu estupidez! -dijo con furia-. ¡He sido paciente e indulgente, pero no voy a tolerar esto! ¿Crees que te he criado y que te he educado para ver cómo pones en peligro tu destino y el mío con estas lamentables distracciones en las que te complaces? Tormentas y naufragios; ¿cuánto tiempo crees que pasará antes de que el mundo sepa que algo se está tramando? Y, cuando lo sepa el mundo, ¡lo sabrán

los dioses! Pero no; ¡tú tenías que desobedecer mi autoridad y practicar juegos para satisfacer tu vanidad! -Se agachó y le cogió con fuerza la barbilla, entre su pulgar y su índice acabados en garras-. ¿Sabes lo que me ha costado envolver esta isla en un velo de secreto? Secreto: ¡ésa debe ser nuestra consigna, Ygorla! ¿De quién es el poder que ha mantenido el secreto? ¿De quién es el poder que ha mantenido en secreto todas nuestras actividades, incluso para el mismo Yandros? ¡Respóndeme!

Lágrimas de dolor corrían por las mejillas de Ygorla; los dientes le rechinaban.

-T... tuyo.

-Mío. Y, si lo vuelves a olvidar, si te atreves a olvidarlo, ¡no seré tan magnánimo una segunda vez!

-Lo s... siento..., lo siento, ¡lo siento!

Además de miedo, había verdadero arrepentimiento, observó Narid-na-Gost, y su tono de voz se hizo más tranquilo.

-Muy bien. La vanidad tiene su lugar, niña, pero de esta manera. ¿Lo comprendes?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

-Bien.

De una manera fría e inhumana, la furia del demonio se había evaporado con tanta rapidez como había venido y, poniéndose en pie, contempló al pescador, quien durante todo aquel rato había sido incapaz de moverse, hablar o siquiera de pensar con coherencia. Narid-na-Gost lo señaló despreocupadamente y dijo:

-Mátalo.

La mirada del hombre era desorbitada.

-N... no... -Era un sueño. Tenía que serlo; tenía un ataque de fiebre, no estaba en aquel lugar de locura, sino que yacía enfermo en el saliente por encima del mar, y aquello era una pesadilla. No era real, ¡no podía estar ocurriendo!

Ygorla sorbió por la nariz y dijo con voz vacilante:

-¿No podría quedármelo, padre? Mi mascota..., pensé que podría ser mi mascota.

-Y, si aflojaras tu vigilancia y se escapara, ¿qué ocurriría entonces? -Los ojos de Narid-na-Gost comenzaron a llamear otra vez-. ¿Entonces qué, hija?

-No podría escapar. No tiene forma de abandonar la isla.

-Puede ser... pero no podemos permitirnos ningún riesgo. Ninguno.

Ella inclinó la cabeza.

-Sí, lo comprendo. Perdóname.

-Entonces haz lo que te digo. ¿O es que no tienes estómago para hacerlo?

Ella disimuló su resentimiento rápidamente.

-Lo tengo, padre. Pero no sé si tengo el poder. Un poder así, no lo sé todavía.

-¡Ah! -dijo Narid-na-Gost en voz baja-. De manera que eres lo bastante lista para conocer tus limitaciones. Eso está mejor, me satisface. Muy bien. -Se volvió hacia el pescador, y el cerebro del hombre se paralizó en un rictus de terror total. En su mente, gritaba y babeaba, las palabras se amontonaban unas sobre otras: «No, por favor,

haré cualquier cosa, te adoraré seas lo que seas, no, por favor, ten piedad, déjame...».

La incoherente súplica nunca sería pronunciada. Vio la luz carmesí y sintió un fuego desgarrador, y tuvo tiempo de lanzar un loco aullido de agonía antes de que el hilo de su vida fuera cortado.

Ygorla contempló el cadáver carbonizado con una especie de fascinación carente de emociones. Sentía una cierta pena por haber perdido su juguete, pero su padre tenía razón; no podían correr riesgos. Había sido una tonta al pensar lo contrario.

-Ven, hija -dijo el demonio, cogiéndola del brazo-. Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Ella se apartó del muerto y, al hacerlo, dos formas sombrías se materializaron y se dirigieron con pasos silenciosos hacia los restos. Los felinos demoníacos que había conjurado para atraer a su presa eran poco más que criaturas fantasmales, pero incluso los fantasmas ansían alimento, y sus criaturas se cebarían bien con el cadáver. El pescador ya no significaba nada para Ygorla y, olvidándolo, siguió a su padre y comenzó a subir la inmensa escalinata. Cuando alcanzaron la cima y el gran pórtico cuadrado, Na-rid-na-Gost se detuvo y se volvió para contemplar la isla y el mar.

-Mira a lo lejos -indicó en voz baja-. Dime qué ves.

Ella miró a través de la lluvia.

-El océano.

El demonio soltó una risita y, colocándose detrás de ella, tocó las sienes de Ygorla con los dedos.

-Mira otra vez.

Un estremecimiento sacudió a Ygorla, la sensación de poder que despertaba en lo más profundo de su alma, y de repente la escena que tenía ante sus ojos adquirió una increíble nitidez. Las rocas de la Isla Blanca la deslumbraron; vio a través de la lluvia, a través de las nubes grises hasta donde el sol flotaba en el cielo. Y lejos, muy lejos vio un resplandor blanco que interrumpía el horizonte, reflejando la monótona luz del día como una atalaya.

-La Isla de Verano... -Su voz denotaba asombro y arrobamiento.

-Sí. Mírala bien, hija mía; absorbe la visión. ¿Recuerdas que te dije que un día tendrías un poder que superaría a todos los sueños mortales? Ahí está el centro de ese poder, Ygorla; allí se encuentra el trono de tu futuro reino.

Ella aspiró con fuerza y excitación, sintiendo de nuevo el estremecimiento orgásmico. La Isla de Verano. Era la corona del poderío y majestad humanos, la meta definitiva de los logros mortales.

-Sí, es todo eso y más. -Narid-na-Gost conocía sus pensamientos, y sus labios se abrieron en una sonrisa mortífera y brutal-. Pero para ti no será más que el principio. Se acerca la hora, Ygorla. Cada día que amanece te acerca un paso más a tu destino.

Se apartó, dejándola sola durante unos instantes, mientras sus quedas palabras resonaban en la mente de Ygorla y arraigaban. Vio cómo le temblaban las manos al verse casi vencida por sus sentimientos, y sonrió otra vez, una sonrisa más privada, una sonrisa de satisfacción. Ella estaba muy excitada ante lo que él le había contado, pero sólo le había dicho una pequeña parte de la verdad. El

resto -y sobre todo la revelación final- llegaría a su debido tiempo. Pero aún no. Todavía no.

Se adelantó de nuevo y puso las manos sobre los hombros de Ygorla.

-Es hora de tu próxima lección, Ygorla.

Ella se volvió y el demonio se rió por lo bajo, para sus adentros, al ver el ansia y la ambición y el deleite que centelleaban en sus brillantes ojos.

-Sí -dijo ella con ansiedad-. Sí, padre. Muéstrame. ¡Enséñame todo lo que pueda aprender!

La mirada carmesí de Narid-na-Gost ardió de satisfacción. Estaba orgulloso de su hija. No le fallaría. Y, en tiempos venideros, el mundo mortal -y más, mucho más que el mundo mortal- aprendería a temer tanto el nombre de Ygorla como el suyo.

Librodot

CAPITULO 11

Incluso Karuth Piadar había olvidado a Ygorla hacía mucho tiempo. Según fueron pasando los años, el misterio de Chaun Meridional se desvaneció en la lejanía y otros temas que exigían su tiempo y atención erosionaron poco a poco su preocupación anterior, hasta que llegó un momento en que incluso el críptico acertijo del elemental no fue más que un recuerdo vago que pocas veces le venía a la memoria.

Había muchas otras preocupaciones que llenaban su tiempo. Poco después de cumplir los 32 años -y como todo el mundo esperaba en el Círculo- pasó las pruebas que la elevaban al quinto rango entre los adeptos. Y un mes más tarde recibió una distinción más seglar, pero que, como decían en broma su padre y su hermano, seguramente significaba para ella más que cualquier galardón del Círculo. El gremio de la Academia de Músicos le otorgó el título de Maestra de las Artes Musicales.

A pesar de las bromas, Chiro estaba inmensamente orgulloso del logro de su hija, porque sabía cuánto significaba la música para Karuth y sabía, también, que en ocasiones ella sentía una profunda frustración al disponer de tan escaso tiempo libre para practicar. Chiro era lo bastante ducho en aquellas lides para saber que el nombramiento ocultaba un cierto grado de maniobra política, puesto que el gremio era plenamente consciente de que, honrando a su hija, se ganarían el favor del Sumo Iniciado; aun así, el galardón era bien merecido. Chiro también esperaba que la nueva posición de Karuth en el gremio podría ayudar a convencerla para que dedicara algo más de tiempo a sus intereses particulares y un poco menos a sus obligaciones en el Castillo que, en su opinión, se tomaba demasiado en serio. Ninguno de sus hijos se había casado todavía. En el caso de Tirand, eso estaba bien, puesto que se esperaba del hijo y heredero del Sumo Iniciado que se dedicara exclusivamente a prepararse para el cargo que algún día heredaría. Cuando llegara el momento adecuado, sería un buen partido; hasta entonces no había por qué preocuparse. Pero Karuth era otro asunto. Para empezar, era cinco años mayor que su hermano, y, mientras que un hombre podía incluso esperar a estar en mitad de su vida antes de encontrar una esposa, para una mujer, según creía Chiro, el tema era totalmente distinto. Lo que más lo inquietaba era la sensación de que Karuth no tenía intención de contraer matrimonio ni ahora ni en el futuro. La idea intranquilizaba a Chiro, que quería, por encima de todo, que ella fuera feliz. Y, aunque ella nunca lo admitiría y ni siquiera querría discutirlo, Chiro tenía la clara sensación de que, a veces, la soltería era algo que Karuth lamentaba profundamente.

Pero el asunto siguió sin ser aireado y Karuth continuó cumpliendo sus deberes con la misma dedicación de siempre. Calvi Alacar, que había regresado a casa, a la Isla de Verano, durante un año, regresó a la primavera siguiente, con la piel morena y el cabello rubio por los efectos del sol meridional, y casi tres centímetros más alto. Tenía veinte años y, de ser un adolescente torpón, se estaba convirtiendo en un

Librodot

atractivo joven, delgado y enjuto; también ganaba confianza en sí mismo y en modesto encanto, y su nivel de logros en los estudios que había escogido justificaba plenamente la confianza que Tirand había depositado en él al principio. La vida en el Castillo era tranquila y agradable.

Entonces, en el verano de aquel mismo año, llegó el golpe que nadie podía haber predicho o esperado. En las fiestas del Primer Día del Trimestre de verano, Chiro se puso en pie en la sala de banquetes para dirigirse al Círculo y a sus invitados, se interrumpió en medio de una frase, frunció el entrecejo como si estuviera desconcertado, y se derrumbó sobre la mesa. Karuth, lanzando platos y copas en todas direcciones, lo tendió sobre la mesa y le masajeó el pecho en un intento frenético de volver a poner su corazón en marcha, pero ni siquiera su habilidad fue suficiente y, en medio de un silencio aturdido, el Sumo Iniciado fue declarado muerto.

Cuando por fin se dio cuenta de la verdad, Karuth se desmayó por primera vez en su vida. Su ayudante, un joven capaz y tranquilo, llamado Sanquar, dio instrucciones a los criados para que la llevaran a la cama y se aseguró de que permaneciera allí. Después, con la ayuda de varios adeptos de alto nivel y de una sanadora superior de la Hermandad que por suerte estaba presente, dispuso todos los preparativos necesarios para el velatorio.

Más de doscientas personas pasaron aquella breve y cálida noche de verano sentadas en silencio en la gran estancia. Tirand, conmocionado y sin saber apenas lo que hacía, había sido llevado con sombrío ceremonial a ocupar un asiento en el centro de la gran mesa, y se sentía extrañamente distante y aislado, sin lágrimas, mientras contemplaba el mar de rostros apenados iluminados por las antorchas. La verdadera pena, lo sabía, vendría después, una vez pasado el primer trauma, pero por el momento su mente se aferraba tenazmente a dos pensamientos que nada tenían que ver el uno con el otro, pero que se repetían obsesivos: *Hay tantos presentes que están llorando... Todos deben de haberlo querido.* Y otra parte de su ser preguntaba impotente: *Dioses..., ¿qué voy a hacer ahora?*

Chiro fue enviado a su descanso final con todo el solemne ceremonial de que era capaz el Castillo. Sus dos hijos asistieron al funeral, Karuth con el rostro cubierto por un velo, Tirand ostentando el fajín púrpura bordado con los símbolos de los dioses que era el emblema de un Sumo Iniciado que guardaba luto por su predecesor. Llegaron mensajes de todas las partes del mundo; cada Margrave de provincia envió su pésame personal, y una carta sellada de Blis Alacar, escrita de su puño y letra, rendía un homenaje a Chiro que hizo llorar a Tirand en privado. Pero por fin pasó el luto y, cuando comenzaban a soplar los primeros vientos fríos del otoño, Tirand Lin fue nombrado oficialmente nuevo Sumo Iniciado del Círculo.

Esa misma noche, Karuth rechazó una proposición de matrimonio del hombre que durante los últimos siete meses había sido su amante y, sin aspavientos, dio por terminada la relación.

Tirand y su padre habían advertido aquella amistad, pero Karuth se había preocupado de ocultarles el hecho de que, al menos durante un tiempo, había sido algo más que eso. Sabía que todo hombre al que

Librodot

había mirado con aprecio durante los últimos diez años había sido a los ojos de Chiro un posible yerno y no había querido defraudarlo una vez más. Pero, ahora que su padre había desaparecido, las probabilidades de contraer matrimonio eran más remotas que nunca. Tirand, sobre quien había caído tan de repente la nueva responsabilidad, necesitaría más que nunca su ayuda y su apoyo. No podía pensar en ella misma; el deber era lo primero, y, si durante algún tiempo tenía que sufrir las punzadas del remordimiento, bueno, ya las había soportado anteriormente y ahora no serían peores.

Así que, durante el otoño y el invierno que siguieron al nombramiento de su hermano, Karuth dedicó cada instante de su vigilia al trabajo. No hubo nuevos amantes. Incluso su ayudante, Sanquar, que la adoraba y a quien, en circunstancias más propicias, habría podido ver como algo más que un colega, se encontró con un amable pero firme rechazo cuando intentó expresar con timidez sus esperanzas. No podía permitirse más complicaciones en su nueva vida; mientras Tirand y el Círculo la necesitaran, tenían preferencia.

Sin embargo, la tensión de los cambios ocurridos en sus vidas se estaba cobrando su precio tanto en Tirand como en Karuth. Durante una visita oficial a la Península de la Estrella a finales del invierno, la Matriarca dijo con firmeza que tenían un aspecto pálido y enfermizo y que necesitaban descansar; lo cual no era de extrañar si se tenía en cuenta la carga que se había depositado sobre sus hombros. Pero, aunque su consejo estaba lleno de sentido común, era impensable la idea de algún tipo de pausa. Además de las obligaciones más importantes, que de por sí ya eran bastante onerosas, Tirand descubrió que un Sumo Iniciado tenía otras menos importantes que también ocupaban su tiempo; asuntos nimios pero necesarios de los que nada había sabido mientras vivía Chiro. Y Karuth, que dividía sus días entre su propio trabajo y ayudar a su hermano en cuanto podía, tenía tan pocas posibilidades como él de pensar en una perspectiva de tiempo libre. Pero ella era consciente de que la Matriarca les había dicho unas cuantas verdades como puños. En particular, Tirand trabajaba demasiado, incluso con la ayuda del Consejo de Adeptos y los secretarios y criados para compartir las cargas cotidianas, y ella, por su parte, a duras penas se atrevía a mirarse en el espejo, porque odiaba a la extraña ojerosa y delgada que sabía que allí encontraría. Pero los días seguían pasando y no había respiro; hasta que, cuando el duro invierno septentrional llegaba a su esperado final, llegó al Castillo una carta procedente de la Isla de Verano.

La invitación llegó por medio de un ave mensajera en los primeros días del deshielo de primavera. El halconero del Castillo, que recogió el halcón cuando éste descendió trazando círculos sobre el patio del Castillo, vio el sello personal del Alto Margrave en el pequeño pergamino y lo llevó inmediatamente a Tirand. En cuanto leyó las noticias que contenía, Tirand envió corriendo a un criado para que trajera a Karuth de la enfermería.

En el estudio de Tirand, Karuth leyó el mensaje con sorpresa y alegría.

-¡Son noticias espléndidas! -Su cansado rostro esbozó una sonrisa-. Blis Alacar se casa por fin... ¡Ya empezábamos a preguntarnos si

acabaría sus días soltero!

Tirand cogió la carta y volvió a ojearla.

-Su prometida es Jianna Hanmen. Hanmen... Conozco la familia; son de Han Oriental, ¿verdad? Uno de los clanes más antiguos de la provincia. Pero no acabo de situar a Jianna.

-La hija mayor del Margrave de Chaun se casó con el hijo de Hanmen Charises el año pasado -le recordó Karuth-. Creo que Jianna es su hermana, aunque no puedo decirte qué aspecto tiene.

-Bueno, bien pronto lo sabremos -dijo Tirand, pero de pronto frunció el entrecejo, preocupado-. Aunque desde un punto de vista práctico he de admitir que esto no podía llegar en peor momento. Aquí hay tanto que hacer que no estoy seguro de poder dejar el Castillo con la conciencia tranquila.

-No tienes forma de negarte -afirmó Karuth-. Sería un insulto para Blis; es impensable.

-Tú podrías ir en mi nombre.

-No lo haré. No, Tirand, debemos ir los dos. Nos irá bien; ambos necesitamos descansar, y esto nos da la ocasión sin que salgan perjudicadas nuestras conciencias. -Miró la invitación otra vez, por encima del hombro de Tirand-. Siete días de festejos, y coincidirá también con el vigésimo primer cumpleaños de Calvi. Será un acontecimiento magnífico.

Su voz traicionaba su ilusión y Tirand, al mirarla, vio en sus ojos el antiguo entusiasmo que tanto había echado de menos últimamente. Se recordó que no habían tenido ninguna distracción en los meses transcurridos desde la muerte de su padre; por muy estoicamente que él aceptara su carga, era una injusticia esperar que Karuth sacrificara indefinidamente sus propias diversiones. Ella tenía razón: les iría bien el alejarse de la severa vida del Castillo y del Círculo durante una temporada, salir de aquel nido cerrado y ver algo de mundo. Por su hermana, si no por otra cosa, debía dejar el deber de lado por una vez y disfrutar de aquella oportunidad de experimentar un cambio.

Dejaron la Península de la Estrella doce días después, una grande e impresionante comitiva compuesta por Tirand, Karuth, Calvi Alacar y una veintena de los adeptos superiores del Círculo que también habían sido invitados, además de criados y un largo tren de equipajes. Para entonces, la nueva de la boda del Alto Margrave se había difundido por todo el mundo, y cada provincia planeaba festejos propios, de manera que en cada pueblo y aldea vieron que se estaban preparando hogueras y colgando banderas y guirnaldas para decorar las calles. Viajaron a través de la Tierra Alta del Oeste, se reunieron con un grupo procedente de la principal residencia de la Hermandad, siguieron bajando a través de Chaun, entraron en Perspectiva, donde se encontraron, como habían planeado, con la Matriarca y un grupo de sus superioras, y finalmente llegaron a Shu-Nhadek, desde donde embarcarían rumbo a la Isla de Verano.

En Shu-Nhadek los festejos estaban ya en pleno auge. Las gentes de la ciudad siempre habían creído que su cercanía de la Isla de Verano les otorgaba un vínculo privilegiado con el Alto Margraviato y, por lo tanto, se consideraban en cierto modo superiores al resto del mundo. Por la misma razón estaban decididos a que sus fiestas superaran a

Librodot

todos los acontecimientos rivales, y la ciudad estaba llena de algarabía y color. Tirand nunca se había sentido a gusto en medio del jolgorio y personalmente se sintió aliviado al saber que el Margrave de la provincia, quien también asistiría a la boda, había ofrecido hospedar al grupo del Sumo Iniciado en su casa, en unos terrenos aislados en una colina que daba a la bahía. Su barco zarparía con la marea de la mañana y Tirand no deseaba pasar una noche en vela en una posada, mientras las fiestas seguían su ruidoso curso afuera en las calles.

El Margrave y la Margravina eran conocidos por mantener una excelente cocina y, tras un espléndido banquete y quizás un exceso de vino, los invitados se retiraron a sus aposentos. Karuth compartía un dormitorio con la hermana Fiora, que había sido ascendida al rango de delegada inmediata de la Matriarca. Hacía mucho tiempo que Karuth no había visto a Fiora, y ambas aprovecharon aquella rara ocasión para intercambiar noticias y chismes, de manera que, cuando apagaron las velas de la habitación y se pusieron a dormir, la noche ya estaba avanzada.

Justo cuando amanecía, Karuth se despertó lanzando un chillido.

-¡Karuth! -Fiora, despierta del susto, se sentó en la cama, con el corazón latiéndole alocadamente-. ¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

Karuth había saltado de la cama y se hallaba de pie antes de que su conciencia la hiciera apercibirse del mundo real. Se quedó oscilando, la boca moviéndose sin emitir sonido alguno; soltó un brusco suspiro y se sentó de golpe en el borde del colchón.

-Querida, ¿qué ha pasado? -Los largos años como sanadora le habían inculcado la capacidad de despertar del todo rápidamente; cogió a Karuth por los hombros y se los apretó con delicadeza-. ¿Una pesadilla?

Karuth apretó los dientes, que amenazaban con comenzar a castañetear incontrolados.

-No lo sé. Creí... -Con un esfuerzo se reconcentró, después se soltó de Fiora con suavidad y, levantándose, se dirigió a una mesa que contenía una jarra con agua.

-Deberías contármelo -aconsejó Fiora-. Siempre es aconsejable fijar esos sueños contándolos en voz alta.

Karuth bebió un sorbo de agua, deseando para sus adentros que hubiera sido una bebida más fuerte.

-No sé si podría hacerlo, Fiora. Ni siquiera estoy segura de que fuera un sueño.

Fiora se inclinó hacia adelante, alarmada.

-¿Una visión?

-No, no lo creo. Eso es más dominio de la Hermandad que del Círculo, y yo nunca he tenido talento para las visiones o los presagios. Era más bien... -Apretó un dedo contra el puente de la nariz, intentando, aunque un poco a regañadientes, lograr que su memoria se centrara. Frunció el entrecejo.

-No puedo recordarlo. Se ha ido. -Parecía confundida y la hermana se le acercó rápidamente y la acompañó hasta el lecho, como si fuera una niña con fiebre.

-Siéntate, querida, y date tiempo para recuperarte. -Alisó la colcha y Karuth se sentó-. Debe de haber sido un sueño, Karuth. A mí me ha

Librodot

sucedido más veces de las que puedo recordar; una violenta pesadilla que desaparece de la memoria en el momento en que una despierta.

-No era eso -replicó Karuth. Podía no estar segura de otra cosa, pero tenía la certeza de que aquello no había sido un sueño normal.

Fiora se mordió los labios.

-¿Quieres que despierte a la hermana Mysha? Es una experta en poderes psíquicos; podría ayudarte a desenredar los hilos y recordar.

-A estas horas, no -repuso, sonriendo sin ganas-. Puedo adivinar la hora; no he olvidado que aquí el sol sale mucho antes que en casa durante esta estación. No, Fiora. Estoy bien. Intentemos dormir un poco más y olvidar el asunto.

Fiora dudó, pero Karuth sabía ser firmemente persuasiva y al final la hermana cedió de mala gana. Pero, aunque aparentó acostarse tranquila otra vez, Karuth sentía que sus pensamientos eran todavía un torbellino. No podía recordar detalles de su visión, ni de qué había sido, pero sintió que la esencia era algo acechante y amenazador en lo más hondo de su mente, y estaba segura de que había sido un presentimiento; o, para ser más exactos, un aviso.

Pero ¿un aviso de qué? Volvió la cabeza y miró a la hermana Fiora en el otro lecho. Parecía haberse dormido, y Karuth exhaló un largo y silencioso suspiro. Quizá debería consultar a la hermana vidente Mysha, como había sugerido Fiora. La interpretación de los sueños era una habilidad que el Círculo, cuyas disciplinas abarcaban la magia y los ritos superiores ocultos más que las artes psíquicas personales e inferiores, siempre había dejado a sus colegas de la Hermandad. Como adivinas, las hermanas no tenían igual, y Mysha era una de las videntes más respetadas de la tierra. Pero ¿qué podría decirle ni siquiera Mysha que fuera de utilidad? Aunque la educación de Karuth -que muy pronto le enseñó que era una locura no hacer caso de posibles presagios del tipo que fueran- decía lo contrario, algo más dentro de ella argumentaba que sería mejor desechar el incidente como algo sin importancia, una aberración momentánea de su subconsciente, propiciada por un entorno que le era extraño y por una comida demasiado abundante. No quería ahondar más en el asunto; simplemente, quería creer que no había nada más que descubrir en todo aquello. «Olvídalo -se dijo a sí misma, acallando la vocecita que arrojaba dudas acerca de la sabiduría de semejante actitud-. No significa nada. Olvídalo y zarpa hacia la Isla de Verano con una mente tranquila.»

Con la ayuda de algunos trucos que calmaban las agitadas aguas de la mente, Karuth pudo adormilarse de nuevo, hasta que un criado llegó para despertarla. Sólo cuando se dirigía a desayunar junto a la hermana Fiora recordó lo que había estado flotando en la periferia de su conciencia, justo antes de levantarse, y se preguntó por qué razón, después de tantos años, había escogido aquella ocasión para soñar con Ygorla Morys.

Zarparon al cambiar la marea, justo antes del mediodía, dejando atrás el festivo puerto y el ruido y bullicio de las multitudes, para adentrarse en la brillante calma del mar abierto. Era una mañana perfecta y Karuth, que permanecía junto a la borda del barco viendo el

Librodot

agua deslizarse resplandeciente bajo la quilla, se compadeció de Tirand, que nunca había sido buen marinero y que ya estaba confinado bajo cubierta, mareado. Había rechazado su ayuda con mal humor, pues deseaba estar a solas con su malestar, de manera que Karuth se había reunido con un grupo de hermanas que, como ella, nunca habían estado en la Isla de Verano y que escuchaban los entusiastas comentarios que Calvi Alacar hacía del paisaje marino.

Calvi estaba en su elemento. Muy excitado ante la perspectiva de ver su hogar y a su familia, había salido de su habitual caparazón de timidez y describía con entusiasmo las características de la lejana línea costera de Shu, que quedaba semioculta en una neblina por el lado de babor. Karuth escuchó durante unos minutos, protegiéndose los ojos del resplandor del sol en el agua; entonces, de repente, Calvi se giró y señaló excitado la proa de la embarcación.

-¡Allí! -dijo-. Allí está; ¿la veis, apenas visible en el horizonte? Aquélla es la Isla Blanca.

Obedientes, las hermanas se volvieron para mirar, pero, mientras Calvi hablaba, Karuth sintió un profundo estremecimiento que la cogió totalmente por sorpresa; asustada, se recuperó con rapidez y siguió la dirección de las otras miradas. No se veía nada destacable, sólo una mancha sombría que interrumpía la línea entre océano y cielo; pero, cuando la miró, sintió de nuevo el escalofrío inexplicable.

-¿Pasaremos cerca de ella? -No sabía por qué lo había preguntado; era algo que había surgido de repente de algún rincón inquieto de su mente.

Calvi calculó.

-Oh..., diría que pasaremos a unos quince kilómetros de su extremo septentrional -contestó, sin advertir la inquietud de Karuth-. Si estuviéramos navegando en línea recta hacia la Isla de Verano, seguramente ni la veríamos, pero aquí hay una fuerte corriente que hace que merezca la pena el viraje para aproximarse desde el suroeste. Supongo que no habías visto antes la Isla Blanca, ¿no es así? -inquirió sonriente.

-No -repuso Karuth y pensó: *Y no quiero verla ahora.*

-Es una visión familiar para todos los marinos de estas regiones -dijo Calvi con orgullo-. Claro que ahora nadie pone pie en ella. Cuando era pequeño, deseaba ir, pero nunca me lo permitieron. -Hizo una mueca-. Puede que algún día recupere la vieja costumbre y vaya en peregrinación al lugar de la gran batalla de los dioses. Y puede que os convenza a ti y a Tirand para que me acompañéis.

Algo muy profundo en la mente de Karuth se encogió, y se obligó a sonreír rápidamente a modo de respuesta, antes de que su mirada la traicionara.

-Sería... muy interesante.

-Pero no será en esta ocasión. ¡Imagina lo que diría Blis si llegáramos tarde a su ceremonia nupcial! A propósito -prosiguió sin darse cuenta de que algo fuera mal-, ¿dónde está Tirand? No lo he visto desde que salimos del puerto.

Karuth hizo un gesto en dirección a la escotilla que conducía a los camarotes.

-Está abajo, en uno de los camarotes, y no se encuentra nada bien.

De hecho -aquello le daría una excusa, pensó, para retirarse, para no tener que ver la Isla Blanca que se acercaba-, tendría que ir a comprobar cómo está y a ver si puedo ayudarlo en algo. -Volvió a sonreír, esta vez de un modo más convincente- Si me perdonáis...

Se alejó por el puente, guardando el equilibrio con el cabeceo del barco, y bajó rápidamente la escalerilla que llevaba a los camarotes. Al llegar abajo se detuvo para recuperar el aliento y secar la capa de sudor que le bañaba la frente y las palmas de las manos. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué le daba miedo la Isla Blanca? Era ridículo; no había relación posible entre aquella roca desierta y el terror que la había despertado al amanecer, pero no podía dejar de pensar, de manera ilógica, que, de alguna manera, tenían algo que ver.

Un tripulante se acercó apresuradamente por el pasillo en dirección a la escalerilla y se tocó respetuosamente la frente cuando ella se apartó para dejarlo pasar. Su aparición la sacó de su abstracción, y Karuth intentó relajarse. Aquello era ridículo. Estaba dejándose arrastrar por la imaginación hasta un punto en el cual amenazaba con ahogar el sentido común bajo una marea de conjeturas sin fundamento. Debía acabarse, o dentro de poco vería demonios en todos los rincones.

Respiró una vez más lenta y profundamente y, cuando sintió que su pulso por fin se calmaba, se volvió con alivio hacia el camarote de Tirand. Pero, antes de echar a andar, metió la mano en un bolsillo de su cintura y sacó un pequeño anillo de oro que, por puro impulso, había decidido llevar consigo en el último momento antes de abandonar la Península de la Estrella. El anillo se lo había dado hacía mucho tiempo su predecesor y maestro, Carnon Imbro, quien, quizá conociéndola mejor que su hermano y su padre, había sido más consciente de su carácter y de sus inclinaciones instintivas. El anillo tenía incrustadas pequeñas gemas que formaban la estrella de siete rayos símbolo del Caos, y para Karuth siempre había sido algo más que un simple adorno. Quizá fuera un talismán...

Se lo puso en el dedo corazón de la mano izquierda y fue a ver a Tirand.

Ygorla estaba de pie, bajo el gran portal de piedra, mirando más allá del vertiginoso descenso de la gigantesca escalinata, más allá de la bahía, hacia el mar. Sus manos se movían frenéticas, dando vueltas una y otra vez a algo entre sus blancos dedos. Algo dorado brilló a la luz del sol.

-El Sumo Iniciado en persona... -Habló en voz baja, ronca, y en sus ojos brilló una luz desagradable-. Oh, padre. ¡Sería tan sencillo!

-No, hija -la voz de Narid-na-Gost no mostraba censura, pero su tono era implacable-. Esta vez no. -Mostró los dientes al sonreír-. Déjalos que disfruten por ahora. Debes ser paciente, un poco más.

Ella lanzó un suspiró y dejó de girar la insignia dorada entre los dedos; bajó la vista y la enganchó de nuevo en su corpino, preguntándose una vez más si había pertenecido a aquel otro Sumo Iniciado, Keridil Toln. El emblema de un hombre muerto y de un reino fenecido, el emblema del Orden... Ahora era un anacronismo, como lo era quien lo había llevado en otros tiempos con orgullo. Igual que el Círculo, igual que el Matriarcado, igual que el Alto Margraviato.

Sus labios perfectos se curvaron en un gesto de desprecio, y dejó

Librodot

que la abandonara la visión aumentada mágicamente, de manera que el barco con sus velas escarlatas volvió a ser un punto insignificante en el mar, a lo lejos. Había aprendido tantas cosas, aumentado tanto su poder y sus capacidades, que la frustración de tener que contenerse era tan aguda como si le hubieran dado una estocada. De todas maneras, saber lo que podría haber hecho con aquel barco y sus pasajeros, si lo hubiera querido, era un bálsamo para aquella herida. Hasta ahora había sido paciente; podía, como decía su padre, serlo un poco más.

El gesto despreciativo se convirtió en sonrisa cuando habló.

-Son tan débiles.

-Sí. Y nosotros somos fuertes, y cada vez nos hacemos más fuertes. Pero todavía seremos más fuertes -dijo el demonio, acariciándole una mejilla con orgulloso afecto-, y nuestro poder final será superior a todo lo que podrían haber imaginado.

Se adentró en las sombras del portal. Quizá durante un minuto más, Ygorla siguió contemplando el mar y la lejana embarcación que ahora viraba hacia la Isla de Verano. Después dio la espalda al luminoso día y a sus agitados pensamientos, y siguió a Narid-na-Gost por el túnel en dirección al cráter.

Librodot

CAPITULO 12

Las llamas de la hoguera se elevaron en la noche a gran altura, desafiando a la primera luna que salía, y provocaron un entusiasta griterío en la multitud que se agolpaba alrededor del palacio del Alto Margrave. Un segundo más tarde, el gran edificio respondió a las llamas, cuando las incontables facetas de cuarzo incrustadas en sus muros atraparon y reflejaron la luz del fuego en un centelleante resplandor, como si fuera una atalaya emitiendo señales a través de las altas lomas de la Isla de Verano. En un promontorio a tres kilómetros de distancia se encendió un segundo fuego, luego otro, y otro, una cadena que iluminaba la isla, mientras desde una elevada torre del resplandeciente palacio tañían las campanas para proclamar y celebrar el matrimonio de Blis Alacar y Jianna Hanmen.

En el gran salón de palacio, espléndido con las llamas de las antorchas y la magnificencia de los trajes ceremoniales, se estaba formando la procesión que llevaría a los invitados de la boda a los jardines, donde el festín nupcial estaba a punto de comenzar. En el espacio cerrado, las aclamaciones que saludaron a Blis y Jianna fueron ensordecedoras, y Karuth, dejándose llevar por la gloria y la excitación del momento, sumó su voz a las demás cuando la pareja vestida con túnicas doradas avanzó por el pasillo abierto entre la multitud. Tras ellos caminaba Calvi, con el rostro iluminado por una sonrisa incontenible, llevando a su madre, la Alta Margravina viuda, cogida del brazo; y detrás seguía una pareja de más edad -los padres de Jianna- y tras ellos Tirand, escoltando a la Matriarca vestida con su velo de plata ceremonial. Karuth vio la sonrisa feliz de Tirand y encontró tiempo para agradecer a los dioses que su hermano estuviera de un humor tan espléndido. La Península de la Estrella pertenecía a otro mundo y podía ser olvidada durante un tiempo; todo lo que quería ahora era sumergirse en aquel espíritu festivo y divertirse...

Alguien le tocó el codo y, al volverse, vio a Lias Barnack que le sonreía.

-Médico y adepto Karuth, ¿puedo disfrutar del honor de acompañaros? -Los ojos del viejo político brillaban con malicia y admiración. Karuth se rió y pensó que, a pesar de su edad, seguía siendo un hombre atractivo... y un granuja.

-El honor será mío, señor -contestó, haciendo una reverencia burlona; colocó su brazo sobre el de Barnack, y se unieron a la procesión. Desde la galería, en el otro extremo del salón, sonó una fanfarria y se abrieron las grandes puertas. Lias subió un poco la voz, para hacerse escuchar por encima de las triunfantes notas.

-Estás encantadora esta noche, Karuth. Has dejado de lado las preocupaciones del mundo por una temporada, ¿eh?

Ella se vio sacudida por una risa reprimida.

-Por un rato, Lias. ¡Y no negaré que me está sentando mucho mejor que cualquiera de mis remedios!

-Como debe ser. La vida es demasiado corta para despreciar sus placeres. Lo cual me recuerda... ¿Podremos escuchar una muestra de

tu talento durante las celebraciones de esta noche? -inquirió, señalando el broche que ella llevaba prendido al lado de la insignia de adepto en el pecho-. Es una rara ocasión tener entre nosotros a una Maestra de las Artes Musicales.

Las mejillas de Karuth enrojecieron y casi lamentó haberse puesto el broche, del que privadamente se sentía tan orgullosa.

-Bueno, el Alto Margrave me ha pedido que toque una pieza. Es un honor que me halaga.

-Tonterías; somos nosotros quienes nos sentimos muy halagados al tener la oportunidad de escucharte. ¡Es un raro placer para nosotros, ignorantes sureños!

Karuth se rió de la broma. Mientras otros se colocaban tras ellos y la procesión salía por las grandes puertas, unos ojos de color avellana contemplaban la espalda de Karuth con un súbito interés burlón; el observador se llevó una mano al hombro para tocar un broche idéntico al de Karuth. Así que aquélla era la hermana del Sumo Iniciado. Mayor de lo que había imaginado y bastante atractiva, aunque no era una belleza en el sentido clásico. Unas cejas castañas se arquearon ligeramente bajo el ala de un sombrero demasiado adornado, y el observador se preguntó si ella se merecería aquel rango en el gremio de la Academia o si sencillamente habría sido un honor político. Quizá más tarde lo descubriría. O quizá, pensó con irónico regocijo, podría realizar una investigación a su manera.

Tirand se sorprendió cuando, en una pausa momentánea, se dio cuenta de que estaba disfrutando plenamente la fiesta. Se había terminado el banquete nupcial y, desde hacía una hora, los invitados danzaban en el mullido césped de los jardines de palacio. Tirand nunca había sido un buen bailarín, pero, persuadido por Karuth y la Matriarca, se había unido a los bailes más vivos, en los que no hacía falta ni mucha elegancia ni mucha coordinación, y pronto descubrió que sus inhibiciones se derrumbaban ante la exuberancia de la ocasión. También ayudaba el hecho de verse libre por una vez de deberes oficiales, porque, para su alivio, Blis Alacar no le había pedido que solemnizara el casamiento. Se creía que ser casado por un pariente cercano traía buena suerte, por lo que el Alto Margrave había escogido a su primo mayor en segundo grado, un adepto de quinto rango, para que fuera testigo de los votos sagrados y los encomendara a él y a su novia a los dioses. Así, por una vez Tirand había podido olvidarse del rango y el deber para ser uno más en la multitud que festejaba el hecho.

El baile terminó por fin. Después, cuando los invitados se hubieran repuesto con más comida y hubieran bebido lo bastante para borrar los últimos rastros de formalidad, comenzaría la sesión de danzas realmente tumultuosas, los bailes de la serpiente, de los saltos y de los cruces, para culminar, cuando llegara el amanecer, con el enorme y estrepitoso Doble Círculo, en el que todos debían participar. Hasta entonces, se entretendría a los invitados de manera más tranquila, con una serie de cantantes y músicos.

Al tratarse de una noche cálida y despejada, los recitales se darían en una de las explanadas del palacio, que había sido cubierta con alfombras y cojines para acomodar a la gente. Karuth, todavía ruborizada y sin aliento tras el último baile, se detuvo un instante mientras se

Librodot

encaminaba a la antesala destinada a los músicos y contempló con admiración la escena iluminada por las antorchas. La gente iba ocupando sus sitios sobre la hierba; en el extremo más alejado vio a Tirand y a la Matriarca, seguidos por un grupo de jovencitas que sin duda esperaban llamar la atención del deseable Sumo Iniciado. Karuth sonrió maliciosamente y, volviéndose, llamó al criado que la seguía con su manzón y atravesó las puertas abiertas para entrar en la antesala. Encontró un lugar donde sentarse, despidió al criado y comenzó a afinar el instrumento de siete cuerdas. Una cuerda se resistía tenaz a sus esfuerzos por afinarla a la perfección, y, tras tocar rápidamente varias notas y arpegios e intentar entre uno y otro corregir el defecto, sacudió la cabeza irritada. Podía ser culpa suya -había bebido varias copas de vino y demasiado alcohol podía embotar la finura de oído-, pero era más probable que el instrumento estuviera expresando sus quejas por el descuido que había soportado durante los últimos meses. Debería haber engrasado el mástil más a menudo, y pulido la caja de resonancia; sobre todo, debería haber tocado aquel maldito trasto, aunque sólo fuera unos minutos, al menos una vez al día, en vez de en ocasiones aisladas y cada vez menos frecuentes. Hizo otro delicado ajuste y escuchó el armónico con atención. Maldita sea, otra vez estaba mal...

-Quizá si yo pulsara mi tercera cuerda, veríamos qué es lo que está desafinado.

Karuth dio un respingo, y sus dedos pellizcaron dos cuerdas que soltaron un desagradable sonido disonante. Las silenció rápidamente y miró al desconocido que se le había acercado tan calladamente y que ahora sostenía con ademán descuidado su propio manzón en la mano. No le vio el rostro con claridad, puesto que en gran parte quedaba oculto por el ala de un sombrero ostentosamente adornado con cintas y plumas, pero la sonrisa que se apreciaba bajo las sombras era franca y amigable. En el hombro izquierdo llevaba prendida la insignia de Maestro del gremio de la Academia.

Karuth relajó los hombros y le devolvió la sonrisa.

-Gracias. Creo que el aire nocturno debe de haberlo afectado -repuso, y luego añadió más sinceramente-. Eso o ha sido mi descuido. Debería haberme preparado más a fondo.

El desconocido se puso en cuclillas y colocó su instrumento sobre las rodillas.

-Debéis de haber tenido muy poco tiempo para estos placeres dadas las recientes circunstancias. -Unos ojos cuyo color Karuth no podía definir brillaron bajo el ala del sombrero-. No estoy muy ducho en protocolo, de manera que no sé qué debería ofreceros primero, si mis condolencias por la muerte de vuestro padre o mi felicitación por el honor concedido por el gremio.

-Ah. -Karuth volvió a sentirse un poco tensa-. Entonces conocéis mi nombre. Lleváis ventaja.

Él rió silenciosamente.

-Apenas ventaja, dama Karuth. Mi nombre es bastante menos distinguido que el vuestro -dijo, quitándose el sombrero y haciendo una pequeña inclinación de cabeza-. Mis amigos me llaman Strann.

Tenía los ojos de color avellana, un rostro huesudo presidido por

Librodot

una nariz que habría estado mejor en una cara más grande, boca generosa, y pelo nada a la moda y muy largo, del color de la piel de un ratón, que el desconocido apenas se había esforzado en peinar y desenredar. Karuth calculó que tendría la misma edad que ella, y vio que sus ropas eran una peculiar mezcla de lo teatral y lo estrictamente práctico, de colores chillones, pero -aparte del sombrero- bastante usadas. Un músico ambulante, pensó Karuth. Pero, desde luego, no era un músico ambulante corriente. La insignia, y su presencia en aquella sonada ocasión, contradecían su aspecto, y la joven se sintió a la vez confusa e intrigada.

Strann pasó una mano bronceada por las cuerdas de su manzón.

-Así que, ¿puedo seros de utilidad? -La sonrisa, que no había desaparecido del todo en ningún momento, de repente se hizo muy amplia-. No he hecho nada más que ver y mirar desde que llegué aquí. Si puedo ser útil en algo, me sentiré menos desplazado en medio de tanta gente importante.

Karuth no estaba segura de si la pulla iba dirigida contra sí mismo o contra ella, pero prevaleció el sentido práctico.

-Gracias -respondió-. Desde luego que agradecería una segunda opinión.

Él asintió y, cogiendo una silla, se sentó y pulsó la tercera cuerda de su manzón. Karuth hizo lo mismo, y Strann entrecerró los ojos.

-Está alta. Sólo un ápice. -La observó mientras ella ajustaba la afinación y luego volvió a escuchar-. Mejor... Os habéis pasado. Sí..., un poco más. Más... Ya está. Volved a tocar. -La sonrisa apareció de nuevo-. Ahí.

-¡Perfecto! -La voz de Karuth demostraba alivio-. ¡Os estoy muy agradecida!

Él se encogió de hombros con modestia, o aparentando modestia.

-Ha sido un placer, señora -dijo, y Karuth detectó un toque de malicia en su mirada-. Aunque creo que deberíamos probar los dos instrumentos al unísono para estar seguros. -Y, antes de que ella pudiera responder, tocó una serie de rápidas y deslumbrantes notas en el manzón que sostenía.

Karuth se puso rígida, al tiempo que el asombro y la desazón la asaltaban en igual e inesperada medida. En tan sólo un momento, Strann se había revelado como un músico de un virtuosismo sorprendente; y al mismo tiempo se había saltado todas las reglas del protocolo, lanzando un desafío descarado y agresivo. En el gremio lo llamaban «el lenguaje de las manos», un complejo código -casi un idioma en sí mismo- mediante el cual los alumnos más aplicados podían conversar usando notas musicales. Karuth había estudiado el lenguaje de las manos durante su aprendizaje, y reconoció enseguida el mensaje que Strann había tocado. Quería decir: *Si tu virtuosismo puede compararse con el mío, entonces te consideraré digna de mí.*

Sus mejillas se ruborizaron con irritación. ¿Cómo se atrevía a lanzar un desafío tan jactancioso? Y, además, utilizando el código del gremio cuyo uso estaba estrictamente circunscrito. Se estaba saltando todas las reglas, todas las normas...

Y de pronto empezó a ver el lado gracioso del asunto, y tuvo que reprimir las ganas de reír al darse cuenta de lo que había detrás del

desafío. Strann la estaba poniendo a prueba. Sabía quién era, sabía que le habían concedido un rango igual al suyo en el gremio, y se preguntaba si de verdad merecía aquel honor o si sencillamente se lo habían otorgado por el afortunado accidente de su alta cuna.

Karuth flexionó los dedos y lo miró a los ojos con un desafío propio al tiempo que tocaba una rápida respuesta en el lenguaje de las manos: *El juicio de valor es el privilegio de aquellos que son a su vez respetables.*

Strann inclinó la cabeza, admitiendo el argumento. *Mi señora dice la verdad* -tocó-. *¿Querrá entonces juzgarme?* Terminó la secuencia de notas con una filigrana que hizo que Karuth, admirada, contuviese la respiración.

No podía competir con él. Karuth era una buena instrumentista, pero habían bastado unos instantes para que comprendiera que Strann era un virtuoso innato.

-No -dijo en voz alta, permitiendo por fin que aflorara en su rostro la sonrisa que llevaba tiempo reprimiendo-. No os juzgaré. No me atrevería.

Él pareció sorprendido e inclinó de nuevo la cabeza.

-Señora, me halagáis.

-No hago tal cosa -aseguró Karuth-. No soy tan tonta como para no saber cuando me superan, ni tan vanidosa como para no poder admitirlo. -Dejó su instrumento y se echó hacia atrás en su silla-. Tan sólo me sorprende no haberme encontrado antes con vos. Hace dos años, en el cónclave del gremio...

-No estaba presente -la interrumpió Strann, sonriente-. Me temo que he convertido en costumbre el no asistir a los actos oficiales del gremio.

-Pero es que ni siquiera he oído mencionar vuestro nombre.

Él se rió.

-Estoy seguro de que se me menciona a menudo, señora, pero probablemente no sea ante compañía educada. De hecho, supongo que debería ser sincero y confesar que, desde el Primer Día de Trimestre del invierno pasado, mi pertenencia al gremio ha prescrito.

Karuth se quedó desconcertada.

-¿Habéis dimitido?

-Bueno..., sería más exacto decir que mi nombre fue borrado de las listas por mutuo acuerdo. «Por desacreditar al gremio», fue la frase que usaron los ancianos. -Strann se rió-. Me halagó saber que mi mala reputación se había difundido tanto que mereció su atención.

-¿Qué hicisteis para molestarlos?

-Oh, nada en particular. Pero nunca conseguí obedecer todas las reglas. -Le sonrió y comenzó a contar con los dedos-. No pagaba los diezmos del gremio, no seguía el código de conducta del gremio, y desde luego que no mantenía su elevado nivel ético. -La sonrisa se hizo todavía más amplia-. Mi breve pero deliciosa aventura con la hija del anciano Kyen Skand fue la gota que desbordó el vaso e hizo caer sobre mi cabeza el escándalo oficial. Se me sugirió que quizá preferiría seguir mi carrera sin el beneficio del protector abrazo del gremio. Desde luego, se me sugirió con toda educación.

Karuth se llevó una mano a la boca para reprimir la risa.

Librodot

-Claro -repuso en tono guasón-. Pero seguís conservando vuestro título, ¿no es así?

-¿Maestro de las Artes Musicales? Oh, sí, eso no lo pueden revocar, por mucho que les gustara. Debo reconocerles algo; al menos honran el talento genuino en lugar de vender sus títulos a los postores más influyentes.

Karuth no supo a ciencia cierta si aquella última afirmación era una arrogancia descarada o sencilla franqueza. Lo dejó pasar; al fin y al cabo, era un cumplido indirecto hacia ella.

-Bien -dijo-, ¿y qué hacéis ahora?

-Lo que siempre he hecho. Viajo, interpreto mi música, canto mis canciones, y llevo historias y chismes de una provincia a otra. A veces, la pequeña insignia prendida en mi hombro me abre puertas que de otro modo permanecerían cerradas -explicó, señalando la habitación en la que se encontraban con un rápido y expresivo parpadeo-, y desde luego no le hago ascos a aprovecharme de ello. Todos necesitamos pan y carne para prosperar, después de todo, y yo tengo un apetito muy sano. -La sonrisa apareció de nuevo-. Podría decirse que soy un oportunista profesional.

Karuth no podía imaginar qué se sentiría al llevar una vida tan desarraigada y despreocupada. Por un instante deseó experimentar aquella libertad. La palabra «deber» no parecía existir en el vocabulario de Strann: un agudo contraste con las cargas de su vida en el Castillo. En los últimos días probablemente había visto más cosas del mundo que en sus anteriores treinta años de vida, y aquello la había hecho darse cuenta de lo limitado -y restrictivo- que era su historial. Strann, reflexionó irónicamente, era su completo opuesto en casi todos los aspectos, y no le costaba nada envidiarlo.

Un mayordomo de palacio se presentó en la puerta para anunciar que todo estaba dispuesto, y un hombre de mediana edad, a quien Karuth no conocía, recogió su lira y siguió al mayordomo en dirección a los invitados que aguardaban. Strann lo vio marchar y dijo en voz baja:

-Ah; ése es Cadro Alacar, primo del Alto Margrave. Parece ser que esta noche el rango tiene prioridad sobre el talento.

-Bueno, pues yo lo agradezco, aunque vos no lo hagáis -replicó Karuth con énfasis-. No me gustaría tener que salir después de vuestro concierto con mis pocos medios.

-Sois injusta con vos misma. -Strann hizo una pausa-. Aunque se me ocurre que el espectáculo podría animarse un poco si alguien rompiera el orden establecido. Decidme, dama Karuth, ¿sabéis «Cabellos de Plata, Ojos de Oro» de la epopeya *Equilibrio?*

-Sí, aunque hace mucho tiempo que no la toco.

-Tocadla conmigo, aquí, esta noche.

Ella lo miró con sorpresa.

-Oh, no..., ¡no podría!

-¿Por qué no?

-Porque... -Karuth buscó las palabras adecuadas, un argumento que él no pudiera rebatir. *Equilibrio* era una de las grandes obras musicales más famosas del siglo pasado, la historia de la gran batalla entre los dioses. La epopeya completa era una partitura para más de treinta músicos y cantantes, pero contenía numerosos fragmentos

Librodot

individuales, algunos de ellos de extrema dificultad. El dúo al que Strann se refería era uno de los más difíciles; el tema de la pastora Cyllan Anassan, que había jugado un papel decisivo en el conflicto histórico y quien, según la leyenda, había recibido un lugar entre los dioses como recompensa. Era una de las piezas favoritas de Karuth, pero ahora no podía tocarla. No delante de semejante público; y desde luego no con un virtuoso como Strann como pareja.

-No -repuso al cabo-. Gracias, pero no puedo aceptar.

La expresión de Strann cambió e hizo un gesto de asentimiento.

-Claro, señora -dijo con rigidez-. Entiendo la dificultad. Ha sido un atrevimiento por mi parte el pedíroslo. -Hizo ademán de levantarse y marcharse.

Karuth se sintió humillada. Él había malinterpretado completamente lo que había querido decir y apresuradamente también ella se puso en pie.

-Strann, por favor, no me comprendéis. No quería decir que vuestro rango... -Se paró cuando vio un destello de humor diabólico en su mirada y comprendió que había caído en la trampa.

Strann sonrió e hizo una reverencia.

-Entonces, dama Karuth, tendréis que reconocer que no hay excusa posible para que os neguéis a tocar el dúo conmigo.

Ella se ruborizó.

-Oh, sí que la hay.

-No puedo ver otro impedimento -replicó él enarcando una ceja, un gesto que Karuth había siempre querido poder hacer, desde niña.

-Muy bien -dijo con un suspiro-. Si insistís en que os lo diga: no me apetece que mis limitaciones sean evidentes delante de todo el mundo tocando con vos, y ésa es la única verdad.

De repente, el rostro de Strann adquirió una expresión seria.

-Señora, si me honráis con semejante cumplido, entonces debéis tener también algo de fe en el juicio que hago de vuestro talento -declaró-. Recordad que os oí tocar antes de osar presentarme ante vos y eso me dijo todo lo que quería saber. -Olvidando la etiqueta, le cogió la mano-. Además, ¿qué motivo podría tener yo para querer humillaros?

Karuth abrió la boca para responder, pero se dio cuenta de que él tenía razón. Una vocecita impetuosa dentro de ella la animaba, diciéndole: *Sí, acepta, toca el dúo. ¿Cuántas oportunidades tendrás de tocar con una pareja tan brillante? Y, si fallas, ¿quién lo notará en esta noche tan festiva?*

Strann la miraba, sin soltarle la mano, y Karuth bajó la vista, cuando el equilibrio entre la precaución y la tentación comenzó a romperse.

-Bueno...

-Trato hecho -dijo Strann con tono decidido-. ¡Y será un regalo exquisito para este público tan notable! Sugiero que dediquemos la pieza a la Alta Margravina Jianna, para agradar a nuestros anfitriones.

Karuth se echó a reír.

-¡Sí que sois un oportunista!

-Desde luego que lo soy -replicó Strann-. No puedo permitirme el lujo de ser otra cosa. Y ahora, además de agradar al Alto Margrave, me he congraciado con la hermana del Sumo Iniciado -añadió, volviendo a

lucir su contagiosa sonrisa-. Una noche de trabajo completamente satisfactoria, ¿no lo creéis?

Karuth se preguntó qué habría dicho Tirand ante un reconocimiento tan descarado, y reprimió la risa. Le gustaba Strann. Era una persona sin complicaciones y estimulante, un gran cambio respecto a las compañías que normalmente tenía ella. Y, si la arrastraba por un camino arriesgado, si ella hacía el ridículo más completo aquella noche, por una vez, no le importaba.

Volvió a sentarse, cogió su manzón y se lo puso sobre la rodilla.

-Muy bien -dijo Karuth con un tono serio que a la vez encerraba burla-. Me habéis convencido. Pero será mejor que ensayemos la pieza...; ¡o terminaréis la noche lamentando con amargura vuestra precipitación!

Una oleada de murmullos de sorpresa surgió del público reunido en la explanada cuando Karuth y Strann salieron juntos. Karuth estaba tensa y nerviosa; el ensayo improvisado la había sacado sorprendentemente de su pesimismo y en aquel momento sentía que podía vencer cualquier obstáculo. Al ocupar sus sitios y preparar sus instrumentos, miró con disimulo y vio a Blis Alacar -Blis Hanmen Alacar, se corrigió, usando su nuevo nombre de casado- que se inclinaba hacia su novia y le hablaba al tiempo que hacía gestos en dirección a los músicos. Estaba claro que él, al menos, conocía el virtuosismo de Strann. El estómago de Karuth se encogió de repente debido al miedo escénico, pero después vio a Tirand y a la Matriarca -Tirand confundido, la Matriarca muy emocionada- y sus nervios desaparecieron. No defraudaría a su hermano. Demostraría lo que era capaz de hacer.

Strann sonrió a la concurrencia, y después les habló utilizando una voz muy cultivada, adiestrada para dirigirse al público y sorprendentemente distinta de su tono normal.

-Mis muy nobles señor y señora, venerable Sumo Iniciado, querida Matriarca, honorables amigos todos. Las palabras no pueden expresar mi alegría en esta noche propicia, por lo que espero que, allí donde fallan las palabras, la humilde ofrenda de mi música pueda, aunque sea en pequeña medida, transmitir mi más sincera y respetuosa felicitación. -Hizo una reverencia a la pareja nupcial, y Karuth vio que la nueva Alta Margravina sonreía feliz y apretaba la mano de su marido. Strann hizo una pausa para que la reacción fuera advertida y aprobada y después prosiguió-: Para ello, me siento muy honrado al anunciar que la dama Karuth Piadar, Maestra de las Artes Musicales y hermana de nuestro Sumo Iniciado Tirand Lin, ha consentido amablemente en unirse a mí en un dúo que queremos dedicar, con amor y respeto, a nuestra Alta Margravina Jianna Hanmen Alacar, quien a su vez es amada por los dioses, como lo fue aquella otra valerosa gran dama de nuestra noble historia. Amigos todos, tocaremos para vosotros una pieza de la epopeya *Equilibrio:* «Cabellos de Plata, Ojos de Oro», el tema de Cyllan.

La Alta Margravina soltó un gritito de satisfacción, que pudo oírse por encima del murmullo de sorprendida aprobación que se extendió por toda la explanada iluminada con antorchas. Karuth cerró los ojos, esforzándose en reprimir el estallido de risa que amenazaba con

apoderarse de ella, a la vista de la pomposidad de comediante de Strann, y escuchó el lento y melódico solo de introducción que él comenzó a tocar. Las cristalinas notas de su manzón brotaban y fluían en el cálido aire nocturno. Karuth sintió una emoción conocida despertar dentro de ella, la cautivación de la música, la ansiedad, la necesidad de formar parte de aquel poder creativo. Sus dedos se movieron, y las cuerdas graves de su instrumento añadieron un acompañamiento lastimero a la melodía, un ritmo suave pero insistente, preparando la atmósfera para lo que venía después. Abrió los ojos; Strann la miraba y sonreía de manera tan cálida y abierta que Karuth se sintió plena de confianza. Los dedos de ambos intérpretes se movieron más rápido, acelerando la melodía, modulando una variación más urgente, creando las imágenes de la chica del cabello de plata y los ojos de oro, del dolor y el amor, de la traición y la fidelidad, de la tormenta que se cernía sobre el mundo. Cyllan, que había amado a un señor del Caos, que había estado dispuesta a sacrificar no sólo su vida sino su mismísima alma por él; en la mente de Karuth se formaban imágenes, como solía ocurrirle cuando tocaba con total entrega, y casi podía ver aquellas escenas del pasado y sentir los sufrimientos de la chica sencilla, inocente y sin educación cuyo valor había ayudado a cambiar el mundo. *Si hubiera podido ser como Cyllan; si hubiera podido conocer aquel amor, aquella pasión...*

Ahora los dedos de Karuth volaban, mientras Strann la guiaba a los vertiginosos compases de danza que recreaban la desesperada huida de Cyllan a través del mundo para encontrar a su amante y devolverle la brillante pero mortífera piedra que contenía su alma. Los cabellos le cayeron sobre el rostro, ocultando la escena iluminada de antorchas que la rodeaba, y su conciencia voló y voló con la música que iba llegando al climax. Por fin, exhaló el aire contenido cuando sonó el último acorde triunfante, sonoro, y Strann pulsó la solitaria nota que lo atravesó en sorprendente disonancia, imponiéndose al tiempo que el acorde se desvanecía, sosteniendo el armónico que introduciría la melodía final y sobrenatural que se refería a la transformación de Cyllan, desde la mortalidad a algo más allá de la experiencia humana. Karuth estaba casi totalmente sumida en las imágenes creadas por su mente; apenas notaba a Strann que marcaba el *tempo* con el pie, contando los compases antes de que comenzara la melodía...

Un resplandor colosal iluminó de pronto la explanada, Karuth se asustó tanto que casi soltó su manzón. Oyó gritos de asombro entre la multitud y, segundos después, el lejano rugido de un trueno resonó procedente del mar. Con el corazón desbocado, intentando recobrar la compostura, Karuth alzó rápidamente la vista cuando Strann le dio una patada en el tobillo.

-¡No os paréis! -le dijo con un susurro áspero-. Seguid tocando; ¡acabad! Uno... dos... y...

Karuth no supo cómo logró recuperarse a tiempo, pero sus manos, si no su cerebro, reaccionaron mecánicamente y se unió otra vez a Strann para tocar el lento movimiento final, resplandeciente, que acabó por desvanecerse en el silencio.

Durante unos instantes, no hubo reacción por parte del público. Entonces, de manera tan repentina que Karuth volvió a sobresaltarse,

estalló una tremenda ovación. Los aplausos de cientos de manos parecían una repetición del trueno, y algunos, perdida la inhibición gracias al vino, gritaban y lanzaban vítores pidiendo más. Strann se puso en pie y tiró de Karuth al ver que ésta parecía demasiado confundida para poder moverse. Hicieron una reverencia ante el Alto Margrave y la Alta Margravina, después al público en general, y por último Strann realizó un florido gesto de reverencia a los catorce dioses, que fue saludado con renovado entusiasmo.

-Bien, bien -comentó en tono bajo y divertido, de manera que sólo Karuth pudiera escucharlo-. ¡Creo que les hemos gustado de verdad!

Las emociones de Karuth se debatían entre la vergüenza, la excitación y la satisfacción. Pero bajo todo ello había una sensación de intranquilidad y, cuando los aplausos por fin comenzaron a ceder, miró de reojo a su compañero.

-Gracias por salvarme -dijo en voz baja-. Por un instante perdí la cabeza. -Hizo una pausa antes de añadir-: ¿Qué fue aquello?

Él volvió a hacer una reverencia al público y, hablando con la boca entrecerrada, contestó:

-Un relámpago en el mar.

-Eso pensé yo. Pero los relámpagos no surgen de un cielo despejado.

Strann se enderezó y la miró a los ojos.

-No, no lo hacen.

-Entonces, ¿qué...?

-Señora -la interrumpió él-, sois una adepta de quinto rango del Círculo; estáis mejor cualificada que yo para responder a ese enigma. -Hizo otra reverencia al público, y Karuth lo imitó enseguida. Entonces él le cogió la mano izquierda. Todavía llevaba el anillo que le había dado Carnon Imbro, y Strann lo vio. Las diminutas gemas que formaban la estrella de siete puntas del Caos brillaban a la luz de las antorchas, y Strann, en un gesto muy deliberado, a la vista de todo el público, alzó la mano de Karuth y besó los dedos y el anillo con suavidad.

-Quizá -respondió en voz muy queda- haya sido una señal de aprobación de Yandros.

-¿Eso creéis?

Él vaciló, al parecer no queriendo soltarle la mano. Pero lo hizo y dejó caer también su brazo.

-No -contestó con seriedad-. No lo creo en absoluto. Pero es la única explicación que no me hace sentir más incómodo de lo que me gustaría reconocer.

CAPITULO 13

-Queridos, ¡ha sido un recital sencillamente espléndido! -Shaill Falada besó a Karuth en la mejilla y después estrechó efusivamente las manos de Strann-. ¡Espléndido! La Alta Margravina todavía lo está comentando; la ha emocionado tanto vuestra amabilidad al dedicarle esa pieza especial...

Strann tuvo la elegancia de ruborizarse ligeramente, y Karuth sonrió.

-Gracias, Matriarca -repuso-. No negaré, sin embargo, que estaba muy nerviosa al tener que tocar con semejante maestro -añadió, mirando a su compañero de dúo.

Esta vez Strann dijo algo ininteligible y se volvió; la sonrisa de Karuth se convirtió en risa. La Matriarca también se rió.

-No finjáis modestia conmigo, maestro Strann; conozco bien vuestra reputación, en más de una materia. Me honraríais si accedierais a visitarnos en Chaun Meridional para las festividades del Primer Día de Trimestre de verano. Alguien de vuestra talla artística sin duda animaría nuestros festejos.

Strann recobró su compostura al instante e hizo una reverencia.

-Señora, sois demasiado amable.

-Desde luego que lo soy, y pago bien por buenos servicios. Así que el Primer Día de Trimestre de verano, y no os atreváis a olvidarlo -dijo la Matriarca, y se volvió para contemplar la explanada, donde las enérgicas danzas campesinas estaban en pleno apogeo-. La tormenta ha quedado en nada, gracias sean dadas. Cuando se escuchó aquel trueno aislado pensé que la lluvia nos estropearía la noche, pero ahora no hay ni una nube en el cielo. Aunque hay que tener en cuenta que aquí el tiempo en primavera siempre es impredecible.

Karuth contempló la segunda luna, que se iba poniendo por el horizonte occidental, contra un fondo de estrellas. Tampoco había ni una nube en el cielo cuando el relámpago había surcado el cielo, pero parecía ser que ni la Matriarca ni nadie más, excepto Strann, lo había advertido. Reprimió un impulso de decirle algo a Shaill y decidió que era mejor guardarse sus intranquilos pensamientos acerca de aquel asunto.

Dejando aparte aquel momento de desconcierto, el improvisado recital que Strann y ella habían ofrecido a los invitados a la boda había sido un éxito. Ante las peticiones, habían tenido que improvisar dos bises y después, en medio de las felicitaciones, Karuth había visto que el Alto Margrave hacía un aparte con Strann, le cogía la mano efusivamente y le entregaba un buen puñado de monedas, entre las cuales, observó Karuth, había unas cuantas de oro. Era consciente de haber sido algo más que una pequeña ayuda para que Strann se congraciara con un patrón tan influyente, pero no le envidiaba a Strann ni una de las monedas que había ganado. Y, cuando él regresó a su lado, ruborizado por el éxito obtenido, los músicos del baile comenzaron a tocar de nuevo y Strann le pidió a Karuth que lo obsequiara con el primer baile; ella asintió con una amplia sonrisa. Karuth descubrió que Strann era un buen bailarín además de un buen músico, y al primer

Librodot

baile siguió el segundo y luego el tercero, hasta que Karuth se declaró sin aliento para poder seguir. Ahora habían encontrado sitio cerca de las mesas, donde se estaba sirviendo más comida y más vino, y Strann no parecía dispuesto a abandonar su compañía, aunque ella había notado, divertida, cómo paseaba su mirada por la gente, fijándose en una cara bonita aquí, un cuerpo esbelto allá. Su popularidad entre las jóvenes asistentes era evidente, y Karuth supo que, si no hubiera sido por su imponente presencia, las chicas habrían acudido a él como moscas a la miel. Pero, por el momento, Strann creía que ser visto en compañía de la hermana del Sumo Iniciado valía más la pena que buscar otro tipo de citas.

-Vuestro plato está vacío, dama Karuth. -La voz de Strann interrumpió sus ensoñaciones a la vez que el músico le cogía su plato-. ¿Puedo traeros algo de comer?

Karuth sonrió.

-Gracias, no. He comido de sobra.

-Otra copa de vino entonces -dijo y llamó a un criado chasqueando los dedos; algo, sospechó Karuth, que no hubiera osado hacer un rato antes.

Volvieron a llenarles las copas. La Matriarca los había dejado, llevada por un conocido, y por el momento no había nadie que pudiera escuchar su conversación.

-Un brindis -propuso Strann alzando la copa-. Por la música y por su más virtuosa maestra. Os saludo y os doy las gracias por la amabilidad que conmigo habéis tenido.

-¿Amabilidad? -repitió Karuth, sorprendida.

-Sí. Habéis sido lo bastante amable para permitir que yo persiga mis ambiciones egoístas esta noche y, gracias a vos, parece ser que no me faltará el pan durante una buena temporada. -Esbozó su amplia y contagiosa sonrisa-. Supongo que no querréis considerar el convertiros en mi mecenas oficial.

Karuth se echó a reír.

-No creo que necesitéis un mecenas, Strann. No haría más que estorbar vuestra pomposidad natural.

-Ah, bien -repuso él, aparentando desánimo; pero, antes de que pudiera decir nada más, el griterío procedente de la gente en la explanada los hizo volver las cabezas. Comenzaba una nueva danza y, entre gritos de aprobación, Blis Hanmen Alacar conducía a la Matriarca al centro de los bailarines ya dispuestos.

-Debe de estar a punto de amanecer -comentó Strann y dio palmas para sumarse a la aprobación general-. Éstos son los últimos emparejamientos rituales; pronto llegará la hora de la danza del Doble Círculo, y entonces aquellos de nosotros que no nos hayamos derrumbado exhaustos podremos por fin acostarnos. No niego que lo agradeceré -añadió sonriente-. Ha sido una larga noche.

-Pero memorable.

-Oh, sí. -Su expresión se hizo repentinamente seria, y una ligera arruga apareció en su frente-. Eso desde luego.

Antes de que Karuth pudiera indagar sobre aquel repentino cambio de humor, llamó su atención un movimiento entre la gente que se agolpaba en los límites de la explanada y vio un reducido grupo que se

Librodot

dirigía hacia ellos. Abría la marcha la Alta Margravina, escoltada por Tirand y Lias Barnack, seguidos a una distancia prudencial por una chica atractiva, morena y pequeña, cuyo nombre Karuth no conocía, pero que había bailado con Tirand en varias de las danzas anteriores. Jianna apretó el paso al acercarse, y tanto Karuth como Strann se levantaron e hicieron una reverencia ante ella.

-Karuth... ¿Puedo llamarte Karuth? -inquirió Jianna, con el rostro rojo de felicidad; su cabello desprendía destellos dorados a la luz de las antorchas-. Muchísimas gracias por tu interpretación de esta noche. Ha sido realmente arrebatadora. Y tú, maestro Strann, ¡has estado magnífico! Tu reputación no te hace justicia en absoluto. Tirand me ha dicho que ni siquiera os habíais visto antes de esta noche. Apenas puedo creerlo; tocasteis como si lo hubierais hecho juntos toda la vida.

-Señora, nos honráis -repuso Strann haciendo una nueva reverencia. Karuth lo imitó.

-No puedo entretenerme. Debo bailar esta pieza con mi padre, mientras que Blis lo hace con la Matriarca. Gracias de nuevo. Gracias de parte de todos nosotros. ¡Gracias! -Era probable que Jianna hubiera bebido un poco más de lo que estaba acostumbrada, pensó Karuth; eso realzaba su brillo, pero estaba sobreexcitada y locuaz. Se alejó apresuradamente, como un torbellino de capa dorada y cabellos resplandecientes, y Lias Barnack sonrió a sus espaldas.

-Nuestra nueva Alta Margravina traerá un aire nuevo a esta corte rancia, si no me equivoco -comentó-. ¡Que Aeoris y Yandros la bendigan! En cuanto a vosotros dos, tan sólo puedo añadir mi humilde granito de arena a los elogios que ya habéis recibido. Estuvisteis muy inspirados.

A Karuth la sorprendió y emocionó aquel sencillo elogio de Lias, que siempre hacía ostentación de su cinismo. Tirand también añadió sus cumplidos, aunque ella detectó una nota de reserva en su voz y vio que miraba a Strann con cierta desconfianza. La chica morena se había quedado en un segundo plano, y Tirand no hizo ademán de presentarla; en lugar de eso, se encaró con Strann y le habló directamente.

-Veo que eres Maestro de las Artes Musicales -observó con tono no demasiado amistoso-. Me sorprende que, como ha dicho antes la Alta Margravina, no nos hayamos conocido antes.

Strann hizo un gesto de desaprobación hacia sí mismo.

-Mis lazos con el gremio nunca han sido fuertes, Sumo Iniciado. No soy más que un artista ambulante.

-Aunque con un virtuosismo fuera de lo normal -observó Lias.

Tirand no hizo caso del comentario.

-¿Cuál es el nombre de vuestro clan?

-Como mi relación con el gremio, es cosa del pasado -repuso Strann mirando a Tirand a los ojos, sonriente-. Supongo que mis parientes de Wishet deben de estar tan contentos como yo de haber cortado los viejos lazos.

-Una pena -replicó Tirand, devolviendo la sonrisa con frialdad-. Hay mucho que decir en defensa de la seguridad y protección de una familia unida, ¿no lo crees así?

-Desde luego, señor, y envidio a quienes poseen ese refugio -contestó Strann sin alterar su sonrisa; entonces hizo una brusca

reverencia-. Os he entretenido demasiado tiempo, dama Karuth -dijo, dando la espalda a Tirand y cogiendo la mano de Karuth-. Gracias de nuevo por el privilegio que me habéis otorgado esta noche. Que los dioses os sigan siendo propicios. -Le besó los dedos con deliberada lentitud y luego volvió a inclinarse ante los otros dos-. Sumo Iniciado, maese Lias, buenas noches.

Karuth lo vio alejarse y sintió cómo la furia crecía en su interior. Lias se había retirado prudentemente e invitaba a bailar a la chica morena; al cabo de unos instantes los dos se perdieron entre la multitud, y Karuth y Tirand se quedaron solos.

El silencio se mantuvo durante unos segundos. Entonces, Tirand explotó:

-Que los dioses me cieguen, ¡qué frescura la de ese juglar vagabundo!

Karuth sintió que se le tensaban los músculos de la mandíbula.

-No seas ridículo, Tirand -le respondió.

-¿Yo ridículo? -bufó Tirand-. ¡Intentaba burlarse de los dos! Maldito sea, ¡te ha utilizado, Karuth! Ha tenido la descarada arrogancia de intentar ponerse a tu nivel, de congraciarse...

-¿Importa eso?

-¡Claro que importa! Si veías su juego, me sorprende que lo dejaras seguir. Besarte la mano como si fuera un amigo íntimo, y tenerte monopolizada durante tres bailes...

Karuth empezó a enfadarse de verdad.

-Igual que tú monopolizaste a esa guapa jovencita a quien Lias ha tenido el tacto de llevarse. Pero supongo que eso es distinto.

-Sí, por supuesto que es distinto. Ilase es...

-Oh, ¿se llama Ilase? -lo cortó Karuth con mordacidad-. Podrías habérmela presentado.

Las mejillas de Tirand se arrebolaron.

-No, no lo hice porque, aunque podría haber querido presentársela a mi hermana, ¡no tenía intención de presentarla a un hombre que no es digno ni de llevar su equipaje!

Karuth lo miró fijamente.

-Ya veo. De manera que el talento de Strann no cuenta para nada; sólo su rango es importante. ¿He de suponer entonces que he mancillado nuestro nombre y el del Círculo por haber consentido en tocar un dúo con él?

-¡No he querido decir eso! -De repente, la furia indignada de Tirand cedió y siguió en un tono más apagado-. No es eso, Karuth. La música fue espléndida; no pretendo negar eso ni por un instante. Pero, sea Maestro de Música o no, ese hombre no es más que un cínico oportunista y no me gusta ver cómo mercadea con tu posición y cómo te utiliza de reclamo para obtener ventajas. Es algo que está mal y que te degrada.

-¡Oh, Tirand! -Karuth exhaló un profundo suspiro-. ¿De verdad me crees tan ingenua? ¿Crees que no sabía exactamente lo que intentaba hacer Strann?

-No sólo lo intentaba. Lo estaba consiguiendo, por lo que yo he visto.

-Bueno, ¿y qué importa? Su profesión es el espectáculo; de él

depende para ganarse la vida. ¿Esperas que no aproveche una oportunidad cuando la encuentra?

-¡No a costa tuya!

La ira de Karuth creció de nuevo.

-¡Por el amor de Yandros, Tirand, no fue a costa mía! Disfruté tocando con él, y disfruté bailando con él, y encontré que su compañía era agradable y divertida. ¡Puedo asegurarte que, de cualquier ventaja que él obtuviera de estar conmigo, yo también saqué provecho!

Tirand la miró furioso.

-Todo eso está muy bien; siempre y cuando no acabe por subírsele a la cabeza. Si piensa que le has dado la menor señal de ánimo, entonces sólo los dioses saben a qué se atreverá en la próxima ocasión.

-Tirand... -De pronto el tono de voz de Karuth fue venenoso, y su hermano se quedó parado-. ¡Strann no se atrevió a nada, pero tú sí que lo estás haciendo! ¿Cómo te atreves a decirme eso? ¿Es que me tomas por una idiota?

-Karuth, yo sólo...

-¡Nada! -lo interrumpió; entonces advirtió que había gente que los miraba y convirtió su voz en un quedo y furioso murmullo-: ¡No pienso escuchar ni una palabra más, Tirand! Si no te conociera tan bien, diría que estás borracho; tal y como están las cosas, prefiero pensar que has intentado protegerme torpemente de una amenaza que sólo existe en tu imaginación. -Hizo una pausa y su boca dibujó una dura línea recta-. Y te recuerdo que, incluso en el caso de que tus sospechas fueran fundadas, ¡la forma en que yo quiera llevar mi vida privada es asunto sólo mío!

Karuth pensó por un instante que Tirand querría seguir discutiendo, pero éste se encogió de hombros y retrocedió.

-No quiero pelearme contigo, Karuth. No quiero pelearme con nadie y menos en esta noche. -Le lanzó una última mirada suplicante-. Sólo estaba preocupado por ti.

-Lo sé -dijo ella con más suavidad.

Él asintió y se mordió los labios.

-Tienes razón. Me lo he tomado demasiado a la tremenda. Lo siento. No quería molestarte o insultarte.

Karuth lanzó un suspiro.

-Lo entiendo, Tirand. No creas que no aprecio tus desvelos, incluso cuando están fuera de lugar. No sigamos con esto, ¿de acuerdo? Olvidemos que ha tenido lugar esta conversación.

Tirand se sintió aliviado.

-Creo que sería lo más inteligente. -Vaciló y luego añadió-: ¿Querrás bailar conmigo? La noche casi ha terminado; hagamos las paces y disfrutemos lo que queda de la velada.

En la mente de Karuth quedaba todavía un rastro de amargura, pero lo desechó. Había disfrutado tanto de la fiesta hasta que sucedió aquello... Quería recuperar el deleite y no permitir que nada ensuciara el recuerdo que se llevaría a casa.

-Sí -repuso mientras intentaba borrar los últimos rastros de enfado de su voz-. Bailaré contigo, hermanito.

El amanecer en el horizonte oriental prometía otro hermoso día,

Librodot

pero Karuth estaba demasiado cansada para sentir poco más que una ligera punzada de envidia ante el amable clima sureño, mientras caminaba por los amplios pasillos del palacio en dirección a su dormitorio y a la ansiada cama.

Era uno de los últimos invitados en retirarse. Hacía una hora que la pareja de recién casados había sido escoltada a sus aposentos privados y algunos de los asistentes de más edad habían admitido su derrota mucho antes. Sólo unos cuantos incondicionales, que se negaban a que terminara la memorable noche, habían aguantado para brindar por Blis y Jianna y por ellos mismos, y por el primer resplandor del amanecer, y por cualquier pretexto que se les ocurrió antes de abandonar las opulentas salas en busca del sueño. Karuth se había quedado sentada un rato en el jardín donde habían tenido lugar las atracciones musicales, disfrutando del frescor de la madrugada y escuchando los primeros trinos de los pájaros. Tirand había abandonado la fiesta y se sentía contenta de haberse librado de su presencia, que desde la dura discusión le había resultado algo agobiante. No era culpa de Tirand. Tan sólo había intentado hacer lo que creía más conveniente, y Karuth sabía que debería haberse sentido halagada por su afán de protegerla. Pero, en la atmósfera más cálida y liberal de la Isla de Verano, que contrastaba duramente con el severo ambiente de la Península de la Estrella, la puntillosa preocupación de su hermano resultaba mortificante. De forma que había escapado a la tranquila soledad del jardín para relajarse y apaciguar su enfado antes de irse a dormir.

No había vuelto a hablar con Strann. Lo había visto una vez, aparentemente enfrascado en íntima conversación con una atractiva joven, y los dos habían desaparecido de la fiesta poco después. Karuth no se sentía disgustada -era demasiado mayor y demasiado experimentada para nociones tan ilusas- pero lamentó, sólo un poco, no haber tenido la ocasión de desearle las buenas noches de manera más amable.

Pero las lamentaciones, junto con los demás pensamientos, se vieron sumergidas en una agradable neblina de cansancio al acercarse a su dormitorio. El pasillo seguía a oscuras; los invitados de mayor rango habían sido hospedados en el ala oeste de palacio, donde sus sueños no se verían molestados por el sol matutino y, ahora que las antorchas estaban apagadas, tan sólo un débil brillo perlífero aliviaba las tinieblas. Subió un corto tramo de escalera y después torció por un pasillo más estrecho que arrancaba a la izquierda del final de la escalera. Su habitación estaba casi al final de aquel pasillo, y estaba contando puertas cuando sintió un cosquilleo en la base del cuello, y los finos pelos de la nuca se le erizaron como si un relámpago hubiera centelleado silenciosamente a sus espaldas.

Los pasos de Karuth se hicieron indecisos y se paró a escuchar en el silencio repentino que se creó al detenerse del todo. No se oía nada, ni un movimiento furtivo. Pero sabía con toda seguridad que la estaban observando.

Recordando las lecciones más elementales de su adiestramiento como adepto, hizo que su respiración adquiriera un ritmo lento y poco profundo, que calmó los acelerados latidos de su corazón. La lógica

Librodot

decía que no podía haber ningún peligro en aquel lugar, pero a pesar de ello le costaba mirar por encima del hombro. Se regañó a sí misma por permitir que la imaginación la intimidara, y se volvió en un rápido movimiento.

No había nada. Karuth observó los ángulos débilmente iluminados de las paredes mientras contaba despacio hasta siete; luego se giró.

Y, al moverse, un violento resplandor esmeralda centelleó en la periferia de su campo de visión.

-¿Quién...? -La palabra escapó de su garganta antes de que pudiera tragarse el resto de la pregunta, y resonó en el silencio. Alargó el brazo y apoyó la mano contra la pared para mantener el equilibrio tanto de su cuerpo como de su mente; avanzando despacio, con cautela, volvió a la intersección con el pasillo principal. La penumbra parecía doblemente intensa, tras la luminosidad instantánea del resplandor esmeralda, y, aunque la oscuridad que tenía ante sí parecía tan vacía como silenciosa, Karuth seguía con la piel de gallina a causa de la intranquilidad psíquica. Dos pasos más, tres. Alcanzó la intersección donde la escalera bajaba en ángulo recto, y se obligó a salir al pasillo más amplio.

A su derecha, la escalera bajaba. Al final del corto tramo, una mujer joven la miraba.

Karuth se sintió completamente estúpida. Todo aquel drama, todos aquellos nervios, sólo para descubrir que su misterioso seguidor era sencillamente otra juerguista tardía -o madrugadora- que buscaba su lecho. La tensión la abandonó y, alzando una mano a modo de saludo, abrió la boca para pronunciar un «buenas noches» cómplice y sigiloso.

Entonces, cuando su cerebro interpretó lo que sus ojos veían, se detuvo.

Las sombras al pie de la escalera eran tan intensas que habría debido ser imposible ver algo más que una vaga silueta de la mujer y, no obstante, cada detalle de su rostro y de su cuerpo se mostraba con total claridad. Estaba envuelta en una débil aureola de extraños colores que parecía emanar de su interior; el halo resaltaba su cabello, despeinado y pálido, y daba un aire sobrenatural y estremecedor a sus ojos, inusualmente grandes. Además, su vestido de seda roja era de un estilo anticuado que no se llevaba desde hacía al menos cincuenta años.

Karuth se apoyó en la pared, cautivada por la aparición, y una terrible sensación de reconocimiento afloró a la superficie de su mente. Luchó contra ella, negándose a reconocerlo; y la mujer le sonrió abiertamente, con una sonrisa traviesa y sabia que no era del todo humana.

Y desapareció.

-¡Aah! -Karuth dio un respingo y casi cayó al suelo cuando uno de sus zapatos pisó el dobladillo de su túnica. Recobró el equilibrio y miró hacia la oscuridad de la escalera, incapaz, en los primeros segundos de aturdimiento, de creer que no hubiera sido una alucinación. Pero al fin la razón consiguió imponerle la verdad. No se había imaginado aquella silueta pálida y mágica, ni estaba soñando despierta. Había tenido una visión clara y categórica de alguien que en términos humanos llevaba muerta casi cien años.

No existían retratos, puesto que aquella joven de cabellos blancos y ojos ambarinos había abandonado el mundo mortal antes de que se le

pudiera rendir semejante homenaje. Pero las viejas historias habían pasado de boca en boca a partir de aquellos que vivieron el Cambio, y habían preservado recuerdos de su imagen. Y aquella sonrisa, tan sabia y al tiempo tan burlona, aquella sonrisa llevaba el sello del Caos.

Karuth sintió un repentino mareo al tiempo que un pozo de miedo primordial parecía abrirse como una boca en su interior. Giró sobre sí misma, se metió en el pasillo lateral, y corrió hacia su habitación, sin importarle el ruido que hacía. Cruzó a toda prisa el umbral y se lanzó sobre la cama de rico dosel; sólo cuando se vio tendida cuan larga era sobre la rica colcha y cuando sintió debajo los sólidos contornos de la cama cedió el terror y volvió la racionalidad a su mente.

La ventana estaba abierta y una suave brisa entraba en la habitación, refrescándola y trayendo aromas de flores y hierba cortada. La luz del día iba desterrando las sombras. Karuth rodó en la cama y se sentó; recogió las piernas y, apoyando la barbilla en las rodillas, contempló el tranquilo mundo exterior.

De pronto, tras el pánico, su mente razonaba con claridad y frialdad y supo que el miedo que había sentido no había sido producto de lo que había visto, sino de sus implicaciones. No temía al Caos; como adepto de quinto rango tenía suficientes tratos con sus habitantes inferiores y menos predecibles para ser víctima de los terrores que podrían haber acosado a mortales comunes, y no tenía motivo para pensar que Yandros se le mostrara adverso. Pero, desde los tiempos del Cambio, los dioses habían mantenido su promesa de no participar de forma directa en los asuntos humanos; ya hacía casi un siglo que se mantenían alejados y aislados del mundo. Entonces, ¿por qué, se preguntaba, por qué aquella noche, en aquel lugar, había regresado al mundo de los mortales alguien que tan sólo podía ser un avatar del Caos?

El anillo con su estrella de siete puntas, el viejo regalo de Carnon Imbro, le apretaba el dedo y Karuth lo torció para aliviar la incomodidad, aunque no se lo quitó. Estaba agotada, pero no quería tumbarse y cerrar los ojos. Sus sentidos psíquicos estaban despiertos y trabajaban a ritmo febril; sabía que soñaría y que sus sueños tendrían un significado, y no quería enfrentarse a lo que éstos traerían consigo.

Aquella noche, Strann y ella habían interpretado el tema de Cyllan Anassan, un homenaje a una mujer muerta hacía largo tiempo y a la nueva Alta Margravina. La visión que había tenido ¿era sencillamente un reconocimiento a ese homenaje por parte de un dominio superior?, ¿o había una conexión más sutil que no podía adivinar? Recordó su inquietud cuando el extraño y solitario relámpago había surgido sobre el mar, como si algo lanzara un aviso. A Strann también lo había inquietado aquel incidente, y Karuth tenía la sospecha de que, aunque no quisiera admitirlo, él también había sido alertado a un nivel sub-consciente con la sospecha de que algo iba mal.

Pero ¿qué? No encontraba respuesta a esa pregunta; no tenía ni el más mínimo indicio que la guiara. Sólo intuición y conjeturas, y eso no era suficiente.

Por fin, Karuth abrió la cama y se tapó con la colcha. Debería haberse desvestido, lavado y alisado el cabello, pero no podía dedicarse a tareas tan cotidianas. Estaba demasiado cansada; su cuerpo pedía

dormir, por mucho que su mente se resistiera a ello.

Al cerrar los ojos, se formaron imágenes en su mente. Vio de nuevo el pálido rostro de la mujer, su sonrisa, la extraña y tenue aureola que la rodeaba. Karuth apretó los puños, y el anillo se le clavó dolorosamente en la palma mientras intentaba -era una contradicción, pero pocos recursos le quedaban- relajarse. El sueño aguardaba como un depredador; sintió que se le acercaba silencioso, apagando sus sentidos, arrastrándola lejos del mundo físico. Su último pensamiento consciente fue: *¿Por qué? ¿Por qué has regresado después de tanto tiempo? ¿Y qué intentas decirme?*

Una pequeña y fina mano se elevó, y un par de ojos de color esmeralda y ámbar observaron las corrientes de colores innombrables que surgían de las yemas de los dedos de Cyllan y se mezclaban con las cambiantes y resplandecientes neblinas del Caos. Habían elegido un lugar tranquilo, sólo turbado por los suaves remolinos causados por brisas que surgían de ninguna parte y se perdían en la nada. No había ojos que los contemplaran, ni oídos que escucharan su conversación. De vez en cuando, chispas de energía elemental se les acercaban, atraídas por su presencia, y quedaban flotando como diminutas joyas, esperando alguna forma de reconocimiento o recompensa, pero una amable orden de la mente de Tarod las enviaba de nuevo a volar en un curso sin propósito. Normalmente no prestaba atención a cosas tan nimias, pero en aquel momento eran una intromisión, y no quería intromisiones.

-¿De manera que hay algo fuera de lo normal? -inquirió.

Cyllan encogió sus desnudos hombros y su plateada cabellera se movió.

-Sí, eso creo. Pero, en cuanto a su origen..., no lo sé, Tarod. No pude ni comenzar a imaginarlo. No encontré nada concreto, pero hay corrientes subterráneas en algunas de las mentes humanas con mayor capacidad psíquica: sueños extraños, miedos sin fundamento, sospechas... Pero no poseo tus poderes. No puedo estar segura de que no sea más que una agitación inofensiva.

Tarod suspiró.

-No podemos intervenir de manera directa sin romper nuestro viejo juramento. No nos han pedido que intervengamos; y, si lo hicieran, no tengo la seguridad de que Yandros quisiera responder.

-¿Aun cuando la petición viniera de alguien como Karuth Piadar?

Tarod reflexionó y negó con la cabeza.

-Dudo que significara alguna diferencia. Sé que está bien dispuesta hacia el Caos, y tiene el potencial para convertirse en un valioso avatar. Pero nunca ha utilizado ese potencial; es demasiado prudente y gran parte de su talento natural se desperdicia. Es una pena. Esperaba más de ella.

-Me preguntaba -dijo Cyllan- si alguno de los tres que vieron algo extraño en la noche podrían ser instigados a invocar al Caos en busca de consejo. -Sonrió débilmente, con el mismo gesto endiablado que le había helado la sangre a Karuth en el oscuro pasillo del palacio del Alto Margrave-. Karuth era mi más profunda esperanza; pero tienes razón: decidió seguir el camino de la prudencia y no hizo nada. Creo que está demasiado influida por la actitud de su hermano.

-Ah, sí, el respetable Tirand. Cada año se vuelve más estirado, ¿no crees? Las responsabilidades del liderazgo parecen haber extinguido las últimas chispas de independencia que pudiera haber tenido. A este paso, no será más que un simulacro de su padre.

Cyllan miró a lo lejos.

-Para él no debe de ser fácil. Que le caiga encima una carga tan pesada a su edad... es suficiente para aplastar el espíritu de cualquier hombre. Y su hermana le es muy fiel; sabe lo importante que es no socavar su autoridad.

Tarod entrelazó su mano con la de Cyllan y la apretó con suavidad.

-Siempre estás dispuesta a ver el lado bueno y a encontrar excusas para los defectos.

-En el caso de mortales como Tirand y Karuth, sí -repuso con una sonrisa, una sonrisa muy íntima que traía viejos recuerdos compartidos-. Igual que tú hiciste cuando viviste entre ellos.

-Puede ser... pero, sea como sea, no creo que podamos seguir con esto por el momento. Has visitado el mundo de los mortales y no has descubierto fuego tras el humo; desde luego, nada que nos permita actuar. Nada más podemos hacer. -Hizo una pausa y luego prosiguió-: Sólo quisiera poder desechar mi sospecha de que hay alguna relación entre este asunto y el incidente ocurrido en Chaun Meridional.

Cyllan lo miró fijamente.

-Creía que habías olvidado ese asunto hacía tiempo.

-Y lo hice, pero ahora comienzo a darle vueltas. Ha habido una o dos extrañas coincidencias: en aquella ocasión, ciertos individuos en el mundo de los mortales se vieron asaltados por pesadillas; y ahora esos mismos individuos vuelven a tener pesadillas. Sabemos también que hay una turbulencia en las corrientes psíquicas de ese mundo. Es pequeña, pero con la suficiente intensidad para que la hayamos sentido y nos hayamos decidido a examinarla más de cerca. -Se paró un instante para ordenar sus pensamientos-. Decidimos no contestar al Sumo Iniciado cuando nos pidió ayuda hace cinco años. No estoy diciendo que nos equivocáramos, pero sí que la mente humana no saca a la luz estas cosas sin motivo.

-Los señores del Orden no han demostrado ningún interés, ni entonces ni ahora -señaló Cyllan-. Seguro que, si Aeoris tuviera la sensación de que algo se estaba tramando, no se habría mantenido en silencio.

-En el pasado, Aeoris fue un estúpido pagado de sí mismo; puede que todavía no haya aprendido la lección. Me preocupa asegurarme de que no cometamos el mismo error que él cometió una vez, no haciendo caso de algo que puede tener cierto fundamento. -Tarod se puso en pie e, invitándola a acompañarlo, comenzaron a andar lentamente por el cambiante terreno-. El furor por la muerte de la antigua Matriarca se extinguió hace tiempo, pero el misterio nunca ha sido resuelto. Decidimos que era un asunto demasiado trivial para prestarle mayor atención; pero ahora pienso que quizá deberíamos volver sobre él. -Se detuvo y le cogió con suavidad el rostro entre las manos-. No tengo nada más para guiarme que mi intuición y la tuya. Pero sé que hay una relación, Cyllan, lo presiento. Y no me gusta ese presentimiento.

Ella reflexionó durante unos instantes. Tres centellas elementales

más se le acercaron y se posaron en sus cabellos; Tarod hizo ademán de espantarlas, pero cambió de parecer y dejó caer el brazo.

-¿Qué deberíamos hacer? -preguntó al fin Cyllan.

-Vigilar -respondió Tarod-. Estar alerta en busca de signos extraños en el mundo de los mortales, y también vigilar si hay algún indicio de que Aeoris y los suyos están saliendo de su letargo. -Miró a su alrededor, con los ojos entrecerrados-. Por el momento no le diré nada a Yandros: no tiene sentido mientras no tengamos algo más concreto que contarle. Puede ser que no haya nada malo y que estemos siguiendo una conjetura sin sentido, después de todo. Sin embargo, creo prudente que no pensemos eso por el momento.

Las tres chispas doradas cayeron de los cabellos de Cyllan cuando ésta y Tarod siguieron andando. Un caprichoso remolino las atrapó y desaparecieron dando vueltas en la neblina, girando y centelleando de manera irregular. Aquellos diminutos seres eran la mínima expresión de vida en aquel plano, como plancton en el gran mar cambiante del Caos. Apenas sensibles, sus vidas eran un ciclo sin inteligencia, vagando y danzando, reflejando todo lo que pasaba junto a ellas sin entenderlo. Eran burbujas, naderías, hermosas y completamente inofensivas.

Completamente inofensivas...

Una silueta cobró forma, surgiendo de la niebla donde instantes antes no había nada. Las tres chispas temblaron, atraídas por aquella nueva presencia; sopló un ligero céfiro que las empujó, y danzaron hacia la figura que las esperaba. El recién llegado alzó una mano retorcida y las dejó girar en ella; mientras bailaban y centelleaban, los ojos carmesíes las observaron con fijeza y vieron algo de lo que ellas habían visto y el ser escuchó algo de lo que habían oído. Era un rompecabezas incompleto, sin coherencia ni lógica, pero era suficiente para alarmarlo.

Narid-na-Gost arrojó a los elementales, que volaron, separándose, y se desvanecieron, y se volvió para contemplar el lugar donde habían estado sentados el señor del Caos y su dama. Sus ojos brillaban con amargura y odio, y una nueva sensación de urgencia se reflejó en ellos mientras en su interior se agitaba la intranquilidad como un gusano. Luego se alejó. Por un instante, la niebla se hizo oscura y a jirones, semejante a humo o a una nube cargada de lluvia y arrastrada por el viento. Cuando volvió a aclararse, el demonio había desaparecido.

-Hermano...

Un rayo de luz pura entraba oblicuamente por un alto ventanal y se derramaba sobre el suelo de mosaico, resaltando su perfecta simetría. El visitante recibió permiso para acercarse y se deslizó hasta donde se hallaba el más importante de sus hermanos, contemplando el paisaje de tonos pastel.

Aeoris alzó la cabeza. Sus ojos, sin pupilas, eran dos esferas gemelas doradas en su cráneo; el cabello blanco le caía sobre los hombros, enmarcando un rostro de facciones duras pero atractivo. No sonreía; raras veces lo hacía. Pero sus mandíbulas se tensaron ligeramente, como por el efecto de una ansiedad reprimida.

-¿Qué noticias hay? -preguntó.

Su hermano, de apariencia idéntica a Aeoris en todos los aspectos, movió la cabeza.

-Algo se agita en el Caos, no cabe duda. Anoche enviaron un mensajero al reino de los mortales...

-¿Rompieron su juramento? -lo interrumpió Aeoris con brusquedad.

-No, no; era una criatura de orden inferior, no uno de la sucia familia de Yandros, y por lo que podemos saber no se ha hecho ningún intento de intervenir en los asuntos humanos. Aun así, no habrían dado ese paso, por pequeño que sea, sin una buena razón, y viene a confirmar nuestras sospechas. Algo se está tramando, y puede ser algo perjudicial para el Caos.

Aeoris volvió a mirar por la ventana, ponderando las noticias. Su aspecto externo era de tranquilidad, pero su hermano vio el significativo color blanco de los nudillos cuando agarró el alféizar de la ventana, y sintió la nueva excitación que crecía en su interior.

-Daría mucho por saber qué han descubierto -habló por fin Aeoris, y su tono revelaba una profunda frustración-. Pero no podemos penetrar en sus dominios, de la misma manera que ellos no pueden penetrar en los nuestros. -Bruscamente miró de nuevo al otro señor del Orden-. ¿Y qué hay del mundo de los mortales, Ailind? ¿Ocurre algo nuevo allí?

-Nada que no supiéramos ya -repuso Ailind-. Hay una sensación de presagios en algunas de las almas más sensibles, aunque ni ellos ni nosotros ni, por lo que parece, el Caos, podamos darle un nombre o un motivo. Pero el Círculo no muestra signos de preocupación.

Aeoris reflexionó unos momentos.

-Muy bien -dijo al cabo-. Entonces seguiremos como hemos hecho hasta ahora: esperaremos. -Sus ojos adquirieron una nueva e inquietante tonalidad-. Puede que nos equivoquemos, Ailind. Puede que esto no acabe en nada. Pero, si hay una oportunidad, por muy pequeña que sea, de atacar al Caos, quiero asegurarme de que estamos preparados para aprovecharla. -Apretó los puños y, clavando la vista en ellos, controló su voz con esfuerzo-. Le debo a Yandros una deuda de venganza que ardo en deseos de reparar. Si hay problemas en los dominios del Caos, estaré esperando para aprovecharme de ello. ¡Un error, un momento de descuido, y le daré a Yandros tal golpe que destrozará su arrogante supremacía y lo hará venir arrastrándose a mis pies! -Respiró honda y lentamente, obligándose a tranquilizarse antes de volverse a Ailind, esta vez con más calma-. Vigila, Ailind. Es todo lo que pido por el momento. Vigila -repitió, sonriendo al fin, una sonrisa gélida y feroz-. Y asegúrate de que nada escapa a tu atención.

CAPITULO 14

El viaje de regreso del grupo del Círculo a la Península de la Estrella no resultó ser el alegre trayecto que había sido el de ida. Las prolongadas celebraciones de la boda habían sido seguidas por una gran fiesta para celebrar el vigésimo primer cumpleaños de Calvi, de manera que, cuando terminaron todos los festejos, los visitantes del Castillo habían pasado un total de once días en la Isla de Verano, y para Tirand ya eran más que suficientes. Sufría una creciente ansiedad por lo que pudiera estar ocurriendo en el Castillo durante su ausencia, y según pasaban los días comenzó a ponerse irritable y a desear la partida con impaciencia. Karuth se habría quedado de buena gana un poco más, para disfrutar de la rara oportunidad de estar tranquila y relajada en el delicioso clima sureño; la Matriarca y su séquito no tenían pensado partir de manera inmediata, y Karuth no veía por qué no habían de seguir su ejemplo. Pero Tirand se negó a considerar la idea y ni siquiera el Alto Margrave consiguió hacerlo cambiar de opinión. El deber lo llamaba de vuelta al hogar, decía Tirand, y el deber era lo primero. De manera que, a regañadientes, Karuth hizo su equipaje y se dispuso para partir.

La travesía marítima fue mala. El buen tiempo se había terminado, dejando paso a lluvias a ráfagas y vientos tempestuosos del noroeste que convirtieron la Bahía de las Ilusiones en una agitada pesadilla gris, y, cuando su barco llegó a Shu-Nhadek, después de luchar durante muchas horas contra los vientos predominantes, incluso los más marineros del grupo estaban mareados y sin ganas de enfrentarse a la siguiente etapa del viaje sin un descanso previo. Luego, una vez recuperados e iniciado el viaje por tierra, pareció que todo estaba en su contra. Los caballos cojeaban, los escoltas contratados resultaron no ser de fiar, las inundaciones primaverales en las llanuras de Han los obligaron a dar un largo y penoso rodeo. Y el humor del grupo se vio todavía más amargado por el talante taciturno del Sumo Iniciado y por la evidente preocupación de Karuth, motivada por algún asunto privado que parecía no querer discutir con nadie.

Karuth estaba verdaderamente preocupada, y por primera vez en su vida se encontraba con que no podía discutir sus problemas con Tirand. Su reticencia no tenía nada que ver con la pelea en la fiesta de la boda, que por lo que a ella concernía era algo pasado y olvidado; surgía sencillamente de darse cuenta con consternación que Tirand no comprendería la naturaleza del problema al que se enfrentaba. Si intentaba explicarlo, temía que él se sentiría obligado, por una preocupación mal entendida, a prohibirle hacer investigaciones por su cuenta.

Por pura casualidad, Karuth había descubierto que su inquietante visión en la noche de la boda no había sido un incidente aislado. Había visto a Strann una única vez antes de su partida hacia el continente -como músico pagado más que invitado, no le habían pedido que se quedara- y, durante su breve despedida, él dijo de repente algo que dejó a Karuth completamente aturdida. Podía recordar sus palabras, y ver mentalmente su taimado rostro, desprovisto de pronto de la normal

Librodot

sonrisa despreocupada.

-Creo -había dicho- que no seré tan propenso a demostrar mi talento interpretando «Cabellos de Plata, Ojos de Oro». -De pronto la sonrisa volvió, pero era un poco forzada-. La música y el vino son una mezcla embriagadora, dama Karuth, pero he de decir con franqueza que nunca antes había estado tan borracho como para tener una visión semejante durante el sueño.

Karuth se había quedado muy quieta y había preguntado:

-¿Qué queréis decir?

-Oh, no es nada importante, estoy seguro. No parecía que la dama quisiera hacerme daño: incluso me sonrió, aunque dudo de querer ver en sueños esa sonrisa de nuevo. Aun así, me lo tomaré como un cumplido, y rezaré unas cuantas oraciones al Caos para asegurarme. -Se inclinó sobre la mano de Karuth-. Adiós, señora. Que los dioses os acompañen.

Con eso se marchó, sin que Karuth tuviera oportunidad de hacerle más preguntas. Sus palabras habían sido enigmáticas, pero Karuth no tenía la menor duda de lo que debía de haber ocurrido. Y cuando, más tarde, aquel mismo día, Calvi Alacar fue en su busca para pedirle una infusión que sirviera para alejar los sueños espantosos, las alarmas mentales volvieron a dispararse.

Había tenido más éxito en sonsacarle la verdad a Calvi, y descubrió que su visión -que, al igual que a Strann, le había llegado en sueños- era casi idéntica a la que Karuth había tenido. Una mujer de pelo blanco, con extraños ojos de color bronce, según relató Calvi, lo esperaba en los jardines de palacio al fin de la noche, y le sonreía. No parecía tener ni idea de quién era, pero el sueño lo había aterrorizado, y para Karuth aquello significó la confirmación definitiva.

Ella, Strann, luego Calvi. ¿Habría otros? No lo sabía y no se le ocurría la manera de descubrirlo sin despertar sospechas. Pero una y otra vez la pregunta resonaba en su mente: ¿Por qué? ¿Por qué había el Caos enviado la misma visión a tres personas tan diferentes? ¿Y qué mensaje había querido transmitir la visión?

Desde entonces no había tenido más visitas de aquel tipo, y, por lo que sabía, tampoco las había tenido Calvi. Sin embargo, el recuerdo de aquella experiencia la acosaba como si fuera a repetirse cada noche y había dado lugar a otros recuerdos inesperados. No había relación evidente entre ellos, pero Karuth no conseguía deshacerse de la sospecha de que existía una conexión y que, de alguna manera inquietante y arcana, era importante: sus sueños en la casa del Margrave en Shu-Nhadek la noche antes de zarpar hacia la isla; su miedo irracional a la lejana y desierta Isla Blanca; antes, el asunto de la terrible muerte de la vieja Matriarca y de la desaparición de su pupila; y, si se remontaba más en el pasado, llegaba al recuerdo infantil de las últimas horas de Keridil Toln, de pie junto a la cama de la madre muerta de Ygorla Morys, pronunciando su comentario poco claro.

Era extraño que aquellos recuerdos destacaran con tanta claridad entre los incontables incidentes y acontecimientos decisivos de su vida. Aunque debían de haber transcurrido cinco años o más, recordaba todavía las palabras del acertijo que el elemental conjurado por ella había propuesto y que, como el misterio de la Residencia de la

Matriarca, nunca se había resuelto. ¿Sería posible que los incidentes de los últimos días fueran un nuevo eslabón en la vieja cadena? No había conexión lógica, pero Karuth sentía en los huesos que los acontecimientos del pasado y del presente no eran tan dispares como parecían.

Ahí estaba el núcleo del problema. Lo sensible y razonable habría sido discutir sus sospechas con Tirand. No sólo era el confidente íntimo de toda una vida; también era su Sumo Iniciado, y aquello debería ser un asunto para el Círculo. Sin embargo, conocía lo suficiente a Tirand para saber que, en el mejor de los casos, reaccionaría ante su historia de manera equívoca. Querría algo más que sus endebles sospechas sin fundamento antes de aprobar cualquier investigación y, en todo caso, argumentaría que el Círculo ya había realizado dicha investigación hacía cinco años, sin resultados. Karuth podía intentar persuadirlo para que un intérprete de sueños hiciera una pequeña salida a los planos astrales inferiores, pero era posible que se mostrara tan contrario a resucitar aquellas cuestiones viejas y olvidadas que prohibiera cualquier tipo de indagación. Si hacía eso, Karuth tendría las manos atadas, a menos que decidiera romper el juramento de lealtad del adepto y desafiarlo.

De manera que estaba a solas con su dilema, y, a rnedida que el grupo se acercaba cada día más y más al Castillo, se sentía más oprimida por sus pensamientos. Tirand también se pasaba las horas del día en una oscura meditación, pero, mientras que Karuth no parecía percibir el humor de su hermano, él, por el contrario, era muy consciente del comportamiento de su hermana y había interpretado de manera totalmente equivocada sus razones.

El Sumo Iniciado estaba muy enfadado y resentido con su hermana. Su pelea en la boda había sido breve y trivial, pero ahora le parecía que, a pesar de que ella decía no guardar ningún resentimiento, Karuth seguía de mal humor. Desde aquella noche se había mostrado distante y evasiva y, cuanto más se acercaban a casa, más y más hosca se volvía. Aquello no era propio de ella, y le resultaba imposible creer que de verdad se hubiera tomado tan en serio algo tan insignificante. Unas palabras duras acerca del presuntuoso comportamiento de aquel engreído baladista... En nombre de los catorce dioses, ¿qué le pasaba a aquella mujer?, se preguntaba Tirand indignado. ¿Quién creía que era él? ¿Un niño pequeño todavía, dispuesto a ceder una y otra vez ante su hermana porque le llevaba unos pocos años? Karuth no tenía derecho a comportarse de ese modo. Ni derecho, ni motivo.

Pero, aunque deseaba expresar sus quejas e intentar despejar el ambiente, no se veía con ánimo de enfrentarse a Karuth. Algo en el talante de ésta impedía el menor acercamiento y, sumándose a la confusión mental de Tirand, estaba la sensación ineludible de que cualquier cosa que dijera provocaría otra discusión. No quería volver a pelearse con ella; sólo deseaba cerrar la herida y volver a la normalidad. Pero, dado el presente estado del humor de Karuth, aquello parecía imposible. Y, acechando como un depredador venenoso y sin forma, en el rincón más oscuro de la conciencia de Tirand, estaba el miedo de que algo le había ocurrido a su hermana en la Isla de Verano. Algo que podía agrandar la herida en lugar de cerrarla y que, en un día aciago,

Librodot

podría arrebatársela para siempre.

Así, acallados por una incomprensión total de la situación del otro, Tirand y Karuth siguieron adelante con su séquito, cruzando la punta norte de la provincia de Chaun para entrar por fin en la Tierra Alta del Oeste y con ello en la última etapa del triste viaje. El tiempo era terrible, como si los elementos septentrionales se negaran tozudamente a reconocer la proximidad del verano, y varios miembros del grupo habían caído víctimas de una enfermedad febril que había surgido recientemente en la Provincia Vacía y que comenzaba a extenderse hacia el oeste. Conociendo desde siempre estas fiebres virulentas, Tirand decidió continuar hacia la Península de la Estrella en lugar de desviar al grupo hacia La Residencia de la Hermandad, en la Tierra Alta del Oeste, que quedaba más cerca. Si todo el grupo contraía las fiebres, lo que parecía probable dadas sus continuas desgracias, el Castillo estaba mejor preparado y sus sanadores más calificados para tratar una epidemia. Las hermanas estarían más que dispuestas a cuidar a los enfermos, pero sería injusto llevar la fiebre a su hogar sin necesidad. Sólo rezaba con pesimismo para que nadie muriera antes de que llegaran a su destino.

Nadie murió, pero, cuando el grupo llegó por fin a la Península de la Estrella, mientras llovía a cántaros en un anochecer empapado y triste, nadie quiso ni remotamente celebrar el regreso al hogar. Para entonces, seis personas padecían la fiebre, incluido Calvi, que iba en su caballo envuelto en mantas, temblando, y que miraba con desánimo el peligroso puente de roca que unía el macizo del Castillo con el continente. Cruzaron en una silenciosa fila india, Karuth sin quitar el ojo de uno o dos de los enfermos cuyas mentes habían comenzado a divagar con la enfermedad. Al acercarse al final del puente de piedra, todos oyeron el primer y débil sonido ululante que llegaba resonando del norte, más allá del horizonte barrido por la lluvia.

Tirand, que abría la marcha, lanzó un juramento por lo bajo, y entrecerró los ojos para protegerse de la lluvia mientras contemplaba el mar. Al principio no vio nada más que una grisura sin rasgos, y por unos instantes, en que el rugido del mar ahogó los lejanos y macabros ecos, tuvo la esperanza de haber imaginado aquel aviso revelador. Pero entonces, de una manera tenue, con el cielo cargado de nubes como fondo, los primeros colores horribles y antinaturales comenzaron a adquirir forma, y las bandas de luz y de sombra iniciaron su recorrido, girando lentamente por los cielos mientras el débil ulular se convertía en algo más terrible.

-¡Un Warp! -Tirand hizo bocina con una mano para gritar al grupo, aunque ya todos habían visto el horror que se acercaba-. Entrad en el Castillo, ¡deprisa!

Los caballos, impelidos por un miedo mucho mayor que la posible cautela, iniciaron un rápido trote. Tirand fue el primero en llegar al refugio del macizo y se detuvo para observar y contar las cabezas a medida que el grupo pasaba junto a él en dirección a las puertas abiertas del Castillo. Sólo quedaba un jinete rezagado. Vio a Karuth, cuya montura pateaba y sudaba mientras ella sujetaba con fuerza las riendas y miraba fijamente al cielo tenebroso que se iba oscureciendo.

-¡Karuth! -El viento arrastró la voz de Tirand hacia ella, pero no

hizo caso-. ¡Karuth!

Al ver que seguía sin hacerle caso, Tirand, maldiciendo, espoleó a su reticente caballo para acercarse a su hermana. Al aproximarse, ella salió del trance; los ojos muy abiertos, asombrados, que se clavaron en Tirand fueron los de una desconocida.

-¡Dioses! -De repente, Karuth se dio cuenta del peligro y aflojó las riendas. Los dos caballos galoparon tras sus compañeros, atravesaron el gran arco negro y entraron en el familiar patio del Castillo cuando el primer rayo esmeralda surcó el cielo, en tanto unos hombres corrían a cerrar las puertas tras ellos. Criados y mozos acudieron apresuradamente a recibir al grupo; surgieron atropelladas conversaciones mientras la gente desmontaba, se descargaba el equipaje y se ayudaba a los afectados por la fiebre a llegar hasta el cálido refugio. Karuth seguía montada en su caballo, contemplando las cosas como si no reconociera lo que la rodeaba. No reaccionó cuando se acercó un mozo de las cuadras para ayudarla a desmontar, y Tirand dejó su caballo y se acercó apresuradamente a ella.

-Karuth, Karuth, ¿qué pasa?

Ella lo miró y arrugó la frente. Entonces, de pronto, rechazando toda ayuda, pasó una pierna por encima de la silla y desmontó.

-No pasa nada -contestó con un tono peculiarmente lejano-. Sólo estoy cansada.

-Ve a tu habitación y descansa. Haré que te envíen algo de comer.

-No. -Lo miró con cansancio y, según le pareció a Tirand, con cierta amargura-. Hay enfermos a los que atender y es mi deber supervisar sus cuidados. Al fin y al cabo, el deber es lo primero.

Antes de que Tirand pudiera responder, dio media vuelta y se alejó en dirección a la puerta principal.

Karuth no quería atender a su trabajo. Lo único que deseaba era tumbarse y olvidarse del mundo hasta que desaparecieran el dolor de sus músculos y el cansancio de sus huesos. Pero no podía hacer eso. Tenía obligaciones que cumplir. Había seis afectados con la fiebre, y debía atender sus necesidades iniciales y preocuparse de que sus subordinados supieran qué hacer después.

Lamentó haber hablado de manera tan hosca a Tirand, y esperó que no se hubiera tomado su comentario sobre el deber como una pulla personal. No lo había dicho con esa intención; pero no estaba segura de que su hermano se diera cuenta y lo entendiera.

Su ventana tenía los postigos cerrados y la cortina echada, evitando cualquier visión del Warp que se desataba sobre sus cabezas. Pero incluso a través de los gruesos muros del Castillo escuchaba el canto terrible y siniestro y, lo que era peor, sentía su presencia que le invadía el cuerpo y el alma. Por mucho que lo intentara, nunca había conseguido liberarse del miedo innato a aquellas tormentas surgidas del Caos, ni del sentimiento de insignificancia e impotencia que despertaban en ella. Se sentía expuesta a poderes que escapaban a su comprensión y que, desde luego, no podía ni soñar en controlar, y aquella sensación le desagradaba intensamente.

En ese momento llamaron a la puerta con suavidad. Suspiró, alzó la vista y dijo:

-Adelante.

Sanquar, su ayudante superior, entró en la habitación y vaciló al ver que ella todavía no había terminado de cambiarse las ropas del viaje. El destello melancólico que apareció en sus ojos antes de que pudiera disimularlo no pasó inadvertido a Karuth, quien le dio la espalda y, cogiendo la túnica que había extendido sobre la cama, se la puso sobre su ropa interior.

-¿Están bien acomodados nuestros inválidos? -preguntó con tono indiferente.

-Sí, Karuth. Yo... -Desde que ella lo había rechazado unos cuantos meses atrás, Sanquar se sentía algo incómodo en su presencia, y ahora casi tartamudeaba-. Venía a decirte que todo está bien y que no es necesario que vayas a verlos personalmente. La mayoría de ellos dormirá hasta mañana, y tú debes de estar muy cansada.

Karuth se ató la túnica, ciñéndose el cinturón más de lo necesario. Al ver que tenía las manos tensas y los nudillos blancos, se esforzó en relajar los dedos.

-Iré a verlos de todas maneras -replicó. Advirtió que su tono era irritado, aunque no era ése su propósito, y respiró hondo antes de volver a hablar-. Y quiero revisar la farmacia. Tengo entendido que andamos escasos de algunos antipiréticos.

-Gustosamente puedo hacer eso por ti.

El autocontrol de Karuth desapareció de nuevo, pues el evidente deseo de su ayudante de agradarle agotaba de manera irracional su paciencia. Se encaró con él, hablando con tono ácido.

-Gracias, Sanquar, pero, ya que por lo visto no hubo nadie que se ocupara de que nuestro almacén fuera renovado mientras estaba ausente, creo que será mejor que lo haga yo.

De inmediato se arrepintió de aquella réplica dura e injusta, pero en aquel momento no se sentía con ánimos de retractarse o de pedir disculpas por usar a Sanquar como cabeza de turco. Se calzó las zapatillas, se echó hacia atrás el pelo, despeinado y húmedo, y se dirigió a la puerta. Sanquar, sonrojado, se apartó, y Karuth se detuvo en el umbral.

La gata blanca estaba sentada en el pasillo, delante de su habitación. Ya había pasado la época de criar y disfrutaba de una cómoda vejez entre los humanos, que se lo permitían sin ningún reproche. Los grises ojos de Karuth se encontraron con los verdes del animal, que abrió la boca, mostrando sus pequeños dientes y una lengua rosada, y dio un maullido de bienvenida.

Karuth se estremeció. Le gustaban los gatos, pero su relación con aquella criatura en particular había sido ambigua desde aquella vez, hacía cinco años, en que había conjurado al elemental. Nunca había podido desechar la convicción de que la gata sabía algo que no podía, o que no quería, comunicar. Su aparición, enfrentándose a ella, recordándole aquella corriente soterrada de desasosiego, fue la gota que colmó el vaso.

Se volvió y miró a Sanquar.

-Lleva ese animal a las cocinas y asegúrate de que se queda allí. No quiero volver a verlo por aquí arriba.

Sanquar y la gata la miraron mientras se alejaba a grandes pasos por el pasillo. Karuth sintió el desánimo de Sanquar, la curiosidad de la

gata y reprimió el estremecimiento que amenazaba con sacudirla. Le dolía la cabeza, le dolían los brazos y las piernas; quería descansar, quería dormir. Pero no podía descansar, no mientras el Warp siguiera aullando por encima del Castillo y mientras cada uno de sus nervios pareciera crispado, estirado hasta el límite de su aguante. El sudor le perlaba el rostro, aunque hacía frío en el pasillo, y de pronto se dio cuenta de que estaba sufriendo los primeros síntomas de la fiebre, tal como había temido. Ahora lo sabía, y ello explicaba, aunque no disculpaba, su humor. Maldición. Haría lo que pudiera antes de que la fiebre la incapacitara, y, cuando fuera demasiado alta, se enfrentaría a la fiebre, a la debilidad y al delirio e intentaría superarlos cuanto antes.

Ante ella estaba la escalera principal. A la luz de las antorchas tenía un aire vagamente irreal, con la perspectiva distorsionada y un tenue halo que parecía envolver todo aquello en lo que posaba la vista. Sintió vibrar el Warp a través del suelo, en sus huesos, y comenzó a sentirse enferma. No cedería ante él, se dijo. No lo haría.

El pozo de la escalera pareció acercarse. Karuth se agarró a la barandilla y el mareo momentáneo pareció ceder, dejándole un pequeño sentimiento de triunfo. Estaba bien. La fiebre todavía no la había vencido.

Respiró con fuerza tres veces seguidas y comenzó a descender a la planta baja.

Kiszi estaba mohína. Vestida con su breve camisa, se encontraba arrodillada en la cama, con una pierna exquisitamente torneada colocada en un ángulo provocativo, contemplando con resentimiento a través de sus espesos rizos a su amante, que le daba la espalda, sentado con las piernas cruzadas en el suelo.

Al final no pudo mantener más el silencio. Había discutido con él, pero en vano. Había intentado halagarlo y seducirlo para que abandonara sus preocupaciones, y eso también había fallado. El prolongado y frío silencio que había empleado como última arma había surtido el mismo efecto que la presencia de una mosca en la cara de un acantilado de granito. Rodó sobre su estómago emitiendo un gruñido y apoyó la barbilla sobre los brazos cruzados.

-¿Cuánto tiempo más? -Su tono era a la vez enfadado y mimoso.

Strann no volvió la cabeza.

-No lo sé. Quizás unos minutos. Ten paciencia.

-¡Ya he tenido paciencia! ¡He tenido paciencia desde que se hizo de noche, y desde entonces han pasado horas! -Su labio inferior temblaba de autocompasión- ¡Oh, Strann, esto es tan estúpido! Ya sabes por lo que he tenido que pasar para salir de casa sin que se enterara papá. He de regresar mucho antes de que amanezca si no quiero que me descubran, y ésta es nuestra última noche, porque mañana te vas, y ni siquiera quieres decirme por qué, y, además, no hay razón para que te marches, y...

Su voz se perdió. Strann se había vuelto para mirarla, y a la luz del candelabro de una sola vela que ella había colocado ingeniosamente al pie de la cama, su rostro tenía una expresión de paciencia hastiada.

-Ya te lo dije, Kiszi. No quiero quedarme más tiempo en Shu-Nhadek. Ni siquiera quiero quedarme en la provincia. Necesito

marcharme.

-¿Por qué? No has hecho nada -replicó, dedicándole una sonrisa lasciva-. O, al menos, no te han cogido haciéndolo.

-Aun así, quiero marcharme. -Hizo una pausa y la miró, con cierto desafío en sus ojos de color avellana-. Te he invitado para que vengas conmigo.

Ella hizo una mueca con la boca.

-Y sabes muy bien que no puedo hacer tal cosa. Papá enviaría a la milicia a buscarme antes de que hubiéramos andado un kilómetro.

-Bueno, ése es el precio que tienes que pagar por ser una chica rica.

-¡Yo no pedí nacer de buena cuna! -exclamó, casi saltándosele las lágrimas, lágrimas de furiosa frustración-. ¡Odio ser rica! Quisiera...

-Kiszi, Kiszi... -Strann se levantó soltando un suspiro y se acercó a la cama. Los ojos de Kiszi se iluminaron al instante y se tumbó boca arriba, pero Strann se limitó a sentarse en el borde del lecho y a cogerle una mano.

-Lo siento, gatita.

-¡No me llames así!

-Pero lo eres -insistió él, cogiéndole un mechón de cabello y jugueteando con él-. Una gatita. Una gatita de pelaje amarillo.

Kiszi comenzó a olfatear la victoria, pero no estaba dispuesta todavía a ceder del todo.

-De pelaje dorado -lo corrigió con burlona aspereza.

-Ah, sí, claro. Las prostitutas tienen el pelo amarillo, las chicas ricas lo tienen dorado. Había olvidado esa sutil distinción.

-Ohhh... -El disimulo coqueto de Kiszi se vino abajo; ahora estaba de verdad enfadada con él, y amargamente desilusionada-. ¡Cerdo! No tienes derecho a ensañarte conmigo, no es justo. Sólo porque algo desagradable ocurrió en la Isla de Verano y volviste a toda prisa a Shu-Nhadek, antes de que terminaran las fiestas..

-No me invitaron a quedarme, si recuerdas -la interrumpió Strann. Entonces su mirada adquirió una rara introspección y añadió en voz baja-: y tampoco me habría gustado hacerlo.

-¿Qué quieres decir?

Strann abrió la boca para contestar de mala manera, pero la cerró porque su sentido de la justicia consiguió salir a la superficie. Estaba siendo injusto. Kiszi no tenía la culpa de la inquietud que lo atenazaba desde la noche de la boda del Alto Margrave, y convertirla en blanco de su mal humor era una vergüenza. Pero no podía expresarle las complicaciones de su actual estado de ánimo, porque en todo menos en las cosas más obvias Kiszi era una ingenua y, sencillamente, no lo entendería.

Volvió a mirar el lugar donde se alzaba incongruente en el suelo la pequeña pirámide de monedas. Abajo, en el bodegón de la posada, y antes de la furtiva llegada de Kiszi y la apresurada fuga de ambos al dormitorio de Strann, había estado repasando mentalmente el viejo truco de feria. No lo había querido probar entonces, a la vista de todos los parroquianos, que lo habrían importunado pidiéndole una actuación; pero, si lo había recordado fue, según sospechaba, porque era el único truco de su repertorio que nunca le había salido bien.

Librodot

Según la anciana que se lo había enseñado, hacía tantos años que no podía recordarlos, era una versión degradada de una auténtica habilidad paranormal, practicada por los lectores de piedras de las grandes llanuras del este. Muchos «milagros» de buhonero tenían un origen parecido, pero aquel truco en particular, a pesar de la destreza de Strann, parecía resistirse a ser degradado; como si algo extraño, inexplicable, se encontrara demasiado cerca de la superficie y no consintiera en ser mal empleado.

Aquella noche, sin un motivo lógico, recordó el truco y tuvo una intuición. No estaba del todo seguro de que le gustara la sensación, e intentó convencerse a sí mismo para no efectuar el experimento. Pero la curiosidad -que, se recordó, había causado la caída de hombres más importantes que él- ganó la partida, como ocurría casi siempre, y no fue capaz de resistir la tentación de probar. Algo, le decía su persistente intuición, sería distinto esta vez. Algo sucedería.

Pero todavía no había ocurrido nada. Intentó enseñar el truco a Kiszi, quien, suponiendo que era un juego tonto como preludio al verdadero juego amoroso, le siguió la corriente de buena gana en un principio. Sin embargo, igual que en sus viejos días en las ferias, Strann no consiguió que funcionara la prestidigitación. Primero reaccionó ante su fracaso encogiéndose de hombros, sin darle demasiada importancia, y decidió intentarlo una vez más antes de desechar su intuición como una tontería y dedicarse a asuntos más placenteros. Pero, cuando también falló su segundo intento, el propósito dejó paso al orgullo herido. No se daría por vencido. No eran más que triquiñuelas de prestidigitador, y él era tan buen prestidigitador como el que más; siempre se había sentido orgulloso de su habilidad. Maldita sea, antes de que su talento le abriera las puertas del gremio, se ganaba la vida con aquello.

Mientras intentaba una y otra vez que le saliera el truco, una vocecita interior no cesaba de repetirle que aquello era ridículo. A dos pasos tenía una chica bonita y adorable, y cada vez más impaciente, que lo esperaba en la cama, y aquélla era su última oportunidad de pasar unas horas íntimas y deliciosas con ella. ¿Qué locura era aquello de permanecer en cuclillas sobre la mugrienta alfombra con aquella tontería sin sentido, aquella chuchería, aquel juguete? Seguramente había vuelto a beber demasiado anoche, la bebida trajo de nuevo los sueños, y los sueños evocaron el recuerdo de un montón de monedas y de un truco que no quería salir. Y allí estaba Kiszi, que, para cuando él regresara a Shu-Nhadek -¿y quién podía saber cuándo sería eso?-, seguramente habría encontrado un esposo joven y rico y habría olvidado su breve pero feliz relación. Su última oportunidad y la estaba desaprovechando. «Eres un idiota», se dijo Strann.

Miró de nuevo a Kiszi.

-Lo siento, gatita. Tienes razón: soy un cerdo o algo peor -dijo-. ¿Qué hora crees que es? -añadió, mirando hacia la ventana.

-Todavía es temprano -aseguró ella, enroscando los brazos alrededor del cuello de Strann-. Deja tus trucos, Strann. Yo te enseñaré uno realmente bueno.

Strann hizo ademán de acercarse más a ella, pero se detuvo. Aquellas malditas monedas resplandecían a la luz de la vela como ojos

Librodot

de gato incorpóreos que lo observaran... Rápidamente se inclinó para dar a Kiszi un beso que prometía mucho más y luego se apartó de la cama y recogió el montón de monedas de plata con un diestro movimiento. Incapaz de resistirlo, lanzó las siete monedas con gesto de consumado malabarista, y las miró caer en su mano.

-Malditos sean los trucos de prestidigitador -exclamó, y con otro rápido movimiento de muñeca arrojó las monedas en un arco descuidado. Subieron... y se detuvieron flotando en el aire. Luego, con tanta velocidad que Strann no pudo reaccionar y Kiszi sólo fue capaz de lanzar un apagado aullido de temor, comenzaron a girar sobre sí mismas, en círculo.

«¡Dioses! -Strann fue incapaz de recobrar el control a tiempo para detener el movimiento reflejo de coger las monedas voladoras. Algo lo golpeó con fuerza en el pulgar, de forma punzante y dolorosa, y el músico dio un salto hacia atrás, lanzando una maldición. Las monedas giraban cada vez más deprisa, volviéndose borrosas con la velocidad, y de pronto vio cómo se formaba un rostro en el diminuto torbellino, de plata y sombra incolora, una boca que sonreía con cinismo, unos ojos -ojos enormes- que lo miraban, traspasándolo hasta llegar a su alma.

Strann lanzó un grito. El rostro desapareció, y las monedas cayeron al suelo con un sordo sonido metálico.

Su grito quedó resonando en medio de un silencio abrumador, y miró las monedas como si fueran serpientes venenosas. No se movieron. Ahora no tenían vida, detenida su momentánea animación tan repentina y violentamente como había comenzado. Pero formaban un dibujo, y Strann lo reconoció de forma inmediata. Era una notación musical, la breve secuencia que, en el Código de la Mano del gremio, significaba: *Estoy vigilando.*

Un sonido inarticulado a sus espaldas rompió el ensimismamiento de Strann. Giró sobre sí mismo y vio a Kiszi estirada sobre la cama, pataleando sin coordinación alguna, mientras intentaba alcanzar el otro lado del colchón, donde estaban sus zapatos y su vestido.

-Kiszi... -Se dirigió hacia ella en el mismo momento en que recogía su vestido y comenzaba a ponérselo por la cabeza-. ¡Kiszi!

-¡No pienso quedarme aquí! -musitó, y su voz ahogada tenía un tono aterrorizado-. ¡No, desde luego que no! -Su cabeza emergió entre los pliegues del vestido, y una mirada desorbitada se clavó en Strann-. ¿Qué hiciste?

-¡No hice nada! Kiszi, tú lo has visto, ¡has visto lo que pasó!

Kiszi tuvo una arcada, como si fuera a vomitar, y metió los brazos en las mangas de su túnica. Buscando frenéticamente, encontró un zapato, se lo puso en el pie equivocado, soltó una palabrota que habría escandalizado a sus padres, y buscó a tientas el otro zapato.

-¡No! -exclamó cuando Strann quiso interceptarla-. ¡Me marcho!

Salió de la cama, tropezó con el dobladillo de su vestido y cayó sobre una rodilla; Strann oyó cómo se rasgaba el caro tejido. Ella volvió a levantarse, fue tambaleándose hasta la puerta y forcejeó con el pomo hasta conseguir abrirla.

-Lo siento -dijo, mirándolo de nuevo a los ojos; estaba de pie y temblando en el umbral, y parecía una niña pequeña muy asustada-. Algo te ha pasado, Strann. No sé lo que es ni creo que tú lo sepas

Librodot

tampoco. Lo he sentido desde que volviste de la Isla de Verano. Algo te tocó. ¡Y no quiero saber nada más!

Dejó la puerta girando sobre sus goznes mal engrasados, y Strann oyó el ruido de sus pasos por el pasillo y luego por la escalera trasera. *Algo te ha pasado, Strann.* Ella había alcanzado el meollo del asunto, sin saberlo, inocentemente. Un atisbo de sabiduría, un atisbo de intuición, algo tan poco común en Kiszi que sonaba extraño en sus labios. *Algo ha pasado.* Lo sabía, y tuvo una sensación fría en la boca del estómago.

A su espalda, las velas del candelabro goteaban y una ráfaga inoportuna procedente del pasillo hacía oscilar sus llamas. Las monedas estaban en el suelo, todavía con aquel dibujo: *Estoy vigilando.* En dos zancadas, Strann atravesó la habitación y alzó un pie para dar una patada a las monedas y esparcirlas, pero se contuvo en el último momento. No quería tocarlas. Que se quedaran allí. Que se pudrieran.

Sus pertenencias eran pocas: una manta enrollada, una mochila que contenía algunas cosas básicas, y su precioso manzón. Como solía hacer, las había dispuesto ordenadamente junto a la ventana, siempre listas para ser recogidas, cargadas y llevadas al siguiente destino. Dónde sería eso, no lo sabía, y en aquel instante no le importaba; lo importante era salir de Shu-Nhadek sin más dilación. Se había quedado por los ojazos de Kiszi y por sus amables abrazos, aunque el instinto le había dicho que partiera. Ahora deseó fervientemente haber hecho caso a su intuición, porque, de haber sido así, a aquellas horas habría habido muchos kilómetros entre él y la ciudad. O, para ser más exactos, entre él y la Isla de Verano. De hecho, ojalá no hubiera aceptado nunca la invitación para ir a la Isla de Verano.

Si un deseo fuera un buen caballo, pensó con ironía Strann, ahora estaría a mitad de camino en dirección a la Provincia Vacía, cabalgando en el mejor corcel jamás visto. Demasiado tarde para lamentaciones. Lo hecho, hecho estaba, y ahora lo único que tenía sentido era dar la espalda al sur y ponerse en camino. Probablemente podría alcanzar el cruce de las principales pistas para ganado al amanecer si iba a buen paso, y allí no sería difícil conseguir que algún carretero lo llevara hasta la provincia de Han o incluso más lejos. Aparte de eso, sólo podía esperar -pero no rezar, porque, por encima de todo, no quería llamar la atención de ninguno de los catorce dioses- que al abandonar Shu-Nhadek dejara también atrás aquel rastro de maquinación sobrenatural, innombrable, incalificable, que lo perseguía desde la noche en que él y Karuth Piadar habían tocado a dúo en la Isla de Verano.

Strann no era un hombre religioso. Si se lo hubiera obligado a escoger, su carácter lo habría inclinado más hacia el Caos que hacia el Orden; pero, desde que había alcanzado la edad para comprender aquel tipo de cosas, había mantenido una pragmática determinación de no mostrar fidelidades ni escoger bando. Aparte de la pequeña ofrenda a Yandros y a Aeoris en los festejos del Primer Día de Trimestre, no prestaba especial atención a los dioses, y siempre había esperado que, a cambio, ellos tampoco se fijarían demasiado en él. Pero ahora comenzaba a preguntarse si podría seguir confiando en eso.

Pero ¿por qué yo?, preguntaba la lógica. Podría mostrarse vanidoso

de vez en cuando, pero en el fondo era lo bastante inteligente para saber que nada había en él que pudiera interesar a los grandes poderes. No era mago, no tenía capacidades extrasensoriales. No anhelaba el poder ni los conocimientos arcanos. No predicaba. Simplemente, era un hacedor de canciones e historias, aunque, eso sí, -Strann era tan poco inclinado a la falsa modestia como a la vanagloria-, con un talento fuera de lo común. No era una amenaza para nadie, ni era el peón de nadie. Fuera lo que fuese lo que se estaba tramando en dominios que iban más allá de su entendimiento, no quería tener nada que ver con ello.

Pero, lo quisiera o no, algo lo había tocado. Y la cosa había empezado en la Isla de Verano, cuando la hermana del Sumo Iniciado había accedido a tocar aquella pieza musical, rara y difícil, con él y cuando el relámpago había surgido, una sola vez, en un cielo rutilante de estrellas.

Strann echó un último vistazo a la habitación que había sido su hogar durante los últimos veintidós días. Por primera vez se dio cuenta de su pobre aspecto: de la alfombra gastada y agujereada en algunos sitios; de los muebles maltrechos y desconchados, que pedían a gritos una mano de pintura; de la barra de la cortina, torcida con respecto a la ventana, que ofrecía un aspecto desconcertante, como de borracho. Incluso la cama en la que Kiszi y él habían disfrutado era desigual, verdaderamente incómoda si había que ser sincero. No le iba a costar nada marcharse.

La vela seguía ardiendo, pero torcida, y la cera goteaba del candelabro y formaba charcos. Las siete monedas de plata resplandecían donde habían caído. Seguro que el posadero las encontraría por la mañana y serían pago más que suficiente de la cuenta de Strann.

Salió al descansillo. El bodegón estaba en silencio; hasta los más intransigentes se habían ido tambaleándose a sus camas. Una ventana entreabierta en el otro extremo del pasillo golpeó con una súbita brisa, y Strann abrió las fosas nasales y olió a pescado rancio, brea, salmuera y algas secas en la bahía. No quería ver de nuevo el mar, al menos durante una temporada. Y, aunque enseguida apartó el pensamiento, no pudo evitar pensar por un instante qué cosas extrañas podrían estar acechando los sueños de Karuth Piadar aquella noche.

Cerró la puerta y se dirigió en silencio hacia la escalera.

CAPITULO 15

El matrimonio de Blis y Jianna Hanmen Alacar anunciaba -afortunadamente, según los videntes y augures- un año tranquilo y sin sobresaltos. La fiebre de primavera se cobró muy pocas víctimas, y éstas sobre todo entre los ancianos y débiles, lo cual era de esperar. A medida que avanzaba el verano, las provincias se dedicaron a sus rutinas usuales de la estación, sin que hubiera grandes alteraciones que marcaran los largos y cálidos días.

La única pequeña desilusión en las clases altas de la sociedad durante aquel agradable verano, y el otoño e invierno que vinieron a continuación, fue que todavía no había nuevo heredero en el palacio de la Isla de Verano. Se esperaba con ansiedad un anuncio, pero, transcurrido un año, no había embarazo real. Sin embargo, todo el mundo estaba de acuerdo en que el Alto Margrave y su esposa eran aún lo bastante jóvenes y que las cosas seguirían su curso y -excepto en algunos lugares proclives siempre a los rumores- la preocupación por los asuntos del Margraviato desapareció.

La vida también era tranquila en la Península de la Estrella; en algunos aspectos incluso demasiado tranquila, puesto que la pelea entre Tirand y Karuth, aunque aparentemente olvidada, parecía haber dejado una cicatriz. Nunca se decía nada, pero ambos eran conscientes de que su relación se había alterado de una manera sutil, creando ligeras tensiones que antes nunca habían existido. Por mucho que lo intentaran, les resultaba imposible desprenderse totalmente de los efectos de la vieja querella para volver a la normalidad. Los amigos íntimos y aquellos miembros del Círculo con mayor sensibilidad psíquica también notaron el cambio, y eso arrojaba una pequeña pero tangible sombra sobre la atmósfera dentro de los muros del Castillo.

Pero, aunque aquel problema sin resolver los incomodaba, Tirand y Karuth estaban decididos a que no tuviera un efecto contraproducente en sus responsabilidades y deberes. Si acaso, ambos se dedicaron con más devoción que nunca, sumergiendo los sentimientos personales en la distracción del trabajo. A la primavera siguiente, un año después de la boda de su hermano y de alcanzar la mayoría de edad, Calvi Alacar superó -con sobresaliente- sus exámenes de filosofía y ciencias naturales. En la fiesta para celebrar su éxito y el de sus compañeros de estudios, Calvi se puso en pie sobre la mesa del comedor y pronunció un discurso entusiasta, aunque no demasiado sobrio, en el que agradeció al Sumo Iniciado en particular la ayuda prestada sin regatear esfuerzos y su guía durante los años de estudiante. Tirand, aunque terriblemente avergonzado, se sintió emocionado en lo más íntimo por el elogio de Calvi. En los últimos dos años se había tomado verdadero interés en el progreso del joven, porque creía que Calvi tenía madera para ser un gran filósofo y maestro; además, entre los dos había surgido una gran amistad y aumentado el respeto mutuo. Tirand estaba contento al ver que su opinión sobre Calvi se confirmaba, y se sintió doblemente satisfecho cuando Calvi anunció su propósito de permanecer en el Castillo y seguir estudiando para conseguir más altos

Librodot

honores.

Y así pasó otra primavera, y otro verano floreció y comenzó a agostarse. Lejos, en el sur, en la pequeña isla que el resto del mundo creía deshabitada, Ygorla Morys había demostrado ser también una estudiante más que aplicada, aunque en un campo muy distinto. Sabía que su padre estaba satisfecho con sus progresos. Y, aunque las visitas de éste al escondite de la Isla Blanca se habían hecho menos frecuentes últimamente, ella esperaba cada ocasión con creciente ansiedad porque sabía que antes de que transcurriera mucho tiempo se producirían grandes cambios en su vida.

Una espléndida mañana, cuando el otoño empezaba a imponer su influencia en el mundo, Narid-na-Gost la visitó. Ygorla lo había estado esperando, sabiendo que vendría, aunque sin poder determinar con exactitud cuándo. Su intuición, afinada en el transcurso de más de seis años hasta tener una exactitud casi felina, todavía no podía equipararse con el impredecible y caprichoso carácter de su padre y, por mucho que se esforzaba, tan sólo podía sentir su presencia unos minutos antes de que la puerta resplandeciente entre el mundo mortal y el del Caos apareciera en la caldera del cráter.

Pero esta vez, aun antes de que Narid-na-Gost llegara, supo que algo sería distinto. Lo sintió como un cosquilleo que se insinuó como arañas de hielo que corrieran por su columna vertebral, y, cuando salió de su cueva en el momento en que los rayos del sol comenzaban a acariciar las cimas del cráter, volvió a sentirlo: algo casi visible, que flotaba en el aire. En la periferia de su visión aparecían colores extraños, las perspectivas se presentaban deformes, y entre las paredes de roca se veían destellos y muecas de rostros a medio formar, que siempre desaparecían como espejismos que eran cuando ella intentaba encararse con ellos y retarlos. La atmósfera rezumaba poder y, por una vez, no era suyo.

De pie ante el altar roto que en otros tiempos había sostenido la lámpara votiva de Aeoris, Ygorla sonreía. Algo se estaba tramando. Algo estaba cambiando en el mundo de su padre. Aunque todavía no sabía qué forma adoptarían, o cuál era su propósito, sentía las corrientes moverse a su alrededor y el eco de respuesta en la pulsación de su propia sangre medio humana.

Cuando llegó Narid-na-Gost no hubo, para sorpresa de Ygorla, ni ceremonia ni espectáculo. Dio la espalda al altar un instante para mirar de reojo el sol y, cuando volvió a mirar la piedra, él estaba allí, su figura deforme entre los dos fragmentos de roca. Durante unos segundos que parecieron interminables se contemplaron mutuamente. Ella se fijó en su fealdad, que con los años de conocerlo había adquirido a sus ojos una especie de perversa belleza; él, a su vez, la contempló, sopesando la criatura en que se había convertido.

Ygorla era toda una mujer. Con veinte años, había adquirido una belleza por la que muchas mujeres normales habrían matado. El cabello le llegaba casi hasta las rodillas, como una resplandeciente cascada de color negro azulado; brillaba y se ondulaba como agua, de una manera que ningún cabello mortal habría hecho. Sus ojos eran fríos zafiros en el marco de su delicado rostro; su cuerpo, pequeño, con pechos

Librodot

totalmente desarrollados, pero esbelto, y las piernas y los brazos de una delicada hermosura. Parecía el epítome de la perfección humana y -para cualquiera que no se fijara demasiado en aquellos brillantes ojos azules- de la ingenuidad, y su visión satisfizo grandemente a Narid-na-Gost. Los hombres morirían de buena gana por su hija, sólo por verla. Encontró aquella idea muy divertida.

Se adelantó y, cogiéndole la mano, se la llevó a los labios en un viejo gesto caballeresco mientras se inclinaba ante ella.

-Hija mía, eres la encarnación de la belleza. ¡Realmente, eres una emperatriz!

Ygorla lo miró asombrada.

-¡Padre! -exclamó, confundida, pues aquello era impropio de él-. ¿Qué ha ocurrido?

Los carmesíes ojos del demonio brillaron con aprobación.

-Ah, entonces ¿lo sientes?

-Siento algo, pero no puedo darle un nombre.

Narid-na-Gost le soltó la mano y giró lentamente para contemplar el desolado paisaje del cráter con una mezcla de disgusto e interés distante.

-Has estado sola en este lugar largo tiempo, Ygorla -dijo al cabo-. Sé que tu vida aquí no ha sido nada fácil. -La miró de nuevo y sus labios se torcieron en una rápida sonrisa de complicidad-. Has sido paciente y obediente, y ya falta poco para que recojas la recompensa que te prometí hace mucho tiempo.

Ygorla sintió que el corazón le daba un vuelco de alegría. Abrió la boca para hacer una ansiosa pregunta, pero el demonio alzó una mano, obligándola a guardar silencio.

-No -declaró-. No estoy listo para explicar lo que he dicho, todavía no. No del todo. Falta por completar una fase de mi plan, la más crucial y la más peligrosa de todas. Cuando haya sido realizada, habrá grandes cambios, Ygorla. Habrá llegado entonces la hora de que abandones este lugar miserable en busca de un nuevo hogar más acorde con tu destino.

Los ojos de Ygorla mostraban avidez; el corazón le latía tan alocada y fuertemente que se sentía mareada.

-¿Cuál es esa fase crucial? -inquirió-. ¿Qué piensas hacer? ¿Qué papel puedo jugar yo?

-Tu papel, hija, es el más sencillo pero el más duro de todos -contestó el demonio-. Quiero que te retires a tu cueva y que allí me esperes. Nada más que eso. Estrictamente eso.

Ella frunció el entrecejo, disgustada.

-Pero...

-No. -Ygorla conocía bien aquel tono, que la hizo enmudecer al punto. Narid-na-Gost la miró unos instantes, durante los cuales Ygorla sintió en el estómago una sensación como de hielo y fuego a la vez, mientras que los ojos del demonio, que habían adquirido un color rojo sangre y brillaban como granates, se clavaban en los suyos. Por fin, él volvió a hablar.

-Te lo diré una sola vez, Ygorla, y sólo una vez te lo recalcaré. Para que todo aquello por lo que he trabajado no se pierda, debes obedecerme ciegamente, sin atreverte a preguntar. -Hizo una pausa-. No veré mi trabajo echado a perder, hija. Si me fallas en esto, tu alma

Librodot

dispondrá de milenios para lamentar su locura. ¿He hablado con claridad?

Ygorla palideció, hasta sus labios se quedaron sin color. Asintió.

-Bien. Entonces escucha y obedece. Te retirarás a tu cueva y permanecerás allí, no importa lo que suceda, hasta que yo regrese. No saldrás a la caldera del cráter; de hecho ni siquiera te atreverás a salir a los túneles. Por encima de todo, no practicarás tu arte. No hagas sortilegios, no invoques compañeros o juguetes. No hagas nada. Tan sólo espera a que yo vuelva.

Hubo un largo y tenso silencio. Ygorla sentía el cerebro a punto de estallar; preguntas furiosas se arremolinaban como una marea primaveral, y se sublevaba contra la restricción que le había impuesto, maldiciéndose a sí misma por temerlo, y casi odiándolo por el poder que tenía sobre ella. Entonces, de repente, Narid-na-Gost sonrió.

-No creas que no conozco tus pensamientos. Tu furia y tu frustración son como llamas que devoran el aire que te rodea; te preguntas por qué y el no tener una respuesta te enloquece. Bien, te daré una respuesta. Te exijo esto por una sola razón: porque mientras yo no esté es vital que no se detecte ni la más mínima huella de tu presencia aquí.

Ygorla estaba perpleja.

-¿Por qué habría de ser detectada? Llevo viviendo en esta isla casi siete años, y en todo ese tiempo...

-En todo ese tiempo nadie ha tenido un motivo para buscarte, ni siquiera para sospechar que seguías con vida. Pero eso puede cambiar en los días venideros. Y, si algo se acercara buscando, no quiero que nada llame su atención.

Hablaba con despreocupación, pero había algo subyacente en sus palabras -y en particular en la frase *si algo se acercara buscando*- que provocó un escalofrío en Ygorla. Estuvo a punto de preguntarle al demonio qué quería decir, pero en el último instante contuvo la lengua, porque de pronto no estuvo segura de querer saber la respuesta a semejante pregunta.

-Así que -añadió Narid-na-Gost en voz baja-, ahora que has comprendido, ¿puedo confiar en ti?

Ella vaciló, pero sólo unos segundos. Al fin y al cabo, era un precio pequeño.

-Sí, padre -repuso-. Haré exactamente lo que dices.

-Bien. -La expresión dura del demonio desapareció-. Será poco tiempo, hija. Quizás unos cuantos días, tal y como se mide el tiempo en esta dimensión. Cuando regrese, te traeré un regalo. Un gran regalo, mejor que todo lo que te he dado hasta ahora.

La luz hambrienta regresó a los ojos de Ygorla.

-¿Qué clase de regalo, padre?

Narid-na-Gost rió por lo bajo, con pereza.

-Oh, una bonita chuchería para complacerte. Una chuchería muy, pero que muy bonita. -La sonrisa, que seguía allí, se convirtió de pronto en una mueca feroz-. Y, cuando te la ponga en la mano, ¡sabrás que todos estos años de espera han valido la pena!

Había vivido en aquella caverna, en oscura y anómala estabilidad

bajo la brillante y cambiante superficie del reino del Caos, desde que tuvo sus primeras sensaciones y recuerdos -de hecho, desde que comenzó su existencia- y en todo aquel tiempo sus obligaciones no habían variado. Ignorante de las mareas cambiantes del mundo que nunca había visto, olvidada por los otros habitantes del Caos, permanecía agazapada en su puesto, vigilando el acceso a otro nivel del reino de Yandros, obedeciendo la regla que era su único propósito en la vida. Era la centinela, la guardiana del portal. Sólo los dioses podían pasar ante ella y bajar por aquel camino al mundo más profundo. No sabía por qué había de ser así, ni qué había abajo que ella debía proteger con tanta diligencia, y, si se le hubiera ocurrido pensar en ello, no habría tenido a nadie a quien plantear semejante pregunta, puesto que sus amos nunca se tomaban la molestia de visitarla, o siquiera de mirar desde sus elevadas alturas para comprobar que cumplía con el deber que le habían asignado. Su lealtad y diligencia se daban por hechas; en realidad, habían sido inculcadas en su naturaleza. Se confiaba en ella y por lo tanto se la descartaba por irrelevante.

Pero, aunque era consciente de sus tristes limitaciones y nunca se rebelaba contra ellas, no era del todo inmune a algo que, de haber conocido la palabra, podría haber llamado emoción. Sabía que era hembra y sabía lo que eso significaba, no porque se lo hubieran dicho, sino porque lo sentía y reconocía instintivamente la esencia de la naturaleza femenina en su interior. A veces, también sentía los deseos innatos de una hembra, demasiado inocentes para ser lujuria, pero demasiado distorsionados e indefinidos para ser amor, y en esas ocasiones creía entender lo que significaba la tristeza, porque no tenía medios de satisfacer aquellos deseos ni esperanza de que su situación fuera a cambiar alguna vez. Su creación había sido el acto de un momento despreocupado de los grandes señores que gobernaban su mundo. Era la más ínfima de los seres inferiores, y tenía la sospecha de que, incluso para los idiosincrásicos y a veces extravagantes patrones del Caos, era demasiado deforme y poco atractiva para poder interesar a algún compañero potencial.

Aun así, tenía su sitio en el esquema de las cosas y, considerando lo que era, se encontraba en un buen sitio. Estaba contenta con aquello y no había buscado nada más.

Eso fue hasta que él entró en la esfera de su existencia.

Aunque sabía que era uno de los demonios inferiores, de todos modos su rango era muy superior al suyo, y la idea de que alguien semejante la encontrara agradable era como un trago de agua fresca para su alma sedienta. Él le llevaba regalos -cosas diminutas, pero ella era simple y eran suficiente para contentarla- y le hablaba de lugares que se hallaban fuera del alcance de su imaginación, mundos fuera de los confines cerrados y lóbregos donde ella moraba y cumplía con sus obligaciones. Y él consiguió emocionarla. Desde que había sido creada, ningún ser había hecho algo semejante, y estaba conmovida.

Estaba esperándolo, puesto que él había prometido que acudiría con un nuevo regalo, mejor que todos los que le había llevado anteriormente. Agazapada en la achaparrada estalagmita de roca negra que había elegido como puesto de guardia, balanceaba de aquí para allá su cabeza azul de reptil, con su larga mandíbula y las hileras de dientes

Librodot

afilados, indecisa entre el deber y preocupaciones de tipo más personal. A su izquierda, se encontraba un pozo lleno de agua, rodeado por un muro bajo, cuya superficie reflejaba resplandecientes e inestables arcos iris en las paredes de roca. Aquél era el portal que debía vigilar, el acceso al nivel más profundo del reino del Caos. Como guardiana asignada allí, sabía que el portal no le estaba prohibido como a los demás, pero nunca había tenido el valor para explorarlo. A su derecha se hallaba el estrecho túnel que salía de su caverna y que, tras un tortuoso y traicionero recorrido, conducía finalmente a la visión arrebatadora de aquellos otros lugares de los que tanto le había hablado él. Nada la convencería nunca de ir en aquella dirección, pero era por allí por donde él llegaría. Esperaba, devorada por una ansiosa impaciencia, consumida por la añoranza, mientras dos de sus manitas acabadas en garras tamborileaban en la roca, provocando una sorda vibración.

Por fin oyó que se acercaba. Su cola erizada de escamas dio un latigazo nervioso y su lengua silbó, mientras usaba las restantes cuatro manos para descender desde su puesto al suelo de la caverna. Primero vio su sombra, convertida por la peculiar luz fosforescente en algo extraño y maravilloso. La criatura canturreó la canción de bienvenida que en sus largas horas de soledad había inventado para complacerlo.

Narid-na-Gost se detuvo en el umbral de la caverna y su deforme rostro se iluminó con una sonrisa. La criatura no era lo bastante inteligente para ver que la sonrisa no alcanzaba a los ojos del demonio, quien sintió un desprecio familiar ante su ingenuidad, seguido a continuación por una sensación igualmente familiar de asco. Dioses, era verdaderamente horrible: grotesca, deforme... Sus amos debían de haber hecho gala de todo su sentido del humor cuando la crearon, y aquel pensamiento volvió a traer el resentimiento que era su estímulo y consigna desde hacía tanto tiempo. Los feos y los deformes, frutos despreocupados de la imaginación de un instante, a los que se daba la vida y luego se dejaba de lado para que se defendieran como pudieran mientras que aquellos que se consideraban más elevados e importantes no les hacían caso y les negaban cualquier posibilidad de mejora. Narid-na-Gost conocía el dolor de ser una criatura semejante, y en otras circunstancias podría haberse compadecido, desde su posición relativamente elevada, de aquella fea esclava. Pero cualquier tipo de compasión se veía eclipsada por las dos grandes ansias que lo impulsaban: la ambición y el deseo de venganza. En aquello ella encontraría su realización, y su némesis.

-Ah, pequeña, qué hermosa me parece tu canción. -Se agachó para acariciarla entre los pequeños ojos brillantes, mintiendo con facilidad-. Cuánto he anhelado este momento, querida. Te he echado de menos y a duras penas he podido contener mi ansiedad -dijo, y le plantó un beso en la frente escamada; ella no se dio cuenta de que el demonio hacía un esfuerzo por vencer la repugnancia-. He traído el regalo que te prometí. Un regalo digno de mi apreciada criatura, un regalo para agradarla y deleitarla. Mira.

Ella siseó al verlo, y no pudo contener una expresión involuntaria de arrebato. ¡Era tan hermoso! Brillaba, resplandecía y oscilaba. Cuando lo cogió en sus deformes manos despidió mil colores exquisitos

Librodot

y le mostró escenas de tal belleza que los ojos se le llenaron de lágrimas.

-¡Gracias! -Hasta su voz, pensó él, era repelente, un graznido gutural de garganta húmeda-. ¡Gracias, mi señor!

Estaba encantada con la chuchería, y Narid-na-Gost sonrió con desprecio. Escogiendo cuidadosamente el momento, de repente le arrebató el regalo y lo sostuvo fuera de su alcance. Ella emitió un sonido asustado, implorante, alzando los brazos en actitud de súplica, pero el demonio sólo sonrió un poco más abiertamente.

-Ah, no, mi pequeña -dijo con un tono dulce-. Tendrás tu regalo, claro que lo tendrás. Pero quiero algo a cambio.

Las manos de la criatura, todavía extendidas implorantes, se juntaron.

-¡Cualquier cosa! -exclamó- ¡Lo que quieras, amado señor!

Él encontró algo divertida la completa ingenuidad de su promesa, pero lo dejó estar. Ella podría hacer lo que necesitaba; de hecho, estaba especialmente calificada para realizarla, por muy inadecuada que fuera para otras cosas.

-Bien. Entonces, querida, escúchame -dijo, agachándose de manera que sus caras quedaran al mismo nivel y clavando los ojos carmesíes en los pequeños ojos llorosos de la criatura-. Escúchame con atención. Esto es lo que quiero que hagas.

No quería decir que sí. No es que tuviera miedo de las consecuencias de ser descubierta, puesto que para ella no había prohibición y, además, su débil intelecto no le permitía considerar las posibles implicaciones de sus actos. Lo que le daba miedo era el pozo en sí. Nunca había tenido el valor para hacer nada más que pasar una mano por las oscuras aguas; no sabía qué había bajo la misteriosa superficie del pozo, y tenía un miedo ilógico a descubrirlo. ¿Y si el pozo no tenía fondo? ¿Y si nadaba y nadaba y nunca alcanzaba el lugar que él quería que encontrara? ¿Y si se perdía y no conseguía regresar?

Con habilidad y sin reparos, Narid-na-Gost rebatió sus argumentos, y con ellos derribó sus defensas. ¿No era capaz de nadar tan bien como cualquier pez surgido de una larva? ¿No era capaz de respirar con la misma facilidad en el agua que en el aire? ¿Y no era su inteligente amada, que no conocía el miedo y que había jurado luchar contra el fuego, la tormenta, las galernas y las aguas para agradarle? Él se había sentido tan orgulloso de ella, tan honrado de su amor... ¿Le destrozaría ahora el corazón diciéndole que se había equivocado al juzgarla?

Fue aquella última pulla, apenas escondida entre las mieles de su persuasión, la que acabó por perderla. Él había manipulado sus juramentos de amor y los había convertido en retórica, pero ella no lo sabía, no podía recordar los pequeños detalles de todo lo que le había dicho. Sólo sabía que lo había defraudado, le había fallado. Era malvada. Era cruel. Sólo quería hacer las paces, para que él dejara de estar triste y volviera a sentirse orgulloso de ella.

Cuando por fin se rindió, inclinando su monstruosa cabeza mientras sus lágrimas salpicaban el suelo de roca jaspeada, Narid-na-Gost le acarició la frente y esbozó una sonrisa de triunfo que la criatura no vio. La tenía exactamente donde quería; tendría éxito en la misión que le había encomendado, o perecería intentándolo. Si tenía éxito, para

Librodot

cuando sus amos supieran lo que había hecho, él estaría lejos, fuera del alcance de su venganza. Si fracasaba, no habría nadie que pudiera contar a los amos lo sucedido. Sí, pensó, una situación de lo más satisfactoria. En aquel momento, no podía pedir más.

Antes de irse, la besó en la boca. Nunca lo había hecho antes, y ella se quedó mareada de asombro y adoración. Lo miró alejarse, hasta que incluso su sombra desapareció en el túnel, y repitió mentalmente y en silencio las instrucciones que le había dado, una y otra vez. Lo conseguiría. Haría el viaje y encontraría el regalo, y volvería con él y lo depositaría en sus manos. Él la amaría por ello, igual que ella lo amaba. Ante ella se abría un futuro nuevo, tan brillante como la luz del Caos que, según le había contado él, resplandecía cuando los dioses salían de sus santuarios para pasear por el mundo. Sabría lo que era la alegría. Sabría lo que era la pasión. Se vería colmada.

Narid-na-Gost salió de la boca del túnel y, agradecido, aspiró hondo el aire de la atmósfera más limpia del exterior. Los siete señores de aquel mundo habían escogido, por el momento, crear un paisaje colosal de llanuras verdes y ámbar, sobre las que discurrían finos jirones de nubes en un cielo púrpura. Una única estrella negra flotaba pulsante en el horizonte, enmarcada por geiseres en erupción que, dado que la perspectiva se convertía en una broma debido a la tremenda dimensión del terreno, podrían encontrarse a uno o a mil kilómetros de distancia del punto donde se encontraba el demonio. Oyó chisporrotear energía en alguna parte, seguida por un aullido agudo, extraño y estremecedor cuando algo cantó en respuesta, y miró instintivamente por encima del hombro. Pero no había nada interesante que ver, y tras unos instantes comenzó a descender la ladera de la colina en la que había salido a la superficie.

Resultaba interesante que entre el panorama siempre cambiante y siempre en movimiento del mundo que habían creado, los dioses hubieran tenido la poca imaginación de dar estabilidad a sólo un pequeño número de lugares muy precisos. Siete señales que nunca alteraban su forma; era una indicación de lo más evidente de que aquellos lugares tenían un significado especial. ¿Es que los señores del Caos tenían tal fe en su invulnerabilidad que nunca se les había ocurrido la posibilidad de que otras mentes reconocieran y sondearan su secreto? ¿Nunca habían pensado que el enemigo podía acechar dentro de sus muros, además de fuera de ellos? Narid-na-Gost se llevó un dedo a la boca para reprimir la risa y se preguntó qué habría dicho Aeoris del Orden si hubiera sabido de la imprudencia de sus adversarios. Yandros y sus hermanos, que se decían dioses, que se consideraban amos de Narid-na-Gost y de todos los de su raza, eran estúpidos. Estúpidos cortos de miras y pagados de sí mismos.

Estaba andando hacia el espejismo de un castillo de muchas torres que brillaba a cierta distancia cuando escuchó el aire agitarse a sus espaldas, anunciando que algo se aproximaba. Al volverse, vio un carro volador que se acercaba a toda velocidad, tirado por cinco enormes caballos negros con cuellos de serpiente y crines llameantes. El carro tenía una única ocupante, que sostenía un halcón de plata en su muñeca; por un instante, su penetrante mirada ambarina se encontró con la de Narid-na-Gost, quien la reconoció de inmediato. Se arrodilló,

humillándose, y sintió la intensidad de su mirada mientras el carro pasaba de largo. Era la amante de Tarod, la mujer humana a quien Yandros había elevado de la mortalidad a un trono de grandeza al que no tenía ningún derecho. El demonio volvió a sentir la punzada interior del desprecio y los celos. Sin duda, ella iba a distraerse cazando las criaturas creadas por su propia imaginación. Otro pasatiempo sin sentido, mientras que el mundo mortal seguía su camino sin tropiezos y olvidaba el temor al poder del Caos. Se sintió asqueado, y se volvió para escupir. Un sapo de color amarillo y carmesí surgió allí donde cayó el escupitajo e intentó alejarse, pero se desintegró cuando el demonio consiguió controlar su momentánea ira. Paciencia, se dijo a sí mismo, paciencia. Había aprendido bien la lección con el paso de los años; podía aplicarla por un poco más de tiempo. Sólo un poco más. Y entonces no sólo el Caos, sino todos los mundos de dioses y hombres verían un cambio que debería haber ocurrido hacía tiempo.

Librodot

CAPITULO 16

Permaneció agachada largo tiempo junto al borde del pozo, antes de conseguir calmar sus alterados nervios y deslizarse en el agua. Estaba fría y, cuando se dejó sumergir, se cerró sobre ella como seda oscura, cubriéndole las patas, el cuerpo, los brazos y finalmente la cabeza, y la hundió en una cambiante oscuridad.

Tardó unos momentos en acostumbrarse a la extrañeza de estar bajo la superficie y encontró un inesperado placer al pasar desde una existencia terrestre a aquel mundo acuático y tridimensional, donde podía moverse en la dirección que quisiera con una lánguida facilidad que, para ella, resultaba incluso elegante. Contrariamente a lo que había temido, el pozo no era del todo oscuro. Un poco de luz se filtraba desde la caverna, y había otro resplandor, débil pero tranquilizador: un brillo fosforescente que parecía llegarle de algún lugar muy, muy abajo.

Esperó durante un rato y luego, cuando nada acudió a investigar su presencia o a desafiarla y acusarla de que no tenía derecho a estar allí, su confianza comenzó a afianzarse. Experimentando su nueva libertad, giró y pateó con fuerza hacia abajo. Instintivamente, su cola completó el movimiento, sorprendiéndola y deleitándola con el ímpetu que dio a su cuerpo, y se sumergió más, dejando que el distante resplandor la guiara y aprendiendo con rapidez los movimientos culebreantes y de pez que la impulsaban hacia abajo con un mínimo esfuerzo.

A pesar de sus errores iniciales, empezaba a divertirse. Aunque las instrucciones de Narid-na-Gost estaban firmemente grabadas en su mente, fue capaz por el momento de dejarlas a un lado y concentrarse únicamente en el placer de aquella nueva y fascinante experiencia. Siguió descendiendo, y el resplandor se hizo más intenso hasta adquirir una maravillosa tonalidad azul, como el primer destello de un invaluable zafiro visto a través de una grieta en una pared de obsidiana. Suaves corrientes la acariciaban, la emocionaban y seguían su curso, y el frío inicial se estaba transformando en una calidez que animaba su sangre y sus huesos. Adelante, más abajo. ¿Por qué no se había atrevido antes a aventurarse aquí? Nada había que temer. No había guardianes que le impidieran el paso, ni amos que la castigaran por el atrevimiento. Había sido una idiota, estúpida, tímida y asustadiza. Aquello formaba parte de su mundo y era hermoso.

Entonces, una nueva corriente procedente de abajo la alcanzó sin previo aviso y la hizo girar en un torbellino de aguas agitadas; su frío helado la sacó bruscamente de su feliz ensueño y devolvió su mente a la realidad. Vaciló, habiendo perdido de pronto el sentido de la dirección, pero después, de forma instintiva, se dio cuenta de que aquello no era una amenaza, sino una señal de que casi había alcanzado su destino.

La excitación disparó su adrenalina. ¡Casi había alcanzado el lugar donde encontraría el regalo que llevaría a su amado señor! Se retorció en el agua, recurriendo a toda su habilidad y fuerza recién descubiertas para girar hacia la corriente y nadar contra ella. Turbulencias plateadas surgieron de su cuerpo cuando lo convirtió en un venablo, y su

Librodot

restallante cola la impulsó hacia abajo con nuevo y asombroso vigor, lejos, más lejos, venciendo la presión que intentaba alejarla de su meta. La luz azul se hizo de repente más intensa, convirtiéndose en un resplandor cegador que pulsaba como una estrella de siete puntas... Salió del agua al aire de repente, y cayó pesadamente sobre una superficie sólida.

Al chocar lanzó un aullido de dolor, el espinazo vibró de manera horrible y durante unos instantes permaneció inmóvil, tumbada de espaldas, demasiado asustada para moverse, no fuera a descubrir alguna lesión irreparable en su cuerpo. Por encima de ella, veía el agujero del pozo abierto en un techo negro y bajo, donde el agua resplandecía y formaba dibujos que la mareaban. Le dolían la espalda y la cola, y la cabeza le retumbaba, pero transcurrido un rato -no supo cuánto tiempo- el dolor comenzó a disminuir y se atrevió a mover las extremidades.

Parecía ilesa. Lenta y torpemente se enderezó, mientras sus miembros se adaptaban al brusco cambio de volver a soportar su peso. Había llegado. Aquél era el sitio que le había dicho Narid-na-Gost: el mundo en el fondo del pozo. Y de una manera estúpida, irracional, se sintió desilusionada. Había esperado encontrar algo maravilloso y arcano; en lugar de eso, parecía haber ido a parar a una caverna oscura, húmeda, sin nada que destacar, que no era más que un reflejo de su lóbrego dominio en la parte superior del pozo.

A excepción, notó de pronto, de la luz.

Un maravilloso resplandor de zafiro inundaba la caverna, y, al girar despacio para investigar, advirtió que procedía de una grieta en la pared de roca a unos diez pasos a su izquierda. Su pulso se aceleró con la ansiedad. La grieta era angosta, pero podría pasar por ella, sabía que podría. Y la luz de zafiro era la señal que su amado le había dicho que buscara; era el camino, la vía que la llevaría hasta el regalo.

Avanzó dando tumbos por el suelo irregular y metió el cuerpo en la estrecha grieta. Era realmente un espacio muy justo, pero consiguió pasar, y, mientras lo hacía, mientras empujaba entre las opresivas paredes, la luz se iba haciendo más y más intensa, hasta que tuvo que cerrar los ojos ante su brillo. Entonces irrumpió por fin en un espacio abierto y, a cuatro patas, se quedó contemplando sorprendida la escena que se desplegaba ante sus ojos.

Oía cánticos. Ése fue el primer pensamiento consciente que tuvo, aunque era una irrelevancia insignificante en medio del asombroso e impresionante conjunto. El sonido era hermoso pero con una aterradora disonancia, y tardó unos momentos en darse cuenta de que era provocado por el paso del aire a través de una red de cámaras y pasadizos que perforaban la roca de la cámara esférica a la que había salido. Toda la cámara resplandecía con una luz pulsante que se reflejaba en las paredes curvas y ondulaba como si se tratara de agua. Enormes columnas de la misma luz se movían majestuosas por la caverna, como si siguieran los movimientos de una danza arcana; al pasar, desprendían deslumbrantes reflejos plateados de las estrías de la roca, que centelleaban y resplandecían como relámpagos encadenados.

Estaba hipnotizada. Durante lo que pareció una eternidad no pudo hacer otra cosa que contemplar y contemplar la absoluta belleza del

Librodot

lugar, mientras los cánticos sobrenaturales vibraban a su alrededor. Y así podría haberse quedado, en trance e inmóvil, de no ser por la premura que de repente volvió a hacerse notar en su conciencia, recordándole, con una punzada de remordimiento, su misión. Avergonzada, hizo un esfuerzo para que su mente venciera el encantamiento que la retenía, y comprendió de inmediato que se enfrentaba a un nuevo dilema. ¿Se atrevería a entrar en aquel increíble lugar? ¿Se atrevería a avanzar hacia las olas de luz, entre las columnas de niebla, y a mancillarlas con su presencia? Sí, dijo con fuerza una voz en su interior. *Por tu amado te atreverías a hacer cualquier cosa. Se lo prometiste. ¿Le vas a fallar ahora?*

El recuerdo de las dolidas y punzantes palabras de Narid-na-Gost acerca de la fidelidad la atravesó, e inclinó la cabeza. No podía fallarle. No debía hacerlo, o demostraría no ser digna de él. Y temía aquel estigma más que a cualquier otra cosa en el mundo.

Alzó de nuevo la cabeza y dio un paso adelante.

No estaba segura de qué esperaba, pero cada fibra de su ser se tensó inconscientemente para defenderse del horror inidentificable que podría acabar con ella, por su terrible atrevimiento. Cerró los ojos en un acto reflejo y, cuando se detuvo después de dar tres pasos vacilantes, esperando que llegara el castigo, tardó un rato en comprobar que no había castigo, ningún cambio violento en la atmósfera, ninguna voz tonante que surgiera de la luz azul para acusarla, ningún terrible y rugiente poder venido de arriba para fulminarla. Las extrañas voces de la roca seguían cantando su lánguida tonada y, cuando se atrevió por fin a abrir los ojos, se vio de pie entre las corrientes de luz, que seguían con su elegante minueto en torno a ella.

Soltó el aire que había retenido y escuchó el eco de su suspiro resonar de manera incongruente en la cámara. Dio otro paso adelante. Ahora se sentía valiente; el miedo la abandonaba como una piel gastada. Otro paso. ¿Cambiaba la música? Sonaba más dulce y hermosa que nunca, pero parecía haber una urgencia nueva y soterrada en sus notas. La luz azul se movía a su alrededor, jirones de luz le acariciaban el cuerpo. Era tan cálida, tan maravillosamente cálida... Y las columnas estaban cambiando su movimiento; unas se apartaban a la izquierda, otras a la derecha, para formar una avenida -una guardia de honor, pensó, y quiso reír ante aquella estúpida ocurrencia- que se extendía ante ella hasta el otro extremo de la caverna.

Al final de la avenida, algo aguardaba.

Azul. En aquel momento, la palabra, el concepto, adquirió un significado totalmente nuevo, y los maravillosos colores de la luz que bañaba la cámara se desvanecieron, insignificantes. Nunca había habido un azul como aquél: ardía, radiaba, estaba vivo. Y la atraía con una fuerza que no podía resistir. Avanzó entre las hileras de columnas resplandecientes, y sus seis manos se extendieron intentando desgarrar el aire ante ella, tratando de atrapar la luz como si ésta fuera una barrera tangible, ansiosas por tocar, agarrar, poseer. Echó a correr y, tras unos últimos pasos trastabillantes, cayó de rodillas y se desgarró la áspera piel, pero no hizo caso del dolor porque había llegado a su meta y se encontraba cara a cara con lo que había ido a buscar.

¡Había encontrado el regalo! Una vertiginosa sensación de júbilo la

Librodot

inundó; sintió ganas de alzar la cabeza y gritar debido a la alegría completa de su victoria. ¡Había triunfado! Y el regalo... El regalo era todo lo que él había prometido y mucho más. Era hermoso, era maravilloso, era... Sus deformes manos acabadas en garras se movieron en torno a él, temblando. Era. No conocía palabras que pudieran describirlo. Sencillamente, era.

La gigantesca gema permanecía suspendida dentro de una columna de negrura aterciopelada. Tenía mil facetas y cada una de ellas parecía brillar con un tono ligeramente distinto de azul, desde el casi negro de un océano a la luz de las estrellas hasta la etérea palidez helada de un glaciar. En sus profundidades, las facetas se fundían y giraban en un núcleo central de color de tal intensidad que apenas se atrevía a mirarlo. Aquélla era su salvación. Aquélla era la joya que le daría el amor de Narid-na-Gost.

No pensó en preguntarse ni por un momento qué podría ser la gema, o por qué había sido colocada allí. En el instante del descubrimiento, del éxito, todos los miedos y dudas habían sido barridos de su mente; lo único que le importaba era terminar su misión. Canturreando de felicidad, con el corazón a punto de estallarle, cerró con fuerza las manos en torno a la joya y la arrancó de la oscuridad.

El resplandor de brillo intensísimo duró una fracción de segundo, pero la cegó y la hizo retroceder violentamente, al tiempo que su canturreo se convertía en un grito de protesta. Una imagen había quedado grabada en su retina -una estrella de siete puntas- pero en un instante el brillo y la imagen se desvanecieron y se vio agachada en la roca, con el zafiro todavía entre los dedos.

Algo había cambiado. Los cánticos... sí, los extraños y deliciosos cánticos habían cesado de manera súbita e inexplicable. Despacio, con nervios, volvió la cabeza y su respiración se convirtió en un jadeo en la garganta.

La luz azul ondulante y las columnas que danzaban habían desaparecido. Sus ojos, deslumhrados por el fogonazo nacarino de la piedra, no habían notado en un principio su desaparición. Pero ahora, como obedeciendo una orden que sus sentidos no podían discernir, la luz había desaparecido y la caverna estaba a oscuras.

Un extraño sonido surgió de su garganta; el miedo, que creía superado, regresaba. ¿Qué había hecho? ¿Qué había ocurrido? Atemorizada, alzó sus dos manos cerradas y las abrió ligeramente, con temor pero sin poder resistirse a mirar. Por entre sus dedos se derramó una profunda luz azul, y sintió los duros perfiles de la piedra contra su piel. Seguía allí, no había desaparecido con las corrientes y las columnas. Pero algo había ocurrido. Algo.

Se puso en pie vacilante. ¿Dónde estaba la fisura por la que había entrado en la caverna? Por un instante pareció que el pánico iba a apoderarse de ella, pero entonces, con una extraordinaria presencia de ánimo, pensó en abrir de nuevo las manos y dejar que la luz de la gema iluminara el espacio a su alrededor. El efecto fue sobrenatural; el gran zafiro despedía un brillo oscuro, ominoso, que formaba sombras amenazadoras en las paredes. Pero, inquietante o no, era suficiente, y, como un animal asustado que huyera de un depredador, atravesó deprisa la caverna hasta que la curva de la otra pared apareció,

Librodot

fríamente iluminada de azul, y vio la estrecha abertura de la grieta.

Se lanzó hacia ella y se metió con tanto ímpetu que se arrancó nuevos trozos de piel. Salió a la segunda caverna en el fondo del pozo. En el techo bajo, relucía y se movía el agujero con agua. Avanzó a través del suelo irregular hasta colocarse bajo el agujero; entonces saltó con toda la fuerza que pudo sacar de los músculos de su dolorido cuerpo, en un intento de alcanzar la superficie.

Sus dedos tocaron el agua. De pronto, la caverna pareció volcarse; sintió que daba la vuelta, y su mente se sintió completamente desorientada. Después se encontró cayendo hacia arriba, no hacia abajo; estaba zambulléndose, cayendo de cabeza al pozo. En un movimiento reflejo su cola restalló, impulsándola hacia adelante, y avanzó en el agua, dejando atrás la corriente que intentaba hacerla retroceder, pateando, nadando con todas sus fuerzas hacia el refugio de su territorio.

Su cabeza salió a la superficie en un remolino de burbujas, y, cuando sus empapados ojos se aclararon, vio los familiares contornos del borde del pozo, y más allá su hogar en la caverna. Jadeando de alivio, nadó hasta el borde de roca y salió, para dirigirse luego a su promontorio favorito y agazaparse tras él. Allí, escondida y a salvo de ojos acusadores o inquisitivos que parecían acechar en cada rincón de su imaginación, se inclinó sobre sus manos cerradas y despacio, muy despacio, las abrió.

La joya seguía allí. Aquí su luz interior parecía más apagada, pero seguía emitiendo un oscuro resplandor, lanzando un extraño brillo sobre sus dedos. Volvió a cerrar con fuerza las manos, por miedo a que se le escapara utilizando medios arcanos si relajaba su vigilancia por un instante, y buscó en su memoria las instrucciones que su amado Narid-na-Gost le había dado.

Espérame -le había dicho-. *Trae el regalo a tu caverna* y *espera. Sabré que lo tienes cuando eso ocurra, y vendré.* De manera que esperaría como él le había dicho. No sabía cuánto tardaría en llegar, pero tendría paciencia.

Colocó su desgarbado cuerpo en una postura más cómoda y, apretando con fuerza entre las manos el zafiro, fijó la mirada en la entrada del túnel y se preparó para esperar.

Como siempre, vio su sombra antes de oír sus pasos, y se puso en pie, llena de ansiedad. Cuando el demonio apareció, ella canturreó su bienvenida de costumbre, intentando al mismo tiempo comunicar su excitación, su orgullo y el placer de haber tenido éxito.

Narid-na-Gost se detuvo, y su mirada carmesí se clavó en la criatura.

-¿Y bien? ¿Lo has encontrado? ¿Lo has traído?

Ella estaba demasiado inmersa en sus propias sensaciones para darse cuenta de que había hablado en un tono que nunca antes había empleado con ella. Se enderezó y cuatro de sus manos aletearon en el aire, mientras que el tercer par, todavía con los puños cerrados, le ofrecía la preciosa gema.

-¡La encontré, amado señor! ¡La encontré y la he traído!

En tres pasos el demonio estuvo a su lado.

-¡Enséñamela!

Ella abrió las manos, y la oscura brillantez del zafiro bañó sus brazos y el rostro de Narid-na-Gost, que se había inclinado a mirar. El aliento escapó de la garganta del demonio en un rápido silbido.

-Oh, sí... -musitó y, cogiendo la gema, se la puso en la palma de la mano-. ¡Oh, sí!

-La traje para dártela, querido señor -le dijo ansiosamente la criatura-. ¿Estás contento conmigo? ¿Te he hecho feliz y he demostrado ser digna de tu amor? Hice lo que pediste. ¡Tenía miedo pero lo hice! ¿Te he complacido?

-¿Qué? -El demonio la miró y ella se dio cuenta, con desolación, de que no había escuchado ni una palabra.

-Amado mío...

-¡Ah, deja de parlotear! Tengo mejores cosas que hacer que escucharte.

-Pero...

-¡He dicho que te calles! -Su voz cortó el ruego de la criatura como un latigazo, y, cuando ella intentó tocarlo, él la apartó con un bofetón de la mano que tenía libre. La criatura gimió, con sonido feo y lastimero, y volvió a ponerse en pie. Cuatro manos se extendieron implorantes hacia el demonio.

-Amado mío, ¿qué ocurre?, ¿qué he hecho?

-¿Hecho? -Narid-na-Gost dejó de escudriñar la joya y la miró. Parecía sorprendido-. Has hecho lo que te dije. ¿Te parece poco?

-Pero me prometiste... -protestó ella; entonces se paró. ¿Qué le había prometido? Habían sido tantas palabras dulces y tantas palabras tristes, pero... ¿qué le había prometido?

»¡Mi regalo! -Se acordó de aquello y su mente se aferró al recuerdo al instante-. ¡Me dijiste que tendría mi regalo! Querido, pensé que...

Él no la dejó terminar.

-Ah, eso -dijo, lanzando un suspiro agudo y enfadado-. Muy bien, ten tu regalo. Y que te dé mucha felicidad.

El demonio le había llevado el objeto precioso y brillante: la prenda, creía la criatura, de su amor; y se lo arrojó con un gesto descuidado. Al cogerla desprevenida, ella intentó atraparlo pero falló, y su precioso premio se hizo mil pedazos contra la roca. La criatura gimió, moviendo la cabeza de un lado a otro, tratando de recoger los fragmentos y reunirlos, como si pudiera arreglar el destrozo y volver a tener su tesoro completo.

-¡Dioses! -exclamó Narid-na-Gost, que contemplaba con desprecio sus desvelos-. ¡Una criatura tan estúpida que ni siquiera tiene dos dedos de frente para coger una migaja cuando la tiro de mi mesa!

Ella alzó bruscamente la cabeza. ¿Qué quería decir? El miedo y la tristeza asomaron a sus ojos, y el demonio se mofó de ella.

-¡Sí, tú, deforme cretina! -No tenía por qué hacerle daño y lo sabía, pero su furia reprimida y su resentimiento al tener que haberse degradado a tratar con un ser tan inferior para conseguir sus fines, clamaban por salir a la superficie, y no iba a contenerse por el hecho de salvaguardar los mejores sentimientos de aquella criatura-. ¡Ya has obtenido de mí todo lo que conseguirás haciéndome la rosca, hija del cieno! ¡No, no te atrevas a acercarte! -gritó cuando ella intentó reptar por el suelo hacia él-. ¿Tienes la osadía de querer tocarme? ¡No eres

nada! ¿Lo entiendes? ¡Nada!

Ella volvió a gemir y se arañó el rostro con dos manos mientras extendía otras dos en gesto de súplica.

-¡No, amado señor! ¡Soy tuya, tuya! Me deseas, me lo dijiste, ¡me amas! ¡No soy indigna! He sido buena, he sido valiente; oh, mi más querido señor, ¡te amo!

Narid-na-Gost retrocedió un paso y la miró con ojos que eran como brasas frías y apagadas.

-Tú -dijo con frialdad deliberada- no sabes nada del amor y no mereces nada de amor, porque eres menos que un gusano. ¿Qué puedes ofrecer? ¿Tu fealdad? ¿Tu estupidez? ¿Tu repugnante voz? -Sonrió con crueldad-. Eres una insignificancia, querida, y ni siquiera eres digna de lamer el polvo del camino que yo piso. Arrástrate otra vez a tu lóbrego agujero y cumple con tu inútil deber. Canta tus horribles canciones y juega con tus juguetes. Has llevado a cabo el único acto útil de tu vida. ¡Conténtate con eso!

Y, ante la aturdida mirada de la lastimosa criatura cegada por las lágrimas, que no comprendía lo que sucedía, el demonio se volvió y se alejó de la cueva para no volver.

La criatura no gritó. No lloró, ni aulló ni gimió; no movió ni un solo músculo. Su sufrimiento era demasiado grande para que se produjera una reacción; se quedó helada, inmóvil, tanto física como mentalmente. Podría no haber sido más que un grotesco relieve en el suelo de la caverna, y allí se quedó, a solas con el silencio y la penumbra, y la jaula de su inexpresable tristeza como única compañía.

Cuando llegó al aire más fresco y despejado fuera de la caverna, Narid-na-Gost ya había olvidado por completo a la lastimosa criatura de la que se había deshecho y que había quedado atrás. El terreno que lo rodeaba estaba envuelto en una niebla que mostraba una gama de colores pastel. Por encima de él escuchó el batir de unas alas gigantescas; por lo demás todo estaba tranquilo. Mejor que mejor. Si nadie lo veía partir, pasaría bastante tiempo antes de que su ausencia fuera advertida.

Calculó que en la Isla Blanca debía de ser casi medianoche. Una medianoche preciosa y especial, porque el amanecer traería el vigésimo primer cumpleaños de Ygorla. Aquél siempre era un momento especial en la vida de los humanos, pero para Ygorla -aunque ella no lo supiera todavía- la trascendencia sería mucho mayor que cualquier cosa que se pudiera experimentar en la esfera mortal.

Narid-na-Gost miró la joya que sostenía en las manos. Aquél era el salvoconducto de ambos, el rescate, la llave que les abriría las puertas a su nuevo mundo y su nuevo poder. Un regalo digno de una Margravina de Margravinas, de una reina de los demonios. Era hora de entregar el regalo y de que comenzaran los festejos.

A un gesto suyo, la resplandeciente puerta sobrenatural apareció flotando ante él. Tocó el pomo y la puerta se abrió silenciosamente, y cruzó el umbral entre el Caos y el mundo mprtal. Entre los dos mundos, Narid-na-Gost miró por última vez el cielo encapotado, y en su rostro se dibujó una sonrisa cruel y sigilosa.

-Os digo adiós a todos -dijo en voz baja-. Al menos, durante un tiempo.

La puerta se cerró tras el demonio y desapareció en la niebla.

Un gran río dorado discurría y saltaba por un cañón cerrado por colosales macizos, y su rugido resonaba estruendosamente en los picos. Criaturas enormes, creaciones momentáneas de las aleatorias energías del Caos, saltaban y jugaban en la corriente. Sus formas cambiaban una y otra vez a cada momento, mientras eran arrastradas corriente abajo. El cielo parpadeaba en un color de amarillo sulfuroso, como si reflejara el resplandor de metal fundido del río, y muy por encima de los macizos, en un horizonte cegador, los siete prismas gigantes e incandescentes que señalaban la presencia de los señores del Caos en sus dominios giraban sin cesar con lenta y digna majestad.

El primer aviso de que algo andaba mal vino en forma de breve pero violenta fluctuación, un destello de energía inestable que surgió del cielo, provocó contracorrientes en el río y sacudió los picos con un rugido de ominosa respuesta. El paisaje se oscureció por un instante y enseguida se restableció. Pero la pausa no fue larga. Algo pasaba en uno de los prismas. Su ritmo continuo empezaba a vacilar, como si una fuerza contradictoria lo hubiera desequilibrado. Su perfil se hizo borroso, se hinchó; luego se encogió, perdió la armonía con los restantes prismas...

Un colosal fogonazo de luz azul desgarró la dimensión, mostrando el cañón y el río rápido en una espectral imagen en negativo, y de los cielos surgió un sonido que jamás se había escuchado en el mundo del Caos. Gritaba y aullaba, tapando cualquier otro sonido; era una voz que encarnaba el dolor, la rabia y el asombro, y que resonó por el paisaje colosal. Los macizos surgieron en respuesta; fragmentos de roca se desprendieron de las paredes del cañón y cayeron al río, de donde se elevaron columnas de espuma de centenares de metros de altura, haciendo que las criaturas acuáticas sufrieran nuevas y horribles metamorfosis. El suelo se hinchó, alzándose como un monstruo que despertara, y toda una serie de grietas atravesaron los macizos, destrozándolos, y lanzaron el río a un nuevo curso que provocó torrentes que arrastraban cuanto encontraban a su paso. En los cielos comenzaron a aparecer horribles colores; después centellearon negros relámpagos y los truenos rugieron por todo el reino del Caos, al tiempo que una colosal tormenta, el progenitor monstruoso de los Warps que azotaban el mundo de los mortales, cobraba vida. La tierra atormentada aulló dolorida y reventó, el río y los picos se fundieron y cayeron en una misma marea enloquecida que se arrastraba surcada por estrías de luz centelleante. Mientras, por encima del torbellino, como severos espectros en el cielo desgarrado y furioso, seis enormes prismas giraban con ritmo tenebroso, pulsante e inexorable, donde antes había siete.

Librodot

CAPITULO 17

La energía golpeó a Karuth como un martillo y la arrancó gritando de sus sueños, en un espasmo gigantesco que la arrojó de la cama al suelo. Agitando los brazos, rodó como una loca en pleno ataque, totalmente fuera de control, mientras la realidad y el sueño chocaban entre sí y lanzaban su cuerpo y su mente a la confusión. Una mesa volcó, una alfombra patinó bajo Karuth y la empujó hacia adelante. Acabó golpeándose con fuerza contra la pared de piedra bajo la ventana, y el impacto la hizo morderse la lengua, mientras el aire entraba en sus pulmones en violentos estertores.

Luz. No había luz alguna, no veía, necesitaba luz. Gemía de miedo y no sabía por qué, pero no conseguía detener los sollozos. La sangre de la lengua herida le corría por la barbilla; buscó el alféizar de la ventana y, al encontrarlo, se puso de rodillas y tiró débilmente de las cortinas, intentando apartarlas para que la luz de la luna -¡luz, bendita luz!- entrara en la habitación. Por fin, los pesados cortinajes se separaron un tanto, y un rayo helado de color plata gris cayó sobre el rostro de Karuth. Sus gemidos se transformaron en un gruñido de alivio y agradecimiento, y éste cedió paso al silencio cuando la razón comenzó a imponerse al pánico.

Una pesadilla. No podía haber sido otra cosa. Sólo un sueño muy, muy malo que ahora no podía recordar. Tenía arañazos en las rodillas y en los codos, por haberse arrastrado sin control por el suelo; se lamió la sangre del labio inferior, e hizo una mueca de dolor cuando sintió una punzada en la lengua, allí donde se había mordido. Dioses, debía de haber sido un sueño monstruoso para provocar semejante reacción. Por un instante, en el que su corazón se aceleró al máximo, se preguntó si de verdad estaba despierta o si aquél era otro nivel de la misma pesadilla. Bajo sus manos, el antepecho de la ventana parecía bien real, y la habitación, débilmente iluminada ahora por la segunda luna, tenía un aspecto normal y proporcionado. Pero al mismo tiempo se sentía... anormal. Era la única palabra que le venía a la mente para describir su sensación: anormal. Como si todavía estuviera en los brazos del sueño y en cualquier momento aquella realidad fuera a convertirse en algo enloquecido e incontrolable, y arrojarla a las profundidades de una nueva y peor pesadilla.

Se puso en pie y apartó del todo las cortinas. Una parte de ella no quería mirar al patio, por miedo a ver algo que pudiera confirmar sus dudas, y tuvo que hacer un esfuerzo para mirar a través del cristal el vacío panorama de ventanas sin iluminar y susurrantes enredaderas y la seca y silenciosa fuente central. No se veía nada extraño, tan sólo la familiar visión del Castillo dormido. Pero, sin embargo, algo parecía estar mal.

Recuperando confianza, Karuth se volvió para enfrentarse a la puerta del dormitorio. Sentía una necesidad urgente de salir corriendo de la habitación; pero ¿adonde? ¿Qué era lo que la empujaba? ¿Una llamada, o una invitación a huir? Aquella idea disparó otra vez sus nervios y, cuando se dio cuenta, ya estaba a medio camino de la puerta.

No -se dijo con firmeza, deteniéndose-. *¡Esto es ridículo! ¡Eres una adepta de alto nivel y una hechicera experta, no una novicia de primer rango, a quien asusta una sombra en la noche!* Pero el raciocinio no era un arma lo bastante poderosa. Tenía que salir de aquella habitación. Tenía que hacerlo.

Karuth cogió la bata de lana que había dejado doblada a los pies de la cama, abrió la puerta y salió al pasillo. Las últimas antorchas se habían apagado y el pasillo semejaba unas fauces oscuras, abiertas a lo desconocido. No le daba miedo la oscuridad, pero temía otra cosa, algo a lo que todavía no podía dar un nombre o una identidad. En su sueño, el Castillo parecía respirar como un animal viejo pero poderoso al que no convenía molestar. Dio un paso dubitativo más allá de la puerta; y entonces se tuvo que morder la lengua otra vez para no gritar cuando, a su izquierda, apareció una luz.

-¡Karuth! -Una figura, con un rostro pálido y asustado que todavía parecía más espectral a la vacilante luz de la única vela que llevaba, surgió del pasillo lateral con los ojos desorbitados. Calvi Alacar dejó escapar un suspiro de alivio que hizo que la pequeña llama goteara cera-. Dioses, ¡creí que había llegado mi última hora!

Se miraron, sintiéndose ambos un poco estúpidos; ninguno de los dos quería ser el primero en confesar los motivos de andar por el Castillo a aquellas horas. Karuth aún tenía la sensación de que la llamaban, y ahora dicha sensación parecía cobrar forma, pero no le hizo caso.

-Calvi..., es tarde para que estés levantado -dijo. Era una afirmación obvia y fatua, pero, en medio del alivio que experimentaba, no se le ocurrió nada mejor.

-Sí. -Karuth pensó que Calvi se ruborizaba, aunque era difícil comprobarlo en la penumbra-. Yo... -De pronto se vino abajo-. ¡Oh, Karuth, tuve una pesadilla tan terrible! ¡Pensé que había sacado de la cama a todo el Castillo con el grito que di al despertarme! -Vaciló y luego se encogió de hombros-. Tenía que encontrar a alguien. No podía quedarme allí solo, de verdad que no podía. Lo siento. No quería despertarte.

-No me despertaste, Calvi. Yo también tuve una pesadilla. O al menos creo que la tuve -confesó. De nuevo, la sensación de que la llamaban fue como una garra helada que se posara sobre ella. Esta vez no pudo relegarla y vino acompañada de un imperativo más tenebroso: «Algo está mal».

-Algo está mal. -Las palabras de Calvi repitieron con tanta exactitud el pensamiento de Karuth que ésta se quedó parada, y su rostro mostró la desolación que sentía. El joven asintió-. Lo sé, Karuth. Los dioses sabrán por qué es así. No tengo poderes extrasensoriales, pero lo siento como una enfermedad en los huesos.

-Sí -dijo ella-, yo también lo siento. -Y bruscamente comprendió el impulso, comprendió lo que tenía que hacer, y las palabras surgieron sin que pudiera contenerlas-. Es en el Salón de Mármol.

-¡Aeoris! -exclamó Calvi, abriendo mucho los ojos y haciendo el signo de los catorce dioses con la mano que tenía libre-. ¡Éste era mi sueño! ¡Me lo has hecho recordar! Sabía que algo andaba mal en el Salón de Mármol pero no podía entrar, porque no soy adepto, y por eso

Librodot

iba corriendo por el Castillo en busca de alguien que me ayudara, y no había nadie. Entonces, de repente, supe que algo me estaba siguiendo, me volví y... -Se interrumpió de improviso y se estremeció-. No quiero recordar eso. Era demasiado real.

Karuth no necesitaba más confirmaciones. Metió rápidamente los brazos en las mangas de la bata y se la ciñó. Cuando habló, su voz era firme y autoritaria.

-Voy a investigar. Será mejor que vuelvas a tu habitación, Calvi. Aquí no hay peligro; estarás a salvo.

-No, Karuth. Voy contigo.

-No puedes. Como tú mismo has dicho, el Salón de Mármol está prohibido para todos menos para los adeptos de mayor rango. Obedéceme y vuelve a tu habitación, por favor.

-No. -Su tono recordaba de repente al Alto Margrave, su hermano, y Karuth quedó sorprendida-. Ya no soy un niño -dijo-. Y, con el debido respeto, no estoy bajo tu tutela. Si tienes intención de averiguar qué está pasando, entonces iré contigo y, francamente, no veo cómo podrás impedírmelo.

Desde el punto de vista puramente práctico se equivocaba; Karuth podría haberlo detenido porque conocía uno o dos trucos de magia que lo harían salir corriendo hacia su habitación y encerrarse allí con llave hasta la mañana. Pero recurrir a esos métodos sería un despilfarro de tiempo y energía. Además, no tenía derecho a hacerlo; y debía admitir, aunque sólo fuera para sí, que agradecería su compañía.

-Muy bien -aceptó Karuth-. No voy a discutir contigo. Pero sólo podrás acompañarme hasta la biblioteca. No puedo infringir las leyes del Círculo.

Él asintió rápidamente.

-Lo comprendo.

Las sombras aparecían y se movían entre las barandillas mientras ellos descendían por la escalera principal. De mutuo acuerdo, y sin necesidad de hablar, ambos se mantuvieron muy cerca el uno del otro dentro del pequeño círculo de la luz de la vela mientras cruzaban el suelo embaldosado y abrían la gran puerta del Castillo. Cuando ésta se abrió con un crujido de sus enormes goznes, irrumpieron en la sala el aire frío y la gélida luz de la luna; afuera el patio era un mosaico de negro y plata.

-¿Oyes el mar? -La voz de Calvi era un susurro inquieto cuando comenzaron a bajar los escalones de piedra.

-No -contestó Karuth, irracionalmente enfadada con él por llamarle la atención acerca del peculiar silencio. Podía contar con los dedos de la mano los días de su vida en los que el rugido de la marea bajo la mole del Castillo había sido inaudible, y no quería pensar en posibles portentos-. Pero esta noche no hay viento y hay marea muerta -añadió. Era una explicación racional, pero no acababa de parecer del todo verdadera, y la apartó de su mente-. Vamos. No dejes que se apague la vela.

Avanzaron como fantasmas por la avenida flanqueada de columnas hasta la puerta de la biblioteca. Cuando Calvi abrió la puerta, Karuth sintió el olor que venía de abajo, olor a polvo, moho y pergamino viejo. Siempre le había gustado aquel olor extraño pero de una familiaridad

Librodot

reconfortante. Pero aquella noche, sin embargo, algo la hizo pararse al olerlo.

-Yo iré primero -ofreció Calvi.

-No -se opuso ella. No podía dejar que aquel miedo ridículo y sin fundamento la venciera-. Yo iré delante. Mantén alta la vela ¡y no dejes que se apague!

Calvi se esforzó en dar a su voz un tono de animación que estaba muy lejos de sentir.

-No te preocupes. Ya te oí la primera vez.

Comenzaron a descender por la escalera de caracol. El frío pasaba de la helada piedra a los pies descalzos de Karuth; una vez, sus dedos tocaron algo pequeño que se apartó corriendo, y el estómago le dio un vuelco. Aspiró con fuerza el aire rancio y continuó. Todo estaba muy silencioso, silencioso como una tumba, y eso no era normal, porque allí, en los cimientos del Castillo, era corriente que el ruido del mar resonara desde las cavernas que había en la base del macizo. Esta noche, no obstante, como en el patio, no se oía nada.

Por fin, la indecisa luz de la vela de Calvi iluminó los imprecisos perfiles de una puerta delante dé ellos. Bajaron apresuradamente los últimos escalones, y Karuth abrió la puerta que daba a la biblioteca del Castillo.

Calvi dejó escapar lentamente el aire.

-Hay tizones en los hachones. ¿Enciendo unos cuantos?

-Sí, hazlo -repuso Karuth. Se sentía ridicula al intranquilizarse por la oscuridad, pero aquella inquietud primaria no la dejaba y la luz ayudaría a mantenerla a raya. Poco a poco, la cámara abovedada fue adquiriendo una tranquila iluminación amarillenta, a medida que Calvi aplicaba la vela a tres antorchas, y el ambiente también pareció iluminarse al retroceder las sombras.

Karuth miró en dirección a la puerta antigua y sin pretensiones, apenas visible detrás de su escudo de estanterías, que conducía al Salón de Mármol. Como si el contacto físico fuera una especie de talismán, alargó un brazo y tocó la mano de Calvi.

-Aguarda aquí -le dijo-. Confío en no tardar mucho.

Karuth esperaba -¿deseaba quizá?- que él discutiera y que al final ella no tuviera más remedio que saltarse las reglas y dejar que la acompañara, pero Calvi no hizo tal cosa. Algunas leyes eran sacrosantas y Calvi conocía la fuerza de la prohibición que le impedía entrar en el Salón de Mármol. Fuera lo que fuera lo que hubiera allí, Karuth tendría que afrontarlo sola.

Calvi se paró junto a la puerta abierta, con la vela en alto, y observó cómo Karuth se adentraba por el estrecho pasadizo de peculiar simetría que la conduciría a la puerta plateada. Una luz fresca se derramaba hacia ella; a medida que la débil llama de Calvi quedaba atrás y el brillo nacarado se hacía más intenso, Karuth fue recuperando algo de confianza. Aquél era territorio conocido, el santuario íntimo de los adeptos. Aquí no tenía nada que temer.

¿O sí? ¿Esta noche sí?

Apartó aquel pensamiento insidioso. Era una adepta del Círculo. No tenía nada que temer, se dijo una vez más. No había nada que temer, y repitió la afirmación en su mente como una letanía mientras

Librodot

llegaba al fin ante la puerta plateada y se detenía ante ella. Extendió un brazo para tocar la superficie brillante y fría, y casi se echó a reír cuando reparó en el elemento vital que había pasado por alto con las prisas. No tenía la llave de la puerta. La única llave estaba al cuidado de Tirand, y sin ella nadie podía entrar en el Salón de Mármol. *Idiota,* se reprochó Karuth, sin saber si estaba enfadada o tremendamente aliviada. ¡Idiota!

Reprimiendo la alegría que intentaba adueñarse de ella, apoyó la mano contra la superficie de la puerta para recuperarse.

El cierre hizo un chasquido, y la puerta se abrió.

El sonido que surgió de la garganta de Karuth fue muy agudo, y se truncó bruscamente cuando la impresión llegó al fondo de su cerebro. Aquello era imposible. Pero la vista no mentía: la puerta, cerrada y comprobada por el Sumo Iniciado, que no había sido tocada desde que se había realizado el último Rito Superior, había desafiado toda lógica y se abría ante ella.

-Dioses... -Las manos de Karuth comenzaron a temblar cuando el instinto apartó a la razón, y sus palabras susurradas fueron tanto un ruego de protección como de guía. La puerta abierta mostraba el interior del Salón, y vio que las nieblas de suaves colores que se movían entre las columnas se retorcían formando dibujos deformes, como si un viento racheado se hubiera colado allí y las estuviera agitando. Pensó, aunque intentó convencerse de que era imaginación suya, que escuchaba lejanas voces extrañas y etéreas que susurraban con tono preocupado.

No podía quedarse en el umbral, como un ratón que tuviera miedo de un gato merodeador. Tenía que decidirse; entrar, o admitir que era una cobarde y regresar a la biblioteca y a la reconfortante presencia de Calvi. Con resolución, Karuth se recordó que era una adepta del Círculo y que su deber consistía en llegar hasta el final de aquel asunto. Si se había enviado una señal desde el reino de los dioses, entonces ella, como su servidora, debía estar preparada y dispuesta a recibirla.

Cerró los ojos y realizó un ejercicio mental rápido pero eficaz para calmar sus alterados nervios. Después, y tras hacer el signo de respeto con los dedos separados, se obligó a avanzar al interior del Salón. Las neblinas la rodearon y los contornos de las columnas se hicieron precisos a su alrededor, como los troncos de un bosque petrificado; casi esperaba oír el sonido de la puerta cerrándose a sus espaldas, pero eso no ocurrió. El aire tenía un olor ligeramente acre, que reconoció pero que al principio no pudo identificar, hasta que recordó los experimentos con fuerzas elementales que a veces había llevado a cabo en la intimidad de sus aposentos. Aquello se parecía a la atmósfera que quedaba tras realizar aquellos rituales, la sensación de que algo había estado, se había marchado y había dejado su huella. Pero no detectó fuerzas semejantes en el Salón, y los susurros, no importa de dónde procedieran, no eran los de los elementales.

Apenas podía distinguir las siete estatuas de los dioses, que surgían ante ella entre la niebla. No podía percibir ningún detalle; por el momento eran meros contornos borrosos y oscuros que interrumpían los aleatorios dibujos de color. Karuth apartó la mirada de ellas deliberadamente, consciente de lo fácil que sería, en su actual estado,

Librodot

comenzar a imaginar que las estatuas no eran moles inertes sino cosas vivas, dispuestas a mover sus esculpidos miembros en cualquier momento y bajar de sus pedestales. Su mirada se paseó por el complejo mosaico del suelo; sin saber por qué, buscaba el dibujo circular negro, que, por lo que todo el mundo sabía, marcaba el centro exacto del Salón de Mármol. Por fin lo vio, destacando en agudo contraste con los delicados diseños que lo rodeaban, y anduvo deprisa hacia allí.

Entonces se detuvo.

Algo está mal. Las palabras le volvieron a la cabeza con una sorprendente brusquedad, y esta vez no eran conjeturas sino una completa certeza. El círculo de mosaico era demasiado negro; no parecía mármol sino un vórtice abierto de la nada, una boca que se abría a otra dimensión. Atraía su atención, la desorientaba, y Karuth se tambaleó mareada, mientras su sentido de la perspectiva se deformaba.

De repente, los agitados murmullos crecieron en su mente, y a través de la sibilante confusión escuchó una palabra, repetida una y mil veces en una enloquecida letanía: «NO, NO, NO, NO, NO...».

Karuth jadeó, alzó la mirada en dirección a las siete estatuas que surgían de la espesa niebla, y su garganta quedó atenazada por el asombro y la incredulidad.

Las siete estatuas ocupaban su lugar habitual, dominantes por encima de su cabeza. Pero, mientras que los rostros de los siete señores del Orden se mostraban tan serenos y distantes como siempre, los esculpidos rasgos de Yandros y cinco de sus hermanos habían cambiado. Tenían las bocas abiertas, en un horrible rictus que deformaba y tensaba cada rostro; los ojos miraban desorbitados y enloquecidos. En silencio, apresadas en un momento congelado y eterno, las estatuas de los dioses del Caos estaban gritando.

Y en una de las estatuas, en grotesco y horripilante contraste con la impasible expresión de su contrario en el reino del Orden, el rostro del séptimo señor del Caos se había roto, y no quedaba de él más que un cuarteado muñón de piedra.

Calvi se había apartado de la puerta, pero poca diferencia significaba eso, y ahora ya no podía seguir engañándose a sí mismo: estaba asustado. *Idiota, estúpido,* se dijo; la biblioteca era uno de los lugares que más frecuentaba y había pasado allí más horas de las que podía recordar, entre los libros y los pergaminos. Sin embargo, aquellas visitas se habían hecho en circunstancias más favorables, e, incluso con tres antorchas encendidas, había una enorme diferencia entre estar en aquella sombría cámara en la alegre compañía de sus iguales, o estar esperando a solas en mitad de la noche, mientras Karuth intentaba llevar a cabo su solitaria misión en el Salón de Mármol.

Se preguntó cuánto tiempo llevaba Karuth en el Salón. El paso del tiempo era algo subjetivo; podía haber transcurrido un minuto o una hora desde que la había visto alejarse por el pasadizo tenuemente iluminado. Calvi se preguntó si no debería subir corriendo la escalera para ver en qué posición en el cielo se encontraba la segunda luna, pero desechó la idea. Todavía no. No podían haber pasado más que unos cuantos minutos desde que ella se había marchado. Mejor esperar: enseguida regresaría. Era demasiado pronto para comenzar a preocuparse.

Librodot

Paseó la mirada por las estanterías de la biblioteca en busca de algo que entretuviera su mente y apartara las especulaciones enfermizas. Los libros y manuscritos parecían demasiado intimidadores; sabiéndose incapaz de concentrarse en la lectura, comenzó a andar arriba y abajo, ajustando sus pasos al ritmo de una tonadilla que había escuchado durante las fiestas del pasado Primer Día de Trimestre. Un grupo de músicos ambulantes habían venido a probar suerte en el Castillo y Tirand, de un humor inusualmente expansivo, los había contratado para que dieran un breve concierto en honor del verano que empezaba. No recordaba la letra de la canción, pero la melodía se había metido en algún rincón de su cerebro y ahora la recuperó en un esfuerzo por distraerse. Pero ni siquiera eso funcionó; recordó que era una canción para beber, y eso sólo sirvió para hacerle pensar que habría estado mucho mejor de haber tenido algo para beber, en lo posible algo muy fuerte. Y, mejor aún, algo de compañía humana.

En el mismo momento en que aquel sentido pensamiento cobraba forma, oyó pasos en la escalera, al otro lado de la puerta de la biblioteca.

El estómago de Calvi se contrajo violentamente con la impresión, y por un terrible instante creyó que iba a vomitar de puro miedo. No había hecho más que pensar en aquello y...

El pánico salvaje que iba en aumento se vio bruscamente anulado cuando una voz conocida habló desde el descansillo de la escalera.

-¿Quién hay ahí?

-¿Tirand? -La voz de Calvi se quebró, y carraspeó en la segunda sílaba, al dejar escapar la tensión-. ¡Tirand, soy yo, Calvi!

La puerta se abrió y el Sumo Iniciado, con ropas arrugadas y el cabello despeinado, apareció en el umbral.

-¿Calvi? En el nombre de Aeoris, ¿qué estás haciendo aquí?

Calvi reprimió una necesidad irracional de echarse a reír, y se llevó una mano a la boca para frenar aquel espasmo.

-¡Podría hacerte la misma pregunta, Tirand! Me desperté después de tener una pesadilla, y sentí una compulsión...

-¿Una compulsión? -Tirand frunció el entrecejo, y aquel gesto, unido al súbito cambio de tono en su voz, hizo que Calvi se diera cuenta de lo que implicaba.

-Dioses -dijo-. ¿Tú también?

Tirand barrió la biblioteca con la mirada.

-Sí -replicó lacónicamente-. Y no creo que seamos los únicos. He estado buscando a Karuth. No está en su habitación.

-No. Está aquí, Tirand. Vine con ella, pero sólo me dejó llegar hasta aquí -explicó, haciendo un gesto en dirección a la pequeña puerta-. Ahora se encuentra en el Salón de Mármol. Dijo que allí se hallaba el origen de lo que está ocurriendo, sea lo que sea.

El gesto de preocupación del Sumo Iniciado se hizo más intenso.

-¿Cuánto tiempo lleva allí?

-No lo sé -repuso Calvi, con un gesto de impotencia-. Parece una eternidad, pero ya sabes lo engañoso que puede resultar el tiempo cuando esperas. Probablemente sólo unos minutos.

-Será mejor que vaya tras ella. -Tirand se dirigió hacia la puerta pero se detuvo-. Yo que tú me iría a la cama. Aquí no puedes hacer

nada.

El joven se esforzó en sonreír débilmente.

-Esperaré, Tirand. Lo prefiero, si a ti te da lo mismo.

Pensó por un instante que el Sumo Iniciado pondría alguna objeción, pero Tirand se limitó a encogerse de hombros.

-Como quieras.

Se encorvó para pasar por el bajo dintel de la puerta y comenzó a avanzar por el pasadizo, que resplandecía levemente. Calvi estaba cerca, con la mano sobre el pomo de la puerta, observándolo, y Tirand pensó que después debía dar las gracias al joven. Había hecho bien en escoltar hasta aquí a Karuth, aunque se preguntó por qué precisamente Calvi habría sido afectado por lo que fuera que estaba ocurriendo aquella noche. Karuth y él era una cosa, pero ¿Calvi? No tenía sentido.

El pasadizo se curvaba ante él y la luz de la puerta plateada se reflejaba en un ángulo de la pared. Tirand casi había llegado a la curva cuando se perfiló una sombra y, un instante después, Karuth, con la bata recogida a la altura de las rodillas y abandonada toda dignidad, apareció corriendo y chocó con él.

-¡Karuth! -Ambos se tambalearon hacia atrás por el encontronazo, y Tirand cogió a su hermana por los brazos-. Karuth, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

-¿Tirand? -Los ojos de Karuth estaban muy abiertos, como enloquecidos, y por un momento pareció totalmente desconcertada. Entonces, como cuando se abre una ventana en un cuarto a oscuras, regresaron la lucidez y el reconocimiento-. ¡Oh, gracias sean dadas a los dioses! ¡Rápido; ven conmigo! ¡Tienes que verlo! ¡Tienes que verlo por ti mismo!

Lo cogió de las manos y, antes de que pudiera decir nada, tiró de él en dirección al Salón de Mármol.

Tirand no tuvo oportunidad de hacer las preguntas que se amontonaban en su mente, y la febril urgencia de su hermana provocó en él el inicio de una reacción parecida, aunque no podía ni siquiera imaginar el motivo de la agitación de Karuth. Entraron en el Salón. Karuth se desvió para evitar el mosaico negro y luego se detuvo ante las siete grandes estatuas.

-¡Ahí! -Su voz resonó áspera en él Salón, y sus ecos fueron chocando entre las columnas-. ¡Mira!

Tirand obedeció; se produjo un tenso silencio.

-¿Qué se supone que debo ver? -inquirió al cabo.

-¿Co...? -La palabra no acabó de salir de la garganta de Karuth cuando ésta miró a su vez.

Las esculturas asomaban enormes y silenciosas en las neblinas que cambiaban lentamente. Yandros tenía su acostumbrada sonrisa sabia y privada, mientras que sus hermanos -sus seis hermanos- miraban serenamente a la neblina resplandeciente. Las estatuas estaban como siempre, sin ningún daño.

Tirand se volvió hacia su hermana.

-Karuth, ¿qué significa todo esto? -preguntó, desconcertado.

Ella tragó saliva. Parecía que su garganta se hubiera cerrado, y no podía apartar la vista de las estatuas. Aquello era imposible. Había visto los cambios. Los había visto y eso la había hecho huir del Salón para

correr en busca de Tirand y los otros adeptos.

-Estaban gritando... -Su voz sonaba como la de una persona que tuviera dos veces su edad.

-¿Gritando? Karuth, en nombre de Aeoris, ¿qué quieres decir?

Ella respiró hondo un par de veces para tranquilizarse, y se lo contó. Tirand escuchó en silencio el lacónico relato y, cuando terminó, Karuth vio que dejaba de mirarla a ella para clavar la vista en el suelo. Su expresión era tensa y preocupada.

-Karuth... -Ella conocía aquel tono, que combinaba el dulce razonamiento con una total inexorabilidad-. Estabas soñando. Debió de ser eso.

-¿Soñando? ¿Quieres decir que me encontré con Calvi y bajé hasta la biblioteca y luego hasta el Salón de Mármol, todo eso dormida?

-No, claro que no quiero decir eso. Pero estamos en mitad de la noche, tu mente no debe de estar precisamente de lo más despejada. Puede que te hayas deslizado entre el sueño y la realidad sin darte cuenta después de llegar aquí...

-Estaba completamente despierta, Tirand. No me cabe la menor duda.

Él alzó las manos en un gesto conciliatorio.

-De acuerdo; si tú lo dices, no voy a discutirlo. Por lo tanto, ha de haber otra explicación.

En su estado febril, Karuth interpretó el poco convencimiento de Tirand como escepticismo y desconfianza, y sintió una súbita irritación.

-¡Claro que hay otra explicación! -replicó con aspereza-. ¡Maldita sea, Tirand, no estoy ciega! ¡Sé lo que vi! ¡Esas estatuas estaban atormentadas! Algo ha ocurrido..., algo terrible, algo que todavía no comprendemos...

-¡No puedes decir eso con ninguna certeza! -la interrumpió Tirand-. ¿Dónde están las pruebas? ¿Dónde están las señales? ¡Aquí no hay nada que esté mal! -afirmó, abriendo los brazos para abarcar todo el Salón-. ¿Sientes alguna perturbación astral? ¿Sientes que haya algo fuera de lo normal? Porque yo no.

-¡Pero yo lo sentí!

-Eso no basta, Karuth. No es suficiente para convencerme de que no estabas soñando o teniendo una alucinación.

Karuth expulsó el aire con violencia, entre los dientes apretados.

-¿Me estás llamando mentirosa?

-¡No, claro que no! ¡Por todos los dioses, piensa con lógica! ¡No estoy cuestionando lo que creíste ver; sólo digo que debió de ser algún tipo de ilusión!

-¡Dioses! -estalló Karuth-. ¡Estúpido! ¿Qué forma crees que adoptaría una señal procedente de los dioses?

Tirand movió la cabeza con expresión cansina.

-Karuth, una ilusión no tiene por qué ser necesariamente una señal de los dioses. Eres una adepta de quinto rango; tú mejor que nadie debes reconocer que no podemos suponer que cualquier aberración momentánea tenga un significado más profundo. Como Sumo Iniciado, mi deber es conservar cierto sentido de la proporción...

-Oh, tu deber... -Karuth escupió las palabras, y luego la rabia volvió a apoderarse de ella y no pudo controlarse-. Tu deber es para con

los dioses, todos los dioses, ¡no sólo para con Aeoris y sus cobardes hermanos! -Y se calló, horrorizada, al darse cuenta de lo que acababa de decir.

Por unos instantes hubo un silencio total. Después, muy sereno, Tirand habló.

-Karuth, no creo que tengas total dominio de ti misma en estos momentos, por lo que pasaré por alto esa blasfemia y el hecho de que haya sido pronunciada en este lugar sagrado. Pero no pienso oír nada más. Estás cansada y sobreexcitada; regresa al Castillo y acuéstate. Si hay algo más que hablar, lo hablaremos por la mañana.

Karuth no pudo responderle. Si se permitía hablar, diría algo que luego quizá lamentaría el resto de su vida. Lanzó una última mirada a las estatuas, giró sobre sí misma y se encaminó hacia la puerta. La furia y la amargura la estaban desgarrando, y advirtió con desconsuelo que en aquel momento despreciaba a Tirand hasta tal punto que casi lo odiaba. Era tan ciego, tan pomposo, tan estirado... Dioses, pensó, ¿es que no se daba cuenta? ¿No sentía que algo estaba tremendamente mal? ¿En qué clase de Sumo Iniciado se había convertido, que permitía que sus capacidades de adepto se sofocaran bajo la insignificante obsesión de las formas y las maneras? ¿Qué había sido del hermano que tanto quería y admiraba?

Oyó pasos a su espalda cuando se acercaba a la puerta plateada, y Tirand la llamó. Podía ser que hubiera una nota conciliatoria, casi suplicante en su voz, pero Karuth no se detuvo a analizarla. En su presente estado de ánimo no tenía ganas de saber lo que Tirand sentía o pensaba, porque no le importaba lo más mínimo. En el umbral de la puerta se detuvo y miró hacia atrás, con ojos duros como el hielo.

-Hace años -dijo- me confesaste que no te considerabas tan digno del cargo de Sumo Iniciado como lo habría sido yo, si hubiese podido acceder a él. -Hizo una pausa; veía a Tirand a medias en la neblina que vacilaba. Una parte de Karuth no quería decirlo, pero se impuso la otra parte de su ser, más tenebrosa, y las palabras surgieron, amargas y enfurecidas-. Empiezo a pensar que quizá tuvieras razón.

Se alejó por el pasadizo que resplandecía suavemente.

Cuando Karuth apareció por la puerta, Calvi saltó de la silla en la que estaba, ante una de las mesas de la biblioteca.

-¡Karuth! -Su voz revelaba una mezcla de alivio y preocupación-. ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

-Estoy perfectamente -contestó; pasó a su lado sin mirarlo a los ojos y se encaminó a la escalera. Calvi hizo ademán de seguirla, pero, antes de poder hacerlo, Tirand apareció.

-Ah, Calvi. -El Sumo Iniciado tenía el rostro colorado y pronunciaba las palabras como si estuviera haciendo un tremendo esfuerzo de autocontrol-. Volvemos todos al Castillo. No hay nada de que preocuparse.

-¿Qué pasa con... ?

-¡Deja de hacer preguntas! -lo cortó Tirand, pero enseguida logró controlarse-. Lo siento -se disculpó, al tiempo que se volvía para cerrar y apagar metódicamente las antorchas-. Estoy demasiado cansado; perdóname. Nada está mal.

Calvi recogió la vela y se dejó conducir hacia la escalera.

Librodot

-Karuth parecía.... -comenzó a decir.

-Karuth está algo enfadada, sencillamente -repuso Tirand, y una sonrisa nada convincente afloró a sus labios-. Probablemente ha sido su sueño. Olvídalo, Calvi. Te lo aseguro, no hay nada que esté mal.

Calvi no quedó satisfecho, pero no tenía la suficiente confianza para presionar a Tirand. Y presentía que tampoco sería prudente preguntarle en aquel momento al Sumo Iniciado qué opinaba de su propia pesadilla y sus posibles implicaciones; así que permaneció callado, aunque por dentro rebosaba de interrogantes, mientras salían de la biblioteca y subían la escalera. Cuando llegaron al patio no se veía a Karuth por ningún lado, y Tirand se adelantó por la avenida de columnas y subió los escalones hasta la puerta principal. Cuando entraron, Calvi creyó oír pasos en el descansillo del final de la escalera, pero no se veía a nadie.

-Te deseo buenas noches -dijo Tirand volviéndose hacia él, y la mirada que le lanzó frenó cualquier comentario que pudiera haber hecho el joven. Entonces, como si algo que hasta el momento hubiera estado reprimido saliera a la superficie a pesar de sí mismo, la expresión de Tirand se relajó un tanto y se volvió casi triste, a juicio de Calvi-. No hay por qué preocuparse, Calvi, ni por qué dar vueltas a los acontecimientos de esta noche. Todo está bien.

Con la vela goteando en la mano, Calvi observó al Sumo Iniciado que se alejaba, no en dirección a la escalera sino hacia su estudio, y le pareció que el andar erguido de Tirand era una máscara, una defensa que ocultaba algo que no podía ni quería compartir con nadie. Sus aseveraciones de que todo andaba bien eran dolorosas y evidentes mentiras, pero Calvi se dijo que quizás el Sumo Iniciado había repetido aquellas mentiras tanto en su propio beneficio como en el de Calvi. Tirand parecía agobiado por las preocupaciones. Más que eso, parecía viejo. Apenas tendría diez años más que Calvi, pero la distancia que los separaba era mucho mayor que el mero tiempo físico de los años. Pertenecían a mundos distintos, pensó Calvi. Y, con una intuición de la que nunca había disfrutado antes, de repente sintió una profunda compasión por Tirand.

Librodot

CAPITULO 18

Dos horrores alados fueron a buscarla. Surgieron a toda velocidad del pasadizo y cayeron sobre la criatura, que se había agazapado, aterrorizada, junto al pozo. El fuego líquido que salía de sus fauces le quemó la piel y la hizo gritar, y sus gritos se renovaron cuando, llevada por garras que le desollaban la carne, arrancada a una velocidad de vértigo de su refugio, salió arrastrada por sus captores a la cegadora luz del extraño mundo exterior.

Ascendieron a gran altura en un cielo que rugía y escupía relámpagos. Azotada por los vientos, desgarrada por los ululantes elementos, incapaz de entender qué estaba ocurriéndole o por qué, la criatura se debatía indefensa, agarrada por las dos quimeras que la transportaban implacables hacia adelante. Y al fin, acobardada por la gigantesca magnitud de su terror e incapaz ya de luchar, vio una pared de roca negra que se alzaba ante ella y que terminaba unos trescientos metros por encima de su cabeza. Más allá de la cara del acantilado, en medio del torbellino de la estridente tormenta, seis prismas monstruosos y espectrales giraban lentamente en el cielo, pulsando con tenebrosa luz propia, y su visión casi acabó con los últimos vestigios de su cordura.

Las quimeras cambiaron de trayectoria bruscamente y fueron subiendo y subiendo mientras el acantilado se cernía sobre ellas a una velocidad aterradora. Con los ojos medio velados por lágrimas de dolor y miedo, la criatura vio que el muro negro pasaba a su lado, al parecer a escasos centímetros de su rostro. Entonces lo superaron y se elevaron sobre su cima y, cuando miró hacia abajo, perdió toda esperanza.

El gran pico estaba truncado y formaba una enorme meseta, negra y monótona como un dedo negro. En la meseta esperaban dos figuras. En toda su simple vida subterránea nunca los había visto, pero aun así los reconoció. Aunque para ellos no significaba nada, aunque era tan inferior que no ocupaba ningún lugar en sus titánicas mentes, ella les pertenecía por completo, porque ellos y sus hermanos habían sido sus creadores.

Una de las figuras alzó despacio la cabeza y miró a las quimeras, que ahora trazaban lentos círculos. Había asumido la forma y proporciones de un hombre, pero incluso a aquella distancia la criatura sintió el terrible poder que irradiaba, un poder que abarcaba todas las dimensiones y que se burlaba de la mera estatura física. En su adusto cráneo brillaban unos ojos que eran como estrellas blancas, y su largo cabello dorado flotaba y se ondulaba en la tormenta. En su pecho, cuando alzó una mano imperiosa y ordenó bajar a las quimeras, la criatura vio una luz pulsante y mortífera que arrojaba siete lanzas resplandecientes a la noche: la estrella de siete puntas, el símbolo de la autoridad absoluta del Caos.

La criatura comenzó a implorar de forma incoherente; las palabras se amontonaban en su garganta, y sus miembros se agitaban débilmente en un último esfuerzo por escapar de sus captores. Pensó que sería mejor caer, precipitarse gritando a las profundidades y

Librodot

hacerse añicos, igual que había ocurrido con el último regalo precioso y deseado de su traicionero señor, antes que sufrir aquel horror y el destino que seguramente traería consigo. Pero no podía hacer nada. Despacio, horriblemente despacio, las quimeras descendieron trazando círculos. De pronto las garras la soltaron, y cayó como una piedra sobre la superficie de la meseta mientras sus torturadores batían sus grandes alas y se perdían en la oscuridad.

No podía moverse. Había chocado contra el suelo con tremenda fuerza y el dolor la consumía mientras yacía con el rostro destrozado, aplastado contra la roca. Cuatro de sus extremidades manoteaban débilmente el vacío; las otras dos estaban torcidas y aplastadas bajo su cuerpo. Un gran ruido zumbaba en sus oídos, como el latido de un horrible corazón, y un fluido blanco le goteaba de las esquinas de los ojos.

Sintió la presencia ante ella, que la obligaba a vencer su terror y dejarlo de lado, y atravesaba su conciencia para llegar a las profundidades más elementales de su ser. Por muy golpeada, sangrante y dolorida que estuviera, no tuvo más remedio que obedecer la compulsión de levantar su maltrecha cabeza, dolorosamente, centímetro a centímetro, y alzar la vista.

La miraban, y, cuando los ojos de Yandros cambiaron de blanco a dorado, luego a verde y por último a negro intenso, ella vio ira, desprecio y sed -una sed enorme, insaciable- de venganza. A su lado, la segunda figura, cuyos ojos eran como esmeraldas mortíferas y oscuras, y cuyo cabello era tan negro como el humo de una pira funeraria, la contemplaba con una indiferencia que le pareció tan terrible como la rabia de Yandros. Abrió la boca e intentó emitir un sonido, pero no lo consiguió. Estaba muda, la esperanza reducida a frías cenizas en su interior, y mentalmente repetía una y otra vez una súplica fútil pero desesperada: *«Amado mío, ¡no me abandones ahora! ¡Vuelve! ¡Ayúdame! Por favor, oh, por favor...»*

El pensamiento se interrumpió cuando Yandros volvió a alzar su fina mano. Un largo dedo la señaló, y un atormentador espasmo le sacudió el cuerpo, renovando el sufrimiento. Y el señor del Caos habló con voz sibilante que contenía todo el poder reprimido de la tormenta que rugía sobre sus cabezas.

-Larva traicionera, ¿qué has hecho?

La tormenta terrenal comenzó con un gigantesco relámpago que arrojó una luz cegadora sobre el pico del volcán, seguida de un trueno que pareció sacudir la Isla Blanca hasta los cimientos. Desde su mirador en el saliente que presidía la caldera del cráter, Ygorla sintió un arrebato de impaciencia que la hizo querer desafiar el rugido de la tormenta con un grito de júbilo. Aquél era el día. Lo había sabido, lo había deseado, había aguardado que llegara con todo el autocontrol de que era capaz su formidable cerebro. Ahora por fin llegaba el amanecer, y el heraldo estaba haciendo sonar su trompetazo. Su cumpleaños. Siete veces tres. El momento de mayor significado desde la noche en que había salido del vientre de su madre muerta, lejos, en aquel adusto Castillo de la Península de la Estrella. Había alcanzado la mayoría de edad. ¡Y su salida de la crisálida de la adolescencia para alcanzar la

Librodot

edad adulta pondría el mundo a sus pies!

Al oír el primer siseo de la lluvia torrencial, se puso en pie y alzó el rostro hacia el círculo de cielo oscuro, muy por encima de ella. Un gigantesco resplandor triple iluminó la caldera, e Ygorla se rió salvajemente mientras el trueno daba su resonante respuesta. Él venía. Lo sabía, lo sabía. Los largos años de espera habían terminado, y en este día reclamaría su herencia.

El relámpago y el trueno cantaron de nuevo, y en el suelo del cráter, donde descansaban los destrozados restos del viejo altar votivo, comenzó a brillar una luz ardiente, como el ojo feroz e incorpóreo de un horno. Ella retuvo la respiración, mirando fijamente a través de la lluvia e intentando contener su nerviosismo mientras la puerta entre este mundo y el del Caos tomaba forma lentamente y se solidificaba dentro de la luz. Vio cómo se alzaba el pomo, vio que la puerta empezaba a abrirse. Sonriente, con una nueva y triunfante seguridad reflejada en el rostro, Narid-na-Gost atravesó el portal y entró en el mundo de los mortales.

-¡Padre! -exclamó con un grito agudo que quedó ahogado por un trueno. Ygorla echó a correr por la empinada senda hacia él. El demonio la vio, y una mano de largas uñas hizo un rápido y violento gesto de rechazo.

-¡Espera, hija! ¡No te acerques!

Confundida, Ygorla se paró de golpe en una roca que ya estaba resbaladiza por la lluvia. El demonio giró sobre sí mismo y, encarándose con la puerta otra vez, alzó ambos brazos y pronunció una palabra extraña que hizo estremecerse violentamente de excitación a Ygorla, pese a no entenderla.

La luz y el portal que contenía implosionaron. El resplandor fue diez veces más brillante que los relámpagos; Ygorla quedó cegada momentáneamente y retrocedió lanzando un juramento de sorpresa. Cuando su visión se recuperó y pudo mirar de nuevo la caldera, vio que no quedaba ni el más mínimo resto de la puerta. Sólo había el cráter vacío, y la figura de su progenitor que todavía sonreía.

Narid-na-Gost la miró. Sus ojos eran como brasas.

-Está hecho -anunció-. El camino entre este mundo y el Caos está cerrado. Por fin he vuelto contigo, hija, y no volveré a dejarte.

Ygorla le devolvió la mirada, y se echó a reír. Era un sonido cantarino de alegría, de triunfo; riendo, corrió senda abajo por el cráter y se arrojó a los brazos abiertos del demonio. Narid-na-Gost también reía, de forma inhumana, maníaca; la alzó en vilo, la besó apasionadamente y por último la soltó, de forma que ella dio un par de vueltas y se detuvo, con los brazos extendidos y las manos cogidas todavía a las del demonio.

-Hija mía -dijo el demonio; de pronto, todo el júbilo había desaparecido de su voz, aunque el placer y un gélido orgullo seguían allí-. ¡Ah, mi dulce hija! Vengo a felicitarte en éste, el más feliz de los días. Y te traigo el regalo que te prometí hace tantos años. -Sonrió con ferocidad-. Te traigo el poder que has ansiado esgrimir desde la noche en que diste tu primer paso vacilante en los misterios de la hechicería.

Ygorla sintió que el corazón comenzaba a latirle con tal fuerza que creyó que se le desencajarían los huesos de la caja torácica, y sus

Librodot

brillantes ojos azules despidieron una luz ávida. Éste era el día que había esperado durante todos aquellos largos y frustrantes años, y, ahora que el momento estaba cerca, apenas podía contener su nerviosismo.

Pero Narid-na-Gost estaba saboreando su triunfo y no iba a permitir que le metiera prisa.

-¿Recuerdas aquella noche, Ygorla? -preguntó en voz baja-. ¿Recuerdas lo que sentiste, hija, cuando la columna de piedra ardió a una orden tuya? ¿Recuerdas las llamas del Caos que obedecieron tu voluntad?

Lo recordaba, del mismo modo que recordaba a las mujeres que gritaban y a los hombres asustados. También recordaba la última mirada aterrada en el rostro de su tía abuela, la vieja Matriarca, un momento antes de que el fuego del Caos la consumiera. Esbozó una sonrisa que armonizaba con la del demonio.

-Has recorrido un largo, largo camino desde entonces -prosiguió Narid-na-Gost, sin hacer caso de otro ensordecedor trueno-. Esos pequeños hechizos son ahora juegos de niños para ti. Pero el ansia sigue ahí, ¿verdad? El ansia de poder, más y más poder; todo el que tu alma pueda contener.

-¡Sí! -jadeó Ygorla-. ¡Oh, sí!

-Entonces, mi demoníaca hija, tendrás ese poder. O, mejor, lo tendremos. Porque yo también tengo mis ambiciones. Mientras que tú conseguirás la grandeza en el mundo de los mortales, yo pienso adquirir otro tipo de poder en otro reino.

Echó a andar por el cráter y, por encima de los hombros encorvados y deformes, su cabeza se volvió para mirar siniestramente al cielo. Un relámpago surcó las alturas, poniendo de relieve sus rasgos, y, cuando volvió a hablar, su voz rezumaba un veneno dulzón.

-Hoy en el Caos hay una tormenta de otra clase -dijo-. Y esa tormenta no ha hecho más que empezar. Una nueva era está a punto de comenzar, tanto para los dioses como para los humanos.

Ygorla lo miró con ojos febriles. No entendía lo que quería decir, pero sentía como respuesta un impulso de impaciencia en su alma.

-Mis amos -prosiguió Narid-na-Gost con furia- se han vuelto autocomplacientes. Han olvidado su propósito y han olvidado el linaje que una vez les dio la voluntad y la fuerza para romper el yugo del Orden sobre el mundo mortal. Desde que Aeoris y sus anémicos paniaguados fueron vencidos, ha habido paz. -El desprecio llenó su rostro de fealdad-. ¡Paz! ¿Qué placer encuentra el Caos en ello? ¿Dónde está la gloria, dónde el pandemónium, dónde el terror que antes imponía el Caos? ¡Yandros nos ha fallado! Permanece ausente, satisfecho con que prevalezca el Equilibrio, y permite que los hombres nos adoren o no a su gusto; ¡y con eso ha demostrado ser un pusilánime y un estúpido!

Ygorla miró inquieta al cielo. ¿Oirían los dioses aquella blasfemia? Porque si lo escuchaban, entonces...

-No habrá represalia -afirmó Narid-na-Gost, girando bruscamente para encararse con ella, quien se dio cuenta de que él había leído su atemorizado pensamiento. Sus ojos mostraban irritación, pero en sus labios se dibujaba un sonrisa feroz-. No puede haber represalias,

Ygorla, ahora no, porque estamos fuera del alcance de Yandros y no nos puede ni controlar ni amenazar. -Hizo una pausa y luego añadió-: Se terminó el secreto. Estamos a punto de mostrarnos ante un mundo desprevenido, y a punto de embarcarnos hacia nuestro último propósito: ¡gobernar no sólo el reino de los mortales sino también el reino del Caos!

La mirada de Ygorla se hizo desorbitada.

-¿Qué?

El demonio se rió quedamente.

-Ah, de manera que te sorprendo. ¿Nunca adivinaste mi verdadero propósito, hija? ¿No habías comprendido cuál había de ser mi última meta?

Ella intentó hablar, pero sólo consiguió pronunciar una incoherente negativa.

-Yo... nunca..., yo pensé...

-¿Pensaste que mis ambiciones eran terrenales? Oh, no. No soy de carne mortal, soy del Caos. Y, aunque Yandros y los de su raza de alta cuna puedan despreciar a los que son como yo, estoy más cerca del corazón del verdadero Caos que ellos. El verdadero Caos es la locura, Ygorla. Es esgrimir el poder de forma gloriosa y salvaje por el valor del poder mismo, ¡por la magnífica y total alegría de hacerlo! Ésa es nuestra herencia, la herencia que esos que se hacen llamar dioses han abandonado y han permitido que se olvide. Ha llegado la hora de poner remedio a ese descuido. Es hora de que todo el poder del Caos vuelva a elevarse y aprisione con un abrazo de hierro al mundo, como debería haberlo hecho en el momento del Cambio.

Había comenzado a andar otra vez; se detuvo de pronto y, volviéndose, señaló a Ygorla con un dedo retorcido.

-¡Yandros ya no es digno de reinar en el Caos! Ha traicionado todo aquello que el Caos representaba y ya no se merece el poder que ostenta. Es hora de que sea depuesto de su trono. -Hizo una pausa para recuperar el aliento-. ¡Tengo la intención de ser yo quien ocupe su lugar como nuevo señor del Caos!

Sus palabras fueron como un martillazo para Ygorla. No podía emitir sonido alguno; sólo podía mirarlo, mientras todo su cuerpo temblaba y el cerebro asimilaba la enormidad de lo que le acababa de decir.

-Ygorla -continuó Narid-na-Gost, poniéndose a su lado con un rápido movimiento-. Ygorla, piénsalo. Piensa en lo que significaría para nosotros. Tú podrías ser una Margravina de Margravinas en este mundo, pero ¿de qué te serviría esa gloria mortal si te vieras limitada por las necias restricciones de una sociedad humana débil y enfermiza? -Le acarició el rostro, lo que hizo que ella se estremeciera-. Eres mi hija, y tu alma nació del Caos. ¿Qué querrías como herencia? ¿Un Margraviato que sólo lo sería de nombre, con consejeros que te dirigieran y sabios que te limitaran y arrogantes mortales que se dirían tus iguales? ¿O verdadero poder, poder respaldado por toda la energía del Caos, que pondría el mundo a tus pies en temblorosa obediencia a tus más mínimos deseos?

¡Oh, pero qué visión tan espléndida! Una visión de gloria y de grandeza, que empequeñecía cualquier pretensión humana. Ygorla

podía verlo; se veía a sí misma investida de majestad, temida y adorada por un mundo pasmado, mientras que su padre demonio subía al trono del Caos para canalizar su pandemónium a través de ella y unirse a ella en un reino de poderío incontestable que abarcaría distintas dimensiones. Lo deseaba, lo anhelaba con un ansia voraz y avasalladora que reducía su razón a cenizas.

Pero la razón no perdió del todo su dominio, y de repente clavó un cuchillo helado en su cerebro y deshizo su visión.

-¡No! -gritó desesperada y, cubriéndose el rostro con las manos, se volvió al tiempo que su sueño de dominio se derrumbaba-. ¡No es posible!

-Ygorla...

-¡No puede ser, no lo es! -Las lágrimas la cegaban cuando se giró de nuevo hacia él, desgarrada entre la atracción desesperada y la furiosa maldición-. ¡Padre, quiero ese poder! ¡Lo quiero! ¡Pero está fuera de nuestro alcance!

Narid-na-Gost la cogió por la muñeca.

-No, hija. Está en nuestras manos.

Ella se quedó helada. Con gesto indiferente y divertido, el demonio pensó que su rostro era un estudio de un trauma melodramático. No importaba; era joven y todavía estaba mancillada por cualidades humanas. Ya aprendería.

-He dicho -repitió en voz baja- que está en nuestras manos. -Le apretó la muñeca-. Tranquilízate y recuerda. ¿Recuerdas que te dije que traería una chuchería bonita para complacerte?

-Lo recuerdo. Desde luego, aunque...

-Calla. La chuchería que te he traído es algo más que un juguete, Ygorla. Es una llave. Y con ella podemos abrir la puerta que nos conducirá a cuanto deseamos.

Mientras Ygorla seguía mirándolo sin comprender, él se llevó la mano libre al pecho. Pareció por un instante que no era más que un gesto, pero entonces Ygorla vio el brillo oscuro de algo en su puño apretado. Aspiró con ansiedad; aunque no sabía qué tenía el demonio, había notado un repentino y claro cambio en la atmósfera.

El demonio abrió el puño y mostró la gema. De los labios de Ygorla surgió un suave sonido, mitad jadeo, mitad suspiro, mientras la contemplaba. Era hermosa; quizás el objeto más hermoso que había visto nunca. En aquel mundo, pocas de sus verdaderas tonalidades del Caos resultaban visibles; pero, aun así, parecía refractar y reflejar cien sutiles tonos distintos de azul. Y en su núcleo, como un diminuto corazón, se veía una negrura de la que emanaba un poder inimaginable.

A duras penas consiguió apartar la vista de la piedra, pero, por fin, con un tremendo esfuerzo miró una vez más a Narid-na-Gost.

-¿Qué es, padre? Nunca había visto algo tan... -Su voz se desvaneció cuando le fallaron las palabras, y movió la cabeza en un gesto de impotencia.

Narid-na-Gost sonrió.

-Esto -dijo- es la llave para alcanzar nuestros objetivos, y nuestra garantía y salvoconducto contra cualquiera que se interponga en nuestro camino. Tócala, Ygorla. Siente al menos una parte de su naturaleza.

Ella estiró el brazo. Sus dedos extendidos tocaron la joya, y, por un instante aturdidor, una visión asaltó su mente. Una oscuridad sulfurosa, una tormenta gigantesca que empequeñecía a cualquier cataclismo terrenal, y poder, un poder inmenso e inconmensurable.

Los ojos carmesíes de Narid-na-Gost la miraron con astucia.

-Los señores del Caos se han vuelto un poco descuidados con el paso de los años, desde que arrebataron las riendas del poder a Aeoris. Siguen manteniendo una atenta vigilancia ante las maquinaciones del Orden, pero ni una sola vez se les ha ocurrido mirar a sus espaldas, para ver qué podía estar tramándose en su propio dominio. -Por un momento, cerró la mano de nuevo sobre la joya, apretándola con fuerza-. Esto no es una chuchería, Ygorla. Le he robado algo a Yandros que él y sus hermanos valoran más que nada; ¡porque esta bonita gema contiene nada más y nada menos que el alma de un señor del Caos!

Un sonido extraordinario, incompleto, surgió de la garganta de Ygorla. Cada átomo de humanidad en ella se sublevaba contra aquella demencial revelación. *«El alma de un dios»;* no, ¡aquello era una locura, un disparate!

Pero, al mismo tiempo que se producía el aterrorizado rechazo en su interior, otra voz se alzó para chocar contra él, como la poderosa resaca en una marea. No sabía cómo podía ser posible algo semejante, pero un terrible e inquebrantable instinto la convencía de que Narid-na-Gost estaba diciendo la verdad.

Pero el alma de un dios...

La voz del demonio se abrió paso en su confusión.

-Aún hay muchas cosas que debes aprender para entender, hija mía. Una es que Yandros y sus hermanos no son ni omnipotentes ni del todo indestructibles. Nosotros, los del Caos, tenemos almas, aunque éstas sean distintas de las de los mortales. Y las almas de nuestros antiguos amos toman la forma de gemas, que han guardado seguras dentro de un complicado sistema de cavernas en el corazón de nuestro mundo... hasta ahora -concluyó con una risita.

Ygorla estaba todavía demasiado aturdida para poder hablar. Extendió una mano en dirección a la joya, obedeciendo a la necesidad de tocarla una vez más, pero su mano se quedó a unos centímetros del resplandeciente objeto, cuando el temor se impuso al deseo.

-Nunca soñé que fuera tan fácil -prosiguió Narid-na-Gost con leve satisfacción-. Pero el robo fue tan sencillo como quitarle la teta a un niño recién nacido, lo cual no es sino otro síntoma del declive de la prudencia de Yandros. La piedra tenía un único guardián, de una clase tan baja que casi no poseía cerebro, y un pequeño engaño fue suficiente para arrebatar la gema de su refugio y cogerla. Ygorla, ¡tenemos como rehén la vida de un dios!

Ygorla había quedado tan fascinada por la joya que no se había parado todavía a considerar las implicaciones más profundas. Pero ahora comenzó a entender el verdadero valor que tenía para ellos.

-Sería cuestión de un momento destruir esta piedra -dijo el demonio-. Otro pequeño secreto que nuestros amos no supieron guardar como es debido. Una sola palabra, y la gema se rompería en pedazos y el alma en su interior se extinguiría. Ése es nuestro salvoconducto contra los intentos de venganza de Yandros. No se

atreverá a intervenir contra nosotros, pues el riesgo que implica es demasiado grande. Mientras esta gema permanezca en nuestro poder, él se ve impotente, ¡y nosotros podemos dejar nuestra señal en este mundo y hacer planes para llegar a dominar el Caos!

La visión que había llenado de júbilo el corazón de Ygorla volvía a cobrar forma. Poder y gloria, poder y adoración, la vida y la muerte esclavas de su voluntad. Tenía los medios para conseguir esas cosas. Gracias a aquel demonio de ojos carmesíes que la había concebido y que, hacía siete años, había regresado para revelarle su linaje, ahora el futuro estaba al alcance de su mano.

No podía expresar sus sentimientos con palabras, pero se traslucía en sus ojos, un mensaje claro y terrible. Narid-na-Gost lo vio, lo leyó y sonrió.

-Vamos, hija mía -indicó, cogiéndola de la mano-. Es hora de que por fin abandones este lugar.

El amanecer era tan frío y triste como los agitados pensamientos de Karuth, quien contemplaba el mar desde la vertiginosa altura de la torre más septentrional del Castillo.

En la medida en que era capaz de estar contenta de algo en aquel momento, estaba satisfecha de haberse obligado a realizar la agotadora escalada de los miles de peldaños que subían en espiral por el núcleo de la torre hasta aquella aguilera en la cima. Sin algo que fuera un reto para su mente y para su cuerpo, podría haber perdido el control, tras lo ocurrido hacía una hora. Aquella terrible prueba autoimpuesta -y ahora sabía que la subida lo era, aunque antes hubiera pensado que era una exageración- había canalizado la furiosa energía que crecía como una tormenta en su interior y, al menos, le había procurado tranquilidad.

Aquella estrecha habitación, una de las tres que había en la cima de la torre, estaba muy fría y olía fuertemente a humedad. Era probable que nadie hubiera puesto el pie en ella durante los últimos treinta años, quizá más. Mirando a su alrededor, Karuth vio los desechos de viejos tiempos olvidados, amontonados por todas partes y pudriéndose: restos de velas, una caja de yesca, un montón de libros bajo una pequeña mesa comida por la carcoma; dos copas, una de ellas rota; un trozo de tela, irreconocible bajo capas y capas de polvo. Otros días, otras vidas, ahora reducidas a fantasmas. Tal vez, pensó con inusual amargura, debería trasladar sus pertenencias a aquel lugar desolado y convertirlo en su refugio, porque empezaba a sentirse tan fuera de lugar y anacrónica con respecto al Castillo como cualquier inquieto fantasma procedente del pasado.

La entrevista con Tirand, que había tenido lugar mientras amanecía, había sido uno de los momentos más dolorosos en la vida de Karuth. Pensando, con razón, que ella no habría dormido después de los acontecimientos ocurridos, Tirand había enviado a un criado a su habitación con un mensaje, rogándole que fuera a verlo a su estudio. El ceremonioso tono del mensaje ya dejaba entrever lo que iba a suceder, y, cuando su hermana entró en el estudio y se sentó, el Sumo Iniciado no perdió el tiempo con palabras agradables, sino que dijo lo que tenía que decir con franqueza y sin rodeos.

Al igual que Karuth, Tirand no había pensado en dormir y, tras su

desagradable separación en el Salón de Mármol, había decidido que debía tomar ciertas medidas sin demora. Quería, dijo, ser únicamente justo, y por lo tanto había hecho lo que cualquier hombre razonable habría hecho en sus circunstancias. Había despertado a cuatro de los adeptos superiores y juntos habían regresado al Salón de Mármol para realizar un Rito Superior que confirmaría o negaría lo dicho por Karuth.

-Sondeamos los planos astrales, y sondeamos todos los niveles del éter -le dijo con solemnidad-. Debo informarte, que no encontramos nada. Ninguna perturbación en los dominios ocultos, superiores o inferiores. Ninguna señal de los dioses. Nada que pudiéramos interpretar, por muy sutilmente que fuera, como una confirmación de tu experiencia. -Alzó la mirada; sus ojos parecían cansados, tristes y un poco, sólo un poco, resentidos-. Por lo tanto, tengo que decir que sólo puedo sacar la conclusión de que lo que viste fue una ilusión.

-Entiendo -repuso Karuth, mirándose las manos, que tenía fuertemente entrelazadas sobre su regazo; luego lo miró con gesto desafiante-. ¿Me has hecho llamar sólo para decirme eso?

Hubo una pausa.

-No -contestó Tirand-. No sólo eso. Hay más.

Ella esperó. Estaba claro que Tirand se sentía muy incómodo, pero Karuth no quiso ceder facilitándole las cosas. Por fin, él volvió a hablar.

-Karuth, quiero que me prometas que darás este asunto por concluido.

Era lo que ella había esperado, y tenía lista la respuesta. Con tranquilidad, pero con firmeza, dijo:

-No, Tirand. No lo haré.

-¿Por qué no?

-¡Porque no puedo! Te lo he dicho antes, y parece que tengo que repetírtelo ahora: ¡lo que vi no fue ni una alucinación ni un espejismo!

Tirand se pasó las manos por el pelo con un gesto tenso.

-¡Karuth, te equivocas! Nuestro ritual lo demostró...

-¡Lo único que demostró fue que tú y unos cuantos adeptos no fuisteis capaces de ver lo que yo vi! Los rituales no son infalibles, Tirand, ¡y es peligroso y de cortas entendederas confiar en ellos tanto como tú lo haces!

-¡Y es mucho más peligroso fiarse de un suceso psíquico momentáneo, sin evidencias que lo respalden! -replicó enfadado Tirand-. Dioses, Karuth, ¿qué te ocurre? Esto es completamente irracional...

-¡No lo es! -exclamó ella-. ¡Ha ocurrido algo y yo lo he presenciado! -Se puso en pie y le dio la espalda con frustración e ira-. Pero mi palabra no es suficiente, ¿verdad? La palabra de una maga experta en elementales, quien además es una de las personas del Círculo con capacidades extrasensoriales más desarrolladas..., ¡eso no basta!

-No es cuestión de tu palabra, ¡maldición! No estoy poniendo en duda lo que viste, sólo las circunstancias en que lo viste.

-Ohhh... -Karuth se encaró de nuevo con él y lo miró con frialdad-. ¿Sabes?, empiezas a hablar igual que padre. ¿Recuerdas, hace años, cuando la Matriarca resultó muerta y su pupila desapareció? Padre dijo exactamente lo mismo que tú ahora: «Da carpetazo al asunto, olvídalo; no hemos encontrado nada y, por lo tanto, no haremos nada».

-Padre tenía razón.

Ella le lanzó una mirada de incredulidad.

-¿Razón? ¡Dioses, qué hipócrita eres! Lo has olvidado, ¿verdad? Viniste a mi cuarto después de la reunión con Lias Barnack y las hermanas de Chaun Meridional, y prácticamente me rogaste que realizara una investigación privada en los planos elementales. ¿O te atreverás a decir que ese recuerdo también es una imaginación mía?

Tirand se ruborizó, irritado por el hecho de que, hasta que Karuth se lo recordó, realmente había olvidado aquel viejo incidente.

-Aquello fue un asunto muy distinto.

-¿Ah, sí? ¿Por qué?

-Porque en aquel momento no se había realizado ningún Rito Superior. ¡Padre sólo archivó el asunto más adelante, cuando llevó a cabo los rituales pertinentes y no encontró nada extraño!

-Oh, ya veo. -Karuth comenzó a andar como una leona enjaulada-. ¿De manera que el hecho de que la Matriarca de la Hermandad fuera abrasada por un fuego antinatural, y que ese mismo fuego calcinase una columna de piedra maciza, además de consumir aparentemente todos los restos mortales de una chica de catorce años, no fue nada extraño? -Se volvió hacia Tirand con los puños apretados-. ¡Eso es exactamente lo que quiero decir sobre los rituales, Tirand! ¡Pueden fallar! Claro que ocurrió algo, pero no conseguimos descubrirlo. ¡Ahora se ha producido exactamente la misma paradoja! -Vaciló, pero luego añadió una desafiante afirmación-: Si quieres que te lo diga con toda claridad, ¡creo que puede haber una relación entre ambos hechos!

Aquellas palabras, ahora lo sabía, fueron su mayor equivocación. Hasta entonces había existido una probabilidad, pequeña, pero probabilidad al fin y al cabo, de convencer a Tirand para que reconsiderase su actitud. En lugar de eso, había evocado un viejo fantasma que nadie aparte de ella quería recordar, y al hacerlo había echado a perder su argumento ante los ojos de Tirand.

Tirand apoyó las manos en la mesa y se quedó mirándolas.

-Dioses -dijo huecamente-. Eso otra vez, no.

Karuth hizo un esfuerzo desesperado por arreglar la situación.

-Tirand, no estoy diciendo necesariamente que...

No la dejó terminar.

-Pues yo creo que sí, creo que es lo que está detrás de todo esto, ¿no es cierto, Karuth? La sobrina nieta de Ria Morys. Tu misterio favorito que vuelve a asomar su fea cabeza. -De repente, una de sus manos se cerró y golpeó con fuerza la mesa-. ¡Ya estoy harto de esa obsesión, y no quiero oír nada más! -Se levantó, y su silla hizo un chirrido al arrastrarse que provocó dentera en Karuth. Tirand se cuadró con determinación-. Karuth -insistió, con tono áspero y ceremonioso-, te lo pediré de nuevo. ¿Me prometes que considerarás este asunto zanjado a partir de ahora?

La cosa había llegado demasiado lejos. Karuth ya no podía echarse atrás, a menos que estuviera dispuesta a transigir y a no ser coherente con sus más profundas creencias. Y eso era algo que no podía permitirse hacer.

-No -respondió-. No lo haré.

Durante medio minuto, quizás, hubo un tenso silencio. Tirand permanecía inmóvil, con la mirada fija en la mesa. Karuth sintió un frío

desagradable en el estómago, cuando se dio cuenta de que por primera vez no sabía qué pensaba Tirand o cómo iba a reaccionar. Aquella revelación fue una conmoción para ella y de pronto se sintió a la deriva. Al fin, Tirand alzó la vista.

-Muy bien -dijo con calma-. No me dejas elección, Karuth, aunque me apena hacer esto. Como Sumo Iniciado es mi deber y mi privilegio ser el último arbitro en asuntos de conducta y disciplina dentro del Círculo. De acuerdo con esa capacidad, debo informarte que, a partir de ahora, impongo una prohibición sobre este asunto.

Karuth aspiró profundamente y entrecerró los ojos. No esperaba aquello.

-¿Oficialmente? -preguntó.

-Oficialmente. -Si Tirand notó el tono peligroso en la voz de Karuth, no dio muestras de ello. Su mirada se encontró con la de su hermana-. No me gusta, pero tampoco veo otra alternativa posible. No -la cortó, cuando ella abrió la boca para protestar-, no hay nada más que decir. El documento necesario será redactado y testificado esta mañana y tendrá efecto inmediato. -Dudó, y después prosiguió-: Estaría insultándote a ti y a tu rango si fuera más allá.

Aquello era cierto, pero al mismo tiempo Karuth se sintió más insultada que por cualquier protocolo. Sabía muy bien lo que significaba la prohibición: a partir de aquel momento ningún adepto del Círculo podría investigar lo ocurrido en el Salón de Mármol, ni siquiera discutirlo. Semejantes medidas drásticas habían sido siempre la prerrogativa del Sumo Iniciado, y el castigo por desobedecerlas era exponerse a una vista disciplinaria ante todo el concilio. Con un movimiento, Tirand la había encadenado, y ella no podía romper las cadenas sin poner en peligro todo su futuro como adepta.

Sentía la bilis en la garganta, la amargura de la furia, el rechazo y la humillación. No podía hacerle eso a ella, su hermana, su compañera, su colaboradora... ¿No significaba nada la lealtad para él? En algún lugar, se agitaba un gusano de culpabilidad, el conocimiento de que, en justicia, no podía culpar totalmente a Tirand de aquella situación, pero su propio enfado era demasiado grande para que la vocecita de la razón pudiera hacerse escuchar. Fue entonces, herida por el sentimiento de dolor y traición, que abandonó el autocontrol y dijo aquellas palabras que nunca debió haber pronunciado.

-Muy bien, hermano -replicó, y casi escupió esa última palabra-. No tengo opción; a menos, claro, que decidiera desafiarte abiertamente y enfrentarme a las consecuencias. Aunque, si el Círculo es tan ciego o tan psíquicamente inepto como su líder, entonces quizá la desobediencia no sea tan mala cosa.

Tirand la miró, con el rostro congestionado.

-Sal de esta habitación -le ordenó; tenía los puños apretados, y los músculos del cuello se le tensaron como cuerdas mientras intentaba contenerse para no estallar-. ¡Maldita seas, vete! ¡Y no te atrevas a presentarte ante mí hasta que no estés dispuesta a pedir perdón!

Karuth sonrió con amargura.

-Creo que ambos tendremos que esperar mucho tiempo -contestó y, girando sobre sus talones, salió de la habitación dando un portazo.

Ahora, en el tranquilo refugio de la torre, Karuth revivió

mentalmente aquellos últimos minutos de su encuentro. Empezaba a lamentar sus imprudentes palabras; habían sido innecesariamente crueles, aunque hubiera -como creía- una pizca de verdad en ellas. Conociéndose, sabía que acabaría por pedir perdón a Tirand, aunque las excusas deberían esperar a que el genio de ambos se calmara un poco. Pero el mandato era una cuestión totalmente distinta, porque, allí donde su conciencia y su intuición chocaban con las leyes del Círculo, no estaba en su forma de ser el ceder. Y, en el asunto de su visión en el Salón de Mármol, sabía con toda certeza que el juicio de Tirand era fundamental y peligrosamente erróneo.

Lo que había visto no era una alucinación. La lógica podría argumentar que el peso de la evidencia estaba en su contra, pero Karuth creía que la lógica no tenía mucho que ver con aquella situación. Cuando estaba de pie junto al mosaico central, el momento antes de mirar y ver las siete estatuas, había sentido un poder terrible e insano que crecía en el Salón, la sensación de que una fuerza monstruosa amenazaba con abrirse camino al mundo mortal, utilizando el mosaico como foco. Había sido como la sensación de temor profundamente arraigado que experimentaba a menudo antes de que llegara un Warp, sólo que peor, mil veces peor. Energía salvaje, incontrolable. Energía caótica. Y, cuando las estatuas gritaron en silencio, una voz había martilleado en su cabeza una única palabra: «NO, NO, NO...».

Una ráfaga de viento helado y malintencionado se coló por el cristal roto de la ventana y la tocó con dedos helados. Afuera, sobre el mar, un claro en las nubes dejaba pasar un rayo de sol que era como una espada clavándose en el océano. Los tristes pensamientos de Karuth se cristalizaron de pronto, como el rayo de sol, en una única y clara certeza. Era lo que su subconsciente había estado intentando decirle desde que se había despertado gritando de su pesadilla, cuando su poder la había llamado, la había empujado hacia el Salón de Mármol y había colocado ante ella la verdadera visión. Era algo que iba contra toda lógica, pero ahora estaba segura. Y con la certeza llegó un miedo frío e implacable.

Algo terrible e inimaginable había ocurrido en el reino del Caos. Aunque su mente no podía ni siquiera atisbar su naturaleza o su propósito, Karuth sabía que estaba relacionado inexorablemente con aquel otro misterio más antiguo que durante tantos años la había perseguido. Con la sobrenatural sabiduría de un moribundo, Keridil Toln había descubierto la verdad y, aunque se había llevado su conocimiento a la tumba, Karuth creía de todo corazón que, dictara lo que dictara el Círculo, era vital que la clarividencia que le había sido otorgada al viejo Sumo Iniciado en sus últimas horas fuera investigada y redescubierta. Porque ahora, más de veinte años después de haber sido arrojada a la vida, la rueda innombrable que se había puesto en movimiento la noche en que nació Ygorla Morys, por algún terrible y oscuro avatar, acababa de completar un círculo completo.

Librodot

CAPITULO 19

Yandros miró la patética figura agazapada a sus pies. Tarod dirigió su ardiente mirada verde hacia su hermano y supo y compartió los sentimientos que se escondían tras la máscara de su inexpresivo rostro.

-No tiene sentido, Yandros -dijo con calma-. Torturarla no nos devolvería lo que hemos perdido. Nos ha dicho todo lo que sabe; no tiene ingenio para saber nada más. Déjala morir.

Yandros exhaló un suspiro, y su sonido calmó la tempestad que seguía desatada sobre ellos; un único relámpago en forma de tridente descendió de los cielos, pero no fue seguido por trueno alguno. Las nubes, ahora jirones, comenzaban a escamparse y desaparecer, dejando sólo bandas de color que giraban como los radios de una gigantesca rueda en el cielo.

-Sí -asintió Yandros al fin. Su voz mostraba desolación-. No tengo nada contra ella. No es más que lo que nosotros hicimos. No quería causar ningún mal; sencillamente no podía hacerlo mejor. La culpa es nuestra, no suya.

Con suavidad, extendió una mano hacia la criatura abyecta y destrozada que yacía sobre el suelo de la meseta. Seguía consciente, pero su desdichada mente había traspasado ya el límite que le habría permitido gemir, y menos aún podía pedir clemencia y el fin de su tormento. Existía, indefensa, en un mundo de dolor y terror que su alma no podía soportar.

-Ahora todo terminará -le dijo Yandros.

Sus dedos se movieron ligeramente. El cuerpo del pequeño demonio se estremeció un momento y luego desapareció.

Yandros se quedó unos instantes observando el lugar donde había estado; luego encorvó los hombros y se volvió a mirar el paisaje destrozado.

-Bien -dijo-. Sabemos cómo se perpetró el crimen y quién es el responsable. Por desgracia, eso no cambia nada; de hecho, sólo empeora las cosas. No podemos hacer nada, Tarod. Hemos sido traicionados por alguien de nuestra raza y lo único que podemos hacer es esperar a ver qué quiere hacer con su presa.

Tarod no contestó. Sin quererlo, sus pensamientos volvían al pasado, y maldijo en silencio el lapsus que, por una terrible ironía, había permitido que se repitiera un viejo error. El, más que ningún otro, debería haber estado alerta, porque sabía por amarga experiencia lo que podía significar la pérdida de la gema del alma para un señor del Caos. Habían sido siete; ahora sólo eran seis, porque uno de sus hermanos había sido arrojado a una existencia en el limbo, de la que no podían traerlo. Y, si la gema del alma llegara a ser destruida, entonces su indefenso hermano sería destruido con ella.

Sintió que la rabia crecía en su interior, un fuego ardiente en lo más hondo de su corazón. Yandros, que lo advirtió, lo miró con ojos que de repente se convirtieron en peligrosos y terribles.

-No, hermano. Debemos controlar nuestra furia, por mucho que nos duela hacerlo. -Tarod hizo ademán de replicar, pero Yandros alzó

Librodot

una mano, impidiéndoselo-. He dicho que no. Para nosotros sería demasiado fácil, Tarod. Sabemos que Narid-na-Gost ha huido al mundo de los mortales, y podríamos encontrarlo y traerlo aquí y concedernos el placer de condenar su alma a una eternidad de sufrimientos por lo que ha hecho. Pero atacarlo ahora podría poner en peligro de muerte a uno de los nuestros, y no correré ese riesgo de ningún modo.

-¿Y si comienza a hacer estragos en el mundo mortal? ¿Qué pasará entonces?

-Mi respuesta será la misma. Además -los ojos de Yandros brillaron con un repentino veneno-, olvidas el juramento que hicimos al derribar el gobierno de Aeoris. No podemos ocuparnos de los asuntos del mundo mortal, a menos que seamos llamados a hacerlo.

-¡Maldito sea el juramento! ¿Qué es más importante?

-Créeme, estoy de acuerdo contigo; y, si no se tratara más que de una cuestión de principios, nuestra promesa no contaría para nada. Sin embargo, existe otra complicación. -Su mirada se hizo aún más dura-. El pequeño asunto de nuestro amigo Aeoris. Si rompemos nuestro acuerdo, libramos también a los señores del Orden de la prohibición que les impusimos. Eso proporcionaría a Aeoris la oportunidad que ha estado esperando para intentar recuperar el control de los asuntos humanos y al mismo tiempo darnos un golpe decisivo. Lo intentará, Tarod, tenlo por seguro. Si se entera de nuestro apuro, lo explotará todo lo que pueda.

Yandros se volvió a mirar la tierra atormentada que se movía abajo, muy abajo del risco en el que se encontraban, y, mientras contemplaba la aterradora vista, un resplandor frío apareció en el cielo, a baja altura en el horizonte de estremecedora lejanía. Del resplandor cobró forma una estrella de siete rayos que comenzó a latir con un ritmo lento e implacable, enviando destellos de luz nacarada que atravesaron la noche.

-Destruiría al mundo de los mortales, y todo cuanto contiene, si con eso recuperáramos el alma de nuestro hermano -dijo Yandros pensativo. Su voz era vieja, salvaje, letal-. Pero no ganaríamos nada con eso. Estamos en un punto muerto, Tarod, y hasta que nos llamen desde el mundo de los mortales, no podemos hacer nada. -Miró de reojo al otro señor del Caos y sus ojos adquirieron de pronto un vivo tono escarlata-. Nada más que esperar y vigilar. Pero ya llegará el momento en que encontremos la forma de salir de este callejón sin salida. Y cuando lo hagamos...

La luz fluctuante de la gran estrella de repente latió con más intensidad, poniendo de relieve su rostro en forma inhumana, y, por un momento, todo lo que Yandros era, todo lo que representaba -la pura y enloquecedora encarnación del Caos- irradió de su enjuta silueta y empequeñeció a la lejana estrella.

-Y, cuando lo hagamos -concluyó en voz baja Yandros-, ajustaremos cuentas.

Estaban juntos en lo alto de la gigantesca escalinata que descendía por la abrupta ladera de la Isla Blanca. La tormenta se alejaba; sólo se escuchaban algunos ecos de lejanos truenos y, hacia el sureste, una franja de pálida luz solar interrumpía la negra cobertura de nubes cerca

del horizonte, donde el cielo comenzaba a clarear.

Desde allí, la estrecha cala del antiguo puerto no parecía más grande que una vena en la mano de Ygorla. La joven la contempló unos instantes; entonces una mano se posó en su hombro y Narid-na-Gost, ahora a su lado, dijo:

-¿Estás dispuesta, hija mía?

-Sí. -Sus ojos casi igualaban la luz de zafiro de la gema del alma-. ¡Estoy dispuesta!

Extendió una mano imperiosa en dirección a la escalinata y sintió que el poder crecía en su interior. Comenzaron a moverse, deslizándose sobre los grandes escalones sin siquiera tocarlos, y, avanzando con suavidad y elegancia, sin esfuerzo, bajaron la gran escalinata. El cabello de Ygorla ondulaba a sus espaldas, aunque no había viento, y Narid-na-Gost contempló su rostro con orgullo y satisfacción. ¡Había provocado en ella tantos cambios desde aquella primera noche en que había realizado vacilantes e incontrolados intentos de explorar sus poderes latentes! Ahora Ygorla utilizaba sus habilidades con una facilidad consumada y descuidada que ponía en ridículo al precioso Círculo de este mundo, cuyos miembros se engañaban tanto como para llamarse a sí mismos adeptos de las artes ocultas. Comparados con Ygorla eran como débiles velas al lado del sol del mediodía. Como hechicera no tenía igual, como belleza nadie podía comparársele; y Narid-na-Gost recordó una vieja e irónica maldición, apenas disimulada de bendición.

Que vuestras vidas sean profundamente interesantes. Aunque todavía no lo sabían, las vidas de mucha, muchísima gente estaban a punto de volverse mucho más interesantes de lo que hubieran podido imaginar en sus peores pesadillas. Desde su privilegiada ubicación en el fondo del escenario donde actuaría Ygorla, en el teatro del mundo de los mortales, Na-ríd-na-Gost disfrutaría plenamente del espectáculo.

Salió de su ensimismamiento y se dio cuenta de que se acercaban al pie de la gigantesca escalinata. A ambos lados se alzaban enormes muros de roca que ocultaban el cielo, cada vez más brillante a medida que la escalinata se abría camino a través de los acantilados que protegían la isla. Doblaron una última y amplia curva, y el puerto apareció ante ellos.

Ygorla dejó de controlar la pequeña energía mágica que los había transportado por la escalinata, y se posaron en el pavimento del muelle del puerto. La cala, húmeda y cubierta de musgos, siempre a la sombra del sol debido a los escarpados acantilados, apestaba a desolación. A unos diez metros debajo del muelle, el mar parecía estancado y oleoso, mientras se movía, golpeando incesantemente contra la piedra erosionada.

Narid-na-Gost lo contempló todo, y sus labios se torcieron en un gesto de disgusto y una pizca de desprecio.

-Hace muchos años, estaba atracado aquí un barco muy especial -dijo, y las paredes de los acantilados resonaron con el frío eco de su voz-. Lo llamaban el Barco Blanco; la nave del propio Aeoris, se decía, una reliquia de los siglos de gobierno del Orden.

Ygorla lo miró de reojo.

-¿Qué ocurrió con él?

-¿Quién sabe? -contestó el demonio, encogiéndose de hombros-.

Tal vez zarpó rumbo a otro puerto más allá de esta dimensión, o quizá se hizo pedazos, como debería haberle sucedido siglos antes, y se hundió. Fuera lo que fuera, hace tiempo que desapareció y fue olvidado, y ya no tiene más importancia que la que tienen los que se hacían llamar peregrinos que vinieron después de él. Peregrinos... -Pronunció la palabra con tremendo sarcasmo-. Los piadosos y los curiosos, y los codiciosos que esperaban encontrar tesoros o reliquias y pensaban regresar a sus hogares con una fortuna escondida entre las ropas. -Se inclinó sobre el borde del muelle y escupió al agua. El mar siseó brevemente, como si una tea al rojo hubiera caído a su superficie.

Ygorla contempló la escena pensativa, con los ojos entrecerrados, mientras imaginaba el aspecto que debía de haber tenido el puerto con los barcos de los peregrinos amarrados a los gigantescos cabrestantes, empequeñecidos por el asombroso paisaje que los rodeaba. Debían de haber pasado muchos, muchos años desde que el último barco había visitado aquellas costas.

-Muchos años, en efecto. -De vez en cuando, la capacidad que tenía Narid-na-Gost de leer sus pensamientos le ocasionaba un escalofrío brusco y repentino. Giró la cabeza y vio que el demonio sonreía.

-Pero hoy -continuó-, la Isla Blanca se verá distinguida con la presencia de un nuevo bajel. -Volvió el rostro a la triste cala, echó la cabeza hacia atrás y emitió el sonido más terrible que Ygorla jamás oyera. Era como la voz de un horrible y sobrenatural cuerno de caza: áspera, clara, ominosa; resonó espantosa sobre el agua, entre los acantilados que descendían, y su eco volvió helado del cielo. Un millar de gélidos alfileres parecieron clavarse en la piel de Ygorla cuando lo escuchó; y entonces algo apareció, saliendo de una curva de la cala. Era enorme, negro, sin forma y, aunque no podía distinguírselo en la penumbra, mientras avanzaba despacio, pesadamente, en dirección a ellos, Ygorla escuchó el crujir y gemir de la madera, el latigazo y el batir de las lonas en el aire viciado, el triste rumor de la marea bajo el empuje de su quilla.

Y el enorme barco entró en el puerto y se deslizó con terrible elegancia hasta atracar con suavidad en el muelle.

-Señora -dijo Narid-na-Gost, y se llevó la mano de Ygorla a los labios, para besarla en una parodia afectada-, ¡vuestra embarcación os aguarda!

Era completamente negra. Velas negras, como las alas de un ave de mal agüero. Mástiles negros que se alzaban hacia el cielo. Un casco negro, alto, orgulloso y temible, con el castillo de proa que se erguía ante Ygorla arrojando una sombra oscura. En la proa ardía un fanal que emitía una radiación negra, que no daba luz, sino que parecía absorber y devorar la pálida luz del día.

En el puente principal, la tripulación del barco ocupaba sus puestos entre los obenques. Unos cuantos -muy pocos- todavía tenían carnes en sus cuerpos, pero el tono de esa carne era el desagradable gris verdoso del lecho marino, y sus cabellos se habían transformado en tendones rancios de algas. Los otros, los que no tenían ni carne ni cabellos, sólo podían sonreír con el espectral rictus de quien lleva muerto largo tiempo. Sus cabezas eran calaveras de huesos pardos y

Librodot

podridos. Iban vestidos de algas y conchas marinas, que reemplazaban a las ropas que se habían podrido hacía años. Y, como fieros puntos en medio de la negrura del barco que todo lo abarcaba, brillaban ascuas blancas en las cuencas vacías donde antes habían estado sus ojos.

Ygorla contempló el barco y su espectral tripulación y sonrió. Suyo. Suyo para mandarlo, para darle las órdenes que quisiera. Un bajel adecuado para sacarla de aquella isla en la que tanto tiempo había estado confinada y para devolverla al mundo de la humanidad. Ahora sabía cuál sería su destino: el trono de los tronos, el Margraviato de Margraviatos, la sede del principal gobernante del mundo. Un viaje triunfal y una entrada triunfal, en un barco del Caos tripulado por muertos a quienes la hechicería había arrancado de su tumba marina, con los estandartes de terror de Ygorla ondeando en lo alto del palo.

Se volvió y miró a su padre demonio, y entre ellos hubo algo que trascendía el entendimiento de los mortales. Narid-na-Gost también sonreía y extendió una mano en dirección al barco, en un elegante gesto.

Ygorla se rió; fue una risotada breve y áspera que rebotó disonante entre los acantilados. Se contempló a sí misma, hizo un rápido gesto con los dedos y quedó vestida con un traje plateado que flotaba en torno a su cuerpo como si fuera un ser vivo simbiótico. Una capa de pieles negras la envolvía, y en su cabello, colocadas sobre su frente como una constelación, siete gemas de brillo cegador desafiaban la luz del triste día.

Por fin cogió la mano de su padre y se encaró con la nave negra. De su puente emergió una oleada de oscuridad intensa, que se acercó a ellos hasta cubrir el vacío entre el muelle y el bajel ahora silencioso. Sin dudarlo, Ygorla la pisó y anduvo con elegancia soberana hacia el puente. Unas formas se movieron para recibirla; una mano de esqueleto, en la que aún quedaban algunos jirones de tejido carnoso, hizo ademán de ayudarla a subir. Ella la despreció y subió a la negra tablazón de cubierta con Narid-na-Gost siguiendo sus pasos. Mientras se volvía para contemplar su nueva posesión, unos extraños sonidos rompieron el silencio: el suave roce de las algas y el entrechocar de huesos, cuando su tripulación de muertos se inclinó respetuosa en señal de homenaje.

Las enormes velas negras gimieron al alzarse un viento sobrenatural que las hinchó. Manos muertas, pero todavía imbuidas con los conocimientos de las mentes, desaparecidas largo tiempo atrás, que las habían controlado, cogieron los cabos. Las abruptas laderas de los acantilados se movieron, adoptando una nueva perspectiva, mientras el bajel viraba lentamente para encarar la salida de la cala y la Bahía de las Ilusiones más allá.

Como una reina demoníaca en medio de sus abominables legiones, Ygorla estaba en la proa, una silueta brillante, etérea. Tenía la vista fija al frente, los ojos tan duros y brillantes como las gemas que le adornaban la frente. Y su risa, salvaje y alegre, resonó en la mañana cada vez más luminosa, al tiempo que el barco zarpaba hacia el mar abierto.

Librodot